



VIDA Y HECHOS DE PÍO V

BIBLIOTECA SELECTA DE CLÁSICOS ESPAÑOLES

SEGUNDA SERIE

OBRAS PUBLICADAS

I. Fr. Juan de los Ángeles: *Diálogos de la conquista del Reino de Dios*. Prólogo y notas de A. González Palencia.

II. Juan de Persia: *Relaciones*. Prólogo y notas de N. Alonso Cortés.

III. Castillo Solórzano: *Lisardo enamorado*. Prólogo y notas de E. Juliá.

IV. García Gutiérrez: *Poesías*. Selección y prólogo de J. de Entrambasaguas.

V-VII. A. Hurtado de Mendoza: *Obras poéticas*. Edición y prólogo de R. Benítez Claros. (Tres volúmenes.)

VIII. María de Zayas: *Novelas amorosas y ejemplares*. Edición y prólogo de Agustín G. de Amezúa.

IX. María de Zayas: *Desengaños amorosos*. Edición y prólogo de Agustín G. de Amezúa.

X. Fr. Antonio de Guevara: *Epístolas familiares*, vol. I. Edición y prólogo de José María de Cossío.

XI. Diego Ximénez de Enciso: *El Encubierto* y *Juan Latino*. Edición y observaciones de Eduardo Juliá Martínez.

XII. Fr. Antonio de Guevara: *Epístolas familares*, vol. II. Edición de José María de Cossío.

XIII. Antonio de Fuenmayor: *Vida y hechos de Pío V*. Edición y prólogo de Lorenzo Riber.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA
BIBLIOTECA SELECTA DE CLÁSICOS ESPAÑOLES

VIDA Y HECHOS DE PÍO V

DE

ANTONIO DE FUENMAYOR

EDICIÓN Y PRÓLOGO

DE

LORENZO RIBER

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA



MADRID
ALDUS, S. A. • ARTES GRÁFICAS
1953

Biblioteca Selecta de Clásicos Españoles

Serie II
Volumen XIII

Este volumen ha sido impreso a expensas
de la Fundación Conde de Cartagena

L*A* VIDA DE PÍO V, *escrita por don Antonio de Fuenmayor, no pertenece al género hagiográfico, como a primera vista pudiera parecer a quien tomara en cuenta que el nombre del protagonista está inscrito en el Catálogo de los Santos, y, como tal, tiene culto de dulía, con su misa de Confesor Pontífice y su oficio en el Breviario Romano. No es, por ende, hagiografía al estilo de la* Legenda aurea ad modum Iacobi de Voragine, *donde estos seres de excepción que son los santos, aparecen traslúcidos, deshumanizados, con los atributos peculiares de su santidad, como en un ventanal catedralicio, arrobados, transfigurados, entre vapores de incienso. No; la obra de don Antonio de Fuenmayor es una sucinta y severa biografía, al gusto de Cornelio Nepote, si queréis. Es una vida que de un extremo a otro* hominem sapit, *sabe a hombre; de un hombre en su estatura natural, que vive y actúa entre hombres; si bien movido por uno de aquellos espíritus heroicos, que, como dijo un oráculo antiguo, en señalados períodos de tiempo bajan al mundo, como enviados de las estrellas:* Certis temporum vicibus heroicas ac divinas quasdam animas e caelo labi.

«Quien la vida de uno escribe—dice el autor—, profesa tratar de los sucesos varios y desiguales suyos, sin añadir grandeza ni referir sólo lo heroico.» Esto dice refiriéndose a los principios de su vida, que culminó en el sumo pontifi-

cado, cuando Miguel Guislieri, que éste era su nombre, entrado inesperadamente en el palacio Vaticano, ponía orden en esta casa, la mayor de la cristiandad y señalaba los respectivos deberes a cada uno de los miembros de su familia papal. Pero cuando su horizonte se elevó y se ensanchó su perspectiva, el hijo del Bosco, aldea de ningún nombre, donde primero supo que es luz, vecina de Alejandría de la Palla, río oscuro, que ya desde los comienzos de su vida religiosa le valió, impuesto por el Padre Provincial, el apodo de Alejandrino *con que se le conoció hasta el cardenalato y la víspera de su elección en Sumo Pontífice, él, hijo de Paulo Guislieri, «que vivía de llevar trigo de los llanos del Milanés a las montañas del Ginovesado», supo ponerse a la altura de los tiempos. Nacido en siglo infelicísimo, trajo a la urbe y al orbe un siglo mejor, y desde su atalaya soberana promovió y presidió «la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes ni esperan ver los venideros».*

Nació don Antonio de Fuenmayor, a lo que parece, en un año incierto, poco más atrás del penúltimo tercio del siglo XVI, en un lugar de Castilla que llaman Ágreda. Fueron sus padres el doctor de Fuenmayor, del Real y Supremo Consejo de Castilla, y doña Beatriz de Pimentel, cuya alcurnia igualaba a la de su marido. Fué canónigo de la Santa Iglesia Catedral de Palencia y arcediano de Campos. A la curiosa y agradecida posteridad no le dejó más rastro que esta su Vida de Pío V, *que este su borrón, como él la califica, y los fugaces trazos personales que da de sí mismo en su breve libro. No pueden dar cumplido gusto, confiesa, libros que a su autor desagradan. Éste, continúa, salió fuera de sazón. «El primer parto siempre es infeliz, lleno de fatiga y de peligro.» Pide al lector que le excuse y se duela de su salud y fuerzas tan flacas, «que más ha de un año no le per-*

mite llegar a cuidados mayores». Suplica a quienes por este diseño le conocieren no juzguen al león por la uña; es obra de mocedad y de pocos días. No estuvo guardado bajo severas llaves todo el tiempo que Horacio señala para la enmienda de una obra; ni apenas tuvo oportunidad de enfriarse el ardor de la invención que exige Quintiliano para una meditada segunda lectura del libro que ya parece ajeno. Excúsase de que hable de negocios de Italia quien «de los lumbrales de España no ha sacado el primer pie». La obrita, así que él dió paz a la mano y alzó la péñola del papel, dejó de ser suya, pues en justicia pertenece a quien le dió información verídica de los sucesos narrados, que fué don Francisco de Reynoso, en cuya casa el autor se crió, abad y señor de Usillos y luego obispo de Córdoba, maestresala olim *y camarero secreto de Pío V, y admitido en los más escondidos, menudos y trascendentes consejos de Su Santidad. La historia está escrita en estilo rápido y sentencioso, y que con pie ágil camina al fin, como el narrador de la conjuración de Catilina y el biógrafo de Julio Agrícola; nombré a Salustio y a Tácito. La huella de ambos es harto visible. Refiriéndola a una de tantas mujeres como tuvo Abenhumeya, adalid de la rebelión de las Alpujarras, a la cual no nombra, pero dice que era viuda noble y de buen talle, y «mujer que tañía un laúd y bailaba mejor que a honesta conviene», reproduce parte del retrato que Salustio ofrece de Sempronia, matrona romana, cumplicada en la criminosa aventura de Catilina:* Docta psallere, saltare elegantius quam necesse est probae. *Las pisadas de Tácito, no tan continuas como las de Salustio, asoman a lo último de la* VIDA DE PÍO V, *donde, como Tácito, al final de la biografía de su suegro, diseña la etopeya de Julio Agrícola, debelador de la Bretaña; don Antonio de Fuenmayor ofrece el retrato físico de su héroe:*

«Era Pío bien dispuesto, enxuto de carnes, blanco, el rostro largo y flaco, los ojos azules, pequeños, vivos y hundidos; la boca metida adentro, la barba bien poblada de largas canas, la nariz corva, que dicen aguileña; la cabeza calva, más larga que ancha. Fué de memoria firme, que lo que una vez abrazara no lo perdía, y juntamente de entendimiento despierto. Era de complexión caliente y seca. Aprovechábase mejor de la mano zurda que de la derecha. Mañosísimo en ejercicios corporales y de manos. Solía texer, por no estar ocioso, unas muy pulidas escobas de palma con que barría su aposento, aun siendo cardenal.»

Según todas las presunciones, don Antonio de Fuenmayor murió en la verdura de sus años. Dignus sane vir, cui vita longior... contigisset: *varón digno en verdad de que le cupiera en suerte una edad más larga, diré con palabras de su modelo Salustio. Parece que en Palencia pasó la mayor parte de sus días; desde luego, escribió su obrita en Palencia. Al escribirla tenía harto frescas sus humanidades, que se denuncian, más que por la frecuencia de pedantescas y puntuales citas, por un grato y vago perfume lejano. Luchó victoriosamente con la métrica latina, y compuso en loor de su héroe un lindo epigrama en dísticos que dice así:*

«Aquel mismo, Pío, que te hizo señor de la urbe, te dió también el señorío del orbe y la potestad de abrir las puertas eternales. Empuñas el cetro de las divinidades del infierno y del cielo. ¿Qué te falta aún? ¡El mar! Sé ya desde este momento dios del mar. Del piélago arrojaste al Tirano y a su armada impía. Ríndase el tercer reino al Júpiter de Roma!»

No sé hasta qué punto hubiera complacido al sucesor del pescador de Tiberíades que en vez de las llaves de los cielos le pusieran en las manos el tridente de Neptuno o el rayo de Júpiter; pero ello estaba en el gusto de la época.

La VIDA DE PÍO V *está compuesta en robusto y terso castellano, con algo de la desnudez marmórea, como de estatua, y de la densidad sentenciosa de Salustio. Si corre como adagio vulgar que no hay santo para el ayuda de cámara, Pío V lo fué para su maestresala y camarero secreto don Francisco de Reynoso, a cuyo dictado escribió don Antonio de Fuenmayor su biografía en seis libros; pero sólo cinco en realidad, porque el libro quinto, como el primorosamente pintado ciprés en la tabla votiva de un naufragio, en la Epístola a los Pisones, no era de este lugar evidentemente. Todo el libro es una circunstanciada y vivaz relación del alzamiento de los moriscos de las Alpujarras, sin más lazo de unión con el asunto de la biografía que la coetaneidad con el pontificado de Pío V, y quizá también por haber hecho allí sus primeras armas y haber tenido participación decisiva en su aplastamiento el joven de Austria, héroe futuro de Lepanto.*

Muy severa es la pintura que Fuenmayor, inspirado por Reynoso, que la vió con sus ojos fieles, de la Roma de aquel tiempo y de la soltura y desenfreno de sus costumbres. Del Vaticano hizo un monasterio Pío V. Otro tanto había querido hacer el papa tudesco Adriano VI. El Vaticano en sus días se tornó mudo y silencioso como un convento; quiso reformar la Roma paganizada y rehacerla cristiana, pero lo único que consiguió fué dejar en este empeño nobilísimo su vida. Creíase y decíase que al revés del Eunoé de Dante, paradisíaco río que devuelve la memoria y renueva el goce de las pasadas bienandanzas, el Tíber era una suerte de río Leteo que hacía olvidar a los Pontífices, así que bebían sus aguas, todos los santos propósitos. No produjo en Adriano de Utrecht la temida amnesia el río donde se bebe el olvido. Una muerte prematura atajó sus planes de total reforma

cristiana. Muerto él, a los catorce días andados de septiembre del año 1523, tras un pontificado tan acerbo como breve, que no rebasó de mucho el año precario que duraban los antiguos cónsules, el Carnaval romano prosiguió con tanto tropel y estruendo como antes.

Cuarenta y tres años más tarde, cuando Miguel Guislieri, con sus zapatos groseros y ruidosos de fraile aldeano, que en los pasquines del tiempo ganáronle el apodo de Fray Escarpión, subió al áureo pináculo del pontificado, trajo los mismos propósitos que Adriano VI, pero con suceso harto diferente. El papa Pío IV había clausurado el concilio de Trento, heroico remedio de grandes males. A Pío V tocóle la suerte de poner sus santas, enérgicas y meditadas conclusiones en ejecución; y tuvo en sus manos un arma poderosa para la reformación de la cristiandad. Fué creado cardenal por el papa Paulo IV, el tremebundo Pedro Caraffa—ante quien tembló el gran duque de Alba, a quien ninguna otra cosa hizo—, tan sin previsión ni conocimiento suyo en 1557, que el cardenal don Juan de Toledo, de la Casa de Alba, hubo de enviarle mula, maza y ropas, insignias del cardenalato.

En la Ilíada *de Homero, cuando un héroe cae, tiembla el suelo. De la caída del papa Paulo IV (18 de agosto de 1559) se estremeció la tierra y acompañáronle en la caída muchos grandes hombres. Ominoso sin ponderación fué aquel año. Oigamos al biógrafo de Pío V:*

«No se puede callar cuán señalado este año fué con muerte de la mayor parte de príncipes cristianos. Murieron en Dinamarca dos reyes, Christiano y Christierno, aquél en su dignidad y éste por tiranías desterrado, y queriendo volver a sus estados, preso y muerto, con veneno. En Italia, los Duques Capreolo de Venecia y Hércules de Ferrara. En Ingla-

terra, la Reina María. En Polonia, Bona Sforzia, Reina. En Francia, Henrique, que autorizando unas fiestas con su persona, salió a justar con el conde de Mongo Meri, escocés, capitán de su guardia, y recebida una herida en el ojo derecho, murió en pocos días. Lutos tan generales creyeron que pronosticaba el cielo espantoso el año antes con muchas señales. En Londres se vieron en el cielo sereno, al poner del sol, grandes y temerosos fuegos. Y en Laye, villa pequeña de Inglaterra, amaneció una luz estendida a modo de viga, que anticipó el día por algún tiempo. Pero ¿quién no vió primero la desgraciada muerte de Henrique? La reina, Madama Catalina su mujer, despertó alterada la noche antes de que vía muerto a su marido, y libre del sueño, aun no lo estaba del sobresalto. Un niño de seis años antes que se comenzase la justa, dió voces sin ocasión y lloró, diciendo que mataron al Rey. Dos astrólogos le avisaron: uno que no entrasse a los cuarenta y un años de su vida en batalla de solo a solo, que quedaría muerto o ciego. Otro, que su hijo Francisco reinaría de edad de dieciocho años, aunque esto, sin que amenazara la cabeza de su padre, se había cumplido cuando en la misma edad casó con María, Reina de Escocia. Todos estos prodigios precedieron a las muertes de Henrique y María, principio de la perdición de Francia e Inglaterra...»

Tras un largo conclave, lleno de encuentros y dificultades, salió papa Juan Angelo de Médicis, que tomó el nombre de Pío IV, y lo fué harto poco con los sobrinos del papa Paulo IV, y aun con su mismo predecesor. Precisamente él, Médicis cien por cien, que tuvo tan grande amor a su sangre, que mereciera aquel pasquín: Zelus domus suae comedit eum, *y hubo de oír la patética elocuencia y las crudas verdades que le dijo en un famoso banquete en que el papa propuso la creación en cardenales de dos sobrinos suyos en*

período de muchachez, «que con más consejo debía mirarse crear cardenales que tras mucha comida». Así le habló el cardenal Alejandrino.

Murió Pío IV a 10 de diciembre de 1566. Si laboriosa fué la gestación del pontificado de Juan Angelo de Médicis, más amenazaba serlo la de su sucesión. La ordinaria queja contra España, de quien se creía y se decía que daba y quitaba pontificados, estaba muy viva, y añadía mayor dificultad.

«Don Luis de Requeséns, Comendador mayor de Castilla, de la orden de Santiago, estaba por Embajador del Rey Católico, varón prudente; y temiendo de tantas discordias alguna cisma, y por asegurar los ánimos de sospechas, quiso hacerles un razonamiento a los cardenales por una ventana que sólo por oír las embaxadas de los Príncipes se abre, y estando en pie todos, que así es costumbre, dixo desta manera:

Si la república cristiana estuviera en la prosperidad que algunos siglos atrás la vimos, poco cuidado diera pusiérades, ilustrísimos padres, en la suma dignidad a quien por vuestra liberalidad más que por méritos la poseyera, pues los príncipes defensores de la Iglesia eran tantos y tan poderosos que había poco que hacer caso de los enemigos del nombre de Cristo. Mas ya vemos la verdad Católica arrinconada en un pequeño rincón de Europa; sus despreciadores apoderados de la redondez de la tierra; no podemos esperar sin gran miedo, cuál Pontífice nos ha Dios señalado, no sea que nuestros pecados aún merezcan mayores calamidades. Yo, de parte del Rey Católico, os pido miréis a quien elegís, que muy diferente gobierno piden las cosas turbulentas que las concertadas... Y aunque la dificultad del negocio pide madurez, el aprieto es tal que no menos peligraríamos con la tardanza... Las enfermedades agudas así requieren medicinas prestas como valerosas... El Rey mi Señor no desea

en particular el negocio de ninguno... El bien de la Cristiandad sólo pide. El que desea para Papa es un hombre santo, religioso, de fe probada, enemigo descubierto de herejes, de ánimo levantado y celoso, sin parientes perturbadores que aspiren a ser tiranos de Italia, y, finalmente, un hombre a quien virtud y no parcialidades pongan en la silla de San Pedro. Esto piden también los alborotos de Francia y Flandes, las herejías de Alemania y Escocia, los cismas de Inglaterra é Irlanda, el peligro de Hungría y Polonia, la opresión de Grecia y Trapisonda, el poder de Asia y África; miserables ejemplos, pero provechosos para mostrar que solo aquel será buen Pontífice que bastare a remediarnos en tantas necesidades». Así habló Don Luis de Requeséns. Años antes, espíritus agoreros, como Erasmo y Luis Vives y en el propio Concilio de Trento Fray Bartolomé Carranza, hablaban en términos alarmantes de las angosturas a que se había visto reducida la Iglesia. Lutero, como aquel Dragón apocalíptico, había arrastrado al abismo gran parte de las estrellas del cielo.

La elección del cardenal Alejandrino fué elección del cielo. «Muchas señales y profecías precedieron a su elección. Por este tiempo, en Londres, cabeza de Inglaterra, se vieron espantosos fuegos en el aire. Dos cometas con largas y sangrientas crines seguían al Sol en mitad del día. Una mano de horrible grandeza, con una espada desnuda, amenazaba en las nubes... Y bien mereció aviso Inglaterra de la elección de Pío V como de calamidad gravísima para aquel reino que con armas y censuras persiguió; porque al malo no hay prodigio más cruel que el imperio del justo.»

Pío V, como nuestro cardenal Cisneros, arrojó de su casa, de su mesa y de su persona toda clase de fausto. Le faltaba el amor de su sangre, nepotismo, pernicioso y principal des-

aguadero de las personas eclesiásticas, dice el biógrafo. La estameña de sus camisas era de las más ásperas y por delicada y muelle rechazó el presente de una lana fina de Cuenca. No sin viva contrariedad de quien poco podía esperarse, acotó en un barrio determinado de Roma la innumerable muchedumbre de damas cortesanas, de las que tendrá algún conocimientos quien haya leído La lozana andaluza. *Esta medida radical tuvo su eficacia: quién abandonó sus artes de garduña; muchas las cohonestaron con un honrado matrimonio, y las que morían en su ruin trato, enterrábalas en estiércol. Limpió de mármoles profanos los jardines de la Casa del Papa, cosa que le pareció indecente; pero no se lee que destruyese ninguna; tuvo el mismo criterio que nuestro Aurelio Prudencio: quedaron para ornamento de la ciudad, cediéndolas al Senado y poniéndolas en el Campidoglio, con sus respectivas inscripciones, en memoria de la liberalidad de Pío IV. Y añade el bien informado biógrafo: «Tenía Pío gran crédito del duque de Alcalá, y honróle con alabanzas y dádivas. Cuando quitó los mármoles de palacio, envióle muchos de grande estima, con que adornó sus casas de Sevilla y jardines que llaman del Marqués de Tarifa, cuyo título tuvo primero.» Tenía para los españoles señalada predilección. En su afán de austeridad, desterró todas las gracias de algún interés—que producían ingresos—, y por causas dispensaba casi sin derechos, como lo hizo en el matrimonio de entre don Francisco de Zúñiga Sotomayor, conde de Belalcázar, ahora duque de Béjar, en el grado segundo de consanguinidad, y su prima hermana doña María Alonso Coronel, hermana de don Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, duque de Medina Sidonia, el día del glorioso patriarca Santo Domingo, fundador de su orden, por estar certificado que esta señora procedía del linaje del mismo santo.»*

Y no fué esta la única atención tenida con próceres españoles. «Pidióle don Per Afán de Ribera, duque de Alcalá y virrey de Nápoles, una dispensación en el mismo grado entre don Alonso de Córdoba y Ávila, de la Cámara del Rey Católico, hijo segundo de don Pedro de Ávila, marqués de las Navas y mayordomo del mismo Rey, y su prima hermana doña Jerónima de Zúñiga y Sotomayor, heredera del estado de Miravel y Alconchel, con título de marquesa de Miravel a su tiempo; y siendo grado en que rarísimas veces y con graves causas y dificultades dispensaba, condecendió en este sin querer recibir deciséis mil ducados que le ofrecían, pareciéndole suficientes las causas; y rompió la póliza diciendo que lo hacía por el duque y no por el dinero.»

Con don Bernardino de Mendoza sucedióle un donoso lance. Dice el biógrafo: «No quiero pasar aquí un cuento, continuamente en la boca de Pío. Siendo inquisidor en Bérgamo iba a pie y sin dineros, como acostumbraba, a cierta pesquisa. Metióse por el Po, en una barca en que iba don Bernardino de Mendoza, general de las galeras de España, que, viéndole religioso, le pagó el flete y dió de comer en su mesa y uno de dos traspontines que llevaba. Supo el ministerio en que se ocupaba Pío, a que él tenía veneración grande, y contó cómo yendo a Flandes se le juntó un caballero alemán hereje. La ordinaria plática era disputas de la religión en que don Bernardino, como su profesión no era de letras, quedaba atajado. Cansado ya de argumentos, puso mano a la espada, y le dijo: Señor, en España, a los maestros toca defender la fe con razones; a los caballeros, con armas. Si queréis disputas, averigüémoslo aquí; que no he de sufrir infaméis la religión mía y de mis abuelos. Atajó este denuedo al alemán y prometiendo dejar las diferencias de dotrina prosiguieron el viaje. No se hartava Pío de engran-

decer la piedad y determinación de don Bernardino y amonestava con su ejemplo a los señores seglares.»

Harto le preocupaban a Pío V los tumultos civiles de Flandes y suplicaba al Rey Católico que trasladase allá su persona, que su sola presencia pondría en aquel vasto y horroroso hervor paz y sosiego. No creyó prudente el Rey Prudente su ausencia de España, y envió en su lugar el año de 67, con facultad cumplida, a don Hernando de Toledo, duque de Alba, hombre de inmortal memoria y el segundo en alabanza militar de los capitanes que fuera de España han salido. *Tras una durísima campaña, llena de infinitas, pintorescas y sangrientas peripecias, Pío, como a hombre benemérito de la Fe Romana, le envió capelo y estoque bendito por su mano, que suele enviar la Iglesia a los grandes príncipes y capitanes. Quedó Flandes en el estado que esta carta del duque de Alba a Pío V significa:*

«Según los obispos me avisan, no pueden poner por escrito la muchedumbre de pueblos que viene a gozar de las gracias hechas por Vuestra Santidad a los reducidos a la Religión. Bien sirve la vigilancia que tiene Vuestra Santidad en encomendarlo a Dios, pues sin su ayuda no se pudiera acabar obra tan milagrosa. Espero en su santísima vida se han de extirpar las herejías del mundo. Muestran los nuevos obispos en el cuidado con que andan, cúyas criaturas son. Está todo de suerte que el que tras mí viene, no le quede qué hacer en el Estado, sino conservarle.»

En tan breves años de pontificado, muchos días buenos y malos le hizo ver el Señor; pero, a la postre, casi exclusivamente le mostró los buenos. Uno de los buenos dignos de ser señalado con piedrecita blanca, fué la conquista de la Florida, poblada de herejes y corsarios, por el adelantado Pero Meléndez de Valdés, caballero de la orden de San-

tiago. Como en estos tiempos apetecen tanto las noticias primitivas del Nuevo Mundo, voy a copiar la sabrosa y curiosa página que le dedica don Antonio de Fuenmayor:

«Es la Florida larga punta que la tierra mete en el Océano, continua con la Nueva España y por espaciosísimas regiones estendida. Tomó nombre del día primero de Pascua en que fué descubierta porque los españoles, parece que faltando nombre a la muchedumbre de provincias sujetadas, les ponían el del día en que se hallaban. Edificó aquí Reblant, en el mayor cabo, el fuerte y población de Bahama con más de seis mil hombres facinerosos por enormes delitos desterrados que su tierra madre no pudo sustentar en sí. Esparcía el tósigo de Calvino—a quien seguía—por la gente bárbara, aparejada a cualquier institución. Fué contra éstos. Pero Meléndez con cinco navíos y dando sobre los franceses de noche, los hizo huir y obligólos a meter en los vasos. Dieron todos al traste y en manos de los nuestros que sin perdonar a nadie, los pasaron a cuchillo y echaron de la tierra sin faltarles un soldado... Los naturales de la Florida son hombres robustos, belicosos, en tanto extremo ligeros que alcanzan los venados y de tanto aliento, que duran en la carrera un día. Por la mayor parte andan desnudos con arcos de doce palmos de largo y gruesos como un brazo. La cuerda es de nervios y las saetas con huesos agudos o pedernales en la punta pasan a mediana distancia un hombre armado. En sus costumbres diferían poco de fieras, hasta que la religión y trato de los españoles, les enseñó la policía.»

Pero es hora ya que nos apresuremos a la cumbre y que de aquí, con paso ágil, caminemos al desenlace. Es mucho el espacio que hemos recorrido; y es tiempo ya de desuncir los cuellos humeantes de los caballos. Si tuviéramos que seguir punto por punto los anales de las grandes obras que Pío V

empujó con su juvenil corazón de septuagenario, en los breves años de su pontificado, que apenas superó el clásico quinquenio, antes el Véspero cerrara el Olimpo y sepultara el día. *Son largos de contar los ambages y rodeos de la historia de Pío V, y me he de ceñir a la suma del proceso. ¡Cuánto de sudor y de fatiga le costó unir a los príncipes cristianos en una empresa común, cuyo solo enunciado parecía bastar a fundirles en una solidez berroqueña! Ante la comisión del Rey Católico, formada de los cardenales Pacheco y Granvela, su embajador don Juan de Zúñiga y la representación de Venecia en la persona de Miguel Suriano, hombre sabio y deseoso del bien común, que juntó ante sí para concluir el trato de la Liga, pronunció estas palabras severas:*

«Dos accidentes de que adolecen los reinos, cada uno de por sí bastante a consumirlos, discordias domésticas y guerras con los extraños, ambas pestes fatigan a la Iglesia; dentro, cismas; y afuera, infieles. Mas ninguna nos tiene en el aprieto que el Turco... Este tirano, siempre con nuestras discordias vitorioso, cada día lleva de nosotros despojos nuevos y en fuerzas y ardid nos sobrepuja... Importa reprimir la insolencia del bárbaro que como hoy sin razón movió guerra a Venecia, mañana tratará de oprimir la Cristiandad toda. Mirad su principio obscuro y la grandeza a que ha llegado. Sus padres fueron los escitas pobres que habitan el Cáucaso. Entraron la Persia donde, cual viles ladrones, ganaron más hacienda que crédito. Cobraron con las riquezas fuerza y osaron vestir armas en daño de la Cristiandad. De allí ocuparon la Armenia. Sujetaron la Natolia y Soria. Usurparon la Arabia. No le bastó a Mesopotamia el muro de Tigris y Eufrates. Era chica la Asia para su codicia. Los búlgaros, los albaneses, los tracios, Egipto y Berbería domaron. Pasó su ardor los hielos del Danubio, del Beristenes, del Tanais,

del Volga. No les pudo estrechar el inaccesible Tauro y mar Hircano. Acabaron griegos y mamelucos; y lo que hizo a muchos espanto del mundo, lo han sorbido en sí todo. ¿Pensáis que esto basta a su sed? ¿Qué no han tentado después acá? No se les escondieron los apartados indios. Cercaron a Bengala. Inquietaron el más apartado Océano del Oriente. Apretaron Malta. Ganaron a Hungría y Rodas en nuestros tiempos y en nuestro pontificado a Sigueto y Sío... Quizá Dios, que siempre mezcla la misericordia entre la ira, nos despierta con este golpe para grandes empresas...»

Y por la misericordia de Dios y el santo fuego de Pío V, cuajó la empresa grande. Tras dificultades sin cuento, cada una de las cuales parecía insuperable, concluyóse la Liga a 20 de mayo de 1571; se juró solemnemente en Consistorio, y cinco días después se publicó con universal alegría.

¿A quién se elegiría para general de la empresa bélica, que podría ser anfibia y desarrollarse por tierra o por mar? Hallóse por aquellos días un hombre enviado de Dios, cuyo nombre era Juan. ¿Qué lengua de fuego augural debía de llevar en su frente el joven de Austria, vencedor de las ariscas Alpujarras, para que Pío le descubriese y con infalible instinto le escogiese por caudillo de la grande naumaquia que atajaría la insolente pujanza del Turco, le infligiría la rota definitiva y consumaría la más grande hazaña del mar, superior a la batalla de Accio, que trajo la pax romana, *cuando ésta trajo la exaltación de la Cruz?*

Muchas más cosas sabemos ahora de la batalla de Lepanto, de sus aparejos, de la colisión, de sus azares, de la fragilidad de la Liga que hizo posible la victoria, estudiada desde todos los ángulos, que no supo jamás don Antonio de Fuenmayor, a quien ya dejamos por seguir mejores guías.

Fernando de Herrera, con bíblico aliento, pudo lanzar al cielo aquel Tedéum *jubiloso que es su oda triunfal:*

Cantemos al Señor que en la llanura
venció del ancho mar al Trace fiero...

La batalla de Lepanto tuvo dos protagonistas. Fué la batalla de Pío V y la batalla de don Juan de Austria. La gloria de iniciarla pertenece a las galeazas venecianas. El primer disparo lanzado por la galeaza de Francesco Duodo hizo saltar con gran estrépito de cristales el fanal grande de la galera de Alí; un segundo disparo destrozó las defensas de una galera que le estaba cercana; el tercer disparo dañó una galera algo alejada de las dos primeras. Ha dado comienzo la postrer lucha de la antigüedad, digna de ser consignada en un libro de Caballería. En esta hora, el pontífice estaba en su cámara, departiendo en paseo lento sobre negocios de importancia con monseñor Bartolomé Brussoti de Bibiena, su tesorero general. Inesperadamente se detiene; se separa de su interlocutor y corre a abrir una ventana. Levanta al cielo sus ojos y los tiene fijos en él por espacio de unos minutos; cierra la ventana y con aspecto de profeta, con el espíritu lleno de grandes cosas, dirige una mirada a su tesorero. «No es este el momento indicado para tratar el negocio que nos ocupaba. Nuestra armada traba combate con los turcos, y Dios le dará la victoria». El tesorero se retira y el Papa corre hacia un pequeño altar y se postra de hinojos y con las manos juntas implora al Señor, cuya gloria hinche los cielos y la tierra.

Don Juan de Austria es acaso el héroe más puro de la historia de España. Pareció, dice un glorioso marino, que halló albergue en su pecho el alma heroica y juvenil del macedón Alejandro. ¡Quién sabe si una vida más larga y

otras victorias no tan limpias hubieran ajado la intacta flor de poesía que embalsama su memoria!

¡Manibus date lilia plenis!

¡Lirios, lirios a manos llenas, lirios y laureles encima de esta tumba fresca, que devoró la más hermosa espiga de la juventud española y libró a la Cristiandad del prolijo miedo.

LORENZO RIBER.

Madrid, en el Colegio Mayor Jiménez de Cisneros, 24 de junio de 1952, fiesta de la Natividad de San Juan Bautista.

De esta obra se han hecho cuatro ediciones. La primera que es la que reproducimos, es de Madrid, Luis Sánchez, M. D. X C V.

(1 volumen en 4.º, de VIII + 147 folios + 1 en blanco + 13 de tabla + 1 de colofón.)

VIDA Y HECHOS DE PÍO V. *Segunda edición. Añádese el libro VII, que trata de las informaciones hechas para su canonización.* Zaragoza. En el Hospital de Nuestra Señora de Gracia, 1633. 8.º

VIDA Y HECHOS DE PÍO V. *Tercera edición. En* Madrid, por la Viuda de Juan Sánchez. Año de 1633. 8.º

También se rotula tercera edición *la de* Valencia, Benito Monfort, 1733. 8.º

VIDA Y HECHOS DE PIO V. PONTIFICE

Romano, diuidida en ſeis libros; Con algunos notables ſuceſſos de la Chriſtiandad del tiempo de ſu Pontificado,

POR DON ANTONIO De Fuenmayor.



CON PRIVILEGIO.

En Madrid, Por Luis Sanchez.

Año M. D. XCV.

TASSA

Yo, Alonso de Vallejo, escribano de cámara del Rey nuestro Señor, de los que en el su Consejo residen, doy fe que habiendo visto por los señores dél un libro intitulado: LA VIDA Y HECHOS DE LA SANTIDAD DE PÍO V, que con su licencia fué impreso, tasaron cada pliego del dicho libro a cinco blancas en papel; y a este precio mandaron se venda, y no a más; y que esta tasa se ponga al principio de cada volumen del dicho libro, para que se sepa lo que por él se ha de llevar, y que no se venda de otra manera. Y para que dello conste, di esta fe, que es fecha en la Villa de Madrid, a veintitrés días del mes de Agosto, de mil y quinientos y noventa y cinco años.

ALONSO DE VALLEJO.

SUMA DEL PRIVILEGIO

Concedióse licencia y privilegio a don Antonio de Fuenmayor, para que por tiempo y espacio de diez años ninguna persona pueda imprimir, ni vender sin su licencia La vida y hechos de Pío V, so pena de cincuenta mil maravedís y más las penas contenidas en la premática, como más largamente consta del dicho privilegio, que pasó ante Alonso de Vallejo, escribano de cámara. Su fecha en Madrid, a veinte y cinco días del mes de Mayo, de mil y quinientos y noventa y cinco años.

EPITAFIO PUESTO EN EL DEPÓSITO DEL PAPA PÍO V

PIUS V. PONT.

Religionis ac pudicitiæ vindex,
Recti & iusti assertor,
Morum & disciplinæ restitutor,
Christianæ rei defensor,
Salutaribus editis legibus,
Gallia conservata,
Principibus fœdere iunctis,
Parta de Turcis victoria,
Ingentibus ausis & factis,
Pacis, bellique gloria.

Maximus,
Pius, Felix, Opt. Princ.

GVLLIELMI SIRLETI
S. R. E. Cardinalis de Pio V. Pont. Max.

Iam pridem resides animos, desuetaque corda,
  Ad pia facta Pius suscitat ore, manu.
Quinti nomen habet, nulli pietate secundus,
  In cælum recto tramite ducit oves.

Cuando constreñido Alexandrino de la aspereza de Pío IV, determinó dexar la ciudad, un varón romano de venerables canas y letras le envió este epigrama:

MARCELLI PALONII ROMANI ÁD GUISILERIUM
CARDINALEM ALEXANDRINUM

Tu corde invicto properas discere ab urbe,
  Dicis et in patria vivere velle tua.
Ex humili ad magnum dii aliquid te certe vocarunt,
  Consiliique tibi signa dedere sui.
Prodigiisque abitum deterrent. Ecce resistis,
  Te pirata mari, morbus in urbe premit.
Ergo mane: votisque hominum, auspiciisque deorum
  Assentire, tibi urbs scannum erit et patria.

IN PIUM V. PONT. MAX. POST PARTAM DE TURCIS VICTORIAM, ANTONII FONMAIORI EPIGRAMMA

Qui dominum te urbis ſecit, Pie, ſecit et orbis,
  Atque dedit dias ius reserare ſores.
Inſeri, superique tenes, Pie, sceptra deorum:
  Quid supereſt? Pontus. Iam deus eſto maris.
Hem pelagi immitem pulsaſti classe tyranum:
  Cedunt Romano tertia regna Iovi.

AL LECTOR

No pueden dar cumplido gusto libros que a su autor desagradan, cuando el ardor engañoso de la invención no ha tenido espacio de resfriarse. Ellos salen tras tan pocos años de enmienda, que un hijo echado fuera de tiempo, y como abortivo, es imposible salga con perfección entera, ni dure en vida. ¿Y qué mucho no sea el que debe, pues apenas es el que yo he escrito? En mi ausencia, de un borrador mío se sacó en innumerables partes, no lo que yo dixe, sino lo que el escritor entendía. Con singular cuidado le sanó el impresor mil llagas; mas vino tal, que de otras tantas queda señalado. Esta obra por otro escrita, a quien decir de no no puede, antes agradecer infinito la elección que de mí hizo: perdió el nombre de mía, en alzando della la pluma, y dada una vez, aunque quise, no pude detenerla, ni disponer de lo ajeno. También sin leerse más que el título, comenzó a ser tan sospechoso a gente grave, que es forzoso salga, y que fama de bárbaro libre a su autor de peor nombre, no crean a dicha es mayor mal el que se encubre. ¡Oh primer parto, siempre

infeliz, no sólo lleno de fatiga, pero de peligro! Si hay quien de mí, ni cosas vulgares, ni en vulgar esperaba; no me culpe, mas duélase de salud y fuerzas tan flacas, que ha más de un año no me permiten llegar a cuidados mayores. A quien sólo por este borrón soy conocido, suplico no quiera medir curiosamente por la uña al león. Son trabajos de mocedad, y de pocos días: los defetos que hubiere, perdónense a la fragilidad humana, que jamás comenzó con sentido cabal, y en quien la perfección tiene a la imperfección por principio.

A DON FRANCISCO DE REINOSO,

Abad y Señor de Usillos, Maestresala que fué, y Camarero secreto de la santa memoria de Pío V.

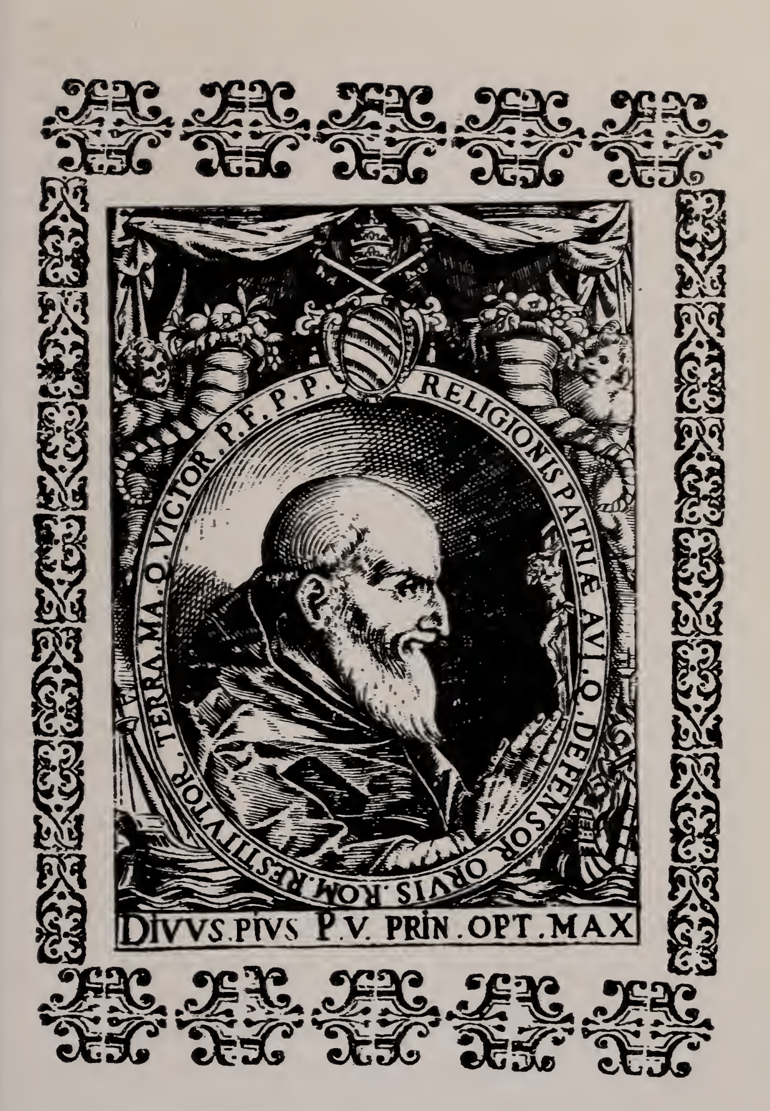
De muy pocos hemos leído que acertasen en el gobierno de aquella República donde van de caída fuerzas y reputación, y los vicios y licencia de la prosperidad perseveran. Aquí el Príncipe remiso es cuchillo: nunca más gravemente castiga que cuando perdona; y el severo no es a propósito, porque recientes pérdidas hacen impacientes a los ánimos altivos. Parece que castiga triunfando de las calamidades de los súbditos, y que reprehende por menosprecio. Pues como al caballo feroz antes le hace insolente la herida que le domestica, así al pueblo en la felicidad ensoberbecido, es el rigor más ocasión de obstinación que de enmienda. Por eso se juzgó siempre por incurable, como postema, a quien igualmente dañan el hierro y la blandura. Démades, al declinar la ciudad de Atenas, regía ayudando a la caída, antes que reparándola, y pedía se le perdonase, porque gober-

naba los naufragios de la República, donde ni arte ni industria aprovechan. Catón el Menor, rígido y de costumbres santísimas, a la estragada Roma fué de veneración y de ningún reparo. De la manera que el fruto cuando viene muy fuera de tiempo, sirve más a la vista para que le alabemos, que al gusto, así él, con costumbres tan fuera de las que se usaban en su edad, fué de admiración a todos, y a ninguno fué de uso. Considerando esto, gran maravilla debe causar aquel santísimo Pontífice Pío V, que alcanzando infelicísimo siglo, pudo restaurar la salud de la Iglesia; a quien ni la humilde fortuna de su República disminuyó la fama, como de Foción se dice, ni el conservar perdió su estima, que aunque de singular virtud, es en nuestros ojos de menor gloria. Pienso, pues, que hago al común algún servicio en poner delante, como exemplo, la vigilancia y prudencia suya, uno de los pocos, y a mi juicio el más principal que en el difícil gobierno acertaron. A Pío IV trazó la muerte un hombre de mediana condición, persuadiendo los conjurados tenía aviso del cielo que con el fin del Pontífice comenzaría la reformación de la Iglesia. Descubierto el trato, pagó con la vida, y fué después bien advertido su dicho, cuando con Pío V, sucesor, comenzó la justicia y piedad. Miserable era el estado de la Cristiandad, recogida a un rincón, y parecía que con ella, todos los vicios. Roma, cabeza de la Religión, lo era también de pecados; sus príncipes guiaban en la perdición al pueblo: llegó la libertad donde nunca, olvidado el culto divino, parte cerradas, parte caídas las iglesias, desiertas todas. Vino con Pío V mejor siglo; desterráronse los vicios,

cobró la Cristiandad su honra, y restituyó a Dios la que le debía. Y lo que más es, ni la gravedad de pecados cerró del todo el paso a la misericordia, pues liberalmente perdonó sus injurias, ni la insolencia del pueblo excluyó la justicia, antes tenían en la boca de ordinario el vulgar dicho: Hágase justicia y perezca el mundo; que emendaba diciendo: Hágase justicia, no perezca el mundo. Húbose con milagrosa destreza, ni disimulando del todo, ni cara a cara oponiéndose, sino, poco a poco, corrigiendo la República, como quien pretende vencer la corriente de un río, ni vuelve al raudal la popa de la barca, que la arrebataría, ni derecha la frente, que se fatigaría sin fruto. En testimonio desto vimos, siendo menos poderosa la malicia, quien más que él usó de la blandura, y quien más del rigor; entrambos, ocasión de mayor corrupción, y excluídos del número de buenos Príncipes. Movido desta razón a recoger las virtudes de Pío (que no poco al presente estado de cosas convienen, si imitasen a aquellos a quien toca esta solicitud y celeridad en las determinaciones, junto con el consejo y providencia), me pareció ofrecellas o, por mejor decir, restituillas a V. M., cuyas son; así por ser de quien supe lo más que escribo, como por tener en ello tan gran parte, admitido a los más escondidos y menudos consejos. El autor que sigo quitará el escrúpulo a los que se maravillan de que hable en negocios de Italia, quien de los lumbrales de España no ha sacado el primer pie; como si fuesen estas cosas en que no puede más la relación que la presencia, y nadie pudiese escrebir sino lo que ha visto. Condenen con ese título Griegos y Romanos, que los sucesos

prosiguieron de la otra nación, y a los que contaron hiſtorias de siglos más atrás que sus vidas, y a los que no peregrinaron toda la tierra con sus personas, como con sus libros. Pero esta objeción, o no la pondrá nadie, o quien la pusiere no merece respuesta. A V. M., estoy cierto, será grata esta pintura, donde procuré representar el ánimo de Pío con más propiedad que elegancia, pues sus retratos del roſtro, de remotas regiones traídos con dificultad y costa, tiene, y como preciosas imágenes venera. Yo, que mayores mueſtras de agradecimiento debo dar y deseo, ofrezco agora las primicias de mi sudor, debidas a Dios, y después a los que en la tierra en su lugar tenemos, que son los padres, cuyo nombre apenas los naturales le tienen de mí tan merecido. Como fruto demasiadamente temprano, no tendrá sazón cumplida; pero por la novedad se reciba con guſto, o con esperanzas de que algún día podré pagarle menos áspero, se disimule. Guarde Dios a V. M. muchos años. De Palencia, &c.

DON ANTONIO DE FUENMAYOR.


RELIGIONIS PATRIÆ AVI.O. DEFENSOR ORVIS.ROM.RESTITVTOR. TERRA.MA.O.VICTOR.P.F.P.P.
DIVVS.PIVS P.V. PRIN.OPT.MAX

ARGUMENTO DEL LIBRO PRIMERO

Trátase en él del linaje, padres y patria del Pontífice. Su niñez y criança, y hábito que tomó de Santo Domingo. Lo mucho que aprovechó en las ciencias sagradas, y cómo las leyó públicamente. El modo de vivir en la religión. Los Prioratos y otros oficios que tuvo en ella, y más notables sucesos, y observancia de la orden, y graves dichos suyos. Como fué confesor y limosnero del Marqués del Basto, Gobernador de Milán, y después Inquisidor de Como. La puntualidad con que exercitó allí este santo oficio, y las persecuciones que padeció por ello, y, por lo mismo, en Bérgamo, con gran peligro de la vida, y serle necesario escapar huyendo. Las pesquisas que hizo por mandado del Santo Oficio, hasta ser nombrado su Comisario en Roma. Reducción de fray Sixto Senés a la fe, y diligencia en el nuevo cargo. Su elección de Cardenal por Paulo IV. El Oficio que le dió de Inquisidor General, nunca antes visto en Roma. La vida de cuando Cardenal, y el gobierno de su familia. Persecución de los Garrafas por Pío IV, y lo que procuró en su

defensa. Cómo fué Obispo de Mondevi, y visitó en persona su iglesia. Disgustos que tuvo con Pío, por algunas contradicciones que le hizo, y cómo le disminuyó la autoridad por esto, y determinó de salirse de Roma, y puesto en el último trance de la vida, señaló su sepultura. Poco después fué electo Papa, con admirable unión de los Cardenales.

DE LA VIDA Y HECHOS DE PÍO V, PONTÍFICE ROMANO.

LIBRO I

Usaba la antigüedad escribir vidas de varones ilustres, porque siendo la Historia un dechado de la vida humana, ninguna es más justo poner delante, para que imitemos, que los hechos de los que en alguna virtud fueron excelentes. No sólo los escritores ponían cuidado en inquirir las vidas más notables, pero los mismos príncipes convidaban a los grandes ingenios con premios honrosos, para que en su alabanza trabajasen. Perdió grandes fuerzas esta costumbre, y ni los autores hallan vidas que merezcan ocupar un buen espíritu, ni los señores estiman sus loas, después que dexaron de hacer cosas dignas de alabanza. Yo determino escribir los hechos de Pío V. Pontífice Máximo, y renovar el uso antiguo, pues él renovó el primero siglo, asiento de la virtud: y a la Iglesia Católica, que declinaba, restituyó casi en la integridad de sus principios. Obra es que pedía estilo de inmortales escritores. Ofrezco lo que puedo

a aquella purísima alma, deseoso que eſte breve compendio abra camino por donde con mayor caudal discurran otros. Aquí hallarán un observante religioso, un concertado padre de familias, un desapasionado consejero, un entero juez, un buen perlado, un sabio príncipe. Exercitó todos eſtos oficios, y cada uno, como si para aquél hubiera sólo nacido. Muchos hay que cada cosa deſtas de por sí hagan excelentemente; pero un ánimo altivo y para mandar pasa de los límites de buen súbdito cuando ha de obedecer. Gobiernan unos con modestia sus casas, y fáltales grandeza y pecho para regir una República. Otros, hechos a grandes cosas, no saben humillarse a las menudas de su familia. Pío, a cargos que tan diversos naturales piden, se ajustó de suerte que tan humildes baxos, y altos tan soberbios, antes hicieron en él armonía que desigualdad. Nació, siendo Pontífice Romano Julio II, y reinando en España don Fernando el Católico, en el año de la reparación del Mundo de 1504, a 17 de Enero. Celébrase ese día en la Iglesia la solemnidad de San Antonio, aquel gran ermitaño, y creen algunos que tuvo su nombre y que le mudó siendo fraile. Otros piensan, y es lo más cierto, que se llamó Miguel en el bautismo.

Sus padres fueron Dominica Augeria, y Paulo, de la casa de los Guislerios, antigua en Bolonia. Forzaron a sus mayores las discordias civiles a dexar la ciudad y venirse al Bosco, villa pequeña del Ducado de Milán. Eurípides pensó que importaba para la fortuna de un hombre nacer en un lugar noble; pero más glorioso es que haya hecho nuestro Pontífice célebre al Bosco olvidado que si le diera nombre

la grandeza de su tierra. Este año afligió a la Lombardía peste, y los hombres, dexando los lugares inficionados, se salían a buscar a los campos aires más puros. Fueron a una chozuela Paulo, y Dominica preñada, donde al tiempo legítimo nació Pío: y debe no menos Roma a las cabañas, por esto, que por su fundador Rómulo. Vivieron en el Bosco sus padres, aunque pobremente, con opinión de nobles, exercitando a Miguel en oficios baxos, pero honestos, hasta que fué de edad de catorce años. Entonces mostró sus pensamientos religiosos, tomando hábito de fraile, debaxo de la profesión de Santo Domingo. Voz es, entre su gente recibida, que vivía Paulo de llevar trigo de los llanos del Milanés a las montañas del Ginovesado. Iba en su compañía Miguel, y desavenido por liviana ocasión, huyendo topó con dos religiosos Dominicos, que, apiadados de su niñez y soledad, le llevaron para servicio de la sacristía. Pero la virtud es fuego que no puede disimularse: dió muestras de vivo ingenio, y digno de cosas mayores. Enseñáronle a leer y escribir, y diéronle hábito. Tomóle en el convento de Voguera, recolecto de la provincia de Lombardía reformada. Pasáronle después a Vigébano, estudio célebre, donde aprendió las primeras letras; después, a Bolonia, donde mayor disciplina se profesaba y donde tenía la Orden sus mejores puestos. Creció en dotrina tanto, que en breve enseñó las facultades que aprendía: Lógica, Filosofía y Teulugía. No sólo en letras, en santidad era ya maestro, preciándose de hijo de Religión, que no sólo con ciencia, sino con costumbres, alumbró la Iglesia. La ocupación de lector no le divertía del

coro; antes era en medio de los estudios religiosísimo, porque decía que para perfeción, no para escusa de obligaciones, trabajaba. Ordenado de Misa, quiso con la primera alegrar a sus parientes, y a su tierra; pero hallóla desolada por el General Lutrec, huídos los naturales, dexando a los Franceses las haciendas, apenas con ellas redimiendo las vidas. Vino muy a tiempo fray Miguel, si no para regocijo, para consuelo del Bosco, en que se mostró sabio, cristiano, y reconocido a su patria, alentando a los naturales y armándoles de constancia contra las calamidades de la guerra. Pero justo será dar alguna noticia deste lugar y, con la brevedad que profeso, referir su historia.

Es el Bosco villa de quinientos vecinos, murada y con un castillo bastamente fuerte, puesta en los llanos de la Lombardía, en la parte que los latinos dixeron Vía Emilia, en la ribera del Bormia, río pequeño, que algo antes baxa del Apenino. Es del Obispado de Tortona, pero del Condado de Alexandría de la Palla, noble de por sí, con título de Marquesado y libre de los servicios de la ciudad, aunque su potestad (ansí llaman al Gobernador) conoce de todas las causas que con reo o actor del Bosco se tratan. Dióle el Emperador Otón II al hijo cuarto de Aledano, su yerno (hombre ilustre, y de los Duques de Saxonia) con nombre de Marqués, confirmado después por el siguiente Otón y por Frederico el primero, dicho Barbaroxa. Crecieron en opinión y riquezas sus señores, y hicieron a los Alexandrinos feudatarios de Ponzano y Marançana, lugares fuertes en las riberas del Tibre, y por cierto tributo dieron para los propios de la ciudad a Monte-

claro, de la otra parte del Po, vecino de Aquafrida, conocida por su fértil campaña. También los anales de Génova cuentan que Otón Marqués, en recompensa de beneficios recebidos de la República, le dió a todo Tallobo y una parte de Ublada de Rosellón; pero olvidados deſta liberalidad los Ginoveses, asolaron, bien poco después, al Bosco. Dice el Catena, autor italiano, que eſta nueſtra historia escribe, haber venido tras lo que he contado, por venta de un Lanceloto, a poder de Génova; cállanlo sus ciudadanos. Dése al autor la fe que ello merece. Finalmente fué de los Milaneses, y su Duque Galeaço Vizconde, renovó el perdido título de Marquesado, dándole a Tadeo Manfredi. Ahora, en las guerras de España y Francia, fué plaça importante y de varios acontecimientos, mudando señores, como las olas de la guerra los daban y quitaban a todo el Eſtado.

Pero, tornando a lo que comencé, volvióse fray Miguel a Pavía, donde era maeſtro. Leía con increíble aplauso, mostrándose, no sólo docto, sino pío, defendiendo la autoridad de la Iglesia Romana contra las nuevas cismas. En Parma también, en un capítulo de su Orden, defendió en pública disputa unas conclusiones de treinta cuestiones, la mayor de la precedencia del Pontífice, como pronosticando su dignidad, y defendiendo cual cosa propia la Vicaría de Cristo. Fué Prior en Vigébano, en Soncino, en Alba. Aquí le sucedió un caso notable, aunque pequeño. Abrasaban, juntas, guerra y hambre al Piamonte. Los soldados, apremiados de la careſtía, que todo lo hace lícito, así de amigos como de enemigos, robaban para suſtentarse. Trecientos dellos,

obedeciendo al duro imperio de la necesidad, dieron en el convento, con ánimo de robar los bastimentos que habían recogido los frailes. Aplacó el movimiento fray Miguel, diciendo a los soldados que no quería poner ley más estrecha a su necesidad de lo que ella era, antes remediar la de todos, si había concierto, que él tenía mantenimientos para muchos días; pero si desorden, ni para uno; quedaría el convento desolado y su necesidad en pie. Con esto, sosegada la gente de guerra, quedó en el monasterio, tan compuesta por la buena prudencia del Prior, que el ruido de las armas jamás turbó la quietud religiosa. Acudía a las horas, tenía celdas señaladas, y con lición comía en el refitorio, mezclada entre los frailes. Los demás soldados que estaban de guarnición, apremiados de igual necesidad, acometieron también al monasterio, coligiendo del tiempo que había se sustentaban los otros, era su provisión muy grande. Acudieron a las puertas, para echallas por tierra. Los frailes, turbados, temían aún mayor daño, y los soldados, para resistir, no eran bastantes. Hizo abrir el Prior las puertas, y puesto delante, dixo con grande ánimo desta manera: «¿Qué es esto? ¿Aun la iglesia y lugares sagrados no han de valernos contra vosotros? ¿Qué harán los Alemanes herejes cuando los católicos se atreven a la religión? ¿Qué pudiéramos temer, si los enemigos entraran la tierra, cuando tal padecemos de los que nos defienden? Aun el ímpetu de los vencedores refrena la reverencia de los lugares santos, ¿y vosotros violaréis, y meteréis a saco vuestros altares y sacerdotes que os sustentan contra el enemigo más que las propias espadas? Confieso la

necesidad; pero ¿qué podemos hacer más nosotros que con las vituallas de treinta suﬆentar a trecientos? ¿Negamos a nueﬆras vidas el suﬆento, por repartille con vueﬆros hermanos, y el galardón será saco? Si la reverencia deﬆe hábito no os mueve, no sólo a nosotros, a vueﬆros compañeros, quitáis lo que quitáredes. Ellos defienden su parte; Dios, a quien agraviáis, en cuyo amparo eﬆamos, defenderá la nueﬆra.» Suspensos, detuvieron eﬆas razones, llenas de fuego, a los soldados, sin que del primer umbral pasasen ni respondiesen. Sólo uno, alzando la voz, dixo: «Padre, muy soberbio habla.» Y él: «En defensa de la Iglesia, decir y morir.» Con que, sin hacer daño, se fueron todos. También los trecientos, mejorada la eﬆrechura del tiempo, dexaron el monesterio y, según su posibilidad, gratificaron el acogimiento.

Moﬆróse fray Miguel, en prelacías, celoso de conservar su religión en la observancia en que fué inﬆituída, y a muchos moneﬆerios de monjas, que por su buen crédito le encomendaban, puso en la entereza que jamás hasta entonces. Amaba la clausura, y no consentía saliese fraile de casa sino a negocio preciso, porque decía que el religioso fuera de su celda perecía tan preﬆo como el pez fuera del agua. Era abstinentísimo; quería que la comida fuese sólo medicina para reﬆaurar las fuerzas, con que pudiese cada uno volver más entero a su oficio. Decía que el goloso no podía ser caﬆo. A un caballero que se le quexaba del calor de Roma y admiraba cómo en una desacomodada celda le pasaba, respondió: «Quien poco come y bebe, poco siente los calores del verano.» Era enfermo, y con la templanza con-

servó la salud, que bastó para llevar el peso de la religión. Tuvo al culto divino grande asistencia, y tenía en la boca, muy de ordinario: «Mientras los oficios divinos anden en su punto, abundarán bienes de cuerpo y espíritu; pero en faltando, faltará todo.» Regía la casa de Vigébano, cuando creció tanto en crédito de santidad, que la voz de su fama se pudo oír entre el estrépito de las armas imperiales, y llegó a los oídos del Marqués del Basto, don Alfonso de Ávalos y Aquino; escogióle por confesor y limosnero. Decíanle sus frailes hiciese de tantas limosnas una en sí, trocando la capa rota en otra nueva, siquiera para reparo del agua cuando iba a confesar al Marqués. Él respondió que a los verdaderos mendigantes bastaba una capa, tal que fuese, y lo demás era superfluo, que en vano profesaba pobreza si igualaba a los ricos en el vestido. Con ser por todo estremo pobre, era muy aseado en lo que traía, y decía que siempre le agradó la pobreza, mas no la floxedad. Subía, como en virtud, en reputación, y así, le hicieron Difinidor de su provincia. Todas las veces que le llamaba el Provincial a juntas, iba, por guardar las determinaciones, a pie, hombre enfermo, y con un saquillo a las espaldas, en que llevaba su poco axuar. En todas las diferencias le hacían árbitro, porque de su entereza tenían satisfacción, que, vista la justicia, ni amor ni miedo podrían torcerle. En ninguno de los grados por do fué subiendo dió muestras de ambición, ni aceptó oficio sino forzado por la obediencia. Temía, sobre todo, los Priorados, y si pudiera sin riesgo de conciencia, los desamparara, que sentía por carga, para hombros más firmes que los de Hércules, la de

almas ajenas. Por esto se inclinaba más a las cosas del Santo Oficio, que aunque de gran fatiga, no rehusaba el trabajo, sino el peligro. Ni lo deseó en vano, que luego se ofreció ocasión en que mostrar el celo que le abrasaba de defender la Fe Católica.

Los Grisones, por la vecindad que con los cantones herejes de los Esguízaros tienen, como gente sin letras, se dexaron inficionar poco a poco. Son Grisones los antiguos Retos, metidos en los Alpes de Alemania, gente inculta y que no ha aún echado del todo la fiereza antigua. Habitan las fuentes del Rin, hasta el lago Lario, hoy de Como. Es su cabeza Coira; y cuéntase entre las naciones confederadas. Los valles de Felina y los de Chiavena son suyos: miran a la parte de Italia, al nacimiento del río Abdua, y por el comercio que con el Ducado de Milán tienen, el veneno que por ellos se había esparcido amenazaba toda Lombardía. Fué de ninguna muestra al principio; pero en breve, casi mal irreparable y de gran peligro. Escogieron a fray Miguel Guislerio para esta necesidad (remedio, por cierto, prompto y eficaz, como lo era la dolencia) con título Inquisidor de Como. Pareció nombramiento del Cielo. Tal fué el fruto que en aquella gente hizo y la solicitud con que asistió a repararllas. Entraba de noche por los valles disfraçado, con peligro cierto de la vida, a ser conocido, y espiados bien los designios de los enemigos, prevenía muy con tiempo los daños. Aprovechóse de la industria de Bernardo Odiscalco, gentilhombre de Como, con quien profesó amistad estrecha, persona aficionada al Santo Oficio y emparentada en los valles, por donde tenía continuos avisos. Los de Fe-

lina enviaron a Como doce balas de libros de herejes a un mercader, para que los repartiese por los mejores lugares de Lombardía, Romaña, Calabria, donde tenían correspondencia. Industria es ésta que ha sido a los herejes muy favorable, remediada de los católicos muchas veces con mucha dificultad. Fray Miguel, que siempre velaba, como quien guardaba frontera, embargó los libros por el Santo Oficio. Estaba vaca la silla Episcopal, y el mercader aprovechóse de la autoridad del Vicario y Capítulo, contra el Inquisidor, que debaxo de nombre de jurisdición los sacasen de su poder. Con color de justicia (que encuentro de jurisdicción es ordinario) acudieron a la fuerza, y fray Miguel a su defensa con las armas eclesiásticas, requerimientos y censuras, que en los ánimos contumaces sirven de irritar y no de enmienda. No aprovechando por esta vía, escribió a los Cardenales de la congregación de la Inquisición, Garrafa, después Paulo IV, el Carpense, hombre doctísimo, el de Santacruz, que fué Marcelo II, y el de Toledo, don Juan, fraile Dominico, varón santo, y de la casa de Alba. Parecíales al Vicario y Capítulo cosa indigna desistir de lo comenzado, y defensa del mercader: y dexada la capa de justicia, como porfía prosiguieron, amenazando de quitar la vida al Inquisidor, si más contradecía. La libertad llegó a punto, que citados parecieron en Roma, con que fray Miguel fué aborrecido de todo el pueblo, la mayor parte dél deudos o conocidos de los interesados. Un día, alterado el lugar, arremetieron a él para apedrealle, de que pudo escapar difícilmente, con el amparo de Odescalco, su amigo, que sosegó el alboroto y le recogió

a su casa. Dieron cuenta sus émulos a don Fernando Gonzaga, Gobernador del Eſtado de Milán, del tumulto, haciendo autor dél al Inquisidor.

Eſtaban en su punto las discordias que el señorío metió entre España y Francia, y como en cosa aún no bien asentada, materia de sediciones es sospechosa, mandóle el Gobernador no procediese en su oficio. No afloxó punto por eso, continuando en sus pesquisas, haſta que Gonzaga, solicitado, se persuadió era en su menosprecio, y le mandó parecer en Milán la mañana siguiente. Teníanle pueſttas asechanzas en el camino, para que no llegase al tiempo señalado; pero él torció por parte diferente, y de noche, y libre, se presentó a don Fernando puntualmente. Recibióle desdeñoso y no quiso darle audiencia; antes, a los que por él le hablaban, dixo quería meterle en prisiones y proceder como contra inobediente a los mandatos imperiales y perturbador del Eſtado. Después, oídas mejores relaciones, como celoso de la Fe, le dió por libre; pero temeroso de alguna afrenta (que nada dexaban por intentar sus enemigos), se fué a Roma. Prevenido habían los Canónigos eſta diligencia con favores y informaciones falsas. Tenían bien quien hiciese sus partes, y le cargasen; pero venció la verdad, y salió el inquisidor con grande honra. De aquí concibieron todos que tan fuerte pecho convenía para el servicio de la Fe, y que mayores casos le esperaban. Algunos que juzgaban tanto valor por demasiado, le aconsejaban anduviese con menos libertad, y más deſtreza con personas de respeto, y él respondía: Que no tenía el ánimo sano quien en fuerzas hechas a miniſtros del Santo Oficio guardaba respetos.

A este tiempo litigaban dos Canónigos de Goira, el uno sospechoso de la Fe, y de ruin vida, y por esto, aunque de más votos, no confirmaba la elección el Pontífice hasta la resulta de su causa, que pendía en el tribunal de la Inquisición. Cometieron los Cardenales a fray Miguel la averiguación en medio de los Grisones, que, como herejes, aborrecían sus diligencias y hábito de Santo Domingo, que en Italia es el cuchillo con que la Fe castiga. Persuadíanle no se pusiese a tan claro riesgo y mudase traje; mas él replicó que para morir en él había tomado aquel hábito, y mucho más por causa de la Religión. Volvió libre, hecha la diligencia, que a la gran fama de su virtud reverenció el mismo vicio, con que depusieron al hereje. Tras esto, fué a Bérgamo por Inquisidor, donde procedió contra Jorge Melolaco, hombre poderoso de amigos y parientes, y el gobierno de la ciudad: caso a que toda hizo movimiento. Valióse de la autoridad de Juan Jerónimo Albano, honrado después con Capelo por Pío, en agradecimiento y premio de su virtud. Procuró reducir al pertinaz acusado, deudo suyo, y apaciguar algunos alborotos que los más ilustres levantaban; pero uno y otro en vano, que él estaba rebelde, y ellos con mano armada le libraron. La gente noble, junta a son de campana, rompió las puertas de la cárcel, y hirió mal al alguacil del Santo Oficio, que se puso a la defensa. Era suma dificultad haber el preso a las manos, y castigar a tantos, de igual peligro; todo lo compuso la prudencia del Inquisidor. Abjuraron solemnemente los culpados en la fuerza, y restituído el delincuente, le envió, por atajar mayores escándalos, a Venecia, donde acabó en la cárcel.

Víctor Soranzo, caballero Veneciano, y Obispo de Bérgamo, era sospechoso de herejía, y sospechoso más el averiguallo, contra quien justicias y pueblo tenía de su parte; pero todo lo osaba fray Miguel, a quien lo cometieron. No pudo ser el recato tanto que no llegase a noticia de los Gobernadores y le buscasen al punto para hacerle morir. Salió huyendo de noche, y por que no peligrase el proceso importantísimo, de quien más cuidado que de sí tenía, dexóle en poder de un fraile Francisco; después, cobrándole ya en seguro, se fué con él a Roma. Citado el Obispo, pareció ante los Cardenales, donde de grandes errores convencido, y de tener traza como pervertir con su exemplo y industria a toda Italia, después de reducido a mejor parecer, murió, depuesto de la dignidad, en Venecia, retirado de errores y de oficios públicos.

Vacó en esto el Comisariato del Santo Oficio, y consultando el General Dominico las personas que más a propósito juzgaba para aquel cargo con los Cardenales de la Congregación, el Cardenal Garrafa, sin ser de los nombrados, escogió a fray Miguel, y los demás lo aprobaron. Tratóle más con la ocasión del oficio y admiróle la entereza y virtud de ánimo. Siguió el amor a la admiración, y no hartándose de la conversación ordinaria, por gozar más libre dél, le hospedó en su casa, y mandó que cuando le visitase el Comisario, no entrase nadie delante a avisalle. Alababa públicamente su virtud, y prometía dél tan grandes cosas, como cada día iba efetuando. En este oficio libró a fray Sixto Senés, hombre de gran crédito, mas hereje relapso y pertinaz, y condenado al

último castigo del fuego. Redúxole primero, y tras la vida del alma, puesto a los pies de Julio III, que entonces presidía en la Iglesia, alcanzóle gracia de la del cuerpo, diciendo esperaba, trocado aquel hombre, le había Dios de hacer instrumento de la salud de muchos. Pero fray Sixto, de la Orden de los Menores, despreciaba la libertad de la vida, si era para estar afrentado entre sus frailes: y el Comisario le hizo admitir entre los suyos, dándole el hábito con propias manos, y vestidos. Después, con insignes trabajos, éste ilustró la religión, doctísimo intérprete de los más dificultosos lugares de la Escritura, con que eternizó su nombre y agradecimiento, contando a los venideros el beneficio recebido, en la primera plana de sus obras. Era el celo del Comisario maravilloso, de reducir errados en la fe, y castigar incorregibles. Los que con pública penitencia en los cadalsos con nota de infamia se reducían, sentaba él a su mesa y consolaba, y guardó esta costumbre siendo Cardenal. Ya que con los cargos crecieron los salarios, pudo hacer limosnas con tanta liberalidad que sobrepujaban los gastos a los réditos. El día que hubo con el nuevo oficio de asentar casa, tras sudores inmensos en servicio de la Iglesia padecidos, se halló con cien reales en poder ajeno, porque jamás le pidieron cosa que la negase. Llamábanle padre de pobres, o porque era único amparo suyo, o porque era único dechado de pobreza.

En esta sazón, murió Julio en Roma, a 23 de Marzo del año 55, habiendo gobernado la Iglesia algo más de cinco años con mucha quietud. Fué mansísimo, de grandes letras, amigo de justicia, alegre,

bienquisto, de quien se cuenta jamás haber querido mal a hombre. En Italia conservó paz en su Pontificado con la amistad de España, y dió principio al general Concilio que se hizo en Trento, y otra vez sin ningún efecto se había juntado. Por su muerte, eligieron a Marcelo, Cardenal de Santa Cruz, que en el Concilio había presidido, aficionado al Comisario, porque en la Congregación del Santo Oficio tuvo de su valor grandes pruebas. Pensó fray Miguel con esto desterrar la herejía del mundo, que para sólo eso quería la amiſtad de los Príncipes, y en Marcelo conocía un gran pecho. Yéndole a dar el parabién, le prometió sería suya más de la mitad de la Cátedra Apostólica; pero atajó la muerte, a primero de mayo, sus buenos deseos, a veinte y un días de la elección, en que estuvo siempre llorando, cual si pronoſticara el vecino fin. Sucedióle Juan Pedro Garrafa, Arzobispo de Nápoles, dicho vulgarmente Cardenal Teatino, electo a 23 del mismo mes, tan apasionado del Comisario, como diximos. Quísole hacer Paulo IV (que este nombre tomó el nuevo Pontífice) Obispo de Nepi, que él rehusó mucho, y pidió licencia para volverse al descanso. Negósela, diciendo le pondría al pie una cadena, con que ni después de sus días volviese al convento. Bien entendió el Comisario era prometelle Capelo, y respondió: «¿Queréisme, Beatísimo Padre, sacar del purgatorio para meter en el infierno?» Poco después, en día señalado para promoción de Cardenales, envióle llamar el Pontífice, como es uso a los que han de elegir, y no pudiendo efectuarse en aquel consiſtorio, por encuentros que hubo, salió a negociar con estraña alegría, y diciendo: «Escapamos.»

Admiró a todos esta bien notada constancia: y más cuando a la Navidad siguiente, en promoción de algunos, no salió él, sin que en roſtro, ni acciones, pudiese advertirse el menor mudamiento.

¿A quién no admira esto, en siglos donde con tal ansia se pretenden las honras, que cueſta la vida a sus amadores el perdellas? Finalmente, al siguiente Mayo, en el año de 1557, le hizo Cardenal con título de la Minerva, que por su ocasión le tuvo primero, y después optó el de Santa Sabina. Tan descuidado estaba, que cuando le llevaron para dar el Capelo, pensó que iba preso, porque el Papa, hombre áspero, ninguna seguridad le daba de amor. Salió al revés de lo que creyó y quiso, y conforme a lo que todos deseaban. El Cardenal don Juan de Toledo moſtró contentamiento sobre todos. Envióle mula, maza y ropas, insignias del Cardenalato. Por consejo del mismo don Juan, trataba Paulo de la reformación de la Iglesia, y de limpiar a Italia de herejías, de que tenía peligro y sospecha, y instituyó un nuevo oficio de Sumo Inquisidor, haſta entonces no viſto en la Corte Romana. Todos los jueces de causas de fe sometió a éſte. Hízole perpetuo, sin que muerte de Pontífice acabase su jurisdición. Determinó que no saliese del colegio de los Cardenales, y puso en él a Alexandrino, que así llamaban a fray Miguel Guislerio. La origen deſte nombre fué que pareciendo al Provincial que cuando niño le admitió a la religión que el nombre de Bosco, donde había nacido, era áspero, trocósele en Alexandrino, de Alexandría de la Palla, y conservóle hasta el Pontificado. No se tiene por cosa sin miſterio ser Alexandrino el primero y poſtrero a

quien se dió título de Inquisidor Mayor: que como ninguno en santa indignación contra herejes le igualó, galardón parece del Cielo que nadie en título y dignidad contra ellos le igualase. Guardan para sí los Pontífices el conocimiento de tan importantes causas, y para una diputación de Cardenales que sólo a Alexandrino pudieron fiarse. Exercitó el gravísimo oficio, acrecentando diligencia conforme al peso de los negocios que trataba; y si, como supo dar principio a arrancar la cizaña de Italia, no hubieran estorbado sus designios las guerras, fueran los fines gloriosos. Pero Paulo, más celoso que prudente, engañado de ambiciosos sobrinos, resucitó las casi sepultadas discordias de España y Francia, hinchó sus estados y lo mejor de Europa de tumultos, hasta que, con mejor acuerdo, reducido a la amistad del Rey Católico de las Españas, don Felipe el II, se hicieron el año de 1559 las paces, no violadas hasta hoy, entre él y Enrique el II, Rey de Francia, cuando casó con la Reina doña Isabel, que de allí alcanzó renombre de la Paz. Mas ya que los tiempos más sosegados dieron libre paso a la justicia, se hubo con tal vigilancia Alexandrino, que en breve tiempo, como puertas de Jano, en señal de quietud, se podían cerrar los Tribunales del Santo Oficio.

Todo el tiempo que fué Cardenal se trató con la misma humildad que antes, sin que la dignidad (como es proverbio) mudase costumbre, que sólo le servía de, como le ponían en más alto, descubrir a los ojos de los hombres más la virtud. Sus rentas jamás llegaron a cinco mil ducados, y así, era moderada su casa, de hasta dieciséis personas; pero, aunque

pocas, tales que imitasen la cristiandad de su señor. Tenemos hoy un bastante testimonio de don Francisco de Reinoso, cuya religión, templanza y piedad muestra bien que fué descípulo desta escuela, quien salió tan gran maestro. Pero él oye tan mal las alabanzas, que tan bien merece, y yo deseo tan poco parecer adulador, que este argumento de libros mayores que el que trabajo, guardo para mejor tiempo, si vida e ingenio me lo concedieren. A los criados que recebía, lo primero ponía delante que no entraban en palacio, o corte, sino en monesterio, que así lo decía su hábito. Que vicios y emulaciones no había de haberlas, porque todos estaban en nombre de hijos. Que habían de frecuentar los Sacramentos, y para certificarse más, en días ciertos los comulgaba a todos de su mano. Tratábales con afabilidad, remediaba con amor sus necesidades, y con piedad y cuidado particular les visitaba y curaba en sus enfermedades. Daba a todos suficientes salarios, contra el uso romano, que con raciones limitadas y excesivas promesas de favores paga a los criados. Por grande ocasión que fuese, no llamaba a ninguno a la hora de comer, ni dormir, porque decía que era tiempo debido al descanso del cuerpo, y guardó esta costumbre siendo Pontífice. Quiso pagar la deuda común que tenemos, al lugar donde primero supimos qué es luz, con remediar con limosnas (en que jamás fué corto) las necesidades corporales y espirituales; con edificar dentro un monesterio de su Orden, que siendo Pontífice sacó fuera y adornó con rentas y indultos.

Murió por este tiempo Paulo, en el año 59, a 18 de agosto, después de echados de casa sus perniciosos

sobrinos, y todos los que fueron causa de las calamidades pasadas, puestas a punto de ser mayores, si el ánimo del Rey Católico de España no fuera más de repararse contra agravios que de vengar los recebidos. No se puede callar cuán señalado este año fué, con muerte de la mayor parte de Príncipes Cristianos. Murieron en Dinamarca dos Reyes, Cristiano y Cristierno, aquél en la dignidad, y éste, por tiranías desposeído, desterrado, y queriendo volver a sus Estados, preso y muerto con veneno. En Italia, los Duques de Capréolo de Venecia, y Hércules de Ferrara. En Inglaterra, la Reina María. En Polonia, Bona Sforcia, Reina. En Francia, Enrique, que autorizando unas fiestas con su persona, salió a justar con el Conde de Mongo Meri, Escocés, capitán de su guardia, y recebida una herida en el ojo derecho, murió en pocos días. Lutos tan generales creyeron que pronosticaba el Cielo espantoso el año antes con muchas señales. En Londres se vieron en el cielo sereno, al poner del sol, grandes y temerosos fuegos. Y en Laye, villa pequeña de Inglaterra, amaneció una luz estendida a modo de viga, que anticipó el día por algún tiempo. Pero ¿quién no vió primero la desgraciada muerte de Enrique? La Reina Madama Catalina, su mujer, despertó alterada la noche antes, de que vía muerto a su marido, y libre del sueño, aún no lo estaba del sobresalto. Un niño de seis años, antes que se comenzase la justa, dió voces sin ocasión, y lloró, diciendo que mataban al Rey. Dos astrólogos le avisaron: uno, que no entrase a los cuarenta y un años de su vida en batalla de solo a solo, que quedaría muerto o ciego; otro, que

su hijo Francisco reinaría de edad de dieciocho años; aunque esto sin que amenazase la cabeza del padre, se había cumplido cuando en la misma edad casó con María Reina de Escocia. Todos estos prodigios precedieron a la muerte de Enrique y María, principio de la perdición de Francia y Inglaterra. Ora sea que Dios en los grandes acaecimientos nos avisa, por que menos espanten ya vistos, y dañen menos estando sobre aviso; ora que el hombre, deseoso de saber más que debe, se ceba de supersticiones, y juntando lo que precedió acaso, con los sucesos, hace pronósticos de sus fantasías. Bien confieso que si de las cosas de acá dan indicio estas señales, ninguna en nuestro siglo lo mereció como la alteración de tan populosas naciones y muerte de tantos Príncipes.

Muerto Paulo, tras un largo Conclavi, lleno de dificultades, a 26 de diciembre salió Papa Juan Ángelo de Médices, devoto (a lo que se pensó) del Rey Católico, como hermano del Marqués de Mariñano, Capitán del Emperador, y que de hombre particular le llegó a aquel punto, y como a quien la devoción de España dió la silla Apostólica. Lo primero que hizo Pío IV (este nombre tomó Juan Ángelo) fué perseguir los parientes y hechuras de Paulo. Prendió al Cardenal don Carlos Garrafa, al Duque de Paliano, al Conde de Alisi, a Leonardo de Cárdenas, aborrecidos de toda Italia, como enemigos de la paz común. Era un odio (como suele decirse) vatiniano el que a toda la familia tenía el pueblo.

En muriendo Paulo, abrieron las cárceles, encendieron luminarias e hicieron las fiestas que en coronación o nacimientos de Príncipes suelen hacerse.

Derribaron las armas de los Garrafas, que por memorias de obras singulares estaban puestas en edificios públicos, y arrastraron la estatua que, como a buen Príncipe, le habían levantado en el Campidolio. Tan presto borra en el vulgo la memoria de los beneficios recebidos, la vexación o el odio, y tan inconstante es en sus juicios, abatiendo y ensalzando. Con la misma furia persiguieron a los presos sobrinos; engrandecían las culpas, y cada uno ayudaba con su golpe a la caída de los ídolos que antes adoraban. Pío, por complacer al pueblo por particular enojo, y por mostrarse deseoso de paz, quiso arrancar aun las secas raíces ya muertas, que de guerras habían quedado, y castigar severamente al Cardenal y al Duque. Ayudábale la voz común; sólo la de Alexandrino contradecía, gratísimo y con gran memoria de la amistad de Paulo. Cuando él apartó de sí a los sobrinos, con una soga al pescuezo y muchas lágrimas, intercedió, aunque sin fruto, con el Papa, no desamparase su sangre y diese lugar al odio y venganza del pueblo. Ahora, ya que con otro medio no pudo aprovechar con Pío, puesto delante, dixo desta manera, acompañando de sentimiento las razones: «Santísimo Padre: a vuestros pies se arrojan los miserables sobrinos de Paulo, con más confianza de vuestra clemencia, cuanto vuestra ira y su arrepentimiento son más justos, que a no haber culpas, no hubiera en que os mostrar piadoso. Perdió Italia el temor; por tierra están los hijos que trata como enemigos, y vos ganáis gloria con tratar como padre a los que pudiérades como juez. Su vida particular ya no puede dañar a la República, y aprovechará a

la fama vuestra, siendo testigo de clemencia. Cátreda es ésta de benignidad. Nombre tenéis de Pío. Mansísimas son vuestras costumbres; cumplid con la dignidad, apellido y naturaleza. Tristísima ocasión de mostraros justiciero es ésta, derramando sangre. No comencéis con tan prodigioso agüero vuestro Principado, ni sangre tan noble manche la fama de los benignos tiempos de vuestro gobierno. Su suerte, el vulgo y el mundo todo los persigue. No es de fuertes halagar a la fortuna, seguir el furor del pueblo, y favorecer al que más puede. Ni de ánimos generosos fatigar los abatidos, que, prósperos, no osábamos mirar a la cara. Sobrinos son de Pontífice. Dad ley de cómo se han de haber con los vuestros los que sucedieren. Mozos eran y poderosos; perdonad a la edad; perdonad a la ocasión, bástanles sus hados por castigo. Los temidos y honrados temen y los menosprecian. Echóles de sí Paulo; aborrécelos el pueblo; sus armas por el suelo, la estatua de su tío arrastrada. Mitigue la pena que merecen la sinrazón que con sus obras ilustres se ha usado, derribando la memoria dellas, que bien merecían. Si les queréis punir al igual, ellos confiesan que no hay muerte bastante; si menos, Paulo los desterró de Roma, no se suele castigar un delito dos veces. Mas si este fuego que anda por la ciudad se ha de apagar con sangre de la casa de vuestro predecesor, yo soy della unido con vínculo de amistad, más estrecho que lo de parentesco. Menos ruido hará mi muerte que la de tan grandes señores, suplícoos en mí se execute la sentencia, si alguna amenaza al Cardenal o al Duque.»

No movieron punto al Pontífice estas razones, ni

muchas lágrimas que interrumpían a Alexandrino. Poco después, con admiración del mundo, hizo dar garrote en la cárcel al Cardenal don Carlos y al Duque, y los demás hizo degollar públicamente, y al Cardenal de Năpoles condenó en cien mil ducados.

La misma severidad y rectitud guardó con los amigos de Paulo; sólo los méritos de Alexandrino se exceptuaron. Dióle, porque sus rentas eran muy tenues, el Obispado de Mondovi, en el Piamonte, y confirmó en su grande oficio de Inquisidor. No quiso Alexandrino tener sólo nombre y no cuidado de pastor. Fué a reconocer su Iglesia, envejecida en abusos, porque no había sido visitada en muchos años. Peligroso es encomendar las Prelacías a Vicarios, no menos que la hacienda que tratan como ajena, y míranse con diferentes ojos lo propio y lo encomendado. Dice bien el Filósofo que el mejor pienso para el caballo es el ojo del dueño: y por eso Alexandrino quiso en persona visitar su Iglesia. Fué por Luca, para en unos baños famosos remediarse de la dificultad de orina que le apretaba, de allí a Génova por mar, en cuatro galeras que envió la Señoría a recibirle. Después, al Piamonte, donde Enmanuel Filiberto, Duque de Saboya, le tuvo con mucho regalo dos días. Reformó en su Iglesia con toda diligencia grandes desórdenes. Dexó la otra, y por la vía de Milán volvió a Roma. Tornó a juntar Pío el Concilio general en Trento, intermitido en tiempo de Paulo, y para que con mayor consejo en las cosas de dudas se tomase resolución, hizo en Roma una diputación, donde al mismo tiempo se examinaban las cosas que en el Concilio. Entraban en ella doctos

hombres y Cardenales nombrados, y entre ellos Alexandrino, de quien se tomaban los pareceres como de oráculo. En lo de la comunión, que los Polacos, con ciertas condiciones y promesas de redución pedían se les permitiese en Hostia y Cáliz, fué su voto el que con veneración se admitió y siguió en todas las cuestiones que se dificultaban.

Propuso, a este tiempo, el Papa una promoción de Cardenales, Frederico Gonzaga, hermano del Duque de Mantua, y don Fernando de Médices, después Duque de Florencia, deudo suyo, pero entrambos más cercanos a la niñez que a la mocedad. Hacen un convite cada año los Papas el día de su coronación, de mucha grandeza, vueltas en comidas las cenas pontificias de los Romanos, adonde llaman a todos los Cardenales y Embaxadores de los Príncipes. Sobre mesa, como todo el Colegio estaba junto, propuso Pío la promoción, con disgusto interior de todos, pero en lo de afuera con mucho aplauso, que nadie contra él ni contra tan grandes señores osaban decir. Llegó en su lugar el voto a Alexandrino, tras el de los más antiguos, que aprobaron la determinación; pero él, pospuesto todo miedo, dixo libremente su parecer. Alabó lo primero el dar gusto a los Príncipes, escudos de la Iglesia, pero con modo no se hiciese, de libre, sierva de los apetitos de los poderosos. Encareció la dignidad de consejeros del Vicario de Cristo, la gravedad de los negocios que se tratan, y que era defraudar de dos sabios pareceres a la Iglesia poner en aquel lugar dos niños sin letras ni experiencia; que se daba ocasión a los herejes de llamar pareceres de mochachos los decretos Apostólicos.

Dixo de la incertidumbre de la primera edad del hombre, de su inconstancia; que ponerles aquel hábito era ponerle en peligro de deshonra, y que le dexasen, como Hipólito, y César Valentín, ambos mozos, y el uno de la casa de Médices. Que era afrentar a cuatrocientos padres que estaban en Trento, con tantos gastos y trabajos juntos, si acabado de firmar el canon de la edad y partes que han de tener los escogidos para el Capelo, se violaba. El premio que tantos con tantas fatigas merecían, y quizá esperaban justísimamente, no se debía dar a niños. Que no les faltando méritos en mejor edad, no les faltaría Capelo a personas tan ilustres, y daríaseles entonces sin fuerza de leyes, cuyo amparo deben ser los Príncipes justos cuyos hijos eran. Concluyó con que no era lugar ni tiempo de hacer Cardenales, porque se suelen proponer en consistorio, y porque, sobre mesa, elección tan extraordinaria daría que decir, pues con más consejo debía mirarse que tras mucha comida. Con gran indignación recibió Pío estas razones, y vencido de la cólera, se puso en pie: llamóle fraile ignorante, baxo; a que Alexandrino no hizo mudamiento. Salieron admirados y invidiosos de su ánimo los Cardenales, y el de San Ángelo diciendo a voces: «Entre tantos señores, entre tanta nobleza, ¿sólo osa hablar un pobre frailezuelo? Dios le premiará y pondrá en su silla, que hoy ha mostrado merecerla más que todos juntos.» Hechos los Cardenales, vino el Embaxador del Duque de Florencia a dar las gracias a todo el Santo Colegio, y mostrando, entre otros, su agradecimiento a Alexandrino, él respondió: «Señor, erráis; yo os he contradicho, no por

querer mal al Duque, sino por juzgar que ni a él ni a la Iglesia convenía.» Lo mismo respondió a don Hernando. Tan sin encubrir la verdad en lo público, trataba en lo secreto.

Quiso después Pío quitar la legacía de Aviñón al Cardenal Alexandro Farnesio, y darla al de Borbón, persuadido del Rey de Francia Carlos IX. Pero como cosa que resultara en gran perjuicio de la Iglesia, contradixo Alexandrino. Hiciéranse los herejes más insolentes con el gobierno de persona, que hermano y tío eran cabeza de Hugonotes. Añadíase la nobleza del Cardenal, donde la ambición tiene más fuerza: el aparejo de apoderarse de aquel estado dentro de su tierra, y apartado de los demás del Papa; ser ley de buen gobierno, no entregar las provincias en poder de señores naturales; y así, Aníbal, pasando en Italia, puso guarnición de Españoles en los presidios de Africa, y de Africanos en España. Prometía el Rey su amparo para que no entrasen los Hugonotes en Aviñón, que era lo que más movía al Pontífice: pero decía Alexandrino que era niño gobernado por muchos de diversos intereses, y que los echaría mal de casa ajena quien no podía de la suya. No llevó menos con espereza esta contradición Pío: tratóle con rigor en el Consistorio, amenazóle con prisión y con que le quitaría el Capelo. A que respondió: «Aparejado estoy para volverme a mi religión, que no me echarán della por verdadero. Lastimó esta razón tanto a Pío, que al punto le quitó el aposento que en el Vaticano tenía. Limitóle la jurisdición de Inquisidor Supremo; dixo con extraña pasión duras palabras. No cesaba el Cardenal en sus contradiciones,

ni faltaba punto en hacer sin respetos su oficio, con que llegó a ser más que capital el odio. Escuchan los Príncipes los consejos desapasionados con gran pasión, porque sólo desean ser aconsejados, para que se juzgue hecho con consejo lo que es su voluntad. Así vemos llenas las Cortes de juntas, en que se trata, no de lo que el señor quiere, si es justo, sino con qué color de justicia podrá hacerse, mandando la ley, no obedeciéndola. Apretado de vexaciones y enfermedades Alexandrino, cayó en la cama con mucho peligro. Orinó algunos días sangre, y ya desesperando de la salud, hizo en el medio de la Minerva pusiesen un sepulcro, sin alzarle de tierra, donde hoy se ve, con este epitafio:

A honra de Dios bonísimo, y grandísimo. Fray Miguel Guislerio, natural del Bosco, tierra de Alexandría, de la Orden de los Predicadores, por la misericordia divina, presbítero Cardenal de la Santa Iglesia Romana, del título de Santa Balbina, conociendo que ha de volver a la tierra su cuerpo de tierra, por la cierta esperanza de la resurrección en esta Iglesia de la Virgen Madre de Dios, deseoso de sus intercesiones, y de los vivientes santos y piadosos, estando vivo, procuró se ponga su cuerpo, cuando llegare el día, en el año sesenta de su edad, y de la salud humana mil y quinientos y sesenta y cuatro.

Convalecido de la enfermedad, porque ocasiones de encuentros con su señor debe rehusallos el hombre sabio, y porque la indignación de Pío con verle presente crecía más cada día, pensó en irse a su Obispado. Aparejada la partida, diversos ornamentos de altares y ropas necesarias para el culto divino envíolos la

vuelta de Génova en una barca. No lexos del puerto de Hércules, lugar fuerte en la coſta de la Toscana, la robaron cosarios con algunos papeles de importancia, que sintió mucho, y tornó con ese achaque a recaer. Con esto perdió el pensamiento de irse, y con que los Cardenales de la Congregación del Santo Oficio, con grandes lástimas se quexaban de la falta que su ausencia les había de hacer. Movieron eſtos ruegos algo al Pontífice, y fueron menester todos para que no saliese como desterrado de Roma el que tan preſto había de ser su señor, y en lugar de la perdida barca, se le había de entregar la poderosa nave de San Pedro. Adoleció en esto Pío, y con cuidado de no dexar perdido a Aníbal Altemps, sobrino suyo, juntó consistorio para hacerle donación de cien mil ducados, que por eſtar la Cámara Apoſtólica muy alcanzada, no se los podía dar de presente. Era Aníbal, no sólo sobrino, mas casado con sobrina de Pío, y hermana de Borromeo, Cardenal; con que aprobaba la voluntad del Pontífice todo el Colegio. Alexandrino consideró que el empeño, el aprieto, las ocasiones del gaſto de la Cámara eran grandes, contradixo pertinazmente, hasta salirse, viendo que la autoridad atropellaba a las razones.

Murió en eſto Pío, como de improviso, en el mayor invierno, a 10 de diciembre, y hechas las obsequias, se cerraron los Cardenales en Conclavi. Dió Pío, en diversas veces, cuarenta y cinco Capelos, con que había llegado a un grande número, y con ser las opiniones muchas, y haber muchos de quien echar mano, se hacía a los de afuera elección, la que esperaban llena de dificultades. Eran los que hacían

cabeza Carlos Borromeo y Altemps, sobrinos de Pío; Alexandro Farnesio, Vicecanciller; Hipólito, Cardenal de Ferrara; Luis de Esti, el Cardenal Gonzaga, el de Médices, que, aunque niño, gobernado por Pacheco, hacía parcialidad. La ordinaria quexa contra España, que da y quita Pontificados, estaba muy viva, que añadía mayor dificultad: porque Pío, cuyas hechuras eran la mayor parte del Consistorio, acabó amigo disimulado. Don Luis de Requeséns, Comendador Mayor de Caſtilla, de la Orden de Santiago, eſtaba por Embaxador del Rey Católico en eſta sazón, hombre prudente; y temiendo de tantas discordias algún cisma, y por asegurar los ánimos de sospechas, quiso hacerles un razonamiento a los Cardenales por una ventana, que sólo para oír las embaxadas de los Príncipes se abre; y eſtando en pie todos (que aquí es costumbre), dixo de eſta manera: «Si la República Cristiana estuviera en la prosperidad que algunos siglos atrás la vimos, poco cuidado diera, pusiérades Ilustrísimos Padres, en la suma dignidad, a quien por vueſtra liberalidad, más que por méritos, la poseyera, pues los Príncipes defensores de la Iglesia eran tantos, y tan poderosos, que había poco que hacer caso de los enemigos del nombre de Cristo. Mas ya vemos la verdad Católica arrinconada en un pequeño cantón de Europa; sus despreciadores apoderados de la redondez de la tierra; no podemos esperar sin gran miedo cuál Pontífice nos ha Dios señalado, no sea que nuestros pecados aún merezcan mayores calamidades. Yo, de parte del Rey Católico, mi señor, os pido miréis a quién elegís, que muy diferente gobierno piden las cosas turbulentas que las concertadas.

En el mar sosegado, apenas importa entregar el timón a quien no sepa; pero cuando se hinchan las olas y padece el navío, no se puede fiar el gobierno sino de piloto sabio y exercitado en peligros. Navega esta barca de San Pedro por golfo tempestuoso, y por particular gracia de Dios no ha ido a onfdo; menester es mirar con vigilancia quién ha de sentarse en la popa para salud nuestra, pues cercado de enemigos astutísimos, no sólo la malicia podría dañarnos, pero el descuido. Y aunque la dificultad del negocio pide madurez, el aprieto es tal, que no menos peligraríamos con la tardanza, y que deliberando largo tiempo a quién escogeréis, no escojáis a ninguno. Las enfermedades agudas así requieren medicinas prestas como valerosas, y así, son mortales las dolencias a que no da remedio como a las que se da tarde. El Rey, mi señor, no desea en particular el negocio de ninguno, que aunque en este Conclavi tiene aficionados y amigos, el bien de la Cristiandad sólo pide, y aquel Pontífice le estará mejor, que mejor estuviere a las cosas de la religión, que dél depende tan grande parte. El que desea para Papa es un hombre santo, religioso, de Fe probada, enemigo descubierto de herejes, de ánimo levantado y celoso, sin parientes perturbadores, que aspiren a ser tiranos de Italia, y, finalmente, un hombre a quien virtud, y no parcialidades, pongan en la silla de San Pedro. Éste piden también los alborotos de Francia y Flandes, las herejías de Alemania y Escocia, los cismas de Inglaterra y Irlanda, el peligro de Hungría y Polonia, y la opresión de Grecia y Trapisonda, el poder de Asia y África: miserables exemplos, pero provechosos para mostrar

que sólo aquel será buen Pontífice que bastare a remediarnos en tantas necesidades.»

Conocía el Comendador mayor la grandeza de ánimo de Alexandrino, y deseábale por Pontífice; mas no se atrevió a nombrarle sin orden de su Rey, aunque con eſtas razones le pintó tan claramente, que bien entendieron a quien proponía. Quedaron tras eſto los Cardenales determinados de elegir brevemente, y luego trataron entre sí de diversos supuestos. Quería Borromeo que sucediese persona de su casa, para que tenía bastante autoridad; y el primero de quien echó mano fué Morón Milanés, grande amigo suyo y de una tierra. Había éſte presidido en Trento en el Concilio, hombre que por su persona. y gran experiencia en cosas de Estado, lo merecía, vasallo del Rey Católico, hechura de Pío y bienquisto, con que se tuvo por negocio hecho; pero hacían gran resistencia las criaturas de Paulo, que disfavores de Pío les habían hecho sospechosos sus cosas, y insistían no le sucediese deudo ni amigo. También se apartaron de Borromeo el Cardenal de Aragón, y Ambaro, por antiguos y juſtos respetos heredados de sus pasados. Estando duros en sus pareceres los corazones de todos, esforzóse un día, sin pensar, la voz de Morón, de manera que todos se movían a adorarle, quién por voluntad, quién por no contradecir a lo ya hecho. El Cardenal Viteli, hechura de Paulo, acudió al aposento de Alexandrino, temblando, y perdido el color, y viéndole que aún no se había levantado, le dixo: «¡Eſtaos, señor, en la cama como vecino a la muerte, que Morón es Papa!» Volvióse a él, sosegado, Alexandrino, reprehendién-

dole de tan gran flaqueza, tan sin alteración, como si, en opinión del vulgo, le fuera en la elección menos que la vida. Había tenido a Morón preso por el Santo Oficio en tiempo de Paulo: y así se decía que con alzar a Morón se alzaba golpe contra Alexandrino. Levantóse, y envió a don Francisco de Reinoso, que había metido consigo en Conclavi, a que con Pacheco tratase de hacer resistencia a elección que al servicio de Dios no convenía; pero la respuesta fué que estaba apalabrado, y aquel negocio hecho. Persuadíale también que no revolviese humores, ni renovase llagas, pues era el caso sin remedio; pero el Cardenal dixo que no podía darle su voto sin ofrecer sacrificio. Dixo Misa, y entrando en Capilla, contradixo con tanto fervor, que llevó tras sí algunos, y a los descontentos de Morón puso ánimo: con que en un instante, sin esperanza de que volviese a ser, se deshizo. Tratóse luego de Sirleto, Cardenal doctísimo en lenguas y todo género de letras, principalmente sagradas, en que vino con grandes muestras de alegría Alexandrino; pero puesto por mano de Pío en aquel lugar, halló la misma contradición.

Perdió Borromeo la esperanza de hacer Papa a su gusto, sin vencer primero muchas dificultades con algún tiempo, que era con daño grande de la Cristiandad; y dexados intereses propios, resolvióse en hacer Pontífice a quien en opinión de todos lo mereciese. Juntos con este acuerdo las principales cabezas, nombrando entre otros a Alexandrino, declaróse por él Altemps, afirmando que no había de ser otro Pontífice. Apenas se puso en plática, cuando con maravillosa conformidad se aprobó el acuerdo tomado.

Tenían a Morón respeto Borromeo y Altemps, y como en lugar de padre, y sin su consejo no quisieron resolverse; pero él dixo que en conciencia no podía contradecirlo; antes con singular rectitud alentó el trato. Era Morón digno de ser amado por su persona, de singular hermosura en cuerpo y rostro, y que con la blancura exterior daba indicio de la del ánimo tan constante, que el día que cayó su negocio, con un semblante levantado salió a pasearse y hablar con todos, y visitó al mismo Alexandrino. Allí se le quexó con gran mansedumbre de que sin merecerlo se le mostrase enemigo, y asegurándole que ni antes le había querido mal, ni de lo pasado tenía enojo. Satisfízole de su voluntad Alexandrino; pero que él había obedecido a la conciencia, que no se atrevía a votar por hombre sospechoso en la Fe y que requerido por él muchas veces, no quiso purgar los indicios canónicamente; que aunque todo era mentira, de que él estaba muy satisfecho; mas que la casa de César no sólo había de carecer de culpa, sino de sospecha, que fuera del Pontificado, ninguno en estimalle y serville le haría ventaja. Poco después de electo, dos mozos acusaron a Morón de que con grandes promesas les había solicitado a matarle: pero él, sin darles ningún crédito, les hizo prender y confesar por tormentos interés les había movido y esperanza de buen acogimiento en el Pontífice; con que los hizo castigar severamente. Así, sin rencor, compitieron entrambos el más alto lugar de la tierra, como si fueran pequeñas posesiones, con solos méritos, para que la vitoria fuese más gloriosa; y en constancia de ánimo fueron tan iguales, que ni el uno hizo movimiento el llevar el Pontificado, ni en el otro perdelle.

Fué elección ésta del Cielo, pues si prudencia humana se mira, ninguno menos debiera elegir Altemps y Borromeo que a Alexandrino, pues en todo el discurso del Cónclavi no habían hecho sino respirar impedimentos contra los electos por Pío, los de Paulo, y mostrar cuán fixas estaban en su memoria las cosas pasadas. Demás deso, escogieron entre todos los de Paulo al más amigo, y más ofendido de su tío, echado de palacio, y casi de Roma, y poco menos que privado de oficio. Las contradiciones que al Capelo del Médices, y al breve de Altemps hizo, ¿no le hacían émulo descubierto? Estaba por pagar la suma, de que finalmente hizo gracia Pío, a que sólo Alexandrino, con razones y con salir de la junta había repugnado, y tocaba el pagarla al sucesor, que siendo él, perdían los dineros ya sus primos. Finalmente, habelles quitado de entre las manos el Pontificado, que tan dado tenían a la persona que más estimaban. Estaba en opinión de rígido, como versado siempre en los tribunales de Inquisición, que al vulgo, y aun en común, es un gran espanto, y Roma, tras eso, tan perdida de costumbres, que se podía esperar muy poco, habían de elegir a quien con la envejecida libertad no disimulase.

Llegaron de tropel a su celda todos los Cardenales, en 7 de enero del año 1566, para ponelle en el Ara consagrada, donde es uso adorar a los electos Pontífices; pero él se encogió, confesándose flaco para tan gran peso. Insistieron todos, hasta tirarle de los brazos y ropas, y él, puestos los ojos en el Cielo un rato, como quien los cerraba a mil inconvenientes, y con semblante de obedecer forzado, dixo: «Ahora

sus, vamos!» El día antes, sintiendo el movimiento que andaba en el Conclavi, y que trataban de elegirle, envió con otro mensaje a don Francisco de Reinoso, para que Pacheco no viniese en ello, porque él conocía que no era suficiente. Respondiéronle que era negocio de Dios y que quien le llamaba le daría fuerzas: de que él se entristeció estrañamente, y puso en oración, en la cual le hallaron con unas Horas en las manos, cuando vinieron a elegirle. Fueron todos votando, y cuando le tocaba por su antigüedad, en voz alta dixo que eligía al Cardenal don Francisco Pacheco; con que meritísimamente, y con aventajado favor honró al amigo.

Muchas señales y profecías precedieron a su elección. El Cardenal Gonzaga, que murió en el Conclavi, despertó con gran sobresalto una noche, diciendo que mirasen qué ruido había en la capilla, que ya había Papa. Y certificándole que todo estaba sosegado, porfiaba que él había visto como Alexandrino era Papa, y pues no podía hallarse en ello, de allí con el corazón le adoraba. Semejante visión fué la de fray Ginés Luca, Prior de la Minerva, pero desaparecíasele luego el Pontífice, que él atribuía a que viviría poco en la dignidad. Y contándole la visión después de elegido, respondió el Papa aquellas palabras de David: *Alegrádome he con lo que me han dicho: iremos a la casa del Señor.* Interpretó mal la visión fray Ginés: a su vida amenazaba el ver poco al Pontífice, que luego se partió a Florencia, y se ahogó en el Palla, río de ningún nombre, que pasa por Aquapendente, lugar pequeño de la Toscana, llamada por Tolomeo (a lo que algunos piensan)

Ácula. Saliendo del Conclavi el mismo día que se cerró, se llegó un hombre a don Francisco de Reinoso, y le dixo: «Dichoso de vos; vuestro amo será Papa. Dos monjas santas han viſto que será Lombardo el Pontífice, y que comienza en M su nombre.» Replicó don Francisco: «Ése es Morón.» Y el otro, «No, que ha de ser fraile Dominico y gran perseguidor de herejes.» Otro hombre, de mediana condición, echó tantas cédulas como cardenales en un vaso para juzgar por la suerte quién saldría, y haciendo un niño de dos años que sacase, apuñó la de Alexandrino, sin que se la pudiesen sacar, porque con voces se defendía, hasta que con dádivas le engañaron. Leyeron el nombre, y el niño comenzó a repicar con las manos en la mesa, y a dar gritos. Andaba un loco por Roma con opinión de adivino, y mirando en una procesión a todos los Cardenales, preguntándole quién sucedería a Pío, señaló con el dedo a nueſtro Pontífice. Todos los días, un hombre que no conocieron amoneſtaba a los familiares de Alexandrino pusiesen en cobro la ropa (saquean en Roma las casas de los electos Pontífices), porque dos monjas santas de fuera de la ciudad habían avisado como saldría Papa. Por eſte tiempo, en Londres, cabeza de Inglaterra, se vieron espantosos fuegos en el aire. Dos cometas con largas y sangrientas crines seguían al Sol a la mitad del día. Una mano de horrible grandeza, con una espada desnuda, amenazaba en las nubes. Y bien mereció aviso Inglaterra de la elección de Pío V como de calamidad gravísima para aquel reino, que con armas y censuras persiguió, porque al malo no hay prodigio más cruel que el imperio del juſto.

ARGUMENTO DEL LIBRO SEGUNDO

En él se escriben sus cosas, recién electo Pontífice. Las virtudes que más resplandecían en él. Honras que hizo a criados y amigos, y poca afición a sus deudos. Reformación y austeridad de su persona, y familia, y corte; y purgación del pueblo Romano de gentes de mala vida, con gran contradición del Senado. Leyes santas con que reformó la Cristiandad, y obras suyas heroicas. Legación a Alemania y socorros que envió al Emperador Maximiliano contra Solimano. Aparatos que hizo para la seguridad del mar Adriático. Entrada de Solimano en Hungría, y su muerte, y pérdida de Sío, y tempestades sobre el campo Turquesco: y que esto se puede atribuir a la santidad de Pío.

DE LA VIDA Y HECHOS DE PÍO V,
Pontífice Romano.

LIBRO II

Llegaron a España las nuevas de la elección, con públicas muestras de alegría. Recebidas, el Católico Rey don Felipe escribió al Arzobispo de Sevilla, don Fernando Valdés, Inquisidor mayor destos Reinos, en esta forma: «Por letra del Comendador Mayor, mi Embaxador en Roma, supe ser elegido por Papa el Cardenal Alexandrino, que ahora se llama Pío V. La gran conformidad de los Cardenales muestra fué guiada por el Espíritu Santo su elección. Yo he dado infinitas gracias a Dios nuestro Señor por habernos dado un Pontífice de cuya santidad espero será para singular beneficio de la Iglesia y aumento de la Fe.» Llamóse Pío, a devoción del predecesor y satisfación de que sus sobrinos no habían perdido Pontífice; tan olvidadas tenía las injurias. Conservó a los criados antiguos en los cargos de antes, porque decía que los compañeros de la tribu-

lación lo habían de ser del descanso. Compuesta su casa, de que daremos más cuenta, volvió el ánimo a las cosas de la República. Supo que en Roma se había recebido pesar en la elección de hombre en opinión de severo, a quien la libertad de los tiempos daría ocasión a que fuese lleno de sangre su imperio. Respondió a quien significó la tristeza del pueblo: «Dios me ayudará para que se duela más Roma de mi muerte que de mi elección.» Procuró asegurar los ánimos con grandes dádivas y muestras de clemencia. Repartió entre los oficiales y criados conclavistas diez mil ducados, en recompensa del trabajo padecido, en que conmutó algunas pensiones antiguas. A los Cardenales pobres socorrió con veinte y un mil ducados, y a todo el pueblo con largos repartimientos en las personas que más necesidad tenían. Aníbal Altemps, puesto a sus pies, presentó el breve que Pío, cercano a la muerte, le concedió, diciendo que aquello era lo que su tío le había dexado en recompensa de la carga que con mujer tan noble le echó, porque la brevedad de su vida le negó tiempo de proveelle de otras rentas: aunque, por tela de juicio, pudiera condenar a la Cámara Apostólica en aquella cantidad, gustaba más de someterse a sí y sus cosas a la clemencia de un Pontífice Pío en nombre y costumbres. Púsole delante de los ojos el gran lugar en que estaba; y ya era un pobre caballero, cargado de mujer, sin ningún dote, pidiéndole se compadeciese de su miseria. Era humilde y compasivo el Pontífice, y dobláronle la humildad y compasión de aquel caballero. Juntáronse los ruegos del Embaxador don Luis de Requeséns y de todo el Colegio de los Cardenales,

con que le hubo de dar la mitad de la suma. Pesaba del aumento de Altemps a algunos, y calumniaron la liberalidad, por haber Pío primero contradicho, y porque tenía mal olor dádiva tan vecina a su promoción y a deudos de los electores; pero muy clara está la malicia: negó que se diese más; ya dado, no pudo negar lo que debía, ni era bien, con ser inexorable a ruegos de tantos Príncipes, desacreditarse y dañar a su fama, pues a la enemistad de Pío IV habían de atribuir el negar la gracia hecha. Era en el principio del imperio, donde la liberalidad de los Príncipes ha de lucir más, y era cuando deseaba satisfacer al pueblo que impidiera mucho cualquier indicio de venganza. Siendo toda la cantidad (que así lo afirmaron sabios letrados) debida de justicia, prudencia fué con la mitad satisfacer a la parte y a su honra. Casi divina rectitud, que en los ojos de tan curiosos escudriñadores sea la suma culpa haber dado ocasión a un frívola sospecha, desmentida tan claramente.

Coronóse el mismo día de su nacimiento, solemne con festividad de San Antonio, en 17 de Enero. No quiso echar dineros al pueblo, porque en la calca se habían ahogado hombres otras veces; pero la suma que se solía arrojar, con otro tanto, dió a los pobres de Roma. Hizo el convite de Cardenales y Embaxadores aquel año; mas con una tristeza, que todos en su semblante advirtieron el dolor de la superfluidad de gasto. Mudóle los demás años en mil ducados que por los conventos distribuía. En esto, llegaban las embaxadas de obediencia, reconociendo por Vicario de Cristo al elegido de parte de todos los Príncipes y Repúblicas. Llevó la de

España don Luis Fernández Manrique, Marqués de Aguilar, en aparato y grandeza representando la Majestad de su Rey. La del Duque de Saboya llevó el Conde de la Trinidad. Éste, siendo Vicario Pío de unas monjas, sobre cierta herencia, se descompuso con él y quiso echarle en un pozo. Después, volviendo, Cardenal, a visitar su iglesia, le hospedó el Conde sin conocerle, sólo honrando a la virtud y fama de Alexandrino. Un día, sobre cena, le dixo era él el fraile que quiso ahogar, pero muy su amigo, porque deudos suyos herejes Hugonotes no le habían podido derribar de la fe. Admiróle entonces estrañamente al Conde la modestia; pero después más el agradecimiento. A éste solo, entre todos los Embaxadores, hospedó en palacio, pagando punto por punto la honra que había recebido en su casa. Mandó tomar por minuta las personas menesterosas de la ciudad, su estado y calidad, y según ésa, por personas nombradas para su vista, las remediaba. A otros dió cargo de doncellas huérfanas y de dotallas a la legítima edad liberalmente. Señaló grandes salarios a hombres doctos que en servicio de la iglesia trabajaban, como a Mucio Justinopolitano, que con las armas y con la pluma defendió la Fe largos años. Sobrepujó en liberalidad a todos los Príncipes de su tiempo, de que exemplos a cada paso esparcidos por esta historia darán testimonio.

Favorecía sobremanera a sus criados, y con gran consideración, por que no sobrepujasen las riquezas al caudal de cada uno. Si vía que en alguno era poner rentas, hacer depósito de haciendas para obras públicas y que él servía de un puro administrador,

no tenía límite con él su largueza. En don Francisco de Reinoso parece que se aventajó a sí mismo, porque pasaron de sesenta mil ducados de renta los que a su instancia se dieron de las vacantes de España, gruesísimas en aquel tiempo. Vencía a las dádivas el amor que le sustentó a su lado contra las invidias del vulgo, con que los allegados a la persona del Príncipe de ordinario muerde. Cierto si la conformidad de las costumbres une las voluntades, justamente le amó, pues no representa tan al vivo un espejo los movimientos del cuerpo como en el ánimo de don Francisco se retrata un Pío. Criéme en su casa desde niño, y como quien por largos años lo experimentó, digo que cuando con atención miro sus cosas, veo un Pío, y en los hechos de aquel santo leo a un don Francisco, salva la grandeza y calidad de los negocios. Siempre que el discurso de las cosas me lo ofrece delante, llego recatado, y ni me atrevo a alabar cortamente, que es malignidad donde hay tantos méritos, ni a estender la pluma, por no hacer sospechoso mi crédito. Escúchase sólo con orejas atentas, quien pone nota en todo, porque adulación es delito servil y reprehensión lleva vana sombra de libertad. Pero yo no escribiera historia para publicar mis afectos sino llegara al papel sin amor y odio, sino de todo trato igualmente; pudo entonces la noticia que hube de los casos, no la malicia. Hizo Pío a Girólamo Rosticuche, su secretario, al quinto año del Pontificado, Cardenal; hombre de vivo ingenio y de fidelidad conocida. Honró a todos los demás criados; pero con grandes ventajas remisísimo con los que no tenía entera satisfación. El aumentarlos nacía, no de patrón, sino

de juicio y agradecimiento en él, tan grande, que se puede decir volvía por uno ciento.

Con singular magnificencia reconoció los beneficios, llamando a Roma muchos, que con menudas obras le obligaron. Tenía memoria de cosas que los bienhechores se habían olvidado y recompensábalas, negando ellos acordarse de tal suceso. Nunca quitaba de la boca a quien debía alguna obra, de manera que pagaban más sus razones que las dádivas. Si eran muertos los padres, llamaba a los hijos por herederos de su amor. Cuando se humilló para adorarle, al tiempo que le pusieron en la silla, dixo al Cardenal de Aragón: «No os olvidéis de que fuí criado de vueſtro padre.» No le desvaneció la grandeza, ni juzgó que era mancha la baxeza de la condición pasada. Y habiendo podido ponerle esto delante, cuando las dificultades del Conclavi, por que no se pensase que con mostrarse obligado solicitaría su buen suceso, lo disimuló. Levantó a Paulo un sumptuoso depósito, labrado de exquisitos mármoles. Otro al Arzobispo de Nápoles, Cardenal Garrafa; y al Cardenal del Carpi, que en sus trabajos le levantó y acompañó en el tribunal del Santo Oficio, otro. El día de su coronación conoció entre el vulgo a un labrador que le acogió una noche que, perdido el camino, aportó a su casa, cuando de Bérgamo salió huyendo por la persecución de Soranzo. Llamóle (aunque él, encogido, no se acordaba), y para casar dos hijas, le dió mil ducados, y para él quinientos. Después, en un capítulo general de Franciscos celebrado en Roma, conoció al que había escapado el proceso, y le ordenó Obispo. A Albano, de quien,

como diximos, se valió en Bérgamo, primero dió el gobierno de la Marca de Ancona, después el Capelo. Este, con copiosos comentarios, aumentó la jurisprudencia, y los dirigió a Pío, como a honrador de la justicia. Compite con esta memoria de los beneficios el olvido de las injurias, que aquéllos los escribía en bronce, éstas en ceniza. Era colérico, y súbitamente en el rostro se demudaba; pero jamás fué a la cama con enojo.

Prendieron en los principios del Pontificado a un hombre plebeyo, por versos que contra él había hecho (llámanlos pasquines los romanos; nosotros, perques, o provinciales); decíale afrentas de sí y de su linaje; llamábale fray escarpión, nombre impuesto del pueblo, porque traía los zapatos groseros como de fraile, que *scarpe*, a los italianos, suena zapatos. Dieron por pena contra este crimen los predecesores pérdida de beneficios eclesiásticos, los bienes para el fisco, vida y persona en albedrío del juez, que dispusiese según la gravedad. Consultado Pío del castigo, respondió que si de la dignidad pontifical había hablado mal, que la injuria de Dios no podía perdonarla; mas sí de fray Miguel; de la baxeza de sus padres, él a sí mismo se lo decía mil veces. Tan lexos estaba de agravialle, que le hacía provecho, poniéndole delante lo que le era lastre contra los vientos de la vanidad. Hízole tras esto parecer, y aconsejóle no le infamase con el pueblo, y pidió le amonestase de lo que en él hallaba digno de reprehensión, que lo enmendaría, y le envió libre. A otros, en quien conocía la libertad de reprehender vicios, o celo, instaba le dixesen las cosas que en él ofendían los ojos de los hombres. Si alguno le avi-

saba de algún pequeño defecto, amábale extrañamente, y tenía por soſpechoso a quien aprobaba todas sus cosas. Alabábanle uno de su familia por virtuoso servicial, y las demás virtudes que hacen grato a un criado, y él dixo: «Bueno es; pero nunca me contradice.» Camino es éſte por donde sola la gracia de Pío puede alcanzarse; pues, de ordinario, solos aquellos valen con los Príncipes, que canonizan sus vicios y aprueban por lícito todo su apetito.

Venció en moderación de su persona y gaſtos limitados, los antiguos Numas y Fabricios. No hizo ropas nuevas, sino sirvióse de las de su gran amigo Paulo. En los hábitos encubiertos no hizo mudanza, viles los truxo como cuando fraile. Jamás viſtió lino sino por necesidad precisa del mal que murió, y entonces tan descontento, y apellidando por la túnica de lana, hasta que tres días antes de la muerte se la viſtieron. La eſtameña de las camisas era de la más áspera, y por delgada desechó el presente de una lana fina de Cuenca. Puso estrechísima tasa en su plato; tanto, que apenas quien de sola su labor vive, le tuviera más corto. Las comidas eran de cosas sin sabor, que nadie osaba guſtar las sobras de su mesa. Tres días en la semana probaba carne; los demás guardaba abſtinencia eclesiástica. El ayuno mayor de la Cuaresma, y el del Adviento, solemnidad casi tan antigua como la misma Iglesia, en el mayor peso de años y negocios, no le faltaba un día. En tan largo tiempo, sólo comía yerbas amargas, chicorias, malvas, artemisa, salvia, yerba romana, sin más aderezo que aceite y sal. Si alguna vez guſtaba huevos, era con el zumo deſtas yerbas. A los últimos días llegaba a

desfallecer, y añadía una escudilla de caldo de garbanzos bebida sin las legumbres. Templadísimo en el vino, porque después de bien domado con agua, era al mediodía su bebida una paperina pequeña. Avisáronle aumentaba la dificultad de la orina el beber tan poco, y con la misma copa añadió otra vez; y otra a la noche, con un bizcocho, servía de colación en los ayunos. Algunas cosas destas comenzó con el Pontificado, y según las necesidades de la Iglesia recrecían, se iba estrechando. Jamás enfermedades le hicieron, hasta su fin, interrumpir esta observancia, y en lo último guardaba vigilia como en la más entera salud.

Sintiéndole muy acabada la virtud, pocos días antes de su muerte, por alentarle, se determinaron los de su familia a disimular una pechuga de capón bien deshecha en una almendrada; porque, descubierta, no siendo de los tres días exceptados, no la tomara. Sintiólo, en llegándola a la boca, y quexándose que por dos días de vida le hiciesen altar en costumbre de sesenta años, hizo alzarla de la tabla. No pudieron con don Francisco de Reinoso el amor de Pío, ni la importancia de su vida, ni ruegos, que preguntado por el Pontífice negase lo que escondía la almendrada, puesta por él como maestresala. Por experiencia, había entendido ninguna cosa peor escuchaba Pío que la mentira, y sola ella con él en todos los delitos se cometía sin esperanza de perdón. Avisáronle de algunas mocedades de Paulo Guislerio, sobrino suyo, y en recompensa de la verdad, le prometió disimular por entonces, si lo confesaba; pero negó, y Pío, entendido lo cierto, le echó del palacio y de Roma, y de su hacienda, sin esperanza de volver al lugar primero.

Tenía guerra declarada con cualquier fingimiento, y escrito siempre en la frente su corazón. Luis XI, Rey de Francia, negaba que pudiese reinar quien no sabe fingir, y, en contra, Pío decía: «Es afrenta en hombres viles dar palabras fingidas, cuanto y más en Reyes, y más en Vicarios de Cristo, cuyas promesas, antes que falten, faltará cielo y tierra.» Sabía que a nadie importa más oír verdades, y nadie oye menos que los Príncipes. Antíoco, en cuanto tiempo vistió la púrpura, sola una verdad se acordó haber oído. Por eso es necesarísima la realidad y entereza en el trato a los Príncipes, para mover con exemplo a los que junto a sí andan, que en vano desea oír verdad quien no la trata. En castigar delitos no fué remiso, pero no severo, mas solícito inquiridor. Admitía a la acusación a todos; al enterarse de lo cierto, solos a hombres rectos, desapasionados y de conciencia. A quien se defendía con la enemistad del acusador, respondía: «Los enemigos me dicen las verdades, que los amigos encúbrenlas.» Su modo de vivir fué el más a propósito para el expidiente de los negocios, aunque más a costa de su salud. Respondía a las persuasiones de los médicos, cuando le aconsejaban mirase por sí: «Aquí me puso Dios para mirar por el provecho de la Iglesia, y no por el mío. Mejor es tener sana la conciencia que el cuerpo.» Usurpaba la voz del Emperador Vespasiano: «El buen Príncipe ha de morir en pie.» Pero en las obras pasó adelante, muriendo, no sólo trabajando, mas por trabajar.

Acostábase muy temprano y dormía profundamente más tiempo del que de su edad se puede entender; tan sin cuidados, como si al entrar del aposento

los dexara o desnudara con los vestidos. Madrugaba antes del día. Dichas las horas Canónicas y ofrecido sacrificio en el altar, o habiendo asiſtido a él cuatro horas antes del mediodía, salía a comer las más veces en público; puede éſte llamarse mejor almuerzo, por la templanza y por el tiempo. Daba luego audiencia, haſta las cuatro de la tarde o más, por despachar a todos los negociantes, si había concurso. Benignísimamente escuchaba, y a nadie envió descontento de su presencia, como razón y derecho no lo impidiesen. Por prolixo que uno fuese en proponer su causa, jamás le despidió haſta que él se iba. Cenaba después con la moderación que escribe el piadoso Doctor Navarro, como testigo de vista, en su libro *De Oratione*. No miraba a nadie en la mesa, y guardaba silencio, haſta pedir por señas la bebida, por no interrumpir la lección de las letras sagradas. Habíase perdido eſta coſtumbre antigua en los Prelados y en su lugar ocupado las mesas músicas profanas; pero con el exemplo de Pío tornó a su lugar. Lo que sobraba de día y negocios, daba al recogimiento y oración, en que le hallaban como fuera de sí. Arrebatábase en la contemplación de manera, que tirándole de las ropas, no podían volverle. Visitaba las siete iglesias, y a pie, todo lo que podían caminar los que le seguían, volviendo a mirar a los de atrás de cuando en cuando, haſta que, sintiéndolos fatigados, subía en la litera. Humillaba tres veces la rodilla en cada eſtación. Oraba prolixísimamente, quedando cual si fuera mármol, sin ningún movimiento. Era con mayor frecuencia en las Carneſtolendas, porque decía: «Oportuno tiempo es éste para aplacar la ira de Dios, irritada con

los pecados de todo el pueblo.» Regocijan aquellas fiestas los Romanos, más que otras naciones, con máscaras, banquetes excesivos, con correr los palios, ocasión de muchos pecados, como todas las públicas alegrías.

Aunque Pío en gran parte moderó los excesos, no los arrancó del todo, que la libertad romana no consentía tan súbita y grande mudanza. Prohibió primero las máscaras; después, con ciertas leyes para honestidad dellas, las permitió. Los palios del burgo de San Pedro los pasó a la ciudad, a la vía Flaminia, ahora calle del Corso, donde primero de Paulo II fueron instituídos. Dixo entonces: «No hay palmo en el burgo que no esté consagrado con sangre de mártires, y los lugares Santos no han de profanarse con juegos seglares, llenos de pecados.» Queriendo poner mano en la reformación de los demás vicios de la Corte, parecióle que en vano se hacían leyes si no se trataba de executallas. Comenzó purgando su familia, y por que mejor lo recibiesen, quiso con la voz viva amonestalles, y hacer constantes contra las lisonjas de la fortuna, que suelen descomponer antes que los golpes. Juntos delante en una gran sala, hincadas en tierra las rodillas, él, de un asiento alto, estuvo un rato callando, y luego comenzó: «Temo, hijos (y temo, porque os amo no menos que padre), habiendo alcanzado en la mediana suerte nombre de modestos, y en la adversa de fuertes, en la próspera, que suena en los oídos del mundo ganancia, perdamos lo uno y lo otro. Tristes exemplos me amonestan aún en lo sin razón, las cosas que de humildes principios llegan a grandeza, ser soberbias y sin ningún freno de humanidad. Ved la fiereza del cocodrilo,

que de un huevo como de ánsar, crece al igual de los mayores monstruos del agua. Ved la mordacidad de la mostaza, que de la menor entre las semillas llega a competir con los árboles. Es la felicidad al entendimiento un cristal, con que lo apartado no se divisa y las cosas juntas parecen mayores. Míranse con estos antojos los felices, júzganse grandes y caen de desvanecidos. De aquí nace su menosprecio de lo justo, y ser las leyes red de araña, que sólo coge a las moscas pequeñas, porque los poderosos se juzgan dignos de mandar a la misma razón, o, ciegos, poseen por bienes en la grandeza, lo que de bienes tiene sólo el nombre, no la sustancia. ¿Acaso toda vuestra grandeza no mana de la que en mí adoráis? Pues ¿cómo os hará dichoso quien no lo es? Certifícoos que el oro y la púrpura no son espada (como dicen) que de un hilo cuelga sobre la cabeza, sino pasadores que se entran hasta las entrañas. Prestada es, hijos, esta felicidad; no uséis della cual propia. No os la concedieron por más de lo que durare esta flaqueza de sesenta años. Pues os ha de dexar, no os le entreguéis, que a pocos desampara sin gran ruina suya. Templad con esta memoria sus halagos, no os derribe la misma que os levanta. Si fuimos alabados cuando obedecíamos, ahora que Dios nos puso por exemplo del pueblo, seámoslo. Quiero reformar la Iglesia: importa la buena vida del Príncipe y la de los que junto a él andan, que tienen por imagen suya. Las reformaciones comiencen por vosotros; que en vano pretenderé acabar con los de afuera, lo que no pudiere con los de casa: ellos los reciban por leyes; vosotros, por leyes y mandatos míos. Finalmente, mirad que el

menosprecio, que en el no conocido merece muerte, mejor le merece en el amigo; porque cuanto mayor la obligación, mayor es la ofensa.»

Fueron de tanto efecto eſtas razones, que sin poner en más cuidado al Pontífice, se cercenaron el fauſto y excesos que atruenan los palacios de los Príncipes. Dió órdenes, obedecidas de todos y executadas de Ministros señalados por él. Prohibió a sus gentes las sedas, anillos, enanos y truhanes. Echó las mujeres, aunque fuesen casadas, y los mochachos de palacio. Cerró las puertas de la calle, y haſta cierta hora de la noche tenía guardas para reconocer los que salían y entraban. A la mañana le llevaban minuta de los que habían sido, con que se excusaban todos de salir, por no llegar a sus manos. Determinó que a la lición del maeſtro del sacro Palacio asistiese la familia a hora señalada, por ocuparla, temiendo no acompañasen a la ociosidad los vicios. Limitó el número de los criados, que de ningún miniſterio servían, y sólo de ruido, dexando los de algún uso y que añadían majeſtad. A los despedidos (que eran por la mayor parte palafreneros) dió en su casa medianos salarios, y doblólos a los que quedaron, por quitalles las esperanzas de pensiones, y rentas eclesiásticas con que servían. Así quedó con la religión su casa, que pudiera un concertado moneſterio; pero preſto descompuso la ambición lo que no pudo el vicio. Desterróse la paz, y comenzaron secretas emulaciones, fundadas en particulares intereses, no con tanta disimulación tratadas que no saliesen en público claros indicios. Trairélo de su origen, aunque caso pequeño, tratando de la familia de Pío, digno de contarse; que quien la vida

de uno escribe, proesa tratar de los sucesos varios, y desiguales suyos, sin añadir grandeza, ni referir sólo lo heroico, que todos supieron. Yo no sólo admiro en este Pontífice el gran gobierno de la República, sino de la prudencia en el regir su casa, y aquí veo la verdad de lo que vulgarmente se dice: tienen las cosas pequeñas su gracia. El Cardenal Viteli, inquieto y ambicioso de su natural, dexada la amistad de España, a quien padre y hermanos habían servido, por promesas del Cardenal Este, acostó a la parte francesa.

Más pecados contra la lealtad tiran unos a otros, y no sólo a España; pero a Pío faltó la fe, pareciéndole que amparaba las cosas del Rey Católico. Túvose sospecha que procuraba la muerte al Pontífice, porque lo deseaba, y en público le prometía vida corta. Al principio, de entrambas partes hubo muestras de amor, holgándose el Cardenal de la elección de Pío, y él dando el cargo de la guarda a Vincencio Viteli, su hermano. Farnesio aborrecía el ingenio peligroso y variable de Viteli, y procuraba echar de la casa del Papa a Vincencio. Resistían los méritos de Vincencio y la amistad que profesaba con don Francisco de Reinoso, favorecido de Pío extraordinariamente. Por eso creyó era más cierto camino desacreditar a don Francisco, acriminando por escrupulosa la amistad suya, maestresala, y de quien se fiaba la vida del Pontífice, con Vincencio, hermano de su enemigo capital. Añadían que con el Cardenal había comido algunas veces, y otras consentido que Vincencio entrase en la cocina del Papa.

Finalmente, continuas veces pidieron se determinase a envialle a España enriquecido con muchos

beneficios gruesos, y, para dar color a la ida, con residencia de dignidad y Canonicato en Toledo. Comunicólo con don Luis de Requeséns, que excusó a don Francisco y avisó de lo que pasaba. Él, después de largas dudas si se aprovecharía de la intercesión del Embaxador y del Cardenal Pacheco, pareciéndole que muchos favores arguyen poca justicia, buscó tiempo para hablar, y comenzó así: «Perdonad, Santísimo Padre, si hablare con sentimiento, aunque la voluntad del Príncipe se debe cumplir alegremente; pues no hay espíritu honrado a quien no descomponga ver nota en su fama y mezclado su nombre inocente entre los culpados, y en mi causa no es de mayor dolor el crimen impuesto que el acusador mismo. Afrenta mi amor, probado en el tiempo miserable, quien ama la dignidad y pretendió la gracia de quien la poseía. La amistad de Vincencio sido me ha en ocasiones agradable, y en ninguna pensé me fuera triste. Amé su valor honrado, y favorecido de Vos, no le busqué ni le granjeé, digno de uno y otro; ser de una familia, y el continuo trato, unió nuestros ánimos. Fiéme de quien fiábades vuestra persona, y a mudar fe, ¿qué necesidad tiene de mi ayuda quien debaxo de guarda posee vuestra vida, y de día y de noche la cerca con armas? Con el Cardenal no he comido ni conversado, aunque la misma causa daba de error vuestra amistad y haberle obligado con mercedes. A nosotros no es lícito juzgar de la razón de vuestros hechos; sola la gloria de obedecer nos queda. Temeridad es escudriñar si escogéis justamente amigos, sino honrar los que tratáis por tales. Examínanse las asechanzas que han contra vos

maquinado. No sea la amiſtad culpa y absuélvame a mí la misma razón que a vos. Honrado decís que me enviáis y rico; yo nunca puse la honra en las riquezas. Vueſtra liberalidad venció mis deseos, y llegó a lo que un Príncipe puede levantar a un criado. Pero yo viví en mediana suerte, haſta aquí, contento; ahora no me desagrada. De aquí dexo todas mis rentas, y cuéntese éſta entre vueſtras alabanzas que dais las riquezas, no a la ambición, sino a quien las menosprecia. Pobre, volveré contento: que la hacienda no es obligación de la nobleza, con que lleve honra y nombre de no haber faltado a quien soy.» Respondió Pío que jamás de su lealtad había dudado; mas tratando con amistad estrecha a gente sospechosa, que pudiera temer de su descuido, había tenido cuidado con su honra, pues como premiado tras largos servicios, le enviaba entre los suyos. Si temía mancilla en su honor, que él mudaba propósito. Trocase por rentas libres las residencias y sirviese con recato. Añidió risa y alegría en el roſtro, y ponerle la mano sobre la cabeza, mueſtras de amor. Don Francisco le dió gracias (fin de todas las pláticas con el señor) y prosiguió en su oficio. Resultó lo que suele en acusaciones de favorecidos de Príncipes, si son sin fundamento bastante: que el indiciador se desacredita y el indiciado torna en mayor gracia. Vincencio, por más seguridad de todos, salió de palacio.

Sosegada su casa, Pío volvió el ánimo a las cosas de Italia, y con santísimas leyes deſterró los vicios. Primero revocó los salvoconduɛtos dados de Pontífices predecesores a forajidos del Reino de Nápoles; luego los desterró del Estado eclesiástico. Concertó

con el Virrey de Nápoles pudiesen los oficiales de la una parte prender diez leguas dentro de los distritos del otro a los delincuentes, para que más libremente los persiguiese la juſticia. Fué trato importante, porque Italia es de muchos señores, con imperio real y términos eſtrechos, y a tres horas de camino se ponía el malhechor en gobierno diferente. Con eſto, no había caſtigo, y la tierra llena de hombres homicidas por precio (dícenlos asesinos). Hizo publicar cada año una bula, por acabar del todo eſtos monſtruos contra ellos y sus fautores. Puso penas a los señores que no limpiaban sus tierras de bandoleros, con que aseguró los caminos de Roma, principalmente los que llevaban a Nápoles, peligrosísimos haſta entonces, y con mediana compañía aún no seguros. Y porque en el obedecer sus leyes era siempre el primero, reforzó los presidios de Ásculi, ciudad de la Marca de Ancona, finítima al Reino, y llamó con grandes salarios a Panza Napolitano, deſtruidor señalado de forajidos. Allanólo todo con mucha brevedad; mas contra Mariano, hombre facineroso y espanto de aquella provincia, ni valían fuerzas, ni ingenio. Desasosegado el Papa, propueſtos grandes premios a quien se le truxese, movía toda la tierra. No faltó quien se ofreció de haberle a las manos, porque Mariano era su amigo, y con seguridad le metiera solo en su casa. Pío (que a él lo ofreció) volvió con el roſtro lleno de ira, afeándole la traición, abominando de codicia, que le hacía olvidar las leyes de amiſtad. «No consentiré tal—dixo—; medio más honeſto me descubrirá Dios con que caſtigue a Mariano.» Divulgóse el hecho generoso, haſta llegar a oídos del

forajido, y sin más aguardar, se salió de los Estados eclesiásticos, ni poner pie en ellos en todo el Pontificado de Pío. Así desterró la nobleza a la peste, que hierro ni consejo pudieron. Armó severamente los tribunales contra blasfemos, sodomitas, simoníacos y amancebados. Revocó las indulgencias que se concedían por dineros, hechas venales y arte de ganar hacienda de gente vagabunda, que hinchía el vulgo crédulo de errores y supersticiones.

España estaba más sujeta a esta plaga, llena entonces de mil abusos, y ahora de mil cuentos. Prohibió, revocada toda licencia, el celebrar de noche, y al Griego, o Latino, en otro rito que el de su Iglesia. Echó de los templos los paseos, farsas, bailes, razonamientos menos que honestos y el mendigar pobres mientras los oficios divinos. Escondió los depósitos de los muertos puestos fuera de tierra. Los hombres demasiadamente deseosos de vida trataban con estudio de la perpetuidad de los cuerpos, y el vulgo, los sustentados con olores contra la corrupción, como si por milagro duraran, veneraba por santos. Estrechó la clausura de las monjas, que con peligro y escándalo, sin diferenciarse de las demás sino en mayor libertad, salían fuera de los encerramientos. Libró de tributos las Órdenes mendigantes, y al clero, de hospedar soldados, y de subsidios, décimas y vigésimas imposiciones y nombres inventados de algunos predecesores, con que los ministros eclesiásticos nobles eran más pecheros que los villanos. Con la mayor de las censuras eclesiásticas guareció a los que, escapando del naufragio, daban en manos de bestias, no menos consumidoras de sus haciendas que el mar. Estaban

llenas las costas de ladrones que, en deshaciendo la tempestad algún navío, en vez de acoger y consolar los peregrinos, entraban con sus vasos a robar lo que traía el agua nadando. Con gran providencia estorbó enajenar, o dar en feudo parte del patrimonio eclesiástico. Descomulgó al Cardenal que en público o secreto lo aconsejase. Determinó se obligasen con juramento, al tomar el Capelo, a obedecer aquel motu propio, y cuando entrasen en Conclavi, a guardalle, si saliesen Pontífices.

Hase reducido el Estado eclesiástico a muy estrechos fines por la liberalidad de los Pontífices, de señoríos espaciosísimos, dados por los Príncipes Católicos. Declaró cuáles resignaciones se debían hacer en manos del ordinario, vedadas las que en favor de parientes se hacen, por el olor de sucesión hereditaria. Cerró las puertas en la dataría a coadjutorías y regresos, excepto lo que Concilios y uso antiguo de la Iglesia permiten. Dixéronle que era destruir la Corte y Cámara Apostólica; mas respondió: «Menos daño es que destruir la Cristiandad.» Uno y otro lo vimos ser así algo después: lleno de oro el castillo de San Ángelo, y las residencias de España hechas censos, de quienes con un criado que por ellos servía rescataban el día y renta. Proveyó acerca de los despojos de los clérigos, confianzas de prebendas y enajenación de bienes eclesiásticos. Negó la unión de beneficios, especial la que se hiciese a Órdenes militares, encomiendas o hospitales suyos. Vedó los frailes legos, o clérigos, pudiesen poseer otros beneficios que los de su religión, y ésos sin expectativa. Quitó las pensiones a seglares; las licencias de comulgar por

Pascua fuera de su parroquia, la facultad de adoptar a Condes Palatinos, y Colegios Romanos, los previlegios de recebir a los de Orden diferente. Sacó de la jurisdición Episcopal a los mendigantes, y monjas a ellos sujetas. Dió, entre ellos, la precedencia a los Dominicos. A los que conventualmente obediencia voluntaria vivían, obligó a consagrarse a Dios con tres votos y diferenciarse en hábito de los demás clérigos. Puso particulares insignias a los Doctores en las facultades. Anuló las gracias de testar de bienes adquiridos en servicio de la Iglesia, y dexarlos a hijos ilegítimos, aunque fuesen extraños, y los bienes de enfiteusi o feudo eclesiástico. A los sacrílegos habidos en sacerdocio estorbó la sucesión, aun en el patrimonio seglar, para escarmiento de la destemplanza de los padres. A los pobres presos y pleiteantes (por que por falta de defensa no pereciese su justicia) señaló comida, abogados y escribanos. Socorrió a los esclavos cristianos con rentas y personas para su libertad. Y a los peregrinos y enfermos que a Corfú arribaban, con hospitales.

Libró a las religiones y oficios de jurisdición de los ambiciosos que con dinero los alcanzan, advirtiendo que quien compra el administrar justicia, ha de venderla. Contó por traidores los que traxesen armas cortas, o pistoletes menores de tres palmos, y por descomulgados a los jueces permitidores. Publicada esta ley, haciendo lugar, se le cayó la capa al Capitán de la Guarda; descubrió una daga, y Pío le reprehendió delante de todos, previniéndole se executaría la pena con el primero. Contra el correr toros, como juego cruel, y reliquias de infidelidad; contra

los Obispos ausentes de sus diócesis; contra los que por substituto sirven beneficios curados, hizo decretos. Reformó los cambios, censos, tribunales, penitenciaría, indultos de Cardenales, Misales, Breviarios, según el uso antiguo, tan perturbado, que siendo el Dios adorado el mismo, los ritos diferentes hacían parecer de diferente religión cada Obispado. Quien más en particular deseare entender las penas y daños que remediaron las santas leyes de Pío, lea el libro dellas, que yo sin hacer otro para eso, y de bastante volumen, no pude expresarlo. La fiesta de Santo Tomás de Aquino hizo solemne en el Reino de Nápoles, y en la Cristiandad, igual a los de los cuatro santos Doctores, por que creciese la veneración en los católicos, contra el menosprecio de los herejes. Consagró con perpetuas indulgencias por estación devota, el altar donde fueron aprobados de boca de un Crucifixo sus escritos. Estaban la mayor parte dellos sepultados muy a gusto de los enemigos de la verdad, que, por muchos, ninguno se atrevía a imprimirlos. Pío, no menos aficionado a su dotrina que a su santidad, dió veinticinco mil ducados para la emprenta, y sacó a luz juntamente las obras de San Buenaventura. Envió Comisarios por el Estado de la Iglesia a averiguar por los procesos, los que habían sido condenados al remo del año de teinta y cinco hasta entonces, y con facultad de sacar de cualesquier galeras a los que el tiempo de su condenación habían cumplido. Hizo dar fianzas en Roma a los Capitanes de poner en libertad, llegado el día, a los que servían los años de la pena.

Yendo los Pontífices, en procesiones, de San

Pedro a San Juan de Letrán, porque las grande, ruinas del Anfiteatro eſtrechaban el camino, torcían por un lado. *Esto y una eſtatua de una mujer parida, pueſta en el paso, dieron ocasión a la fábula del Papa Juan de Inglaterra, mujer, no tanto fábula, como profecía de lo que vemos hoy en aquel Reino: una osada mujer usurpar el juicio de la Religión, y nombre de cabeza de la Iglesia.* Decía, pues, el vulgo, que por la abominación del caso no pasaban por allí, donde ella, de parto, por caſtigo de Dios, había muerto. Pío desengañó al vulgo, quitando la eſtatua y desembarazando paso, con que, si no la opinión, quitó el motivo. Entrando en San Pablo, a la entrada principal de la Iglesia, vió un sepulcro de mármol, donde estaba Pedro León, antipapa, dicho Anacleto, contra Inocencio II, desposeído del cismático, y reſtituído por Lotario Emperador. Mandóle derribar y poner debaxo de tierra, en el cimenterio, diciendo: «No ha de tener lugar honrado en la Iglesia quien fué su enemigo.»

Eſtaban esparcidas por Roma gran número de rameras, en los más nobles barrios, la corrupción de la República, pero con fauſto de señoras della. Suſtentábanlas los poderosos, así por deleite de la Corte, como por las rentas de las casas más principales que ocupaban, y con su grandeza crecían. Mandó Pío, debaxo de grandes penas, en quince días se saliesen del Eſtado de la Iglesia; pero pareciendo más dificultoso, lo moderó en que a ciertos barrios se recogiesen. Vedóles el salir de allí, ni para pasearse. Fué triſtísima ley para todos. Mas los Senadores juzgaban por oprimida su libertad, eſtrechándose la licencia con que se vivía, y dolíanse de la

pérdida de sus rentas. Hablaban mal de la ley públicamente. Hasta que en voz de Senado, mostrando semblante de alboroto, se pusieron delante del Pontífice. Entonces, el conservador, hombre atrevido y de grande elocuencia, tomó la mano y propuso así: «Nunca temimos, Santísimo Padre, nos empobrecieran vuestras leyes, habiendo liberalmente enriquecido a tantos; ni cuando disteis por libres a vuestros ofensores, que pusiérades yugo a la libertad Romana, mantenida tanto tiempo sin injuria de sus Príncipes. Pero a alguno persuadió el dolor, fueron las dádivas deseo de consumir haciendas, viéndoos destruir las de vuestros súbditos y que quien entristece a la sin culpa juventud Romana por injusta estima de lo justo, perdonó a los culpados. Nosotros, ni por haciendas (supimos gastarlas por los Príncipes) ni por luto de la juventud os suplicamos, sino por nuestras honras, y por la santidad de los lechos conyugales. El hervor de la mocedad, entretenido en los halagos de sus rameras, olvidaba el desasosegarlos: ya con sacrílegos estupros amenaza nuestras hijas y mujeres. ¿Dónde estaremos seguros de sus asechanzas? Engañarán las guardas, corromperán con dádivas las criadas, romperán los encerramientos, sucederán nuestras matronas a sus amigas. Aún no es el mayor daño que remedian éste, respeto de otros feos crímenes a que vemos la ciudad inclinada. Quitad la sentina del navío y del palacio lugares donde se junten las inmundicias, y henchiréislos del mal olor, y todos ellos serán sentina. Quitad las rameras a la República, desterraréis la castidad. ¿Dudáis si deben permitirse? Solón las concedió a los Atenienses; las

leyes de nueſtros mayores las hacen lícitas; los Corintios las cuentan por don del Cielo; los santos de nuestra Religión las disimulan. Diréis: no las quito; recójolas. Conozco el color que buscáis para quitarlas: júntense, y será el lugar tan feo, que no pueda hombre noble entrar sin teñir el roſtro de corrido. Quitáis la vergüenza a los que no quitáis las rameras. ¿Conviene más a la fama de Roma que el foraſtero vea juntos sus vicios y pueda llevar el cierto y excesivo número? El mal humor que esparcido por el cuerpo se disimula, unido se apoſtema y altera el sujeto. Así, los pecados de Roma, haſta aquí esparcidos, eran oprimidos del nombre Romano; que juntos parecerán más, y matarán su fama. Dexadlas, Santísimo Padre, que oso decir son la mejor parte de la República. Gocemos nosotros los réditos de nuestras posesiones; donde no, tratáis nueſtra ruina, o por luxuria, o por pobreza.»

Siguieron a eſtas palabras voces de los demás Senadores, confusamente, y sin alguna reverencia, confirmándolas. Sosegáronse, pasado poco rato, y Pío dixo era cosa muy digna de un Senado Romano venir en forma de república a confundir con voces a su Señor y atropellar leyes por unas rameras. Refirió cómo Catón vituperaba a sus antepasados, que mandando en todas las naciones los hombres a las mujeres, y ellos a todas las naciones, les mandasen sus mujeres a ellos; pero que entonces las Repúblicas juntaban la ciudad en su defensa, y como reyes querían revocar leyes a albedrío. Moſtróles cuán rectos apreciadores eran de la virtud, que a quien deſtierra vicios, llamaban injuſto, y deſtruidor de haciendas,

a quien les quitaba delante las arpías que ensuciaban sus mesas, y los mejores bocados, y la mayor parte de sus riquezas consumían. ¡Oh sabios médicos!—dixo—, ¿por remedio de la luxuria halláis las rameras, siendo su alimento? ¿Por qué imitaré a vueſtra ciudad antes viciosa, que santa, cuando Teodosio hizo lo que yo hago? San Luis deſterró las rameras de Francia. ¿Tendré en más a Solón? ¿Imitaré a los Corintios, o a los Hebreos? Echólas de su exército Scipión sobre Numancia, ¿y queréis mayor licencia que la de un campo de soldados? Los buenos padres de familias echan del contorno de sus casas mujeres que eſtraguen su gente. Vosotros, pues tenéis nombre de padres de la República, ¿por qué no miraréis por ella de la misma suerte? Viven por el pueblo delante de vueſtras casas su corrupción, para que vueſtras hijas y mujeres no puedan vivir sin tener delante quien con el exemplo las enseñe y solicite. Eſto llamáis lo mejor de vueſtra república, ¿cuál será el reſto? No quiero que no haya en la ciudad mujeres deshoneſtas, sino que haya donde puedan vivir caſtas las vueſtras. Si eſto es deſtruiros, no se diga fuí yo vueſtra ruina, quédense los Romanos con sus rameras; yo mudaré mi corte, que no es posible eſtemos en una ciudad yo y ellas.» Acabó con semblante tan severo, que los Senadores temieron dexara a Roma si le insiſtieran más, y sin responder ni efectuar, se salieron. Entró después un abogado de gran crédito, hombre prudente, y con larga oración procuró ablandar al Pontífice, excusar al Senado, y finalmente, en su nombre, obedeció la ley. Sosegó el ánimo de Pío la modeſta plática, y executó luego el decreto. Deſterró las más

escandalosas; recogiéronse las otras, aunque tan forzadas, que algunas se casaron, y muchas dexaron la mala vida. Las que, roto el freno a la vergüenza, en nada repararon, compelió a oír sermones en días señalados, y, muertas en su ruin trato, las enterraban en eſtiércol.

Al pueblo laſtimado satisfizo con grandes buenas obras. Dió licencia a Senado y conservador de poner en libertad los esclavos criſtianos que se recogiesen a su amparo. Con privilegios y gaſto de cien mil ducados, introduxo la arte de la lana y agricultura. Confirmó una determinación antigua prohibiendo las dotes que de cuatro mil y quinientos ducados pasasen. Proveyó a la abundancia con cien mil ducados. Había llegado la careſtía a punto que una carga de trigo valía doce ducados; pero baxó con su liberalidad mucho. Truxo de Sicilia y Provenza gran provisión y vendiólo a menos precio que había costado. Quexábase de la pérdida el Tesorero, y respondió: «Ganancia es, resultando en beneficio de la República; más vale la hartura y alegría del pueblo, que el dinero ocioso.» Traía Pío IV a Roma unos conductos de agua, y cesando la fábrica con su muerte, se esparcieron. Acudían allí con inmundicias los moradores de la Trinidad del Monte, rameras allí recogidas, y gente pobre. Inficionáronse agua y aires, y enfermó aquel barrio. Pío le socorrió de medicinas, médicos y personas que adminiſtrasen Sacramentos. Encaminó también los canales por donde no pudiesen derramarse y fuesen de provecho, atajando el mal y ocasión, con gaſto de ocho mil ducados. Muchas eſtatuas eſtaban en los jardines de

Palacio, y pareciéndole indecente estuviese llena de mármoles profanos la casa del Papa, las dió al Senado. Púsolas en el Campidolio, con inscripciones, en memoria de la liberalidad de Pío, y de su agradecimiento. Entre las demás estatuas, le quiso el Senado poner la suya; pero él resistió y dixo: «Si algo he hecho bueno, dense a Dios las gracias, autor dello.» A un cambio de hombre noble, que por culpa suya había roto banco, como a ladrón le truxo a la vergüenza.

Puso después pena de la vida a los que se alzasen escondiendo hacienda, o que por prodigalidad se hubiesen perdido. Decía que el peor de los ladrones era el que debaxo de oficio de confianza consume la hacienda de los que trata. Al Tesorero de su predecesor, que con grandes engaños robó la Cámara Apostólica, infamado primero, desterró a Ostia, donde el aire, pestilente a los forasteros, le acabó. Creció por todo el mundo la fama de su santidad, y de Francia y España iban a recebir su bendición. Venían señores franceses del socorro de Malta, por Roma, para besarle el pie con maravillosa devoción. Desde el principio de una gran sala donde se les mostraba, iban de rodilla. Entre ellos, Mosiur de Brisac, mozo católico, con cien hombre traídos a su costa para ayudar a los Cruzados de San Juan, contra el Turco. Consideró Pío falta de dineros en hombre lexos de su tierra, que venía de la guerra y con mucha gente, y proveyóle, por su Tesorero secreto, de diez mil ducados. No tenía necesidad el caballero, y no los recebió; pero admiróle el cuidado y liberalidad. Dió muchas gracias al Pontífice, y por más reconoci-

miento, se metió en Ancona, en cuya fortificación se trabajaba, porque amenazaba la armada Turquesca el Golfo Adriático. Hizo general Pío a Paulo Jordán Ursino, Caballero Romano, en esta ocasión. Levantó en veinte días cuatro mil hombres para asegurar las costas con los presidios ordinarios de su Estado sustentados, hasta que cesó toda sospecha. Envió otros tantos pagados a la isla de Malta, y quince mil ducados a los Comendadores, gastados del cerco pasado, y temerosos de otro. También para fortificación de la Cittanova, sitio importante, a lo que mostró la experiencia el año antes, dió con un comisario cinco mil ducados al mes, mientras duró la fábrica. Llegó a suma de cincuenta y cuatro mil, sin otros treinta que para lo mismo repartió por iglesias del Reino de Nápoles.

Con esto, la religión menospreció las amenazas y sañas de los Otomanos. Pero ¿a qué ocasión de gastos perdonaba, si era provechosa? Sustentaba a los Cardenales pobres; proveíales de plata y vestiduras. Repartió por los Auditores de Rota trece mil ducados. Dió ayudas de costa extraordinarias a los Nuncios. Expedía sin derecho las bulas de los Obispos, religiosos o pobres. En las limosnas de casar huérfanas, que se gastaban mil escudos al año, él gastaba cuatro mil, y con seis mil ayudó al Seminario Romano. Pero más de admirar es cómo bastaban rentas, menores que en ningún Pontificado, y los gastos mayores que en ninguno. Desterró todas las gracias de algún interés, y por causas dispensaba casi sin derechos, como lo hizo en el matrimonio entre don Francisco de Zúñiga y Sotomayor, Conde de Belalcázar, ahora

Duque de Béjar, en el grado segundo de consanguinidad, y en otros, y su prima hermana doña María Alonso Coronel, hermana de don Alfonso Pérez de Guzmán el Bueno, Duque de Medina Sidonia, el día del glorioso patriarca Santo Domingo, fundador de su Orden, por estar certificado que esta señora procedía del linaje del mismo santo. Pidióle don Per Afán de Ribera, Duque de Alcalá y Virrey de Nápoles, una dispensación en el mismo grado, entre don Alfonso de Córdoba y Ávila, de la Cámara del del Rey Católico, hijo segundo de don Pedro de Ávila, Marqués de las Navas, y Mayordomo del mismo Rey, y su prima hermana doña Jerónima de Zúñiga y Sotomayor, heredera del estado de Mirabel y Alconchel, con título de Marquesa de Mirabel a su tiempo: y siendo grado en que rarísimas veces, y con graves causas y dificultades dispensaba, condescendió en esto, sin querer recebir dieciséis mil ducados que le ofrecían, pareciéndole suficientes las causas, y rompió la póliza, diciendo que lo hacía por el Duque y no por el dinero. Tenía Pío gran crédito del Duque de Alcalá, y honróle con alabanzas y dádivas. Cuando quitó los mármoles de palacio, envióle muchos de grande estima, con que adornó sus casas de Sevilla y jardines que llaman del Marqués de Tarifa, cuyo título tuvo primero.

Pío IV dispensó, en los postreros días de su Pontificado, entre doña Mariana de Ulloa, heredera de su padre don Rodrigo de Ulloa, Marqués de la Mota, y don Pedro de Ulloa, hermano menor del Marqués. Y hecha la gracia, como falleciese sin recebir los seis mil ducados de composición, sucedió

nuestro Pío inexorable en dispensaciones; ya que no revocó lo hecho, mandó enviar los dineros para la fortificación de Malta, que no quiso recebirlos en el tesoro. Ofrecía un condenado a muerte por homicidio diez mil ducados, si se le diese libertad. Había quien lo solicitase con que importaba más a la Cámara necesitada el dinero, que a la República un particular castigo. Pío respondió: «Debemos mirar a su justicia, y no a su riqueza. Si con dineros se rescatan las vidas, las penas sólo se hicieron para los pobres. La inocencia estará en la hacienda, adquirida quizá con malas artes, y libraràle del castigo haber sido malo.» Templaba algunas veces con este rigor la mansedumbre, más blando de su condición que justiciero; porque en un buen Príncipe deben juntarse, como en Dios, ambas virtudes. La severidad a solas lleva olor de tiranía y engendra en el pueblo aborrecimiento; al benigno a solas, como a remiso, le menosprecian.

Mas volviendo a lo que apunté arriba, bastaba a Pío poca renta para muchas cosas; porque allende el gran gobierno, le faltaba amor de su sangre, pernicioso y principal desaguadero de personas eclesiásticas. No quiso enriquecer a sus parientes, ni levantallos, contento de socorrellos en sus necesidades en el mismo Estado. A Miguel y Jerónimo, sobrinos de hermano, y más cercanos deudos, dió quinientos ducados de por vida a cada uno. A dos sobrinas, hijas de un oficial, a mil ducados de dote. Preguntóle su padre con quién las casaría, y díxole que con otros de su oficio. Deseó el Marqués del Bosco casar la hija heredera con un sobrino de Pío. Vino a Roma

a tratarlo; mas él dixo que por su favor no habían de quedar Marqueses sus sobrinos; por su virtud, si lo mereciesen, hallarían, después de él muerto, quien los honrase. Ni le engañó el pensamiento; que a Jerónimo hizo el Rey Católico Marqués del Casano, y el Duque de Saboya a Miguel, Comendador mayor del Piamonte. Sólo a un hermano dellos, fraile Dominico, dió Capelo, movido de perpetuos ruegos de Farnesio. Decíale que los Príncipes eſtaban sujetos a invidias, y para seguridad importaba tener junto a sí persona de su sangre. Pío rehusó mucho, diciendo que aquél debía temer injurias, que las hace.

Juzgaba a poca prudencia, o no fiarse de los suyos, si eran dignos de confianza, o, si no lo eran, encargarse dellos. Finalmente, venció la porfía de Farnesio, y dió al sobrino su nombre y título. Éste, después, casó a Isabela, su hermana, con el Marqués de Monte Quirulogo. Así tuvo Dios cuidado de levantar la casa de su siervo por sus miniſtros los Príncipes. El Rey Católico no desamparó a los sobrinos, y honró con insignias de nobleza de España, y al Cardenal, con siete mil ducados de renta. Levantó esta esperanza el ánimo de un hombre baxo, hijo de un hornero de Nápoles, a publicarse por hijo del Pontífice. Contrahizo firma y sello, imitando la letra cuanto ser pudo; fingió una carta en que Pío le reconocía por hijo. Esparciólo por Roma entre el vulgo, que fácilmente escucha cualquier novedad, y al mismo Pontífice osó pedirle la palabra por memoriales. Él, aunque de la falsedad cierto, por satisfación del pueblo, quiso averiguarlo por tela de juicio. Prendiéronle, y averiguóse como ocho días antes

se habían escrito a Roma las cartas. Fué la invención clara en ellas mismas; porque la data era de algunos meses antes que hubiese Pío el Capelo, y llamábase Cardenal. Decía que le hubo en Nápoles, donde Pío no había entrado en sus días. Echáronle con esto a galeras perpetuas: castigo dado de Augusto a un mozo que se fingió hijo de Otavia, su hermana. Poco después privado el juez desta causa, se recogió a Francia, donde su Almirante y cabezas de Hugonotes con precio le solicitaban que dixese era hijo de Pío, el mozo. Quisieran desacreditar a su mayor enemigo; pero venció la verdad a la ira, y el juez afirmó siempre lo contrario.

Aborrecían a Pío los herejes sobremanera; buscaban calumnias, pero la grandeza de sus hechos les oprimía. Decían que el demonio, por engañar a los Católicos, puso en la silla suprema a un varón tan santo y sustentallos con muestras de virtud en engaño. El mismo Almirante, solicitador de su infamia, constreñido de la verdad, fortísima entre todas las cosas, le alababa. Llámabale santísimo Madama Juana de Labrit, llamada en Francia Reina de Navarra. La Inglesa hablaba de él con respeto, y mostró pesar de que le vituperase delante del Rey Católico un Embaxador suyo. Tomólo el Rey asperísimamente; no le admitió más embaxada, mandóle salir de la Corte, y la Reina sostituyó otro. Viéronse milagrosos castigos de los que osaron poner en Pío lengua injuriosa. Burito, predicador Calvinista, subiendo al púlpito en Oxonio, Universidad de Inglaterra, para vituperarle, quedó mudo. Luego, con espanto de todo el pueblo, le arrebató una rabiosa enfermedad, de que,

atormentado ocho días, murió. Otro hombre mordaz temió que sus delitos no eſtarían seguros debaxo de gobierno juſto y desamparó a Roma en eligiendo a Pío. Volvió después de su muerte, y mordía con pasquines sus hazañas; de lo cual indiciado, fué preso. Pero con más fuerte acusación la conciencia propia le condenó a ahorcarse con un cordel, del pie de la cama, dentro de la cárcel. Al desposeído juez, de quien hice mención, sucedió Benevento, de vivo ingenio, y que en poco tiempo ofreció de sacar al Pontífice gran suma de dinero. Era inventor de extorsiones, subtil traciſta de juntar hacienda, partes que, con otros señores, le hicieran segundo Rey. A Pío le pareció, sin crecer la ciudad, ni inventar nuevas artes con que creciesen los tributos, cuanto se sacase era substancia del pueblo, y, descontento del hombre, le echó de sí. Deſta manera regía su ciudad, cuando a las cosas de guerra le forzó Solimán, Rey de los Turcos, atender; materia más llena para hiſtoria.

Las más cosas que haſta aquí he escrito, y muchas que quedan, parecerán pequeñas. Pero nadie confiera mis escritos con los grandes que andan en nueſtra lengua, de las cosas propias y de afuera. Los Papas, padres más que Reyes, en suſtentar la paz, promulgar leyes, regir con juſticia su República, resplandecen virtudes grandes, pero sin fuerza ni ornato para la escritura. Por eso determino dar cuenta de todos los grandes sucesos de la Criſtiandad que en el Pontificado de Pío sucedieron. No todo será trabajo sin ninguna gloria, ajeno de elocuencia y de gusto, al que llegare a leer eſto. También nueſtro

Pontífice obliga a ello, hombre de gran providencia, y que a todas las cosas memorables, donde no pudo con las manos, acudió con el consejo y la hacienda. En las naciones más apartadas de Roma, en los sucesos suyos más particulares, habrá que admirar su gobierno y el celo de padre con que asiſtía y velaba sobre toda la Criſtiandad.

Amenazaba Solimán con increíbles aparatos a Hungría y Alemania. Juntó el Emperador Maximiliano II Dieta en Augusta, prometiendo de tratar en qué forma debían reducirse a las cosas de la Fe. Fué induſtria para juntar a todos los potentados, así herejes, con esperanza de novedad, como católicos, para defensa de la verdadera dotrina. Siguió a la traza el suceso, porque apenas en aquel siglo se juntó Dieta con tanto concurso. Es Dieta a los Alemanes lo que a nosotros Cortes. Alteró con todo eso al Pontífice la promesa, y que Príncipes seglares quisiesen por ventura en las cosas de religión interponerse, siendo eſto reservado a los sucesores de San Pedro. Envió al Cardenal Comendón para que en su nombre asiſtiese a las juntas. Dióle orden de tratar con el Emperador no se procediese más en las cosas de la religión con gente tan pertinaz en sus errores, so las penas eſtablecidas por los sacros Cánones, contra los rebeldes a los mandatos de la Sede Apoſtólica. Añadió que ante todas las cosas se propusiese eſto en la Dieta, duplicados haſta tercer vez los avisos. Vió el Cardenal el ánimo del Emperador de proponer a todos el aprieto presente, y cumplió con el mandato de Pío, y lo llevó con gusto y alabó la prudencia de Comendón en público y secreto. No que-

ría (como suele ser) que errasen sus súbditos por no obedecerle, sino el bien de la República, y aquel decía mejor cumplir su voluntad, que mejor atinaba con lo útil.

Tratóse de liga universal por sus Delegados entre los Príncipes Católicos con menos fruto que conviniera. Todos los Potentados y ciudades de Alemania dieron número de gente y dineros, y los señores y Repúblicas Italianas, excepto la Veneciana. Pudo en eſto el ruego y solicitud del Pontífice. Envió el Duque de Florencia tres mil infantes pagados. Y el de Ferrara, con casi real pompa, se halló personalmente con dos mil caballos. Pío socorrió con sesenta mil ducados al Emperador para la guerra, y con treinta mil para fortificación de las plazas de Hungría que habían de resistir al primer ímpetu. Prometióle cincuenta mil, todos los años que durase la guerra, y cada día con socorros y consejos le aumentaba las fuerzas.

En tanto Solimán, trayendo gente de Egipto, y de la última Asia, juntó campo de ciento y noventa mil combatientes. No consintió estuviesen ociosas las reliquias del armada, con que cercó a Malta, el año antes, y con Piali las envió a apoderarse de Sío, por fuerza o por engaño. Fué la ocasión Mahamet Baxá, sentido de la pérdida de un esclavo que huyó a Sío, y no pudiendo cobrar persona ni precio, volvió el enojo contra los ciudadanos. Persuadió al Turco que la ocupase, cosa entonces fácil; dificultosa y de peligro si con señores criſtianos se confederase. Coloreaba la juſticia con sospechas que había de amiſtad con España, y avisos que habían dado de los aparatos y designios pasados. Concluyó, como rebelados, se po-

dían conquiſtar los que negaron dos años el tributo. Es Sío isla del Archipiélago adyacente y vecina a la Asia. Tiene al Oriente, no lexos, a Caboblanco, célebre con la Sibila que, del nombre de su ciudad, edificada en eſta punta, se llamó Eritrea. Está al Setentrión la antigua Lesbos, ahora Metelín, y al Mediodía, Samo. Por más anchos mares, mira al Occidente a Negroponte, a los Griegos Euboea. Será su circuito de treinta y siete leguas, isla extendida más de Norte a Sur, con ciudad de su mismo nombre. Fué célebre en vinos y jaspes, los primeros que en el mundo se conocieron, labrados para la fábrica de sus muros. Dióla Miguel Paleólogo a los Ginoveses, con Lesmirne, ciudad de Asia, la menor en la Jonia, y Patria de Homero. Pero usurpada de un Príncipe Griego, mientras Génova en civiles discordias se consumía, la tornaron a cobrar a coſta de los Juſtinianos. Quedó en empeño, por los gaſtos con las Foceas, ahora Folla Vieja y Nueva. Después, Calojano Paleólogo les hizo señores a los mismos Justinianos, con reconocimiento de feudo imperial. Subió el tributo Mahamet Otomano a diez mil ducados; porque discurriendo con su armada, vitorioso por todo el Archipiélago, los de Sío compraron su libertad con aquella suma. Vino, pues, Piali con nombre de amigo, y asegurando a los isleños, entró en la ciudad solo. Luego, con título de negocios importantes del señor (así dicen a su Rey), llamó a los más principales al navío, ya sospechosos de su mal, pero sin prevención ni fuerzas para resiſtir. Entregáronse a la ventura, y en manos del tirano, que sin más disimulación se alzó con la tierra, no hallando quien en contra levan-

tase espada. Llevó presos a Cafa los señores, de donde los rescató Pío, por orden de Carlos, Rey de Francia.

Con eſto, se levantaron los corazones Turquescos, quebrantados del cerco de Malta y atemorizados con prodigios que por todas partes amenazaban. En Trapisonda aparecieron tres soles, sin poderse conocer el verdadero, hasta que corriendo el uno a Oriente, y otro a Occidente, el tercero quedó en su lugar, y por curso ordinario feneció el día. En Anagosia, en la ciudad de Cataquit, en la coſta del Ponto Euxino, duraron de medianoche hasta entrado el día una cruz de insignes resplandor, y una eſtrella igual en la luz a la Luna. Por cuatro días se mostró en Hungría una estrella, tan de contraria naturaleza de las otras, que en las tinieblas de la noche se escondía, y cuando el Sol eſtaba en la mitad del cielo, se descubría, compitiendo con su claridad. Por el mismo tiempo, después de viſtas tres cometas, y tras sequedad grande, creció el Tíber con tantas aguas, que lo baxo de Roma peligró. Tiénese por milagro, y de la santidad de Pío por argumento, que cuando con mayor ímpetu crecía, mandó echar en él un Agnusdéi, de los que había bautizado, con que se detuvo el río, y poco a poco recogió entre sus márgenes. Estaba Solimán en Belgrado, y hecha sobre barcas una puente en el Drava (a pesar suyo, que dos veces arrebató la fábrica), pasó a la otra parte con el exército. Determinó cercar a Julia y Sigeto, plazas metidas dentro en sus Eſtados, de donde con fortísimos presidios los imperiales le moleſtaban. En tanto, Maximiliano, con diferentes capitanes, ganó a Vispertina, Totes, Fileco, Adria, Huſta y otros lugares fuertes de Hungría, y

mató más de catorce mil Turcos. Nicolás Sirino, Capitán de Sigeto, sabiendo de gran número de Turcos que no lexos alojaban sin orden de guerra, los acometió de noche y hizo continuar el sueño con la muerte. Había, en otro salto, ganado dos banderas, una con hierro y bola en el cuento de plata, con muerte de Mahamet Baxá, general de aquella gente.

Poco después pareció sobre el lugar Solimán, recebido con grande ánimo, y con bastantes fuerzas. Fué Sigeto, hasta que la experiencia mostró podía rendirse, inexpugnable en la opinión de todos. Edificóle un Anselmo, insigne en linaje y riquezas, en los confines de los Húngaros y Esclavones, en sitio pantanoso, llano, lleno de lagunas, y por eso seguro de minas. Tiene al Setentrión un lago, que por tres fosas de agua cerca ciudad y castillo. La entrada es por dos puentes levadizos, guardados de dos baluartes, que, guarnecidos de muchos cestones, sirven más a la apariencia que a la necesidad. Creció el campo de Solimán con los socorros del Vaivoda, tanto, que a un mismo tiempo, con cincuenta mil hombres cercó a Julia, y con doscientos mil a Sigeto. Pero en la conquista perdió veinticinco mil hombres, sin que los de adentro se sujetasen, sino a la muerte, después de cuarenta días de cerco y de increíbles trabajos. Cayó con esto la más fuerte plaza de Europa, con singular virtud de Sirino defendida, en vano tentada otras veces. Los de Julia recebieron con tanto valor a los enemigos, que, acometiéndoles dentro de los reparos, degollaron cinco mil Turcos. Pero a la postre cayeron de aquella gallardía sus corazones, y ofreciéndose primero al Vaivoda, con ciertas condiciones honestas,

se entregaron al Turco. Insolente el vencedor, olvidó la fe dada, prendió al General, y a los demás pasó a cuchillo, excepto algunos que, escondidos entre unos cañaverales, escaparon. En esto, Pío juntaba con las armas terrenales las invisibles, implorando el socorro del Cielo con procesiones y rogativas solemnes. Iba en ellas a pie, descalzo, descubierta la cabeza, las manos juntas, sin alzar los ojos, y recitando Psalmos. Movió la estrañeza del espectáculo, y la devoción que en el rostro mostraba, de manera, al pueblo, que prorrumpió en voces, diciendo: «Santísimo, religiosísimo Papa, cual no ha gobernado la Iglesia en estos trecientos años.» Entonces le pusieron delante hombres y mujeres atormentados de espíritus, que con sola la bendición sanaban. No se oía otra cosa sino gemidos de demonios, que, vencidos, dexaban libres a los apasionados y blasfemaban del Pontífice. Finalmente, sus oraciones embravecieron contra el enemigo los elementos. Lo primero, una furiosa tempestad de viento arrancó de sus asientos los pabellones, y llevó lexos, volando, a algunos. Quedó el campo descubierto a la injuria del Cielo. Siguióse un ímpetu de agua, que arrebató los bastimentos de hombres y caballos. El Danubio soberbio amenazaba los montes con aguas tan turbias, que a ningún uso humano podían servir, y, lo que de más importancia era, murió Solimán en el campo, en cuatro de Septiembre del año sesenta y seis, tres días antes que entrase a Sigeto. Quebrantaron estos accidentes de suerte el campo Turquesco, que a no esconder la ocasión el rostro, se pudo sepultar el nombre Otomano. Pero no quiso la fortuna acabar en

una hora el Imperio que con increíble favor levantó en dos siglos. Con todo, Carlos, Archiduque de Austria, salió a unos caballos Turcos que corrían la tierra, y, rotos, degolló cuatro mil. Otra vez lo desbarató Turi Georgio, capitán de Palota, e hizo grande estrago. Lázaro Suendio, sabio y animoso hombre de guerra, con cuya industria se ganaron Vespertina y Totes, cercó a Trosornoga, y forzándola a entregarse al albedrío del vencedor, no admitió a hombre a vida. Truxo el Capitán preso, porque en todo quedase vengada la inhumanidad de Julia.

Otros muchos prósperos sucesos tuvieron los imperiales, largos y difíciles de contarse. Estaba repartido el campo en tres tropas, una con el Suendio, otra con el Archiduque, y con Maximiliano otra, que todas pelearon, hicieron correrías y se opusieron a las del enemigo. Dividieron el exército, porque determinados de no acometer campo a campo, para molestar por más partes al enemigo, para mejor acudir con más ligereza, para tener con presidio más provincias, se juzgó conveniente, y casi Solimán siguió el mismo consejo. Tenían entrambos Príncipes, navíos armados en el Danubio, que pelearon y vencieron los Cristianos junto a Comara, ciudad edificada en Italia. Volviéronse los Turcos a Grecia, y en Belgrado saludaron por señor a Selimo. Hasta este tiempo estuvo encubierta la muerte de Solimán, con maravillosa fidelidad y prudencia de Mahamet Baxá, habiéndole enseñado como vivo al exército. No tuvo Maximiliano nueva della hasta que Pío lo supo por vía de Venecia y le avisó. Sucedió en el primer año del Pontificado.

ARGUMENTO DEL LIBRO TERCERO

En él se contienen las órdenes que dió al Cardenal Comendón para la reformación de Alemania, y solicitud grande de Pío, y las conversiones de muchos infieles que Dios obró por él. Rebelión de Sam Pedro Corso, en Córcega, contra Génova, y su muerte. Nuncio e instrucciones para Francia, y fruto que en aquel Reino se siguió. Sus guerras traídas de origen y prevenciones que hizo en el Eſtado de Aviñón, y facciones allí de sus Capitanes. Socorros gruesísimos que envió al Rey de Francia, y la vitoria milagrosa habida contra los herejes. La virtud que moſtró el Conde de Santa Flor, General de Pío, y la buena disciplina de sus soldados. Tumultos civiles de Flandes, y vitorias del Duque de Alba, y socorros y premios que le envió Pío. Guerra de la Florida, contra los Franceses. Toma del Final.

DE LA VIDA Y HECHOS DE PÍO V, PONTÍFICE ROMANO.

LIBRO III

Remediada Alemania contra el Turco, procuró Pío remediarla de los enemigos doméſticos, más dañosos y menos resiſtidos, que con opiniones heréticas la pervertían. Para eso dió el Cardenal Comendón eſtas inſtrucciones: Tratase de la publicación y observación del Concilio de Trento; se hiciesen juntas sinodales y provinciales, si no en Auguſta, por eſtar el Cardenal Obispo impedido, el de Maguncia Metropolitano diese principio; se aceptase y executase en éſtas el Concilio, y por lo menos en Conſtancia, Salzburg, Frisinga y Auguſta, Obispados Católicos, que fuesen como muro a Italia, para que no llegase a ella el error. Eſtaba el electo de Colonia con protección del Conde Palatino del Rin, y del Duque de Saxonia, electores, y herejes, apoderado de la ciudad, sin hacer la profesión de la Fe, que hacen los Obispos, no solos Españoles, Franceses y Italianos, más

Polacos, Húngaros y Alemanes, después del Conci-lio. Pedía el Papa, con amenazas, se lo persuadiese el Emperador; donde no, procedería a deponerle como hereje, de que sin sus protectores había no pe-queños indicios. Advirtió el peligro de la Iglesia de Magdeburg, muerto el Arzobispo, que se apoderaría de ella el Saxón, como de otras tres había hecho. En la de Argentina, donde sólo tres canónigos eran Católicos, sería imposible no sucediese Obispo Lu-terano al que vivía. Daba por remedio a entrambas Iglesias tomar sus perlados ya de edad, coadjutores Católicos. Pedían no se disimulasen las impiedades que contra los Católicos usó el Palatino en Espira y Vormes, convocando para la venganza Obispos y señores, y ofreciendo ayuda de gente y dineros. Encargábales en eſto la conciencia y honra, que el disimular con insolentes es ſavorecerlos para que sean peores, y participar en sus culpas.

Coſtumbre es en Alemania los eleſtos Obispos gozar de las rentas y usar de la jurisdición antes que se unjan; con que se ordenan con menos cuidado, adminiſtrando los oficios Paſtorales por Perlados de anillo, sustentados con salarios. Por eso Pío les amoneſtaba a consagrarse, celebrar en público, pre-dicar al pueblo, visitar lo que pudiesen de su Obispado. Encargábales la reformación de los mo-nesterios, y echar los relapsos, que él proveería, si faltasen, de frailes Italianos o Flamencos. No con-sintiesen que Arcedianos, o personas eclesiásticas, dexasen la profesión de continentes, o viviesen vidas escandalosas. Fundasen Seminarios para la buena inſtitución de los niños, como el Concilio de Trento,

determinó santísimamente. Tengo por una de las mayores partes de buen gobierno, en cualquier República, la disciplina de los mozos, a cuyas manos ha de venir; porque en encaminar bien los principios está el suceso de fin y medios. Por eso las personas celosas pusieron en la fundación de los Seminarios particular solicitud, como el Rey Católico en el sumptuoso convento, y casi increíble obra de San Lorenzo. Sobre todo, les encargó limpiar de libros herejes sus Obispados, maestros perpetuos, y que a todas horas solicitan. Que hiciesen imprimir libros pequeños, en cantidad, que desengañasen de errores, y que se vendiesen a mínimo precio, para que anduviesen en manos de todos. Prometía dineros para las emprentas, para los hombres doctos que se ocupasen en escribir contra herejes, o otro ministerio de reducción de almas. Pedíales aviso de cualquier cosa que en provecho de la Religión pudiese resultar, ofreciendo por ellos hasta la vida. Cometió al legado inquirir si los herejes tenían correspondencia en España, Italia o Francia, y que avisase de cualquier luz, sin perdonar a gasto, trabajo, peligro. Que confirmase al Duque de Baviera, espejo de la Religión en Alemania, y aconsejase el cuidado que debía tener en la crianza de sus hijos, sujetos, con la credulidad de la niñez, a mortales engaños.

Maravilloso provecho fué el que desta legación sacó Alemania. Era, entre todas las virtudes de Pío, heroica la fortaleza con que contrastaba herejías, que a los que le miraban al rostro, sólo el aspecto confirmaba en la Fe. Un gentilhombre Inglés, tocado de la dolencia de su tierra, vino a Roma, y movido

del semblante con que vía a Pío en la procesión del Corpus, rompió por la gente, hasta llegar a sus pies, donde, confesados a voces los errores, volvió a la verdad. Iba en semejantes solemnidades a pie, atentísimo en el Sacramento que llevaba en las manos, fuera del uso de los demás Pontífices, que van en hombros. También el Duque de Olica, Alemán, se reduxo, maravillado de la santidad de su aspecto, y escribió a todos los señores de Alemania, como era autor de su vida, ofreciendo todo cuidado en la conversión de mujer y familia. Era en severidad de rostro, y austeridad tal, que a la primera vista, hombres valerosos, probados en mil peligros, temblaban, y nadie le miraba sin movimiento grande. Pero entre muchas conversiones que obró Dios por él, fué memorable la de Elías, Judío, cabeza de la Sinagoga. Eran las costumbres déste dignas de admiración en un infiel, verdadero hombre, y apartado de logro, vicio nativo de aquella generación. Entraba, por su bondad, en casa de Pío, Cardenal entonces, y lastimado de que falta de Fe destruyese vida tan corregida, eran continuas las persuasiones con que le avisaba de su engaño. Pero resistía obstinadamente el Judío, que, como por donaire, decía: «Yo me convertiré cuando fray Miguel fuere Papa.» Sucedido lo que no pensaba, iba a darle el parabién al Pontífice; mas respondióle que no había de verle si primero no cumplía la palabra. Juzgólo Elías por voluntad misteriosa de Dios, y satisfecho en algún tiempo de dudas que tenía, como hombre docto en la ley Hebrea, se bautizaron él y toda su casa, en doce de Junio del mismo año de sesenta y seis, por mano de Pío.

Dióle privilegios de nobleza, y adoptóle en la familia de los Guislerios, y muerto en pocos días, le hizo enterrar con real pompa. Creció, con su dotrina, el número de los catecúmenos, y fabricó casa para ellos. Proveyó de varones doctos para su instrucción. Nombró visitadores, y él, por su persona, los reformó. Juntó personas eruditas, para en un catecismo recoger la suma y razón de nuestra Fe, obra igualmente docta y provechosa, que con brevedad y elegancia enseña. A los Judíos no convertidos prohibió tratar en libros, y los cerró en un barrio debaxo de llaves, que se abría a horas señaladas. Quitóles el servirse de Cristianos, o aprovecharse dellos en ningún ministerio servil. Vedó a sus mujeres criar niños Cristianos, no mamasen con la leche la superstición. Finalmente, los desterró del Estado eclesiástico, si no es de Roma, por el aparejo de su conversión, y de Ancona, ciudad marítima, para conservar el trato de Levante.

En el segundo año del Pontificado fué notable la muerte de Sam Pedro Corso, hombre de humildes padres, mas de singular ingenio, querido de los Príncipes de su tiempo por la prudencia en la guerra. Éste, nacido en Córcega, de pequeños principios en la milicia, por su virtud mereció la amistad de Francisco el primero, Rey de Francia, y de Solimán, justo estimador del valor en los enemigos. Aprovecháronse entrambos de la arte del Corso, y premiado, cercano a la mayor vejez, le enviaron a su tierra, donde, compuestas las diferencias de España y Francia, vivía en quietud. Por evitar molestias de cosarios que fatigaban la tierra, edificó un palacio fuerte, con gasto de la mayor parte de sus premios. Los Gino-

veses, señores de Córcega, temerosos de que para Francia crecían aquellas paredes, amiga de Pedro, y que otras veces se había apoderado de la isla, derribáronlas, diciendo que a nadie es lícito fortificarse sin licencia del señor. Acusa él su silencio, con que consintieron en el edificio. Pide se le restituyan los gastos, y no aprevechando, les infama por toda la tierra. Llámales tiranos, que a nadie consienten viva seguro en su casa, ni dexaban gozar de las posesiones adquiridas con sudores gloriosos. Representa su vejez, su pobreza, con que los naturales tomaron por propia la injuria de Sam Pedro, que amaban como a lustre de la tierra.

Es Córcega isla del Mediterráneo, entre Italia y Cerdeña, montuosa y difícil de entrarse, por la aspereza de las sierras que la rodean. La parte oriental que mira a Sicilia, llaman Banda de Adentro; de Afuera a la contraria; los de el lado de Italia, Cimontanos, y los de mediodía, Ultramontanos, de los montes que dividen la isla casi por medio. Es fértil, de preciosos vinos, y de gente inquieta, y que justamente merecen el nombre de ladrones, dado de autores graves. Dista tan poco de las costas de Génova, que adquirió crédito la fama de que un toro atravesaba a nado los mares de en medio a vista de su ama, que en aquellas riberas apacentaba, y harto de más abundantes pastos, se volvía. Deseosa la mujer de entender el secreto, en un barco siguió al toro hasta la isla, donde se quedó convidada de la abundancia, y dió su nombre.

Viendo los Corsos era sin provecho pedir recompensa para Sam Pedro, porque la grandeza de la suma detenía a los Ginoveses, trataron de rebelarse. Movíales la ocasión del Capitán, su naturaleza

revoltosa y el gobierno de hombres sus iguales, que, como poderosos, llevaban sobre todo ásperamente. Dieron de improviso en los Ginoveses que eſtaban en la isla; degollaron a muchos, y desbarataron a los que con más orden hicieron resiſtencia. Apoderáronse de Puerto Viejo, y otros lugares de la Banda de Adentro, aunque con gran presteza Génova se opuso a los principios del mal, asoldando a los Lombardos y Alemanes. Tuvo con diversos Capitanes diversa fortuna. Bien que las más veces el Corso, peritísimo en la tierra y arte de pelear, acometía con ventaja, y se mejoraba. Todo el miedo de Génova era Francia, que con livianos fundamentos se entendía daría fuerzas a la rebelión. Por eso Pío significó por embaxada al Rey de Francia cuán inviolables eran a los Ginoveses las leyes de paz con Francia, y cuán indigno del nombre de Rey, y la reputación de su Reino, suſtentar a rebeldes. Él respondió disimulando su ánimo, que ni con su consejo se había comenzado, ni lo ayudaría, y se holgara de ver en sus manos el caſtigo. Poco después, en diez y siete galeotas Turcas, enviadas del Rey de Argel, pasaron a la isla once compañías Francesas, el nervio de la guerra, y como principio de mayores cosas, tuvo atenta a la Criſtiandad.

Con eſto, Sam Pedro se apoderó de la isla, salvo algunos lugares fuertes que requerían prolixo asidio. Aumentó el campo de Génova, y publicó perdón para los que se reduxesen, con aviso que los isleños, gaſtados y cansados, deseaban desnudar las armas. Pasáronse algunos, otros titubearon; por lo cual Sam Pedro no se fiaba dellos enteramente. Pero antes que nuevos accidentes le quebrantasen del todo, dió dos

batallas de nombre, una tras otra, en que quedó superior, y puso en extremo aprieto a la República. Vino, el verano siguiente, Rafael Juſtiniano, con todas las fuerzas, que suyas y de sus amigos pudo juntar Génova, y con mejor fortuna corrió la tierra, y cercó a Baliſta en la Banda de Afuera. Supo que Sam Pedro, con trecientos arcabuceros y pocos caballos, venía a meterse dentro, y puso en emboscada ciento y sesenta caballos. Acometióle desapercibido; peleóse valerosamente haſta llegar a las espadas, con que fácilmente descompuso la caballería a los de a pie, y Sam Pedro, conocido de un cuñado suyo, quedó muerto. Al autor de su muerte, desterrado de Génova por graves insultos, reſtituyeron la ciudad en premio. Sobre Sam Pedro se entregaron los soldados con rabia, haciéndole menudas piezas, y hubo alguno que, con licencia militar, las partes que la honeſtidad impide nombrarlas truxo por penacho en el morrión. Era el Corso hombre cruelísimo, que por liviana ocasión mató mujer y hijos; sólo uno dexó, que después de su muerte, suſtentó la rebelión. Sobrevino otra discordia antigua de blancos y roxos entre los obedientes, que llegó a caso de armas. De nuevo puso en cuidado a Génova. Tornó Sebaſtián Doria al siguiente año con baſtante compañía, con que los amigos se apaciguaron, y cansados los enemigos, con honrosas condiciones se entregaron. Sosegóse la isla, con gran pérdida de sangre y dineros, en el año de sesenta y ocho, al tercero de su Pontificado.

A eſte tiempo, Francia ardía en civiles discordias, donde, so color de la religión, se trataba del Reino y vida del Príncipe. Profesan eſtos nuevos usurpadores

del indigno nombre de Evangelistas, confundir lo alto con lo baxo, gente en sus principios de obscuro origen, y ambiciosa, con sembrar escándalos, noble y conocida. Destierran con la ley Católica, que es la de paz, la paz misma. Establecen dotrina en todo al revés que Cristo y sus discípulos. Entró el Evangelio con mansedumbre. Sustentaba a los siervos en sujeción de sus señores. La mayor arma era la palabra. Estos perturbadores lo primero que enseñan es rabia, menosprecio del Rey, más propiamente convocación de exércitos que junta de dotrina. Conviene repetirlo para que mejor se entienda, muy de atrás, no fuera de nuestro propósito, pues en estas revueltas, casi por tres años sustentó Pío exército en Francia. Tenían origen los movimientos muy antigua, y con el tiempo echadas hondas raíces en los movimientos. Reinando Enrique el segundo, primero de secreto, después en público, hubo muestra de más de cuarenta mil Hugonotes. Llegaba el veneno a las cabezas más altas, pero disimulando por temor al Rey, que, como sabio, acudió a cortar en yerba lo que fuera simientes de mayores males.

Del nombre de Hugonotes dan diversas orígines. Unos, el autor primero de la seta en Francia. Otros, una voz Esguízara, que suena Liga. Otros, una puerta de Turs, a que el Rey Hugo Capeto dió nombre, de sermones Calvinistas frequentada. Ni falta quien le dé por apellido general de herejes, desde que los Waldenses se juntaban en aquella puerta. De los desterrados de Enrique por la religión, derramados en Alemania y catequizados en errores, comenzó en Francia a haber comercio de herejes. Acudían encu-

biertos a sus casas. Trataban de opiniones entre los deudos. Traíanles libros, que con la novedad de las cosas y dulzura de la lengua aficionaban, y los bien instruídos a los sin conocimiento de letras persuadían fácilmente. Llegó el número de los tocados a punto que, vivo Enrique, hubo trato de movimientos, y, muerto él, execución, aprovechándose de la niñez de su hijo Francisco el segundo. Conjuráronse en Ginebra de hallarse a día señalado todos los de las iglesias reformadas (que este nombre tomaron) en el contorno de Nantes, de donde, como quien otra cosa hacía, se llegaron a Bles, para dar de improviso en Ambuesa, donde el Rey estaba. Son estas ciudades en la ribera de la Luera, río famoso y navegable, que naciendo en Abernia, primero contra el Setentrión, y después doblándose a modo de arco, corre derecho al Oriente hasta entrar en el Océano a los confines de Bretaña. Pretendían coger sin prevención al Rey, y muertos Francisco de Lorena, Duque de Guisa, y su hermano Carlos, Cardenal de Lorena, haberle en poder y aficionarle a la libertad de su seta, con que todo fuese lícito a la codicia, apetito y crueldad. Siempre ha sido blanco de disensiones de herejes, aunque buscan otros colores, licencia de vida, venganza, lechos prohibidos, riquezas ajenas.

Sabía el Rey la conjuración, aunque no el autor, que debaxo de capitán mudo se juntaban las gentes. Prevenida la defensa de la ciudad, salió el de Guisa a reconocer la tierra. Cogió algunos capitanes y cartas, escritas en cifra. Rompió quinientos caballos, y trecientos infantes, que sin tiempo se acercaron, y preso Renaudié, su capitán, le hizo cuartos. Asegu-

róse con esto Francia, y buscados primero los culpados para el tormento, después se admitieron a la gracia real los que se reduxesen. Pero muerto Francisco en Orleáns, en 5 de Diciembre del año de 60, contra Carlos el IX, su hermano, más niño, se atrevieron los Hugonotes, no ya con cabeza escondida, sino debaxo del amparo de muchos señores descubiertos, y el principal, Luis de Borbón, Príncipe de Condé, hermano menor de Antonio de Borbón, Duque de Bandoma. Talaron casas y lugares de Católicos bárbaramente, y la ciudad de León, fértil, populosa, de gran comercio, cabeza de provincia, puesta en un llano deleitoso, bañada del Ródano, y Sona, que en ella se juntan, y la abrazan gran parte. Fabricaron aquí un templo, capaz de tres mil hombres, fortificado y guarnecido de artillería. Batieron moneda del oro y plata de las iglesias, y aunque el entrar fué con muestras de paz, todo fué confusión luego y echar fuera el gobierno Católico. Siguieron su exemplo Viena, en el Delfinado, y otras ciudades, con menos respeto de divino y humano.

Los Consejeros del Rey niño, convocados socorros de España e Italia, se pusieron en armas debaxo del imperio de Bandoma, dicho en Francia Rey de Navarra, el de mayor autoridad en el Reino, y defensor de la Fe contra su sangre. Acometió a Roán, y tomándola con maravillosa presteza, atravesado de una bala, murió vencedor. Sucedióle el Condestable Annas de Memoranti, de gran disciplina militar. Habíase el de Condé alojado tres millas de París; pero no consintieron que allí estuviese el General y Guisa, y trabándose en una escaramuza, llegaron a

combatir campo a campo. El de Condé, creyendo que en los Esguízaros eſtaba la fuerza del exército, los acometió, desbarató, mató gran nobleza y prendió al General. Pero sobreviniendo Guisa con los Españoles y caballería, les quitó la vitoria. Hizo increíble estrago, y prendió al de Condé, herido. Por gozar Guisa enteramente de la vitoria, cercó a Orliáns, ciudad grande en la ribera de Luera; pero hallando los de la ciudad a Altrot, hombre facinoroso, que por grandes premios le atravesase con una pelota, le hirió en el hombro derecho, en 18 de Hebrero del año de 63, y con su muerte, en 24 dél, se libraron del asedio. Cansado el Rey de tanta gente iluſtre muerta en su defensa, faltándole fuerzas y consejo, asentó vergonzosa paz con los herejes. Perdonó al de Condé, con que condenó a sus Eſtados, porque a ingenios malignos la misericordia es licencia. Dióse libertad de conciencias, y que cada uno, según su fe, pudiese predicar, excepto las ciudades principales, que conservaron el rito católico. Señalóse por tiempo de paz todo el que el Rey durase en gobierno de curadores.

En eſta suspensión de cosas, los Hugonotes maquinaban perpetuas asechanzas contra el Rey y contra su familia, moleſtaban los caminos, hinchían el Reino de desaſtres, haſta que Pío, viendo cerradas de aſtucias las mocedades del Rey, envió por Nuncio al Conde Miguel de la Torre, con sabios avisos para la salud de aquel Reino. Trató de introducir la observación del Concilio de Trento, en que fué maravilloso su eſtudio. Parecióle que la Reina Madre, ocupada en cosas de gobierno, en éſta andaba remisa, y con gravísimas penas, por breves Apoſtólicos, lo mandó

a los Perlados. Hizo traducir en Francés el Catecismo Romano, para que pudiese andar en las manos del vulgo. Obligó al Rey a que no admitiese en su Consejo a Odeto Castillón, hereje y, por sentencia de Paulo IV, privado del Capelo. No había traído hábitos de Cardenal haſta entonces, que por menosprecio del Pontífice se los puso después de casado. Hizo con el Rey inſtancia que le compeliese a dexarlos, prometiendo de no dar semejante dignidad a hombre Francés, mientras Odeto la infamase. Privóle del Obispado de Biebos, que tenía usurpado, y al Uticense, Valentino, Carnotense, Olorense, y otros herejes, en cuyo lugar puso Carlos, Católicos. Castillón, renunciada su Iglesia, pasó a Inglaterra, donde murió impío. Quitó los beneficios eclesiásticos a los casados, según la licencia de Calvino, y intercedió en que ocupasen sus lugares hombres religiosos, de virtud y letras. Ni sólo la casa de Dios: la del Rey, los gobiernos, los tribunales, se limpiaron de herejes. Proveyó de nuevo sobre la residencia de los Obispos, y hizo que Carlos escribiese en este sentido a los que seguían la Corte: «Por las calamidades presentes conozco como la ira de Dios cayó sobre nosotros. Para aplacarla, conviene con vida exemplar atiendan los Perlados a la edificación del pueblo y le inſtruyan en el temor de Dios. Nueſtro Santísimo Padre Pío nos ha inducido a que así os lo exhortemos. Yo ruego a todos los obispos vuelvan a sus residencias.»

Tras eſto, trató de echar de Francia el abuso de dar las prelacías y beneficios menores a seglares, y a mujeres, de los Reyes pasados introducido, pagando en eso los servicios. Sucedía que el que gozaba la

renta, esperando que el hijo, o pariente, llegase a edad legítima, tenía sin rector la iglesia largos años, y si le obligaban a ponerle, con escandalosas simonías le daba al comprador más liberal. Estaba llena Francia de semejantes ventas, en que Pío puso remedio, averiguando y desposeyendo a los simoníacos. A la Princesa de Rocasurión, Católica, quitó el Obispado de Glandeves, y dos Abadías que en dote había recebido de los Reyes, y poseído sin poner pastores, largo tiempo. Prevínole de adelante, prohibiendo se pudiese tener beneficio sin título, ni dar la posesión a quien no hubiese expedido bulas en Roma. Amonestó a la Reina Madre pusiese freno a la Bandomesa Setaria, mujer de Antonio de Borbón, ya muerto en perseguir la libertad eclesiástica con Leyes; donde no, daría las iglesias a los más poderosos Perlados de España, bastantes a defenderse con armas. Amenazó daría la investidura de Navarra la Alta al Rey Católico; mas detúvole el temor de renovar discordias, y esperanzas que de reducirla daba la Reina. Por eso insistía más en que el Francés la ocupase o la diese a Henrico, su hermano menor. Acusó gravemente la amistad que aquella Corona sustenta con el Turco, ella, Cristianísima, y él, ruina de la Cristiandad. Decía que así dañaba a Francia la amistad del Turco, como a los Macabeos la de los Romanos. Representóle el poco peligro que se seguía de la enemistad del Turco a sus Estados remotísimos, y el daño de la Cristiandad en sustentar seguridad en sus entrañas al mayor enemigo. Pedía la destruición de Géneva, fácil al Duque de Alba, con el exército que pasaba a Flandes, si el Rey viniera en ello. Tuvo en el cora-

zón esta empresa, y si nuestros pecados no acortaran su vida, fuera la primera después del Turco.

Trató el Legado con el Rey de Francia otras cosas muchas tocantes a jurisdición, y menos conocidas, de que no hablaré ahora, ni jamás que el suceso de las cosas me meta en ellas. Es materia de opiniones, en que hallar la verdad es dificultoso, y después de hallada, seguirla, lleno de peligro. Oféndese a los interesados en la cosa más preciosa (porque en esto fundan su grandeza) y cualquier parte que se apruebe se ofende a la otra. La principal causa de la Religión fué persuadir al Rey rompiese la ignominiosa paz que había hecho con los herejes, sin aguardar a más edad. Habíase de tratar con la Reina, y los demás a cuyo cargo estaba la persona Real, y así, el Nuncio trató esta causa delante dellos con más fuerza y más razones. Si fuera sólo estado—dixo—lo que se ha de averiguar con las armas, justo era esperar a la edad del Rey, a cuya honra toca; quizá él, como Príncipe manso, aborreciera el verter sangre, pues es cosa tristísima poseer Estados vacíos. Mas si tratamos el culto Divino, en defensa de templos, sacrificios, imágenes, ¿por qué se dilata, pues llevamos delante a quien ni con el tiempo muda de voluntad, ni aumenta sus fuerzas? Crecerá el Rey, como en años, en brío y prudencia, para sujetar mejor con freno el Reino alterado; pero en ese tiempo que aguardáis cobran los rebelados fuerzas, y nunca duermen, como quien teme ha de llegar con los días del Rey, el de su castigo. Con tantas cautelas van estrechándoos, que ya no deliberamos si tomaréis la guerra, pues no lo dexarán en vuestro albedrío, sino si esperaréis a ser cogidos

desapercibidos, o, previniendo, burlaréis sus designios. Enrique y Francisco, con la presteza, desbarataron a esta gente dos veces, y aquél estuvo más a pique de no poder remediarse, que les dió más tiempo. Nunca mayor guerra os hacen que en la paz, donde sin embarazo estienden con sermones su seta, y tantos soldados listan cuantos hombres apartan de la religión. Fuerte vínculo es el juramento, que la naturaleza obliga a guardarle al enemigo, y no me determinara tan fácilmente si por vosotros se hubiera de romper; pero si olvidaron la Fe en dándola, si no os libraron sus juramentos, antes os engañaron, ¿a qué aguardaréis? ¿Prometieron dexar las armas? Los caminos no se pueden atravesar sin escuadras armadas; perdéis las haciendas, rescatáis por precio las vidas libres, y los poblados o fuertes no os aseguran. ¿Prometieron no publicar errores en las ciudades? La Corte escandalizan, y misericordia es de Dios no haber llegado a las orejas del Rey. ¿Teméis al Reino? ¿Qué más perdido que como está? ¿Teméis a vuestras vidas? Dichosos los que no se guardan para testigos de las calamidades de su Patria. A los celosos gobernadores ningún respeto ha de apartar de lo justo. Nuestro Santísimo Padre ofrece, no sólo su hacienda y socorros de todos los Príncipes Católicos, sino verter el primero su sangre por vuestro remedio.»

Disputóse largamente sobre la demanda del Pontífice. Quién decía: «No es bueno revolver humores: suframos a los que corregir no podemos; imprudencia es irritar al más poderoso.» Y quién: «Conviene obedecer a Dios, y no a los hombres; su servicio se ha de anteponer a nuestros discursos. Si con la paz se

apoderan de nosotros, pongámosles con las armas en duda la vitoria.» Pero, como sucede en enfermedades tratadas de muchos médicos, mientras divididos en pareceres altercaban, se pasó el tiempo de la cura. Fuera fácil antes de juntarse consumillos, y acudieron cuando el brazo de Dios, más que fuerzas de hombres, los derribó. En tanto, Pío, considerando el peligro de Aviñón, patrimonio de la Iglesia en Francia, no lexos de la boca del Ródano, hacía grandes provisiones de pólvora y munición. Señaló al Cardenal de Armiñac, Gobernador, cinco mil ducados al mes de gastos ordinarios de guerra, sin los extraordinarios que enviaba según sobrevenían ocasiones. Al mismo Cardenal socorrió con diez mil ducados de ayuda de costa, pareciéndole que el buen Gobernador pone mucha hacienda. Juntó su gente con el Conde de Lenda, que tenía la Provenza, y el Joyosa, que a Languedoc, número bastante, con que cobraron a Normas, lugar pequeño de la Iglesia, ocupado por los Hugonotes. Luego, con muertes de algunos, les ganaron un fuerte que sobre las peñas de Valchiusa fabricaron. Compró Pío a los soldados los presos, para hacer justicia en Aviñón. Tras esto, porque los herejes del Delfinado y Provenza no juntasen sus fuerzas con los de Languedoc, rompieron la puente de Santispíritus, puesta sobre el Ródano. En sus riberas tenían los enemigos el castillo de Aramón, de donde impedían con robos continuos la navegación, úil a las provincias comarcanas. Fueron sobre él, y ganáronle felizmente, hechos piezas mil infantes y trecientos caballos que venían en socorro.

Apartados con esto los enemigos, quedó el Esta-

do más seguro. No consintió a los deſterrados de Aviñón, por mueſtras de reconciliación, se les reſtituyese la ciudad, ni haciendas, porque el amor de sus casas, decía, les mudaba el semblante y no el corazón. Era la mayor parte oficiales, gente que acrecentaban los tributos notablemente, y que con dineros pretendían el rescate de sus posesiones. Vedó a los de Aviñón el comercio con los del Principado de Orange, Calviniſtas por la mayor parte, con el exemplo de su señor. Pero los forajidos, recogidos en el Principado muchos de ellos, y ayudados de los deudos que en la ciudad dexaron, tentaban alzarse con ella. Descubierta la conjuración, se doblaron guardas y presidio, y salió el Cardenal contra el Principado, y ganadas Cortesón, Ovequiers y Gigondas, villas pequeñas, las añadió a su Gobierno. Castigó con muerte los ciudadanos culpados. No se escaparon los que huyeron, que los Gobernadores Católicos, a su intercesión, hicieron juſticia.

Gaspar Coliñí de Caſtillión, Almirante y cabeza a esta sazón de los Hugonotes, asentada paz con el Rey, deliberó por no entorpecer con el ocio, dar sobre Aviñón. Punzábanle en el corazón eſtas injurias. Miraba la fortaleza y riqueza del lugar, acomodado para tiempos sosegados y turbulentos, vecino a Orange, con que debaxo de su señorío corría todo el Ródano. Animábale que la paz, hecha con el Rey, no se entendía con el Pontífice. Pío quitó del Gobierno todos los miniſtros Franceses; suſtituyó Italianos, y envió con título de General a Torcuato Conti, caballero Romano, de cuya sciencia militar se había aprovechado en Áscoli contra los forajidos.

Levantó de nuevo gente sobre la vieja, y reparó los lugares fuertes. Habíase acercado con disimulación Coliñí; pero, viſtos los grandes aparatos, se volvió a Avernia, sin pasar el Ródano. Suſtentó Pío, para más espanto de los herejes, dos años eſte exército, con que después se ganaron plazas de importancia en el Delfinado. Deseó desposeer por armas al de Orange, y pidió el beneplácito del Rey, o que a coſta de la Iglesia le ocupasen Franceses, y se le entregasen con título de donación o empeño. No vino en uno ni otro el Rey, juzgando por inconviniente que creciese el poder del Pontífice en Francia; inconviniente en otros tiempos digno de consideración, y en el presente eſtado de cosas, consejo errado. Desminuía a los enemigos las fuerzas, y obligaba a los Pontífices a asiſtir al remedio de Francia con más cuidado, y mantener mayores exércitos contra los herejes. Introduxo Pío en Aviñón más severo tribunal del Santo Oficio que había, con licencia de confiscar bienes. De la hacienda de los condenados reſtauró los templos y moneſterios, que la furia de los herejes había destruído. Por su consejo, se siguió en Francia lo mismo.

Eſtas guerras menudas, aunque más de nueſtro propósito, me han divertido de las principales, y ya fenecidas por eſte tiempo. No eſtaban en duda los movimientos de los Hugonotes, cuando el descuido de los curadores del Rey era más que si estuvieran en duda. El de Condé, conocida la ocasión, juntó con gran preſteza cantidad de caballos, para dar sobre Miós, donde eſtaba holgando el Rey con madre y hermanos. Por no tener Carlos el Reino desarmado, al pasar el duque de Alba por él a Flandes en el

año de 67, asoldó seis mil Esguízaros, por cuya virtud escapó, y pudo entrar en París de noche. Creció el campo de los conjurados, y dieron en San Dionís, entierro riquísimo de los Reyes; pero en balde, porque los Católicos, con tiempo, pusieron en salvo oro y plata. Volvieron los herejes su ira contra cruces y imágenes, y unos molinos de viento, a que pusieron fuego, cercanos a París. Fué la confusión de los ciudadanos maravillosa, porque la luz del fuego les hizo entender se ardían por oculta conjuración. Apretaban la ciudad por hambre, impidiendo con correrías los bastimentos. No sufrieron más estar cerradas las escuadras reales, y debaxo del gobierno del Condestable se arrimaron al enemigo, amparadas con la artillería de la ciudad. Quisieron con estratagemas aventajarse en puesto, y comenzando por escaramuza, encendiéndose los ánimos de entrambas partes, deseosos de pelear, acabaron una porfiada y peligrosa batalla. La vitoria, dudosa mucho tiempo, se declaró por los Católicos. El Condestable, peleando valerosamente por su persona, gozó del vencimiento enteramente, aunque con tres heridas mortales. Los herejes, con el favor de la noche, amparo de malhechores, se recogieron a San Dionís. Entonces se coronó el de Condé por Rey, y batió moneda de su rostro, con esta inscripción: *Luis XIII, Rey de Francia, y primer Cristiano*. Esa misma noche, por comenzar con felices pronósticos el Imperio, huyó con temor de los Católicos que sobre él irían. Envió el de Alba en socorro catorce banderas de infantería y mil y quinientos caballos. Pío, cien mil ducados, y veinte y cinco mil al mes todo el tiempo de guerra. Supo que en Ale-

mania hacían aparatos los Luteranos; para ayudar al de Condé, y, por orden del Emperador, lo eſtorbó

Ganaron los Católicos a Tolosa, y en muchas refriegas quedaron superiores, pero casi sin ningún fruto. Gobernado de muchos el Rey mozo, cada uno pretendía aprovechar las vitorias según sus particulares, con que la causa pública se examinaba con menos cuidado. También los herejes, deudos de los curadores del Rey, en viéndose inferiores, con promesa de redución, movían a misericordia fácilmente a su sangre, y entretenían con tratos de paz, mientras se rehacían. Al Condeſtable muerto sucedió en el cargo Enrique, hermano menor del Rey, mozo brioso y de grandes esperanzas, afeminado después en el Reino, y que cobrando poder, perdió el valor. Tenía por consejeros a Guisa, al Conde de Masfalt, con la gente de Flandes, a Ludovico Gonzaga, con buen número de Italianos, que por medio de los enemigos escapó, y evitadas sabiamente inumerables dificultades y emboscadas, se juntó con el Rey. Cobraron todos juntos a Mez de Lorena, ocupada de Luteranos. Aquí Pío hizo derribar un gran templo, fábrica de Hugonotes, juzgando por indigno ofrecer casa a Dios la que se levantó para el demonio.

Apenas hubo provincia en Francia donde no hubiese campo de Católicos y Hugonotes. Así, el proseguir todos los sucesos varios en todas partes, sería prolixo; sólo del más principal daré cuenta. Eſtaban entrambos campos en Xantom, provincia marítima del Océano, entre Bretones y Gieneses, sólo el Carente en medio, río de mediano nombre, que de los montes de Avernia tira derecho al Occidente, a

desbocar frontero de la isla de Olerón. Enrique, deseoso de averiguar tan porfiada competencia, hechas tres puentes, en una noche atravesó el río, y dió en los enemigos, tan descuidados como si el campo Católico estuviere lexos, y de paz la tierra. Moſtraron entrambos exércitos ser franceses, nación belicosa, y por largos años exercitada. Finalmente, después de diez horas de pelea, en que murió la flor de Francia, vencieron los Católicos, ganando setenta banderas, treinta y cuatro estandartes, diez y ocho piezas gruesas y muchos despojos. El de Condé cayó debaxo de su caballo muerto, y preso de dos hombres de armas de Guisa, ofrecía cien mil ducados por su rescate; pero estimaron más la salud del Reino y su muerte. Luego, Enrique de Borbón, Duque de Bandoma, que pusieron los Hugonotes en el cargo de Condé, con socorros ingleses y algunos alemanes desmandados reparó como al principio la pasada rota.

Solicitaba Pío ayudas de toda la Criſtiandad para los Católicos, moſtrando por común a todas las naciones Criſtianas el peligro de Francia pueſta en su medio. Hizo por Italia embaxadas; pero ¿qué necesidades domésticas, qué emulaciones, detuvieron a los señores, sino al Médices? Éſte acudió con mil infantes y docientos caballos pagados, y cien mil ducados en dinero. Pío, de su parte, no quiso dar nueva ayuda en moneda, aunque los consejeros del Rey lo eſtimaron en más. Supo a su coſta se habían pagado algunos Herreruelos herejes, porque saliesen del Reino, y con estraña cólera dixo al Embaxador Francés: «En fin, ¿empobrezco yo la Iglesia para enriquecer Luteranos? No se harán jamás con mi hacienda

torpes condiciones de paz. Yo ayuda quiero enviar, no sueldos para el enemigo.» Por eso determinó levantar gente; mas hallábase, con los gaštos pasados, en extrema pobreza. Envió personas eclesiáśticas, que representando la necesidad de la Iglesia, tomasen lo que cada uno graciosamente ofrecía. Aprobó eśte modo de juntar dinero, más que imponer tributos; porque decía que, aunque fuesen temporarios, y para ocasión cierta, la codicia de los señores los perpetuaba. Huía de dexar mal exemplo, ni ocasión de vejar al pueblo. Llegó el subsidio caritativo (que así llaman eśte modo de contribución) a cien mil ducados. Otros tantos ofreció el Clero, y otros tantos Roma. Juntaba la ciudad su cantidad de sisas, pueśtas sobre el vino de la tierra, vilísimo y suśtento de la gente plebeya. Pío, pareciéndole que lo pagaba quien menos podía, ofreció perdón de la oferta, porque no se sacase del sudor de los miserables. Con eso, el Senado dió orden de repartirlo entre los caudalosos. Tampoco Carlos podía salir a campaña sin mediana provisión de dineros, como los continuos exércitos acrecentaban los gaštos, y el Reino alterado disminuía las rentas. Dióle Pío (prompto a socorrer en todos aprietos) un breve, con facultad de sacar 150 mil ducados de las iglesias más ricas del Reino. Puso por condiciones en la enajenación, que no en otra cosa, que en defensa de la Fe se gaštasen. Que no entrasen en poder de tesoreros reales, sino comisarios Apośtólicos para eso nombrados. Que las iglesias, por el tanto, pudiesen, dentro de diez años, redimir sus posesiones. Que las Parroquias, y Marquesado de Saluces, se librasen.

Juntos cuatro mil y quinientos infantes y nove-

cientos caballos, Pío los envió con el Conde de Santa Flor, gran soldado, exercitado largos años con cargos en servicio del Emperador Don Carlos Máximo, Rey de España. Proveyó el exército de religiosas personas de santa vida, que le esforzase y administrase los Sacramentos. Dióles instrucciones para la buena disciplina de la gente y virtud, porque como exército de la Iglesia resplandeciese entre los otros. Que aconsejasen a los soldados la obediencia de los Capitanes, y concordia entre sí. Abstenerse de la blasfemia, juego, luxuria, ordinarios y perniciosos vicios de la soldadesca; huir el robo, y contentarse de sus sueldos, que por eso los dió puntuales y aventajados, y juntó abundantes vituallas. No les llevase codicia, o deseo de libertad, sino de defensa de la religión y honra de Dios. Sobre todo, apartarse de disputas de herejes, y defender la Fe con la espada. No quiero pasar aquí un cuento, continuo en la boca de Pío, a este propósito. Siendo Inquisidor en Bérgamo, iba a pie y sin dineros (como acostumbraba) a cierta pesquisa. Metióse por el Po, en una barca donde iba don Bernardino de Mendoza, General de las Galeras de España, que, viéndole religioso, le pagó el flete y dió de comer en su mesa, y uno de dos traspontines que llevaba. Supo el ministerio en que ocupaba Pío, a que él tenía veneración grande, y contó cómo yendo a Flandes se le juntó un caballero Alemán hereje. La ordinaria plática era disputas de la religión, en que don Bernardino, como su profesión no era de letras, quedaba atajado. Cansado ya de argumentos, puso mano a la espada, y le dixo: «Señor: en España, a los maestros toca defender la Fe con razones; a los caballeros, con

las armas. Si queréis disputas, averigüémoslo aquí, que no he de sufrir infaméis la religión mía y de mis abuelos.» Atajó eſte denuedo al Alemán, y prometiendo dexar las diferencias de dotrina, prosiguieron el viaje. No se hartaba Pío de engrandecer la piedad y determinación de don Bernardino, y amoneſtaba con su exemplo a los señores seglares.

Volviendo a lo que dexé, proveyó de hospital el exército, y prometió volver los impedidos a Italia. Mandó al General, en tratando el Rey de acuerdo de paz en perjuicio de la Iglesia, se volviese, o pasase a servir al de Alba, a Flandes. Entrado en Francia, tenía el Almirante, cabeza de los Hugonotes, cercado a Putiers, ciudad de las más antiguas de Francia, y más populosas, cabeza de los Pictones, en las riberas del Clain, que gran parte la cerca. Envió Enrique, para defensa de Putiers, al duque de Guisa, Enrique de Lorena, hijo del muerto, que con quinientos caballos del Papa, mil y quinientos Franceses y peones algunos, se metió dentro, de noche, sin ser sentido.

Andan escritos comentarios deſte cerco, suceso de los más señalados de nueſtra edad, en que Guisa moſtró virtud no punto menor a la de sus pasados. Porfióse mucho tiempo, con grandes pérdidas de gente, apretándoles a los de dentro no menos la hambre que el enemigo. Comieron las mulas y todas beſtias; sólo el uso de la guerra exceptó los caballos. Valía cuatro reales un huevo, y tantos escudos una ave. No baſtando nada, echaron de la ciudad la gente inútil, que entre los muros y el campo moría de hambre. En la extrema estrechura, aconsejaban a Guisa escapase por cierta parte de la ciudad menos

guardada; pero respondió: «Las cosas del Rey tienen más necesidad de esfuerzo que de huída.» Confirmó con eſto a los desconfiados, haſta que el enemigo alzó el cerco, porque Enrique asentó campo sobre Casteleralto, ciudad de los Hugonotes, en la misma ribera del Clain. Alzó también Enrique el suyo, atento a sólo librar a Putiers, y mejorando de pueſto, el río en medio, dilataba con escaramuzas la batalla, haſta juntar nuevas fuerzas, que aguardaba. Lleno el número, Enrique fué a Montecotour, do eſtaba el enemigo pueſto en la ribera del Pibe, como en triángulo con Putiers y Caſteleralto. Llegó a tiempo que el hereje atravesaba el río, y embeſtidos los que no habían pasado, del de Santaflor, y otros que iban en la frente del exército, murieron muchos, y más, a no sobrevenir la noche.

Tras eſto, a viſta del enemigo, entraron a S. Clero, villa fuerte. Retirábase Coliñí, por sacar a los Católicos a campo, que en buena orden (pareciéndoles coyuntura) presentaron batalla. Iba el de Santaflor, y Esguízaros, el primero. Viéndose a tiro de cañón, animó a sus soldados, casi con eſtas palabras: «No es sazón, ¡oh soldados!, deteneros mucho en razones, pues todo eſte tiempo quitaría a la mueſtra de nueſtro valor, a la defensa de Dios, y dilata la vitoria que me hacéis cierta con el semblante. Envíanos un Santo Pontífice para caſtigo de insolentes, para salud de un Reino Criſtianísimo y de un Rey mozo cercado de traidores. Hoy, peleando como Italianos, alcanzaréislo todo, y eterna fama. Gente es éſta bárbara, vencida no sólo de nueſtros mayores, sino de nueſtros compañeros, y que pocos de nosotros tantas veces rebatimos de los muros de Putiers.

Ahora, de sólo vernos huían (no era otra cosa el retirarse), si el miedo de que íbamos en su seguimiento no les cortara las piernas y forzara a esperarnos. No pueden resistirnos hombres hechos al robo, a los motines, que la misma conciencia, representándoles sus crímenes, les hinche de desconfianza. Érales poco ser traidores a Dios, profanar los lugares santos, saquear los templos, violar las vírgenes sagradas, ensuciarse con sangre, quién de la mujer, quién del hijo, quién del padre, si después de lo divino, no confundieron lo humano. Conozcan que tenemos a Dios de nuestra parte y que tratamos su causa. Nuestro Santísimo Padre no olvidará jamás nuestros trabajos; premiaráos con dádivas y exempciones, fuera del grueso despojo que este campo, robador de toda Francia, en sí encierra.» Luego, dada señal, se mezclaron las escuadras. Los Italianos, afrontados con los Alemanes, los desbarataron, después de haber peleado con singular virtud mucho tiempo. Lo mismo hicieron los caballeros Católicos, adonde el mayor aprieto hizo lucir más el valor. Estuvo entre ambos campos caído gran rato Enrique, ardiendo de aquí por librarle, de allí por prenderle. Peleó a pie constantemente, hasta que salió libre y vitorioso.

Afirmaron los Hugonotes haber visto en el aire al desplegar las insignias del Pontífice, hombres con armas lucidísimas y espadas sangrientas, amenazándoles. Entre ellos, un capitán de buen nombre, atemorizado de la estrañeza de la visión, hizo voto de seguir las banderas de Pío, si aquel día escapaba. Cumplióle después, y contó a Alexandrino su conversión en la legación de Francia, que escribiremos

en su lugar. Hicieron prisión los Italianos a Mosiur de Asier, General de la infantería del Almirante, que por mandado de Carlos se rescató en diez mil ducados. Era orden expresa de Pío al de Santaflor pasase a cuchillo cuantos herejes hubiese a las manos, y así se quexó de la libertad de Asier, y más, fuese por precio. Escribió al Conde debiera soltarle sin ninguna recompensa, cuando la autoridad del Rey le apremiara. Envió el de Santaflor veintisiete banderas que ganó, y el Rey algunas cornetas, recebidas de Pío solemnemente, y pueštas unas en San Pedro, y otras en San Juan de Letrán, con esta inscripción en mármol: *Pío V, Pontífice Máximo, las banderas a los traidores de Carlos IX, Cristianísimo Rey de Francia, y enemigos de la Iglesia, por Esforcia, Conde de Santaflor y Capitán del exército que envió en socorro del Papa, ganadas, colgó en la Basílica Príncipe de las iglesias, y dedicó a Dios, autor de las vitorias, año de 1570.*

Quiso el magištrado Romano celebrar con juegos seglares la vitoria; pero Pío comutó los gaštos en limosnas, y alegró la gente con procesiones de mucha devoción y maještad. Quedaron en Francia los soldados de la Iglesia todo el verano, haciendo faciones de importancia, y ganando tierras, donde se recogieron los Hugonotes. Pero, despedido el exército, se puso al invierno menos cuidado en acabar las reliquias de la guerra, y como de raíces escondidas brotaba a la primavera siguiente. Cansado el Rey de traer el peso de las armas en los hombros tanto tiempo, se compuso con mejores condiciones de paz, no del todo honeštas, de que sintió estraño dolor el Pontífice. La suma dellas era perdón de los culpados, y

más estrechos límites que primero, donde pudiesen enseñar los herejes su dotrina.

A esta sazón, Flandes andaba bien inquieta. Tratara destas revueltas con gusto, de espacio, por los prodigiosos hechos de los Españoles, grandes en boca de nuestros enemigos, donde gastó la invidia cuanto pudo. Pero diligentes y copiosos volúmines, escritos en nuestra lengua, me obligan a no apartarme de mi instituto, que es brevemente cuanto baste a la noticia de las cosas, por donde esparció Pío su solicitud, contar los casos. Si me derramo alguna vez más, no me quise atar a lo que es precisamente su vida, sino a dar alguna luz del Estado de la Cristiandad que gobernaba. Rigiendo Madama Margarita, Duquesa de Parma, a los Flamencos, tuvieron ocasión de mostrar su pensamiento alterado por no tener guarda Española, y porque los que con ella asistían cabezas de los Estados, aborrecían el gobierno y la religión de España. Tomaron ocasión de que el Rey Católico mandaba publicar el Concilio de Trento. Guardar los decretos del Emperador don Carlos, su padre, contra los herejes (y lo que para mover más al pueblo añadían), meter la Inquisición de España, a otras naciones espantosa. Finalmente, libertad de conciencias pretendían, para tras el yugo de la Fe, sacudir el del Reino. Asistía con Madama Antonio Perenot, Cardenal Granvela, por eclesiástico y por estranjero odiosísimo, y ahora con amenazas, ahora con vestir por juego sus hábitos, le obligaron a salir de Flandes. Contra Margarita sola se atrevieron mejor, y sin cubierta, osaron pedir revocación de las leyes que a religión determinada obligaban.

Entraron a pedirlo por memorial, veſtidos de ropas viles, con bordones y alforjas, y escudillas de palo, de donde se llamaron *Gueuxis,* que es pícaros. Celebraron el nombre de manera que en banquetes se brindaban en las escudillas, y bien bebidos gritaban: «¡Vivan los *Gueuxis!*» Pusiéronse al cuello unas medallas con dos manos trabadas de un lado, y la escudilla, y las alforjas, y alrededor por mote: «¡Viva el Rey haſta las visazas!», y a la otra, el roſtro del Rey con las mismas letras. Pío, por contraseña, batió medallas con el roſtro de Cristo y de su Madre Santísima. Concedió grande remisión de pecados a los que las truxesen al cuello, las mirasen con devoción o rezasen teniéndolas delante. Recibiéronlas con gran gozo los Católicos todos, y se las pusieron, y en el sello se conocían los esclavos del demonio y de Criſto. Prosiguió el Rey Católico en mandar se executasen las leyes de su padre, con que se rebelaron contra su señor, y los primeros los de Bolduque. Envió sobre ellos Margarita al Conde de Menga, que tuvo lugar de entrar en el pueblo, mientras, divididos los herejes en parcialidades, unos por temor de otros, no salían de su casa.

Alteráronse, a eſte tiempo, tantas ciudades, que, desesperando Margarita de poder acudir a todas, encargó su sosiego a los Gobernadores de las provincias. Flandes y Artoes eſtaban a cargo del Conde de Egmont; Holanda y Zelanda, del de Orange, de la opinión de los rebelados, y concedieron libertad de conciencias. Sólo el de Aramberg, varón Católico y fidelísimo al Rey, conservó la Frisa, que gobernaba. Levantóse Valencianas, lugar de grande población y

territorio, a cuya pacificación no acudía el de Egmont. Fué sobre ellos Mos de Nomquerme, y corriendo la tierra, y impidiendo los bastimentos, les puso en último aprieto. Los de Tornay, en la misma ocasión declarados, enviaron once banderas en su ayuda; mas Nomquerme les salió al camino, y hizo pedazos sin dexar hombre. Siguiendo la fortuna, entró en Tornay, por trato secreto, y castigó severísimamente los culpados. Prosiguió el cerco de Valencianas tras esto, plantando veinte y dos piezas, con que abrió fácil entrada; pero a merced se entregaron los de dentro, conociéndose perdidos. Aquí castigó la insolencia con todo rigor. Amberes quiso meter dentro tres mil Gueuxis que a vista andaban para con más ocasión levantarse. Alojáronse los del campo, esperando respuesta en Astruel, adonde amanecieron cantidad de peones y caballos por orden de la Gobernadora, y los degollaron, sin poder ser socorridos. Pero la ciudad no estuvo quieta, porque hallando los herejes, por buena industria de los que regían, cerradas las puertas, vueltos contra sus vecinos, se levantaron con la ciudad.

También Holanda estaba alterada, y Mastric, y Bolduque; pero por industria de la Gobernadora y virtud de Nomquerme, se dieron a la obediencia Real. Quedaban con nombre de obedientes al Rey, en todo lo que no era religión; porque en ésa, no sólo de nosotros, pero entre sí mismos diferían. Estas dos setas, las dos más poderosas, Luteranos y Calvinistas, que como de Francia y Alemania truxeron predicadores, instruyólos cada uno en las opiniones de su nación. Estaban entre sí tan discordes, que en

alborotos de ciudades, como Amberes, se arrimaban antes a los Católicos que a los de parcialidad contraria. En Holanda prevalecían Anabatistas, seta horrible, nacida de discípulos de Lutero y, según decían los maestros, de sus mismos escritos. El autor de la superstición, Baltasar Pacimontano, quemaron en Vierna. Su compañero, Miguel Selario, murió a manos de Luteranos, contra su dotrina, que niegan los delitos de Fe deberse castigar con muerte. Cortáronle la lengua, atenazáronle vivo, y después, con nueve discípulos, le quemaron; sus diez mujeres, echadas en el río, acabaron con tercer bautismo.

Reprimida por entonces la blasfemia, de nuevo se esforzó, autora de sediciones desde su nacimiento. Las cosas en el estado que he dicho, prometían quietud, como en la religión no hubiese apremio. Aconsejaban al Rey Católico era bien en cualquiera opinión tenerlos sujetos, como en África tiene vasallos Moros y Judíos, y dañoso atándoles a cierta ley, hacerlos declararse por enemigos. Contra esto escribió Pío una larga carta de mano propia. Mostraba con razones y exemplos, como andan tan juntos el Gobierno político y espiritual, que apenas se ha visto mudarse éste, y aquél quedar el mismo. Pedía encarecidamente pasase en persona a Flandes, que su presencia acabaría más que los exércitos, ofreciéndole por ello quinientos mil ducados cada año sobre el clero de España y la Cruzada, no concedida por él hasta entonces. Pero no se aprobó, por dignos reparos, que el Rey desamparase a España, a que tuvo inclinación siempre, teniendo valerosos ministros que bastaban a suplir en Flandes. Envió en su lugar, el

año de sesenta y siete, con facultad cumplida, a don Hernando Álvarez de Toledo, Duque de Alba, hombre de inmortal memoria, y el segundo en alabanza militar de los capitanes que fuera de España han salido. Llevó los soldados viejos de los tercios de Nápoles y Sicilia, mucha gente noble y exercitada. Dióse tal priesa, que primero entró en los Estados que los conjurados pudiesen prevenirse. Recibiéronle con semblantes alegres; pero, conociendo su yerro, trataban los señores de impedirle se apoderase más. El Conde de Egmont y el de Hornos aprobaban la disimulación al presente, por falta de dineros y armas. Pero el Príncipe de Orange, diciendo «Aguarde quien quisiere», se salió de la junta y fué con sus hermanos a Alemania. Llamó el Duque, para mostrar sus despachos, a los señores de los Estados, y despidiéndose, acabada la junta, el de Egmont, se le encontraron don Fernando, Prior de San Juan, hijo del de Alba, y otros caballeros. Trabando plática, entraron en otra pieza, y le dixeron se diese por preso, y las armas; que era voluntad aquélla del Rey.

Fué el de Egmont el hombre más grave de los Estados, y que sin injuria de nadie se puede decir los había sustentado en las guerras de Francia. Confiaba en sus servicios, y así, respondió con admiración de la demanda: «No es posible que quite el Rey armas que tan bien le han servido. Si yo las desnudara, como me achacan, vosotros no osárades pedírmelas. Yo vi que las temía toda Francia, y que le quitaron los Estados que conservé para el Rey. Hícelas en su servicio gloriosas, y no pensé mancharlas con traición jamás. Yo, por la lealtad que le debo, las dexo, y

rogad a Dios, señores, vayan con tal prosperidad vueſtras cosas, que no hayáis meneſter volvérmelas para que os ampare.» Por la misma traza prendieron al de Hornos, y luego a otras personas graves culpadas. En tanto, el de Orange, en Alemania, y Ludovico, su hermano, en Frisa, ayudados de algunos señores Luteranos, hacían grandes aparatos para echar de Flandes a los Españoles. Mos de Viles, con tres mil Hugonotes, venía de Francia a juntárseles, y de paso por los Estados robando, y con traza de ocupar a Rodemonda. Salióles al encuentro Sancho de Ávila, con tres bandas de caballos, y don Sancho de Londoño, con cinco banderas de infantería. Saliéronse de los Eſtados los Hugonotes; mas los nueſtros, que no quisieron volver con las armas limpias, los acometieron, y arrimados a las murallas de Dali, donde quisieron recogerse, los degollaron. Preso el de Viles, y otros muchos nobles, los juſticiaron a pocos días en Bruselas. Contra Ludovico, que en Frisa eſtaba con más de doce mil hombres, envió el Duque al Conde de Aramberg con mil y docientos Españoles, y algunos caballos con el Conde de Mega. Llegó primero la infantería a ver al enemigo en sitio fuerte, bien trincheado, y sin aguardar los caballos, quiso acometer.

Pero el suceso pide conocimiento de la tierra, que faltó a los nueſtros. Frisa, o recibiese nombre de la Asiática, o le haya dado, como deseosos de la gloria de su patria, pretenden se estendió de la boca del Rin a Denamacha. Hoy, con más estrechos fines, se divide en dos por el asiento, llamadas la una Oriental y otra Ocidental. Deſta, más noble, sujeta al Rey Católico (aunque en la otra tiene algún señorío)

tratamos. Rodéala el Océano por Poniente y Septentrión; al Oriente, el Amasio, y sin cierto límite de río o monte, la cierra Oberisel, al mediodía. Tierra es sin ríos, pero de espesas acequias, por comodidad de llevar las mercadurías y vaciar la provincia de aguas superfluas, que lo más del año la cubren. Hácela estéril de todo punto la humedad, y abundante de pastos y ganados. Defiéndense los lugares y caminos con valladares de arcilla contra las aguas, que hacen dudoso si quiso la naturaleza dar al mar o a la tierra aquella parte. Queman, por falta de leña, un género de césped (dícese turba) acomodado para el fuego. La tierra, resistiendo al agua, se arma de una corteza, ora de un palmo gruesa, ora de ocho varas; cuanto más profunda, menos estendida. Ésta, líquida al principio, la sacan y curan al sol y al aire, con que se endurece, y es turba. Hínchese la fosa al punto por encima de agua y yerba, como lo demás del campo, con que se hace el paso dudoso y de peligro a los no cursados. De inumerables destas secretas cavas estaba cercado Ludovico, camino igual a los ojos de los Españoles. Mostrábales el peligro el de Aremberg, y aconsejaba esperasen a los caballos, que podían ser de algún efecto, atravesándolas. Ellos, no sólo ciegos, mas sordos, insistían y llamábanle hereje, que por dar tiempo de huir a Ludovico, se entremetía. Corrido entonces el de Aramberg, arremetió el primero, diciendo: «Tan buen caballero soy como vosotros, y sabré morir por mi Rey. Los pocos que hoy quedaren serán testigos si soy buen soldado y buen capitán, pues conocí el peligro antes de verme en él.» Siguiéronle en hilas pequeñas, cayendo a tercer paso,

y desconcertados con zanjas grandes en medio que impedían unos a otros socorrerse. Acometióles Ludovico, y sin ninguna resiſtencia mató muchos; los demás volvieron las espaldas. Muerto el caballo, saltó en pie el de Aramberg, con espada y rodela. Encontróse con Adolfo, hermano de Ludovico, y del de Orange, grande amigo suyo, y pelearon haſta caer muertos a un mismo tiempo; después los enterraron en una huesa juntos.

Eſta sola vitoria habida por los enemigos en tan prolixa guerra, alteró mucho los ánimos y desabrió sobremanera al Duque. Condenó a muerte a todos los capitanes que con el de Aramberg fueron, por inobedientes, y despidió ignominiosamente a sus soldados. Era riguroso en caſtigar los delitos de la guerra con gran prudencia; porque no se yerra sin gran peligro, ni ha de haber pena liviana donde los delitos son grandes. Degolló a los Condes de Egmont y Hornos, confiscados sus bienes por traidores y por grandes daños que disimularon. Salió tras éſto a campo contra Ludovico, fortificado junto a Grueninga, cabeza de Frisa. Fuése retirando hacia Alemania, deteniendo con escaramuzas, en lugares aventajados, al Duque, vencedor siempre. Reparóse en la ribera del Amasio, en sitio fortísimo, rodeado de zanjas, con sola una entrada, por camino angoſto que remataba en una puente guarnecida de seis piezas de campaña. Iba el Duque a reconocer, atravesando zanjas, por un lado con la caballería, y por el camino don Lope de Figueroa y don Luis de Reinoso, capitanes de infantería, con trecientos hombres. Metiéronse éſtos tan adentro, que no podían volverse al campo,

apartado una legua. Ludovico, por imposibilitalles más, abrió los valladares del camino por donde entraba el agua, y en un momento les subió sobre los tobillos. No quisieron los nuestros morir vilmente, y acometieron trecientos a trece mil. Atemorizó el increíble atrevimiento a los enemigos, y volvieron las espaldas, tan turbados, que ni la artillería, entrando por sus bocas, ni una ruciada de arcabuces, derribó a más de dos Españoles. Maravillosa confusión; atropellábanse unos a otros, echábanse en el río; finalmente, de trece mil, escapó Ludovico a nado, por el buen caballo, y con él otros pocos. Murieron ocho mil; los demás quedaron presos. Ganaron los nuestros, con gruesos despojos, gran crédito.

Era don Luis de Reinoso, a quien se debe parte desta rota, hermano de don Francisco, hombre de valor y ingenio, criado desde su niñez en la guerra, y estimado del Duque. Seguía más la milicia por inclinación que de ambicioso, y así, sus trabajos, usurpados por otros, los subieron a grandes lugares. Avisado Pío desta vitoria, la celebró con públicas alegrías. Envióle al de Alba dineros, y en socorro contra herejes, en tan breve tiempo como gobernó, se hallan gastados seiscientos y cincuenta mil ducados. Venía en esto el de Orange de Alemania, con treinta mil hombres, a vengar (cuanto a la voz) las muertes de los Condes y cobrar sus tierras; mas con ánimo de tiranizar los Estados. Opúsosele el Duque, junto a Mastric, en los confines de Alemania, donde el Mosa, río navegable, sirve de límite. Dexóle el paso franco, porque estorbarle era hacer invernar al Príncipe de la otra parte, con gran comodidad suya, y tener a los

Españoles en campaña, menos sufridores del frío que Alemanes. Deseaba el Príncipe dar batalla, y presentóla; pero el Duque no quiso, porque en perder aquel campo, freno de los Estados, se perdían ellos, y el Príncipe, vencido, despedía un mes antes el exército. Tentó el de Orange con la retaguarda, donde puso la mejor gente, a Tonger, lugar fuerte; pero acometida de los nueſtros, apenas escapó hombre con la vida. Esperaba socorro de Francia, y fué a recibirle, y el Duque en su seguimiento. Al cuarto día, por ganar un molino de donde señorear con la artillería a los nueſtros, puso la mitad del campo de cada parte de un riachuelo. Entendió su designio el Duque, y ocupó el molino con tiempo. Acometiendo después a los de una parte del río, que por juntarse le atravesaban, mató dos mil. Viendo el de Orange su ruin fortuna, y que las tierras no se levantaban, como él había creído, volvióse a Alemania. Púsosele el Duque al paso del Mosela; mas él, deseoso de hallar salida, cuanto entrada al principio, torció por Francia. Como contra el caído todos se atreven, dió la guarnición de Torlemont sobre él, degollóle quinientos hombres y saqueó el bagaje. Envió tras él dos mil caballos el de Alba, que le iban picando a las espaldas, y no dexaron caminar día sin pérdida.

Quedaron los Eſtados con eſto sosegados, y para mayor seguridad, en las ciudades que habían hecho movimiento, se levantaron fuertes. En el de Amberes puso el Duque su eſtatua de metal, alta de quince pies. En memoria de la singular prudencia, Pío, como a hombre benemérito de la Fe Romana, envió el capelo y eſtoque bendito por su mano, que suele

enviar la Iglesia a los grandes Príncipes y Capitanes para que la defiendan. Señaló comisarios que visitasen las iglesias y monesterios. Concedió gracias a los que se reduxesen al gremio Católico. Dió órdenes a los Obispos, con que fué el fruto casi increíble. Quedó Flandes en el estado que esta carta escrita del Duque a Pío significa: *Según los Obispos me avisan, no pueden poner por escrito la muchedumbre de pueblos que vienen a gozar de las gracias hechas por V. S. a los reducidos a la religión. Bien se ve la vigilancia que tiene V. S. en encomendarlo a Dios, pues sin su ayuda no se podría acabar obra tan milagrosa. Espero en su santísima vida se han de estirpar las herejías del mundo. Muestran los nuevos Obispos el cuidado con que andan, cúyas criaturas son. Está todo de suerte que al que tras mí viene no le queda qué hacer en el Estado, sino conservarle.»*

Aquí llegó la paz de aquellas naciones, después por diversos accidentes alteradas y pertinaces hasta hoy en parte. Los sucesos de la postrera rebelión, pues no puedo proseguillos hasta el fin, y no hallaré tan buen lugar en lo sucedido hasta estos días, lo dexo aquí. Quien más largo deseare leerlo, comentarios hallará que puedan satisfacerle.

Sucedió en el primer año del Pontificado de Pío la conquista de la Florida contra Franceses, por el Adelantado Pero Meléndez de Valdés, caballero de la Orden de Santiago. Muéveme a hacer mención desta importante jornada un autor Italiano, que se acordó della con particular emulación nuestra. Es el que digo cursado en Francia y Inglaterra, y cuando no gustase el veneno destas naciones, apasionado de herejes. Éste es el que alaba al Lantgrave, admira la

prudencia del de Orange, y a Coliñí engrandece, ruina de sus patrias, y a los ministros cismáticos de la Iglesia dedica sus obras, y por no desdecir punto de su instituto, como a capa y espada toma la defensa de Riblaut, hereje y cosario de nombre.

Es la Florida una larga punta, que la tierra mete en el Océano, continua con la Nueva España y por espaciosísimas regiones estendida. Tomó nombre del día primero de Pascua, en que fué descubierta, porque los Españoles parece que, faltando nombre a la muchedumbre de provincias sujetadas, les ponían el del día en que se hallaban. Edificó aquí Riblaut, en el mayor cabo, el fuerte y población de Bahama, con más de seis mil hombres facinorosos, por enormes delitos desterrados, que su tierra madre no pudo sustentar en sí. Esparcía el tósigo de Calvino (a quien seguía) por la gente bárbara, aparejada a cualquier institución. Fué contra ellos Pero Meléndez con cinco navíos, y dando sobre los Franceses de noche, los hizo huir, y obligólos a meter en los vasos. Dieron todos al traste, y en manos de los nuestros, que sin perdonar a nadie, los pasaron a cuchillo, y echaron de la tierra sin faltarles un soldado. Publicábanse ellos por vasallos y enviados por su Rey; pero en vano, porque los nuestros sabían fueron traidores, y castigados.

Los naturales de la Florida son hombres robustos, belicosos, en tanto estremo ligeros, que alcanzan los venados, y de tanto aliento, que duran en la carrera un día. Por la mayor parte andan desnudos, con arcos de doce palmos de largo y gruesos como un brazo. La cuerda es de nervios, y las saetas, con huesos agudos,

o pedernales en la punta, pasan a mediana diſtancia un hombre armado. En sus coſtumbres diferían poco de fieras, haſta que la religión y trato de los Españoles les enseñó la policía. Sea la conquiſta del Final, final deſte libro, y casi en el postrer año del Pontificado. Es lugar marítimo del Ginovesado, sujeto a Marqueses. Echó de sí dos veces a los señores, incitados de Ginoveses sus émulos. Reſtituyóse la primera el Marqués, por sentencia del Emperador don Fernando; pero la segunda de Maximiliano, su hijo, en guerras de afuera y discordias de casa embarazado, menospreciόse. Quiso darse el pueblo a los Hugonotes de Francia, con temor de que el Marqués vendría con Alemanes en su ayuda. Previno don Manuel de la Cueva, Duque de Alburquerque, Gobernador de Milán, el peligro de Italia, si tenían entrada los Hugonotes. Envió a don Beltrán de Caſtro, hijo segundo del Conde de Lemos, con catorce mil hombres Españoles y Italianos, levantados para la Naval, que sin resistencia tomó el pueblo y el fuerte, después de treinta días de cerco. Fué de importancia para el Eſtado de Milán, apartado de mar por todos lados, y para la navegación de Italia. Acabóse a tiempo que embarcaron las gentes para la Naval, de que escribiré en el postrer libro.

ARGUMENTO DEL LIBRO CUARTO

Refiérese en él la rebelión de los Moros de Granada, y ocasiones de su levantamiento, y el acuerdo que tomaron para ello. Estraños martirios que dieron a los Cristianos de las Alpujarras. Discursos de su pacificación. Varios sucesos de los Marqueses de Mondéjar y Vélez, Comendador Mayor de Castilla, Duques de Sesa, y Arcos, y don Juan de Austria, Generales. Provisiones de Pío, tocantes a España y Nuevo Mundo.

DE LA VIDA Y HECHOS DE PÍO V, PONTÍFICE ROMANO.

LIBRO IV

El que por estrañas regiones camina, el día que entre los suyos se halla, licencia tiene de respirar un poco, por más que la necesidad de los negocios le apriete para tomar alivio del trabajo que traen dificultad y largueza de peregrinación. Casi no hay gentes en la Europa por donde no hayamos discurrido en lo escrito hasta aquí, del Pontificado. Hanos metido la variedad de los sucesos entre las armas de Hungría, dietas de Alemania, guerras de Francia, herejías de Flandes, reformación de Italia; ni olvidamos a los postreros Indios; difusión bastante a cansar fuerzas más enteras. Hállome ahora en mi casa, digo en las cosas de España, y guerras que vimos a nuestros ojos; pido licencia para detenerme más que suelo. Quisiera volar por los acontecimientos hasta aquí escritos de otras naciones, porque la poca noticia los hace asperísimos; pero ahora, conocimiento de casos y amor de la patria, camino fácil, como con regalos

me entretienen. Así los ríos corren por las sierras despeñándose, y por las llanuras con tal mansedumbre, que apenas juzgamos si se menean. También la poca cuenta que cuantos hasta hoy han sacado a luz sus obras dieron de la rebelión de Granada (a quien señalo este libro) guerra de mucho tiempo, sangre y peligro, me hace escrebirla de propósito.

Después de la gran conquista del Reino de Granada por don Fernando el Católico, muchos Moros, por no dexar las haciendas a tiempo que mandaba salir de sus Reinos a los infieles, quedaron con sacramento de Cristianos, pero ocultos discípulos de Mahoma. Disimularon al principio; mas, andando tiempo, los que en cosas de la religión les trataban, conocíanles sólo un exterior forzado de Cristianos. Deseaban Obispos y eclesiásticos, a quien tocaba este cuidado, poner remedio. Don Pedro Guerrero, varón de vida santísima, Arzobispo de Granada, en Concilio Provincial, después del Tridentino celebrado, trató de confirmarles en la Fe con diversas determinaciones. Entre otras, pareció suplicar al Rey prohibiese por ley civil los rastros que conservaban de su seta, remedio que usaron los Concilios Africanos contra la infidelidad. Túvose por justa la demanda, y por premáticas reales se mandó mudasen lengua y traje, que aún conservaban el berberisco. Dexasen los baños donde hacían su junta. Celebrasen las bodas sin las ceremonias de sus pasados. Tuviesen abiertas las casas los viernes, días entre los Moros, solenes. Comenzó la Inquisición a castigarlos, y severamente, para emendar a muchos con exemplo de pocos. Al mismo tiempo les quitaron el favor de la Iglesia a los delincuentes que se

acogían. Salvábanse en los lugares de señorío, y dieron libertad a la juſticia de perseguirles en cualquier parte.

Descontentó eſta orden a todos los Moriscos, y osaron amenazar a los publicadores. También los criminosos, perdida la seguridad de las iglesias, buscáronla en las montañas, y juntos en cuadrillas se mantenían del robo, satisfaciendo, no sólo a la necesidad, sino a la ira. Hubo, entre miniſtros de guerra y juſticia, disensiones sobre el caſtigo deſta gente a quién tocaba; con que se anduvo con menos diligencia, deseando cada uno que el otro no acertase. Creció el número y la insolencia con la remisión, y dieron indicios claros de ánimos alterados. En el puerto de la Herradura, vecino de Almuñécar, veinticinco Monfíes en medio del día, quitada una barca a los dueños, se metieron el mar adentro. Dieron en su seguimiento cincuenta mozos bien armados, en una barca grande y dos menores. Aferraron los Monfíes (llaman así a los salteadores en Arábigo) con el vaso mayor, que se arrimaba más, y aunque con igual pérdida, le ganaron. De los vencidos escaparon tres a nado, y de los vencedores quedaron vivos siete, con tal coraje, que las dos barcas menores se detuvieron viéndolos pasarse a África. En otra barca, que desampararon, perseguidos otros Monfíes, se hallaron cartas escritas en voz del Reino para los Príncipes del de África, pidiéndoles socorro, y quexándose de las nuevas leyes. Sirvieron eſtos indicios de ser tenidos por tímidos y agoreros los que les daban crédito. Trataron de remediallo con pesquisas, porque los caminos amanecían llenos de gente muerta; pero en vano, porque todos los culpados

con armas y dificultad de sitio se defendían. Vez hubo que osaron parecer a vista de la ciudad con bandera tendida y tentar las poblaciones de Cristianos que vivían entre ellos. Asistía en Granada por Capitán General el Marqués de Mondéjar, hombre de gran ánimo y esperiencia, pero malquisto, y sobre precedencia encontrado con las justicias. Avisó con tiempo al Rey, mas avisos contrarios disminuían el crédito. Viendo la insolencia tan adelante, fué en persona, con que se dió algún remedio, pero no bastante, entendiendo que encarecía el mal por encarecer la cura. Volvióse, y con poca gente, sacada de los presidios de la ciudad, soldados de milicia, usados al descanso de sus casas, fué a residir a las costas, por ocupar el paso de África. Pero esta medicina floxa removió el humor, que era mucho; no pudo expelerle. Creció el denuedo en los levantados, y a vista de los nuestros se pasaban a África. Las galeras de España no podían asistir, porque en las costas de Italia andaban atentas a su defensa contra los aparatos de Selimo.

En fin, se resolvieron con exemplo de pocos, que libremente osaban cuanto querían, en levantarse todo el Reino, y hicieron juntas para determinar el cuándo. En las primeras pidieron a África y al Turco socorro, trataron de aparejo de armas, de enviar hombres de juicio a mirar la tierra más aparejada, ya para la defensa, ya para las vituallas, y ya para meter socorros. Tras esto, con singular disimulación hicieron minuta de la gente hábil para la guerra. Prohibiéronseles todas las juntas; sólo la religión exceptó una hermandad para edificio y administración de un hospital, donde los enfermos de su nación se curasen. Echaron tributo

por todas las personas, pero mayor a los mayores de veinte y tres años, y menores de cuarenta y seis, que a los impedidos por edad, caso o sexo. En la poſtrera junta nombraron por Rey a don Fernando de Válor, mozo de veinte y cinco años, el más rico del Alpujarra, eſtimado por descendiente de Mahoma, y de los Almanzores de Córdoba. Levantóle don Fernando de Córdoba, llamado el Zaguer, su tío, persona de gran crédito, a cuyo buen juicio se remitía todo. Aceptó el mozo la dignidad, ambicioso, y ofendido, y indigno della, de poco entendimiento, al parecer común, y a lo que moſtró el suceso, perverso. Por tiempo, señalaron la Navidad siguiente, que distaba ocho días y por sazón legítima la calificaron, según profecías, que en la boca de todos andaban aprendidas de sus abuelos. Decían que al tiempo que cayese un árbol antiguo, que como lleno de divinidad veneraban, amenazaban grandes calamidades, y a aquel tiempo los furiosos vientos del invierno le habían arrancado. Eclipse de Sol, y hombres armados viſtos en el aire al pie de Sierra Nevada, interpretaban prósperos sucesos suyos. Entre los nueſtros también se murmuraba se habían de alterar los Moriscos cuando les forzasen a mudar lengua y traje. Sería el principio una de tres Lunas: Marzo, Abril y Mayo. La ocasión, una liviana diferencia de Moro y Criſtiano. Al ruido de una voz que dixese: *mueran, mueran,* de un capitán rubio y zarco, se armaría la ciudad contra el Albaicín; pero no llegarían a saquealle. Saldría de una puerta de arco de ladrillo un mozo repartiendo armas entre los Moros. Tres años serían señores del Reino; pero después, dichosos los

que en el Albaicín tuviesen agua y harina, porque los demás morirían a hierro, y baxaría por el Alcazaba tanta sangre, que bañaría gran parte del templo de los Mercenarios.

Es el Albaicín un barrio al Septentrión, pueſto en monte, parte de la ciudad de Granada, fundación de los Moros que de la pérdida de Baeza escaparon, donde después se recogieron los de la ciudad, ya que todo el Reino era de Criſtianos. Entraban éſtos en la conjuración, y determinóse con dos mil hombres que en su ayuda baxarían del Alpujarra, se levantasen. Habían de dividirse en dos mangas. La una, para escalar el Alhambra, antiguo alcázar de los Reyes Moros, y fortaleza baſtantemente guarnecida. La otra, tomando las calles que de la ciudad suben al Albaicín, adonde con el ruido acudirían los Criſtianos, los pasaría a cuchillo. Dieron a los de la Vega por contraseña el ruido de la artillería, de que se aprovecharían los del Alhambra, para que acudiesen a los portillos de la ciudad y partes menos guardadas. Escogieron la noche de Navidad, en que, descuidados y atentos a los oficios los Criſtianos, serían cogidos fácilmente. A la misma hora y día se habían de rebelar todas las Alpujarras y dar en los Criſtianos que entre ellos vivían. Era la orden pasar a cuchillo hombres y viejos, y guardar niños y mujeres, para trocar en África por armas; por cinco o seis arcabuces, una cabeza. Trataron de la blandura de su ley, y decían de la nueſtra que era ley de profetas inquietos y que no tenía cabo. Apenas hubo hombre que contradixese, ni dificultase: tan general era el deseo de venganza.

Sólo un Morisco, hombre rico y prudente, yerno de un ropero, llamado Cárdenas, puesto en pie osó decir desta manera: «Aunque es sin fruto trataros de lo que os está bien, estando con tanta pasión y tan determinados al mal, el dolor, la sangre, el conocimiento, no permiten que calle. Al menos no seremos todos incitadores de vuestra ira; habrá alguno que hable con consejo. Muévenos a alteraros las injusticias de los jueces y el deseo de libertad, cosas que entre sí mal convienen. Si queréis vengaros de los Magistrados, ¿por qué alabáis la libertad contra el Rey? Y si es afrenta estar sujetos, dexad los vicios de los que gobiernan, pues a justos era deshonra obedecer. Pero examinemos cada causa. ¿Agrávianos los Magistrados en exercitar las premáticas Reales? Ése es su oficio: ser ministros de la ley; si ella es injusta, en ella está la culpa, no en el juez. Sea dellos. ¿Por qué amenazáis a los miserables Cristianos que entre nosotros viven? ¿Lavará su sangre inocente los yerros que no han hecho? Cuando los cielos aprueben vuestra causa, no pueden el modo. Condena vuestra poca modestia la razón, si alguna tuviérades. ¿Y qué medio es, para libraros de sus vicios, romper guerra? ¿Dónde serán mejor crueles y avarientos que adonde el robo y el homicidio merecen premio? Si primero os ofendían, era con algún recato, escondiendo el odio y codicia; ahora, roto el freno del temor, y irritados, buscarán el cielo y tierra para que den fe y aplauso a sus atrocidades. En fin, no podéis sufrir a cuatro que os gobiernan, y llamáis contra vosotros todo el Reino. La libertad, dulce es; pero el que la quiere, procure no perderla, porque quien una vez

reconocido señor se rebela, más es contumaz siervo que amador de la libertad. Compráramosla entonces con sangre, cuando el Rey don Fernando pobló de pabellones esa vega. Nueſtros padres, mayores de cuerpos y ánimos, exercitados en las guerras, llenos de armas, señores de las fuerzas y ciudades del Reino, no pudieron resiſtir a los Criſtianos; vosotros, menos, sin un muro, usados a la labor de la tierra, desarmados, ¿queréis sujetalles, cuando en riquezas y señoríos han crecido tanto? ¿Sois vosotros más nobles que los Italianos? ¿Más fuertes que los Alemanes? ¿Más desconocidos que los Indios? ¿Más coléricos que los Franceses? ¿Más ricos que los Sicilianos? Italia, gobernadora del mundo, consiente gobernadores Españoles en sus provincias. Los Alemanes, con aquella gentileza de cuerpo y ánimo despreciador de la muerte, no baſtaron a que no atravesasen el Alvis las vencedoras insignias de España. Inmensos y no domados mares servían de muro a los del Nuevo Mundo; pero no baſtaba para los corazones Españoles un mundo, y conquiſtaron otro nuevo. La belicosa Francia sintió en lo más precioso los truenos de las lombardas de España, y cansada de ver presos sus Reyes y ser vencida, buscó en la paz seguridad. Los fértiles collados de Sicilia sirven a la abundancia de España. ¿Solos vosotros os queréis oponer a la corriente de sus hados? Escarmentad en vueſtra misma sangre, y ved cómo vueſtros padres, queriendo sacudir el yugo fácil, se pusieron el terrible. Teſtigos sean esos montes, que otros montes sobre sí tienen de osamenta de cuerpos no sepultados. Los animales feroces, cuanto más forcejean por soltarse de la pri-

sión, más la aprietan. ¿Qué socorros os mueven? ¿Los de África, más sujeta con fuertes y guarnición del Rey Católico, que Granada? ¿O los del Turco, tan apartados que primero seréis consumidos que lleguen? Júntense las gentes; fabríquense las armadas, naveguen Archipiélago y Mediterráneo, venzan las dificultades del tiempo, de la navegación larga, de las galeras de toda la Cristiandad, que impidirán el paso al común enemigo, lleguen vencedores a España, ¿qué puertos les daréis para que desembarquen? Ocupan las marinas los presidios reales: ¿querrá dexar la fuerza de su imperio sujeta a las injurias de mar y vientos? Sea eso fácil. ¿Cómo creerá el Turco puede ofender una banda de esclavos a la grandeza del Rey don Felipe? Temió Solimán, animosísimo capitán, ver el rostro de los Españoles en Hungría, ¿y osará su afeminado hijo acometerles en sus casas? Pero venga, venza, en nada detengamos vuestros deseos. ¿Seréis libres con eso? ¿Hay imperio más duro que el Turquesco, donde el señor más engorde con la sustancia de sus súbditos? Diréis: sigue la fe del Profeta. Ese nombre tiene; pero sola guarda la ley de su apetito. Testigo sea la esclava África, y más de cien mil Alárabes, vasallos de España, por huir de la servidumbre Turquesca. En fin, de peor condición seréis vencedores que vencidos. Sólo resta acudáis al socorro del cielo, y ése no falta a los Cristianos, pues con tanta felicidad os han echado de los espaciosos campos de España, y cada día con nuevas vitorias acrecientan su nombre. Pero cuando hayáis de pedirle, ¿de qué Dios? ¿En qué ley? ¿De Cristo, con el alma Mora, o de Mahoma, con el Bautismo

de Cristo? En ninguna ley podéis pedir a Dios ayuda con confianza, porque en el semblante Cristianos, y Sarracenos en lo interior, en la una ley os condena el rostro, y el corazón en la otra. Si os mueve aborrecimiento de la vida, en las manos tenéis las espadas: ¿para qué condenáis las de vuestros hijos y mujeres? Que la cruel bestia de la guerra a nadie perdona. Tened lástima de los esparcidos de nuestra nación por toda España, contra quienes, sin merecerlo, como contra partícipes de vuestros consejos se volverán los hierros ofendidos. Mas si pensáis que a ellos y a vuestros hijos perdonarán, sinrazón es levantar armas contra tanta modestia. Y ¿qué importará no sean crueles, pues vosotros, con la rigurosidad del invierno en que emprendéis esto, con la fragosidad de los lugares por do habéis de meteros, con la hambre que acompaña a la guerra, habéis de ser sus homicidas? Mirad, por Dios, cuánto es menos dañoso mudar lengua y hábito, pues ni la voz Morisca os hacía Moros, ni desnudáis el corazón con el vestido. A todos los espíritus del cielo pongo por testigos, que sólo el celo de vuestro bien me ha movido; porque yo, como no participo en vuestro pecado, no pienso participar de la miseria.»

Gran desconfianza pusieron en los corazones de todos estas razones, y distó poco de desbaratarse, si don Fernando de Córdoba, que en los rostros se lo había leído, no respondiera así: «¿Qué importan las vanas alabanzas de los Españoles, pues el valor con que adquirieron gloria sus pasados agrava más los delitos de los hijos que degeneran? ¿Aquí quexámonos de su poca prosperidad, para que éste, una por una,

cuente sus menudas vitorias, o de qué la felicidad les ha hecho insolentes? Si la virtud es de todos los Españoles, ¿por qué nos amenguas? ¿Sabes que estamos en España y que poseemos esta tierra ha novecientos años? Si los exercitados sólo son los valerosos, a los que hemos de acometer son los que el descanso y amor de sus casas detuvo en España, atentos a su hacienda, entorpecidos con el regalo, que ni oyeron trompeta, ni saben sufrir el peso de los arneses. Reparte España varones fuertes por los presidios de Italia, guerras de Flandes, fronteras de África, y quédase con los blandos e inútiles, de la manera que los pródigos, derramando riquezas, quedan necesitados. Éstos son los que hemos de sujetar, primero vencidos del vicio, parte del sueño, parte del sobresalto, oprimidos. A mí no me espanta el estendido imperio de España; porque, creedme, que los Estados, cuando han llegado al punto de la grandeza, es forzoso que declinen. Las grandes fuerzas las quebranta el regalo, la sumptuosidad y el deleite, que acompañan a la prosperidad. Visto hemos la grandeza sustentarse más con la reputación que las fuerzas, y que, llegados a tentar, pueden ser vencidos los que nos eran antes formidables. A Roma, señora del mundo, la amedrenta Numancia, la ponen en necesidad estrema unos cosarios, y Sertorio, forajido suyo, desbarata los Cónsules. Pues nosotros no somos banda de ladrones, sino un Reino, ni España menor en vicios a Roma. Justifíquense las estorsiones de los jueces, que mientras redimimos con nuestras haciendas las penas de sus decretos, solas nos han quedado las miserables ánimas. Gracias al Cielo que nos dexaron

éstas, con que poder cobrar lo que nos robaron. En tiempos hace éste ilícito el amor de la libertad, como si en todas no fuese ignominiosa la servidumbre. Yo no convido a los espíritus viles a esta gloriosa empresa en que hemos de rescatar a nosotros y a nuestros descendientes; sirvan los que saben servir a su interés, y que la codicia del trato (como a éste) hace deseosos de paz. Socorros no nos pueden faltar, pues no dormirán los Otomanos en quebrantar la cerviz del mayor de sus émulos. ¿Quién no conoce el celo de levantar la ley del Profeta en los Reyes de Marruecos, tan vecinos, que se ven de nuestras montañas las suyas? ¿Murcia no está llena de nuestra nación? ¿Aragón y Valencia no tienen tantos Moros como Cristianos, tan agraviados como nosotros y deseosos de venganza? Los que adoran la Cruz, a quien es sospechosa la grandeza de España, asirán por la melena la ocasión y esgrimirán las armas oprimidas. Italia, hecha a mandar, ¿pensáis que estará sujeta de buena gana? La llaga de Flandes sobresanada está, no curada. Francia disimula el odio, que aún reciente está para olvidalle. Los Indianos mostraron ya sus ánimos avarientos, y si pueden, no pagarán los preciosos tributos. Mas ¿para qué os persuado que es útil la guerra? No; es necesaria. ¿No os fuerza el insulto con que habéis alterado el Reino? ¿No andan pesquisas de jueces, desnudo el cuchillo contra vuestras gargantas? Cuando no lo pasado, esta junta de hoy ¿no os condena a muerte? Ya no tenéis lugares ni iglesias donde vivir seguros. Esperad a ser cogidos para quedar por pasto de las fieras. Prevenid, prevenid y pelead como fuertes por la reli-

gión de vuestros padres, por la libertad de los hijos, por las propias vidas y haciendas.»

Aquí interrumpió a don Fernando el movimiento de los oyentes, que, sin esperar el fin, comenzaron a gritar: «¡Libertad, libertad!» Con esto, por cabezas para juntar la gente y solicitar las tierras, señalaron a los alguaciles de los lugares, con que se deshizo la junta. Partióse tres días antes de Pascua el nuevo rey a la Alpujarra, donde según las ceremonias de su ley se coronó, y se llamó Aben Humeya, animando de paso a la rebelión todos los lugares por donde entraba. Hubo muestra del trato en los Moriscos, pero sin creer pasara a caso de peligro. Pusieron velas en el Albaicín las justicias de la ciudad, y con gran número de gente rondaban todas las noches. Dos días antes de Pascua se hallaron muertos junto a Poqueira tres Cristianos viejos, y el Morisco que había aconsejado la paz, en un carmen suyo. El día siguiente supieron que los Moros de Orxiva, menos sufridos, se habían levantado, saqueado las casas de los Cristianos, y a las personas cercado en la torre, donde con tiempo se recogieron. Creyóse eran trecientos Moros, que las atalayas habían visto saltar en tierra, y así, aunque al remedio se previnieron las lanzas, alojadas en alquerías de la Vega, nunca se sospechó de los naturales. Envió Aben Humeya con algunos de Orxiva y Poqueira, que fueron bien declarados a Farax, renegado de África y castigado por la Inquisición, para que luego acudiese con gente a lo concertado con el Albaicín y la Vega. Tuvo en el camino tan buena industria, que con hasta seis mil hombres, con mejor orden que armas, se halló cerca de Granada. Cayó

tanta nieve la noche que tenían señalada, que mitigó el ardor a los menos determinados y imposibilitó el paso de la sierra a tanta gente. Estuvieron esperando con escalas fuera del pueblo los del Albaicín, y juzgando de su tardanza o poco aparejo, o poca gana, se recogieron a sus casas, mudados de parecer. Farax, por no perder la ocasión por negligencia, abrió con ciento y cincuenta hombres camino por la nieve, y a la noche siguiente entró en el Albaicín con grande ruido de añafiles, atabalejos y gaitas, según su costumbre. Llegaron a las velas, y derribaron con una ruciada de arcabuces uno; los demás escaparon huyendo, y dieron aviso en la Alhambra. Pregonaron, tras esto, libertad; que los Reyes de Argel y Marruecos habían desembarcado con sus armadas, que tenían Rey que los levantase; pero todos se estuvieron quedos, parte a quien no se había descubierto la conjuración, parte reducidos a mejor acuerdo. No quiso el de Mondéjar hacer alboroto, ni jugar la artillería, contraseña dada a la ciudad, porque los Moros no entendiesen estaba la Alhambra en aprieto y desarmada, como lo estaba.

Consistió en esto la salud de Granada, porque a la artillería acudieran los Moros de la Vega y forzaran a levantarse el Albaicín, con que perecieran los Cristianos en número mucho menores. Viendo Farax el día y el sosiego de los Moros, se salió, y por detrás de la Alhambra, y llegó a unas casas bien poco apartadas de la ciudad, esperando si de la Alpujarra o de la ciudad llegaba gente con que hacer algún efecto. Burlado destos designios, se retiró a la sierra, donde le alcanzó el Marqués con los que más presto

pudo juntar, y siguió hasta la noche; pero él, por lo más áspero donde no podían llegar los caballos, se escapó, sin perder hombre. Volvióse la gente a la ciudad, por no la dexar sola con poca defensa y muchos enemigos dentro de las murallas. Hizo el de Mondéjar todo lo que a prudente capitán debía, escribiendo por socorros a las ciudades, juntando gentes, confirmando los ánimos de los del Albaicín en servicio del Rey. Envió, de los que primero llegaron, algunas compañías a los lugares entre las Alpujarras y Granada, para que hallasen los Moros resistencia antes de pasar a la ciudad, y si pasasen, dexasen enemigos a las espaldas. Los Moros que volvían de Granada publicando que habían ganado el Alhambra, levantaban las gentes y llevábanse tras sí los pueblos. Repartiéronse en dos bandas: una, que asistiese a la seguridad de la persona de Aben Humeya y dar calor a la rebelión; otra, que diese sobre Orxiva, lugar entre Granada y la Marina, aparejado con muchas calas para recebir navíos gruesos. Hicieron una manta de gruesas vigas, guarnecidas de colchas moriscas, y colchones, para debaxo della picar la torre, donde los nuestros, como ciento y sesenta con mujeres y niños, se habían recogido. Mataron los cercados algunos Moros al arrimar la manta, u después, con piedras y con calderas de aceite hirviendo, la desbarataron. Quisieron quemar las puertas; mas los de dentro las cegaron con tierra y piedra. Combatíanles contino con arcabuces, que no dexaban asomar a hombre, y a esto, con grande diligencia acudían los Cristianos. Fatigábanlos con hambre; ni contra esto les faltaba industria. Metieron muchos

Moriscos niños consigo, y las madres, aunque a algunas costaba la vida, por sustentar sus hijos, proveían a los cercados. También con grande osadía y felicidad, saliendo de improviso, de las casas de los enemigos robaban bastimentos. Desta manera se sustentaron treinta y nueve días sin perder hombre, y heridos sólo dos, livianamente.

Levantáronse los del río de Almería, y habiendo tentado a Adra, lugar marítimo, ocuparon el Hite, sitio fuerte, vecino a la ciudad, creyendo que a su sombra se levantarían los Moriscos della. Escribieron a don Alonso de Granada Venegas, señor de Campotejar y Jayena, descendiente de Juceph Aben Alma, Rey de Granada, ofreciendo hacerle Rey de Almería; pero él entregó la carta al Consistorio, y duró en la lealtad. Cuentan algunos que al leerla desmayó, y que, volviendo en sí, dixo: «Fuerte tentación es el Reino.» Salieron otro día al amanecer los de Almería con don García del Villar, Capitán ordinario, contra los Moros, y mataron algunos; los demás esparcieron. Juntáronse otra vez los vencidos, y tomaron a Castro de Ferrer por trato; a solo quien la vendió escapando con vida. Quemaron una parte de Motril y volvieron sobre Adra; pero Diego Gasca, que tenía el lugar a su cargo, salió a ellos, y les hizo retirar con alguna pérdida. Fué el acometerlos caso, porque llamando Gasca a un trompeta, dicho Santiago, alzó la voz, y los nuestros pensaron, según el uso de España, era la señal de acometer. En tanto, Aben Humeya dió sobre don Diego de Quesada, que con alguna gente guardaba la puente de Tablante, paso de la Alpujarra a Granada, pero la muche-

dumbre de enemigos le obligó a recogerse al Padul, donde se hacía el campo. Venían a la ciudad cada día nuevas del daño y de los martirios de los Cristianos, que vivían entre los rebelados. Murieron más de tres mil mártires con muertes atroces; no sólo las que los Vándalos y otros tiranos dieron, pero otras nuevas de la ira inventadas. Lo que más es, que con la crueldad de los tiranos se renovó la fe de la primitiva Iglesia, y en tanto número de Cristianos, muchos mozos y distraídos, a ninguno venció el temor de la muerte, la libertad de la ley y hacienda que prometían los Moros a quien las siguiese. Los padres animaban a la muerte a los hijos, las mujeres a los maridos, y en todos era una voz: «Muramos por la ley en que habemos vivido.»

España, gloriosa en mártires entre todas las naciones por todas las edades, no pudo tener su sangre ociosa, al tiempo que en Inglaterra, Francia y Alemania se vertía tanta por la verdadera confesión de Cristo. Quiero contar algunas de que he tenido autorizadas averiguaciones por honra de nuestra nación; ni será ajena de las alabanzas de Pío, pues el buen súbdito es honra del señor, con cuya institución se hizo bueno, ya que parece que la Fe de la cabeza se esparcía por los miembros. En él faltó la ocasión, pero no el aparejo y deseo de ser mártir. Cuando demandas libres de Príncipes le apretaban con respetos o amenazas de peligro, respondía: «Cuando en este lugar me puso Dios, le ofrecí de morir por lo que debo, siempre que se ofreciese.» Finalmente, la santidad del Pontífice mereció tiempos tan santos como los de su gobierno.

En Pitras de Ferreira se recogieron a la torre los Cristianos, sintiendo alterada la tierra, de donde con seguros de vida los sacaron los Moros. Después que sin fruto los predicaron dos días, lleváronlos a la plaza, con pregón de que saliesen todos a ver las fiestas. Ataron los brazos por detrás a Jerónimo de Mesa, beneficiado, y por una garrucha le alzaron tres veces, y dexaron caer en el suelo de lo más alto de la torre. Echáronle después un lazo al pescuezo, de donde le arrastraron hasta que espiró. A su madre hicieron pedazos a cuchilladas, que primero le había confortado en el martirio. Murieron aquí veintitrés personas, y entre ellas un niño de trece años, con más que varonil constancia. Éste, cuando salió al tormento, puesto primero de rodillas, pidió a su madre licencia para morir. En Uxíjar del Alpujarra mataron a palos y pedradas docientos y cuarenta; entre ellos, el alcalde y alguacil, entre dos tocinos los asaron a moderado fuego. Casi tantos murieron en Murtas, despeñados el sacristán y madre del cura; los demás, jugados a la ballesta. En estos dos lugares fué singular la irreverencia de los Moros. Aportillaron las iglesias, rompieron la pila y retablo, pisaron el Santísimo Sacramento, derramaron el olio santo, limpiaban en los corporales las espadas y hierros calientes de sangre mártir y vestíanse los ornamentos eclesiásticos por burla. Hubo en Mairena sola una muerte, del bachiller Xáurigui, cura, pero digna de un gran soldado de Cristo. De la manera que los sedientos, si tienen poca agua, la beben muy despacio, por engañar la sed, que no pueden matar, éstos, deseosos de sangre de Cristianos, en la de uno que tenían,

se entretuvieron, por recrear más su crueldad, que no podían satisfacer. Primero le atormentaron con hambre quince días, dándole de comer pocas onzas de pan de alcandía. Al tiempo de su muerte, le entregaron a la ira y escarnio de muchachos y mujeres. Después, abiertos los brazos en modo de cruz, y atado a una higuera, le abrieron el coſtado derecho con una lanza. De allí, con dos saetas le clavaron el vientre y pecho. Luego le cortaron las piernas. Tendido en el suelo, tras eſto, le sembraron de pólvora el cuerpo y hinchieron la boca, y con la mecha del arcabuz pegaron fuego. La poca ánima que le quedaba, con dos balas se la arrancaron. Ni sólo como leones rabiosos se encrudelecieron sobre el vivo: despedazaron, como sucios buitres, el cuerpo muerto y echáronle a los perros. En Guacimora quemaron vivos todos los Criſtianos, y entre ellos trece religiosos Aguſtinos que en esforzar a los mártires habían pueſto toda diligencia. Al mozo del convento le desollaron vivo, y durando con el espíritu, sin pellejo, le acabaron a cuchilladas. Al licenciado Diego Pérez, cura, y en la muerte de sus feligreses solícito miniſtro de salud, entre crueles golpes, le sacaron de un bofetón un ojo. Abriéronle con navaja la corona haſta el casco, y derritiéronle una hacha de cera encima. A cuchilladas después le acabaron. Crucificaron a un hijo de Arce, alcaide de Xerza. Al Vicario de Terque enterraron vivo haſta la cinta, y tiráronle con las balleſtas. Al cura abrasaron entre pólvora. Hallo quemados vivos sobre seiscientos, y otro gran número de personas toſtadas al fuego, los pies cubiertos de pez, y después ahorcados.

Entre todos, fué señalado Gonzalo de Valcárcel, niño de diez años, natural de Mairena, y muerto en Lanjarón con los demás de aquel pueblo que huyendo procuraron escaparse y fueron cogidos en el camino. Mientras morían, estuvo el niño de rodillas, orando atentísimamente por la perseverancia de los Cristianos. Llegó luego a su padre, que estaba espirando, y dióle gracias de que le hubiese hecho hijo de mártir, y mostrádole por las heridas la nobleza de su sangre vertida por Cristo, para que no degenerase della. Con esto, le besó la mano y los golpes uno por uno, y se fué a su madre, consolándola de la viudez, y mostrando con razones que la capacidad de sus años excedían la ventaja grande que hacía a la vida aquella muerte, y que en lugar del marido había cobrado un abogado con Dios. Llegaron en esto a él dos Moros, y con las ballestas armadas a los pechos le persuadieron siguiese su dotrina, y no aprovechando, porque respondía: «Quiero morir por la ley de mis padres», le abrieron de tres cuchilladas la cabeza. El niño llamaba a Jesús, espirando, y pedía por testigos de que moría en la fe de Cristo a las cautivas que le miraban.

Pregonó Aben Humeya cesasen estas crueldades, con deseo de parecer piadoso; pero disimulaba con la cólera de los rebelados, y los ayudaba en parte. Él mismo hizo degollar su suegro y dos cuñadas, por ajenos de su opinión. Dexó la mujer, y perdonó a la madre que le había parido, ambicioso de gloria de benigno. Llegaban cada día nuevas lastimosas a la ciudad que alteraban más los ánimos, con que el Marqués, sin aguardar todas las gentes de Andalu-

cía, salió al campo, prevenido primero el remedio de la ciudad. Cerró el Albaicín, y en dos entradas que le dexó, las más principales, puso seiscientos hombres de guarda, pagados a coſta de los Moriscos. Ellos también dieron mil hanegas de pan cocido, pueſto en el campo, y seis mil ducados para gaſto de la guerra. No les parecía a los Criſtianos viejos pagaban menos que con la vida, y se alteraron un día casi sin ocasión: dieron en los Moriscos, mataron los primeros que hallaron y hirieron a muchos. Partió con haſta mil y ochocientos hombres el de Mondéjar, con ánimo de socorrer a Orxiva. En la puente de Tablante encontró al enemigo con haſta tres mil y quinientos hombres baſtantemente armados; parte derribando la puente y en el mismo paso, parte esparcidos en orden por la ladera de la montaña. Comenzaron escaramuza; mas el Marqués arremetió con los mejores a los enemigos y obligóles a dexar la puente. Pasaron por un poco que había quedado sano dos mangas de arcabuceros, y dando carga a los Moros, les hicieron retirar, sin orden, a lo más alto. El día siguiente se le puso Aben Humeya al paso; pero luego le dexó libre, porque el Marqués tentó la subida de la sierra con los caballos, y él se recogió con tiempo, por no perder las alturas donde había de guarecerse. Con eſto llegó a Orxiva, proveyó de baſtimentos, y dexada alguna guarnición, caminó a Poqueira, en busca del enemigo. Halláronle, con buena orden, en el paso, y con algunas emboscadas en lugar escogido, de manera que a una por todos lados, acometió a los nueſtros. Peleóse con mucha virtud y peligro haſta romper los Moros, y con pérdida de seiscientos,

meterlos en huída. Saquearon los nueſtros a Poqueira, donde, por la fortaleza del lugar, habían juntado los Moros sus mayores riquezas. De aquí fueron a Jubiles, y se entregaron los moradores, los más viejos y mujeres, gente que no podía seguir el campo, allí recogida. Revolvióse la gente contra ellos, por ligera ocasión, y no quedó casi ánima viva. De allí fué a Paterna, donde tercera vez rompió al enemigo, habiendo peleado con más porfía que nunca, y con segundo saco, no menos copioso que el primero, enriqueció el campo.

También el Marqués de los Vélez, don Luis Faxardo, señor poderoso en el Reino de Murcia, juntando gentes a su costa, entró por el río de Almería. Rompió una banda de Moriscos; entró a Félix, y con el saco alegró los soldados. No osaron más los Moros juntarse; todo era huir y darse a merced del vencedor, con que la Alpujarra quedó sosegada. Pero en tierra de Almuñécar se habían alzado haſta mil y ochocientos Moros, y muertos algunos Criſtianos, se recogieron a la sierra. Hicieron dos peñones, añadiendo el arte a la naturaleza, fuerte casi inexpugnable. Acudió el Marqués de Mondéjar con toda preſteza al remedio, y llegando a las Guaxaras (así se llama el sitio fortalecido), envió a reconocerle a don Juan de Villaruel. Éſte, sin ninguna orden, y rompiendo la que llevó del General, arrimóse mucho, desalentó la gente, y acometido, quedó muerto y roto. Remediólo el de Mondéjar con ayuda, según mejor pudo, y al día siguiente acometió al fuerte. Peleó todo el día, y arrimado a las murallas, se alojó la noche. Huyeron por parte secreta los más sueltos; los demás, después de poca resistencia, fueron pasados a cuchillo, sin

perdonar edad o sexo. Con apartarse el de Mondéjar para esta empresa, tornaron en la Alpujarra a juntarse reliquias de las pasadas rotas, y fortificáronse en Hoanes, lugar puesto a los confines de tierra de Almería. Acudió el de los Vélez, como más vecino, con tres mil infantes y trecientos caballos. Acometiólos en la sierra, donde le esperaban, y rompiólos con trabajo, por la dificultad del sitio aventajado. Entró luego el lugar donde se habían recogido, mató ducientos Moros y ganó grandes despojos. Al parecer, con esto la guerra acabada, se despidieron las gentes; sólo quedaba contemporizar con los culpados y aguardar a mejor tiempo para el castigo. El de Mondéjar, para asegurar del todo, pretendía haber a las manos a Aben Humeya, con promesas de interés a quien le matase, y buscándole con gente por los lugares donde se sospechaba podía andar. Avisáronle se escondía en Válor el Alto con poca gente, y despachó con buenos avisos a Álvaro Flores y Antonio Vela para que le cogiesen sin dañar a los naturales, sólo pidiendo socorro y apretando a las justicias. Llegaron a Válor con diligencia; tomaron los caminos y las calles tarde, porque Aben Humeya, con tiempo avisado del peligro, escapó. No quisieron ir en balde los soldados: dieron en el pueblo, mataron, prendieron, saquearon. Los capitanes trataron de ir con más de ochocientos esclavos y gruesísimo despojo a Orxiva, donde estaba el Marqués, diciendo que no cumplían de otra suerte con la orden. Subiéronse a lo más alto de la sierra los que escaparon, y con humaradas, señal prevenida, convocaron gentes de las comarcas.

Iban los nuestros por su camino con más priesa que orden; la presa y embarazos, como corazón suyo, en medio del cuerpo del exército. Salieron hasta trecientos Moros al camino, convidándoles con la ropa y que dexasen las personas, y había quien se inclinase a hacerlo; pero un codicioso soldado, levantando la voz, dixo así: «Yo por peligro de la vida no he de dexar lo que gano con igual peligro. Estimo la sangre que me han costado estas esclavas; no pienso venderlas a menor precio. ¿Con qué más rescatara yo mi libertad, vencido? ¿Qué más esperara mi enemigo a haberme muerto? Prevenid el dudoso fin de la guerra y haced con vuestros despojos vencedor al enemigo. ¿Qué teméis? ¿Unos esclavos ladrones, vencidos de nosotros? ¿Tanta modestia es la suya, que si pudieran quitarnos toda la presa, nos pidieran parte? Daráles ánimo vuestra flaqueza, y, tras las cautivas, os quitarán la ropa y la vida. ¿Fiáis de fe Africana? De hierro es bien hinchir aquel seno; no de oro. Peleo por adquirir riquezas; locura será dexar las ya adquiridas, por no pelear. Antes meneaba las manos en defensa de mi vida; ahora, en defensa de vida y hacienda. Determino vivir rico, o morirlo. Fuera este oro fuerzas de la guerra al enemigo contra nosotros, quiero que sea, o mi alegría, si venzo, o premio de quien me diere sepultura, si quedo vencido.»

Fué fácil de persuadir a los soldados lo que deseaban. Cególes el despojo del más rico lugar del Reino. Viendo los Moros cuán poco aprovechaban con razones, tentaron con las armas, y los nuestros a caminar abrazados con la presa sin defenderse punto; pero alcanzaban los ligeros a los cargados fácilmente,

y saliendo de encubierta otros docientos Moros, no escaparon de los nuestros cuarenta, de dos mil que eran. Fué ésta pérdida de gran consideración, por la osadía que dió a los enemigos. Reforzó el Marqués los presidios y el campo, casi con las muestras de quietud deshecho; pero, por orden del Rey, tuvo suspensas las armas.

Cobró ánimo con esto Aben Humeya, y más poderoso por dar con algún lugar de nombre crédito a su Reino, trazaba de ganar Almería, ciudad marítima y en otro tiempo cabeza del Reino. Recogiéronse a la sierra de Alcudia algunos Turcos y número grande de Moros; tierra áspera y vecina a Almería. Asistía en defensa de la ciudad don Francisco de Córdoba, exercitado en las fronteras de Berbería, y temiendo no le inquietasen, dió en ellos con setecientos infantes y pocos caballos. Defendiéronse los Moros con pertinacia, mas fueron vencidos, y los nuestros volvieron con mucha ropa y dos mil esclavos. Descompuso este estado de cosas la emulación entre los capitanes, y disgustos entre gente de guerra y justicia. Acusaban la libertad de los soldados, robos y muertes, aunque de enemigos dignos de cualquier pena, lastimosas por ser hechas más por apetito y temeridad que por el bien público. A esto respondía el de Mondéjar que a gente venida a servir sin sueldos, por sola voluntad, no se podía apretar con toda disciplina, pues la ganancia servía de paga. También en las relaciones había discordia. Unos informaban al Rey con temor, y encareciendo el Marqués, dando la guerra por acabada. Cualquiera pérdida o ganancia menuda, cobrando por el camino

fuerzas, llegaba a Madrid terrible. Son las nuevas como los ríos, que cuanto más lexos de su nacimiento, más crecen.

Quiso el Rey atajar esto con enviar a don Juan de Austria, su hermano natural, persona que sin sentimiento de ninguno pudiese gobernar uno y otro, y como su propia persona asistir. Por esto había suspendido las armas, porque entre relaciones contrarias, no podía acertarse el remedio, no enviando quien juzgase como presente y uniese los ánimos. Llevó don Juan a su lado al Duque de Sesa, don Gonzalo Hernández de Córdoba, nieto del Gran Capitán, y a Luis Quixada, ayo que fué y instituidor de su niñez, entrambos exercitados en cargos y de buen nombre. Asistía también al Consejo el de Mondéjar, dexando en Orxiva, en el campo, a don Juan de Mendoza. La suspensión del asentar nuevo gobierno disminuyó el campo, y los enemigos acrecentó en número, y animó, de manera que se arrimaron a Orxiva, queriendo cogerla por necesidad, y señalaron día y capitanes para acometer la ciudad. Envió bastimentos don Juan a los cercados con la gente de Truxillo, poco prevenida, que vidas y recuas dexó en una emboscada. Estuvieron algunos Moros de las Albuñuelas con los homicidas, y por entretener el campo, enviaron a don Antonio de Luna que diese sobre el lugar de improviso al amanecer. Hubo descuido en medir el tiempo; salváronse los Moros, y apenas desampararon los nuestros el pueblo, cuando se volvieron. Pareció librar a Granada del perpetuo miedo que con los disimulados amigos del Albaicín tenía. Juntáronlos en una parte todos, y desarma-

dos, con bastantes guardas, los repartieron por las más seguras ciudades de España. Murieron casi los medios de cansancio y descontento, robados y muertos algunos por los que los llevaban, y los que viven, pobres y abatidos. Hospedábanse los soldados en casas de Moriscos, y en su ausencia faltaron camas y comida, con que con más libertad robaban, y adolecían muchos.

La gente, poca y no corregida, hinchíalo todo de desorden, y por temor de motín, que anunciaba, sufrían los capitanes. Reforzóse de nuevo el campo, nombróse por capitán de la execución, con dependencia del Consejo, al Marqués de los Vélez. Juntó el Rey, por estar más cerca, Cortes en Córdoba. Llamaron de Italia a don Luis de Requesenes, con la gente de Nápoles, soldados viejos; corrió fortuna en el golfo de Marsella; perdió cuatro galeras; las demás, destrozadas, aportaron a Cerdeña. Reformólas el Marqués de Santa Cruz, que se halló en aquella sazón allí, y vino con ellas a España, donde había tomado tierra don Luis con un solo vaso. Levantóse la sierra de Ventomiz, junto a Vélez Málaga, ayudada de algunos Turcos, con que resistió y aun desordenó a Arévalo de Zuazo, que la tentó el primero. Por el peligro de que se juntasen los Moros con la sierra de Ronda, desembarcando don Luis, los acometió en Frigilana, donde se habían fortificado. Con estraña dificultad y peligro entró el fuerte por lo más agrio y menos defendido; mató casi dos mil personas y hizo prisiones otras tantas. Los que escaparon, hasta mil, aumentaron el campo de Aben Humeya, el cual trazaba asaltar a Verja. Estaba

dentro el de los Vélez, formando campo para entrar en el Alpujarra, al parecer del enemigo descuidado, Juntó seis mil hombres Aben Humeya, los cuatrocientos Turcos, aprobando el probar fortuna, antes contra parte del exército que contra todo. No estuvo encubierto al de los Vélez este consejo; púsose a punto, dexó francas las entradas, pero guarnecidas de arcabuces y caballería encubierta. Cogió al enemigo con el descuido que pensó hallarle, desbaratóle y metióle en huída con pérdida de seiscientos soldados. De allí fué a Adra, donde esperaba más gente. Detúvose aquí cuarenta y siete días por ruin provisión, necesitado el exército y descontento, comiendo las pocas vituallas que podía juntar, sin sobrar de un día para otro. Salió, enderezando la Calahorra, donde pensó tuviera vituallas, y encontró en el camino a Aben Humeya con seis mil hombres. El de los Vélez llevaba doce mil infantes y setecientos caballos, buena gente, que con poco trabajo rompieron al enemigo. Escapó Aben Humeya por lo más agrio de la sierra, y el Marqués se alojó en los Válores diez días con pocos bastimentos, y hallando la Calahorra desproveída, con la necesidad enfermó el campo y amotinóse. Desgarrábanse las compañías enteras, de suerte que en poco tiempo quedó el Marqués con menos de dos mil hombres y docientos caballos.

Con esto, discurrían los enemigos como señores de la tierra, y los nuestros, cerrados como sitiados, no hacían cosa memorable. Tentó Aben Humeya a Adra, taló a las Cuevas, recreación de los Marqueses de Vélez, y paró en Andarax, donde en descanso y como rey vivía. También a su gente comenzó

a ser molesta la ociosidad, principalmente a los Turcos, venidos sólo por el robo y enriquecer en ocasiones. A los Moros tenía descontentos con la avaricia, tirano de personas y haciendas. Juntáronse los celos y competencia entre él y un su privado, sobre una viuda noble y de buen talle, mujer que tañía un laúd y bailaba mejor que a honesta conviene. Aben Humeya, como más poderoso, húbola en sus manos y forzada, viéndose en cama de tantas mujeres legítimas con nombre de amiga. El desposeído aspiró a venganza, y con cartas falsas movió contra él los Turcos, diciendo que trazaba su muerte. Ellos, so color de amigos, entraron a media noche en su casa; cogiéronle en la cama, entre dos mujeres, y al día siguiente le ahogaron. La hacienda, juntada con tiranías, fué premio de los homicidas.

Sucedióle Aben Abo, de su misma sangre, y partícipe del consejo de su muerte. Éste, quizá amedrentado del caso de Aben Humeya, con nuevas artes de humanidad granjeaba el amor del pueblo. Truxo confirmación de Argel de su cargo, compró armas, aumentó sueldos, hasta hallarse con ocho mil arcabuceros. Entendió como la guarnición de Orxiva estaba descontenta del encerramiento tan prolixo, y amedrentada de la pérdida de una compañía que salió fuera, y sin escapar hombre, los naturales la degollaron. Por eso la cercó con tanta diligencia, que llegaron a juntar con los muros sus trincheras, y a poner en último aprieto de sed y hambre. Al socorro se previno el Duque de Sesa, señor del lugar, con la más gente que pudo, mas perezosamente esperó primero vituallas; detúvole después la gota en el

camino. Finalmente, los Moros, más pláticos en los buenos sitios de la tierra, con muchas emboscadas le acometieron y obligaron a retirar con pérdida de opinión y gente. Los de Orxiva, ya en estrema necesidad y imposibilitado el socorro, desamparáronla, habiendo clavado la artillería. Entró la plaza Aben Abo, sacó las piezas, con que se acreditó, de suerte que no quedó Moro por levantarse, sino la serranía de Ronda. Puso en Güéxar su frontera fortalecida, a cuatro leguas de Granada, de donde corriendo la tierra hizo más de tres mil prisiones y hinchió la ciudad de temor. Salió a esto don Juan, cogió el lugar con muerte de cuarenta hombres y pocos presos, porque con tiempo se habían salvado los Moros sintiendo su venida. Sólo para entretenerle quedaron los viejos y gente inútil. Salió, tras esto, reforzado el campo, el de Sesa, con ocho mil infantes, y cobró a Orxiva sin resistencia. Falta de provisiones le puso aquí en necesidad, y envió a la Calahorra, con tres mil hombres a pie y docientos y cincuenta a caballo, al Marqués de Fábara, por vituallas. Caminóse con poco cuidado los primeros de los postreros, y acometidos de los Moros, que no perdían ocasión, murieron mil hombres y perdieron la ropa y bagajes. Remedió el Duque en Adra su necesidad, y entendiendo que por Castilferro, lugar ocupado del enemigo a la marina, se esperaba socorro de Turcos, le cercó por mar y tierra, llamando a las galeras de Gil de Andrada para tener segura el agua. Batióse de entrambas partes, y entróse desamparado de enemigos, que por la misma batería se salvaron sin perder hombre. Fué a coyuntura, porque cuatro galeotas Turcas llegaron

de noche a vista del puerto, y sintiendo ruido, se apartaron.

A esta sazón se había levantado Galera, lugar fuerte por naturaleza, entre Granada y Murcia. Pusiéronse en arma contra él los de Huéscar, ciudad vecina, sin más fruto que escapar cuarenta Cristianos recogidos en la iglesia y retirarse desordenados. Volvieron las armas contra los Moriscos del lugar y otros de la comarca con más cólera que razón. Alzóse después Orze, y acudieron a allanarle los de Huéscar, también por vecinos. Pareció buena ocasión la venganza a los Moriscos, y metieron trecientos Moros en sus casas, y dos mil emboscados en los lavaderos. Los Cristianos, que tuvieron noticia, volvieron y arrojaron de casa al enemigo, y con el mismo ímpetu a los de la emboscada; mataron más de siescientos hombres; vitoria cumplida, a no se salvar los restantes por la virtud de docientos Turcos. Reforzóse el campo del de los Vélez, y con alguna artillería sitió a Galera. Pudieron escapar los naturales; pero presupusieron morir en sus casas, con algunos de afuera que vinieron en socorro. El asedio, con no mucho calor tomado, duró muchos días, con mengua de reputación y de alguna gente. Osaron alguna vez los sitiados acometer a los nuestros en sus trincheras, y hecho daño, volver vitoriosos. Vino al campo don Juan con gran aumento de gente. Confirmó la que había, y con mucha vigilancia asistió. Después de larga porfía, se entró el lugar, con singular constancia defendido, cosa la más notable de toda la guerra. Pelearon las mujeres varonilmente, y hasta que a hierro entraron los nuestros, nadie blan-

deó. A eſta toma se juntó la de Serón, poco apartado, y de igual fortaleza, acometido a escala viſta. Murió aquí Luis Quixada de un arcabuzazo, con general sentimiento, porque la crianza de don Juan, que en los ánimos resucitó la esperanza del padre, le había dado veneración.

Hubo movimiento en la sierra de Ronda, y fué don Antonio de Luna a apaciguallo; pero lo que era sólo indicio, hizo la desorden de los soldados rebelión descubierta. Apaciguólo con sus criados el Duque de Arcos, don Cristóbal Ponce de León, y con mucha gente sin sueldos llamada. Rompiólos dos veces; mató al inquietador, un renegado Africano, con consejo y celeridad, partes necesarias en cualquiera deseoso de honra de buen capitán. Ya a las vitorias de don Juan se humillaban los Moros; todo era entretener, esperando navíos de África en que pasarse. Finalmente, se entregaron ellos y sus armas, mereciendo con la humildad el perdón, y los pasaron a tierra llana, esparcidos, donde ni el número ni la seguridad de las montañas les diese atrevimiento. Ayudaron mucho en la reducción don Alonso de Granada Venegas y don Juan Enríquez, hijo segundo de la casa de Orze y Galera, que después fué mayordomo del Príncipe nueſtro señor, por cuyas manos pasaron casi todos los tratos.

Eſte fin hubo la rebelión, regida por buenos capitanes; pero por menosprecio de las cosas burladas de pocos hombres, desarmados y sin exercicio de guerra. Fué pérdida de consideración ver embarazados a hombres sabios, acreditados en grandes ocasiones, en una como ésta, que al principio se eſtimó en poco.

Deben mirar las personas de gran nombre en no meterse en ocasiones menudas, donde la gloria es ninguna; porque la mayor la sorbe, y la pérdida de reputación, grande, no sólo si es vencido, mas si con grandes ventajas no vence. Algunas faciones olvidé en esta guerra; pero no todas merecen nombre, ni yo la tomé tan de propósito que me obligase a tratarlo todo. Don Diego de Mendoza, Embaxador que fué en Roma, que se halló presente, mostrando en unos comentarios no acabados su entero caudal, escribió esta guerra, obra digna de salir a luz con admiración de hombres doctos. Él, como quien conversa con los dueños, trata las cosas más de su fundamento, partícipe de las obras y de los pensamientos.

Tuvo Pío particular cuidado de ofrecer sacrificios por la pacificación destos movimientos, aunque los embaxadores disminuían el peligro, por no dar qué pensar. Era el amor que tenía al Rey Católico ternísimo, que la semejanza de celo y religión unió sus ánimos. En una enfermedad del Rey, avisado del Embaxador, alzó las manos al cielo, pidiendo el aumento de su vida, con disminución de la propia. Afirmaba ser más conviniente a la religión la vida del Rey, solo casi en la Cristiandad, de entera fe y fuerzas. No faltaron entre los ministros de entrambos encuentros de jurisdición, pero sin voluntad de los señores. Decía en plática destas diferencias: demos lo que es de Dios a Dios, lo del César al César. Avocó a sí la causa de don fray Bartolomé de Carranza y Miranda, Arzobispo de Toledo, preso por la Inquisición, siguiendo exemplos antiguos y decretos de

Concilios, en que se comete el conocimiento de crí-
mines Episcopales a la primera silla. Lleváronle a
Roma, en el año de mil y quinientos y sesenta y siete;
fué notable la conſtancia del Arzobispo en prisión
de muchos años, donde dicen que jamás le vieron
triſte. Habló con templanza en su causa, de nadie
dixo mal, ni de los que él creía le eran enemigos.
Llevó Pío la causa tan al cabo, que afirmaba su se-
cretario Roſtricuche haber dexado escrita la sen-
tencia, aunque no promulgada. Después, Gregorio,
enterado por largos años del caso, habiéndole exa-
minado y venido antes a su causa a España, cuando
en el Pontificado sucedió a Pío, le condenó por sos-
pechoso. Murió de allí a pocos días en Roma, en el
moneſterio de la Minerva, a dos de Mayo del año
de mil y quinientos y setenta y seis, habiendo hecho
una fervorosa proteſtación de la fe delante de muchos
teſtigos, con que dexó a todos satisfechos y llorosos,
y fué enterrado en la misma casa.

Envió Pío breves a España importantes. Libró,
al Rey de la avaricia de los mercaderes, que, apro-
vechándose de la necesidad que de proveer a Flan-
des tenía, con rigurosos y usurarios contratos, sorbían
los réditos del patrimonio Real. A los condenados a
muerte ordenó se les diese el sacramento de la Euca-
riſtía un día antes de ser juſticiados. También propu-
so órdenes para el aumento de la fe en las Indias, y
confirmación de los recién convertidos. Se tratase la
conversión más por manos de eclesiásticos que se-
glares. Se dexase libre jurisdición a los Obispos para
reformación de los pecados públicos, perniciosísimos,
donde se trata de redución a la fe, porque con el in-

fiel se infama la religión, por nuestras culpas. De la manera que la poca obediencia del caballo, no sabiendo la condición dél, lo atribuímos a falta del que rige, así, los que ajenos de nuestra ley nos miran, piensan que el defecto nuestro está en la dotrina que profesamos, y nos es gobierno. Mandó se obligasen a la ley de naturaleza los gentiles, no fuesen de escándalo a los fieles con quien viven. Se prohibiesen los convites y juntas entre sí a gentes muy dadas al vino y de poca cabeza, con que cometen disformes pecados. Se tratase de unirlos en lugares para mejor instrución y mayor trato de fe. Los cursados en la tierra afirman este postrer remedio por importantísimo en la Nueva España, y que es increíble el fruto que en poco tiempo se siguió en el Perú, donde se ha efetuado. Trataba también de enviar Nuncio, y llegó a proponerse; pero dexólo por bien considerados inconvinientes que pudieran seguirse.

En este tiempo tuvo nuevas Pío como en León y Tolosa de Francia estaban casas llenas de catecismos de Calvino, traducidos en Español, que no le puso en pequeño cuidado. Avisó al Rey Católico, y velóse en que no se recibiesen libros estranjeros sin reconocimiento de Comisarios del Santo Oficio.

ARGUMENTO DEL LIBRO QUINTO

Escríbese en él la segunda legación del Cardenal Comendón a Alemania, y nuevas provisiones de Pío en aquel Reino. Cómo compuso al Archiduque Carlos y al Cardenal Mandrucio, Nuncio enviado a Polonia. Lo que tentó con el Duque de Prusia. Herejes Trinitariſtas deſterrados de Polonia, y su origen. Eſtado de las cosas de Transilvania. Paces hechas de Pío entre Venecia y el Duque de Ferrara, y entre el Arzobispo de Milán y la ciudad. Deshizo la Orden de los Humillados; acabó la diferencia de Luca y del Duque de Florencia. A éste dió corona y título de Gran Duque. El eſtado de las cosas de Escocia. Sentencia de Pío y conjuración contra la Inglesa. La famosa legación del Cardenal Alexandrino a Caſtilla, Portugal y Francia. Algunas juſticias de Roma contra grandes herejes.

DE LA VIDA Y HECHOS DE PÍO V,
Pontífice Romano.

LIBRO V

Otra vez Alemania, y Comendón legado en ella, han de ser principio desta obra. Trataban con Maximiliano algunos varones se les permitiese la Confesión Augustana en el Archiducado de Austria. Teniendo los estados Imperiales junta dieta en Augusta para remediar los tumultos de la religión, ofrecieron los Luteranos en tiempo del Emperador don Carlos una estudiada suma de su dotrina, y aunque el Emperador satisfizo a sus razones en contrario, pertinaces ellos, todavía permanecieron en su error, y de allí tomó nombre. Parecía a alguno buen consejo, para consumir otras setas más escandalosas, y combatir después con fuerzas enteras contra un solo enemigo. Con este color lo persuadían los herejes, juntando a la apariencia promesas de servicios de dinero. Fué el Cardenal Comendón a impedirles. Acompañó Pío los ruegos y amenazas a aquellos caballeros, con la intercesión del Rey Católico.

Decía que ninguna licencia se puede dar a herejes tan limitada, que no la alarguen. Cualquiera mansedumbre haría insolentes a los que no podía domar la pena. La casa de Austria, devotísima siempre de la Romana Iglesia, en todo tiempo debía ser cuchillo en castigar insultos contra la Fe. Púsoles delante los señoríos de España sin sucesor varón, celosos de la religión, y que ninguno podía esperarlos por casamiento más justamente que algún hijo desta casa. La Emperatriz doña María, Infanta de España, católica y religiosísima, hizo con todas sus fuerzas y singular prudencia instancia, a cuya causa se remitió todo al juicio de Pío, aunque después de haber llegado a razones ásperas, dicen que quedaron como atónitos; porque Maximiliano les dixo que en la postrer plática vió sobre la cabeza de Comendón la imagen del Pontífice severísima amenazarles con un azote.

Movidos del exemplo, aunque con mayores esperanzas, pidieron lo mismo sus Estados al Archiduque Carlos, habiéndole prometido para su desempeño dos millones y medio, pagados en diez años; pero, pasado el primer plazo, se retiraron, si no les concedía la Confesión Augustana. Carlos resistió con gran constancia, no desdiciendo punto de la virtud de sus mayores. Poco después metió presidio en Trento, ciudad puesta en los confines de Tirol y Lombardía. Tenía el señorío su Perlado; pero Carlos, por muchos títulos, pretendía pertenecerle. El Cardenal Madrucio, que tenía la iglesia, por no consentir en la fuerza con el silencio, se salió con los canónigos a un lugar pequeño. Acusó delante de Pío la fuerza, y, lo que era peor, el exemplo que se daba a los señores herejes

para ocupar los Eſtados eclesiásticos de Alemania. El Pontífice lo tomó con toda aspereza, y quexóse primero al Emperador por el Cardenal Legado; después envió un Auditor de Rota con breves terribles. Pedía se averiguase el derecho de cada uno por juicio, y no por armas; que él eſtaba aparejado a considerar las razones de cada uno sin pasión. En tanto, el Cardenal de Trento entró de por medio con trato de conciertos, y sin llegar a romper, se compuso todo. Trató luego Pío de asegurar Alemania del enemigo, y los otros eſtados a quien más de cerca amenazaba la tiranía del Turco.

Con milagrosa providencia, desde Roma meneaba el mundo y reparaba inconvinientes no viſtos de los que presentes los tenían. A ser Príncipe nacido en la grandeza, le espiriencia parece pudiera haberle enseñado; pero un fraile, ceñido toda la vida en una celda, el día que subió en aquel trono, el peso de regir la tierra era ligero para su talento. Procuró que la casa de Auſtria emparentase con los Reyes de Polonia, para atalles con deudo, y de secreto con alianza contra el Turco. Estuvo firmado y capitulado que Ana, hermana del Polaco, se diese a Rodolfo, Archiduque de Auſtria, primogénito de Maximiliano; mas enemigos del bien público, con sinieſtras informaciones lo deshicieron. Para que, presentes, se rompiesen dificultades, trató Pío de que se hablasen, y pueſto en el punto que lo primero, tuvo el mismo suceso, mas nunca se le cerraba camino, que su vivo ingenio no descubriese otro. Puso en plática casar al Transilvano con persona de la casa Imperial, para asegurar los ánimos de las pasadas guerras sentidos.

Habían tenido Maximiliano y el Vaivoda ligeras disensiones, pero con el tiempo graves, procediendo de agravio en agravio, y provocando el hacer injuria, al recibirla. Suelen ser las discordias entre los grandes príncipes, como el fuego, que de una centella, si con tiempo no se ataja, poco a poco creciendo, abrasa las ciudades y las regiones. De aquí habían nacido las guerras de Solimán, solicitado del Transilvano contra Maximiliano, que ya escribimos. Por eso los buenos consejeros no han de consentir ni pequeñas ocasiones de sentimiento en los corazones de los príncipes, que advertido eſtá las mayores guerras del mundo haber nacido de principios menospreciados. Intervenía como tercero del parentesco Sigismundo, Rey de Polonia, deudo y amigo estrecho del Vaivoda, a intercesión de Pío. Antes que hubiese efecto el casamiento, murió el Transilvano, con estraño dolor del Pontífice. Escribióle el teſtamento el Nuncio, en que dexaba a Sigismundo y a su hermana por herederos, en iguales partes, del oro y joyas de trecientos mil ducados de eſtima.

Pío, viendo cuán mal se proveía con deudos a la seguridad de Polonia, con juſticia y religión pretendió asegurarla. Envió por Nuncio a Julio Rugeri, que intervino en los tratados contados. Lo principal que pretendía era remedio de herejías, peſte allí más poderosa. Mostrábale que a los negligentes en las cosas de la religión no se da fiado el caſtigo, sino también presente. Discursos de Eſtado no debían anteponerse a la ley, pues el primer preceto de cualquier bien concertada República, son culto divino y estima de lo juſto. Había en Polonia y Transilvania particular error, blasfemia intolerable, contra el miſterio de la

Trinidad. Era poco a los perturbadores del Evangelio contradecir a la verdad Romana en cerimonias y sacramentos, si en Dios consentían. Por eso pusieron boca en Cristo, despertando, los errores de Arrio y Eutiques por muchos siglos sepultados en el infierno con sus maestros. Fué autor Miguel Serveto, Valenciano, hijo de Judíos y discípulo de Lutero, ambicioso y de igual soberbia. Buscó nombre con un libro estudiado prolixamente, en que a Dios ponía nombres vituperiosos, comparándole a los monstruos que la Gentilidad fingió en el infierno. Siendo de poca edad, acreditó su dotrina con nombre de profeta, discurriendo por Alemania y Polonia, donde halló principal asiento. Después, preso en Ginebra por Calvino, que no consentía usurpase nadie sino él nombre de verdadero espíritu, fué quemado vivo. Sucedió Valentino Gentil, Italiano, semejante en osadía, aunque no en dotrina. Quemó Calvino sus libros, y con público juramento le hizo desdecir, tratándole con blandura, como discípulo suyo. Incurrió poco después en el mismo engaño, y quemándole vivo en Ginebra.

Cundió la contagión en Polonia y Transilvania debaxo de maestros soberbios, que no se dignando de someter al juicio de otro, por nuevo camino pervertían el pueblo. En breve llegaron a ser tan disformes entre sí, como horribles. Finalmente, hecha junta en Petricobia, se reduxeron a una dotrina, condenando los Concilios Niceno y Romano, y los santos Atanasio, Augustín, Jerónimo; llorando la caída de Arrio y de sus secuaces. Siguieron su exemplo los Transilvanos en seta diversa, debaxo de nombre de Consencientes. Disminuyeron estas juntas suma-

mente la autoridad Apostólica, que Pío trató de volver a su principio. Ya por pública ley se habían deſterrado los Trinitariſtas, que eſte nombre tomaron los herejes en dieta celebrada en Lumblino, aunque, juntamente se permitieron Calviniſtas y Sacramentarios, mas no le parecía al Pontífice baſtante en cuerpo herido sanar un golpe y dexar dos mortales. Hizo tanta inſtancia con el Rey, que revocado el primer decreto, igualmente se prohibieron todos los herejes.

Los Transilvanos, con más libertad, a las orejas del Vaivoda publicaban sus opiniones. Esforzaban las razones flacas con el interés, aconsejándole metiese en el patrimonio Real el oro y rentas de las iglesias. Pío se lo disuadió con Legado y con amoneſtaciones de Sigismundo, que atajaron los designios de los herejes, y murió católico el Rey. Mas el Legado de Polonia se hubo tan diestramente en executar las órdenes del Pontífice, que las jurisdiciones de la Iglesia, de caso perdidas, se reſtituyeron. Las iglesias, moneſterios, calongías, prebendas eclesiáſticas, ocupadas de herejes, se cobraron. En los tribunales seglares se pusieron Católicos. Hízose concilio en execución del Tridentino, y defendiendo la inmunidad eclesiástica. Antes que él llegase, eſtaba junta la dieta en Lumblino, y determinado no pagasen annatas en Roma los Obispos, pero revocóse con su presencia. Alcanzó para sí el lado derecho del Rey, y el izquierdo para Osio, Obispo de Warmia, que siendo Cardenal, nunca el Rey ni el Consejo le concedieron mejor asiento que el que la antigüedad de su Iglesia pedía. Ofreciéronse a pagar al Pontífice el dinero de San Pedro, de cuya origen diré lo que he leído.

Sucedió en el Reino de Polonia a Miescislao, Casimiro, su hijo. Administraba por él, como tutora, Rixa, su madre, Alemana, mujer avarienta y favorecedora de su nación demasiadamente. Los Polacos, vexados de tributos y gobernados de estranjeros, causas de rebelión ordinarias, primero con quexas, después con las armas, procuraron libertad. Obligaron a desamparar el Reino a la Madre y al hijo. Luego, sin cierta cabeza, todo fué tiranías, confusión, disensiones domésticas y guerras de afuera. Destruíase Polonia, si con mejor consejo no llamaran los señores a Casimiro, monje Benito a esta sazón en el monesterio Cluniacense de Francia, y ordenado Diácono. A intercesión del Reino, dispensó en que pudiese tomar cetro y mujer Benedicto IX, o, como otros piensan, Clemente II. Fué condición que los Polacos cercenasen el pelo en redondo sobre las orejas, a modo de frailes. Asistiesen la gente ilustre a los oficios divinos con fajas blancas de lino al cuello, a modo de las que usan los sacerdotes. Exceptos eclesiásticos, caballeros y nobles, pagasen los demás para la lámpara de San Pedro, por persona, cierto dinero, que de ahí tomó nombre. Piensan algunos se reduxo a esta orden, reinando Wladislao Loctino, siendo primero tres monedas y un cribo de avena por familia. Perdióse este tributo, ya por descuido, ya por liberalidad de los Pontífices, que acudiendo a los trabajos de Polonia, lo concedieron a los Reyes necesitados. En esta dieta le renovaron, movidos de la santidad de Pío; pero él no lo acetó, estando ya nombrados cobradores. Parecióle que renovar tributos olvidados de muchos años

habían de atribuirlo los herejes a codicia, calumnia ordinaria con que infaman la corte Romana. Por quitarles ocasión, había ordenado que el Legado despachase sin derechos, y en Roma se expendía de la misma suerte para los Polacos.

Tras eſto, los herejes, con promesa de unión, habiendo alcanzado de Pío IV la comunión debaxo de entrambas especies, pedían mujeres para los clérigos, como quien no deseaba paz, sino vitoria, y moſtrar que, a juicio de sus mismos contrarios, eran en algo superiores. El Rey, que sólo miraba a las engañosas esperanzas de concordia, insiſtía que, por mayor bien y redución de tantas almas, se concediese. Mas Pío, sagaz burlador de sus designios, descubrió a Sigismundo la cautela, y no sólo en lo segundo fué inexorable, mas revocó lo primero, a que en tiempo de Pío IV había contradicho. Acabáronse en la dieta, por induſtria del Pontífice, las paces por largos tiempos deseadas con el Ducado de Lituania, eſtado de Polonia rebelde. Hallóse presente el Duque de Prusia, hereje Sacramentario y hijo del primer Duque. Era aquel lugar primero del Maeſtre de Santa María de los Teutones, religión militar fundada en Tierra Santa para amparo de los peregrinos Alemanes. Perdida Tolemaide, por no entorpecer en el ocio, comenzaron a servir en su tierra en guerra contra infieles, que poseían todo el Setentrión al mar Bálteo. Por eſte tiempo, Conrado Duque de Masovia, falto de fuerzas contra las continuas correrías de los Prutenos, llamó a los religiosos en su defensa, dándoles parte de su Estado. Era condición que, ganada Prusia, reſtituyesen lo que habían

recibido, y por iguales partes dividiesen lo conquistado con el Duque. Crecieron en poder, al igual de Reyes, y alcanzando investidura de Federico II, Emperador, liberal en lo ajeno, negaron, no sólo lo que ganaron, más lo que recibieron. Quedó la Masovia en poder de los Polacos, que con varia fortuna pelearon con los Teutones sobre los fines del Imperio.

Vino en estos postreros tiempos el Maestrazgo a poder de un caballero de la casa de Brandeburg, cuando brotaba la herejía de Lutero. Con la licencia de la nueva dotrina, mudó el título de Maestre en Duque, y, contra la castidad prometida como religioso, tomó mujer. Era su hábito una cruz negra sobre escapulario blanco; la barba, larga. Rezaban las horas canónicas por rosarios, no siendo su profesión letras. Hijo déste era el Duque que asistió en la dieta, peor que el padre, porque tras el Maestrazgo usurpó tres Obispados que había en su señorío, y todas las demás rentas. Contra éste hizo Pío protestas con pública solenidad, que no se admitiese en lugar del Maestre, pues era tirano y apóstata. Pretendía pertenecer Prusia a la Iglesia y poseerla los Caballeros Teutones de mano de los Pontífices, cabeza de las religiones y señores de sus bienes. Hallóse en confirmación desto asistir en Prusia un comisario Apostólico a todos los establecimientos de gobierno. Tras esto, le declaró por descomulgado; pero murió en los pecados en que fué concebido.

Hicieron los herejes en Sandomira otra junta, de donde salió una confesión de su fe, dirigida a Sigismundo y impresa debaxo del nombre de la Emprenta Real. Alteró estrañamente el ánimo de los Católicos,

y comenzaron a dudar de la religión del Rey; pero él delante del Nuncio y notario Apostólico dió esta satisfación: firmó de su nombre y sello no había intervenido en tal cosa, y si los tiempos adelante lo permitían, mostraría cuánto le había disgustado; juró vivir y morir en la Fe Católica, y no consentir en su rito hubiese mudanza. Con esto alentaron los fieles, y más cuando le vieron comulgar en público, que hasta entonces la tiranía de los herejes lo estorbaba. Poco después edificó tres conventos de Jesuítas, con los estipendios de las cátredas y algunos beneficios simples. Llegaron a tan estrecha amistad Pío y el Polaco, que no hizo en cosa de gobierno fuera de lo que era voluntad suya y de su Nuncio. Mas a tanta prosperidad se siguió una peligrosísima turbación. Sigismundo, deseoso de hijos, pedía dispensación Apostólica para celebrar segundas bodas, repudiada la mujer estéril. Ponían gran calor los herejes, prometiéndose disensión entre el Rey y el Papa, con el exemplo de Enrique VIII de Inglaterra. Duró la voz y esparcióse por toda la Cristiandad. Pío, con Embaxador particular y cartas de mano propia, le envió a pedir que quitase del mundo aquel escándalo, o la ocasión, si había alguna. Decía que siendo los hijos don de Dios, menos podía esperarlos cuando con ofensa suya los pretendiese. Con esto, el Rey venció la tentación y purgó su fama.

Envió Pío a Moscovia quien le informase del ánimo que tenía el Duque de venir sobre Polonia, y que le persuadiese unión con los Príncipes Cristianos contra el Turco, de que daremos cuenta adelante. Estas cosas dieron la opinión al Pontífice en vida con

los Polacos, que los muy santos no alcanzaban después de muertos. Muchos señores con embaxadas se enviaron a encomendar en sus oraciones. Movidos deſta opinión, se reduxeron al rito Católico los herejes de la ciudad de Dánzig, en Prusia, pueſta en la boca del Víſtula. Eſte río, antiguamente límite entre los Sármatas y Alemanes, nace de los montes Carpacios, y atravesando lo mejor de Polonia y Prusia, entra en el mar Bálteo. Aquí tiene asiento Dánzig, insigne, y por la comodidad del puerto señalada en comercio entre todas las ciudades de Europa, frecuentada de los mercaderes setentrionales. Había muchos años que carecía de todo orden eclesiástico; no se decía Misa, ni había iglesia en pie; sólo la grandeza y hermosura del edificio había reservado las paredes del convento de Santo Domingo para alojamiento a los soldados de presidio. Reſtituyéronle por la devoción de Pío a sus frailes, y él proveyó de grandes predicadores para redución de la gente. De allí repartidos por las ciudades comarcanas, fué increíble el aumento de la religión.

Mas los herejes, sentidos de tan gruesos despojos, no le querían dexar seguro en su casa. Los Grisones, como más vecinos, se esparcían por Lombardía, y en Mantua era bien recibido Francisco Celaria, Milanés, apóſtata. Acoſtumbraba Pío enviar personas de confianza a espiar los designios de los herejes, y con gruesas provisiones de dinero para solicitar a los admitidos en sus consejos, a que los descubriesen. También se aprovechaba deſta traza para enterarse del ingenio de los Príncipes Católicos, bien o mal inclinados, y de los que junto a ellos andan, con que

remediaba grandes inconvinientes. Supo la osadía del Milanés, y envió a un fraile Dominico para prenderle, publicando otros negocios que se le ofrecían en Valfelina. Experto en la tierra, le señaló el puesto, dixo la traza, proveyóle de gente y dineros. Súpose en Morbeño, donde el Milanés vivía, cómo en Coira se había juntado con otros de su opinión. Esperáronle ocho hombres con una barca al paso en la ribera del Ada, que naciendo de aquellas montañas por el Valfelina, deciende al lago de Como. Cogiéronle, y con toda presteza por el río y lago se metieron en el Estado de Milán, y de allí en Roma.

Quexáronse los Grisones al Duque de Alburquerque, su Gobernador, violaba su libertad Pío, executando jurisdición dentro de sus términos. Fué la respuesta destas y semejantes quexas, esparcidas por los Príncipes comarcanos, no se cerraba con límite más estrecho que la misma tierra el poder del Pontífice en causas de la Fe. No hallando la acogida que pensaron, ofrecieron grandes premios a quien vivo o muerto les presentase cualquiera de los partícipes en la prisión; mas no detuvo esto el ánimo de los ministros de Pío. Poco después descubiertos los favorecedores de Celaria, le entraron al fuego, algunas horas antes de su muerte, reducido. Tras ésta, fué señalada justicia la del Carsaneca, digno de veneración por su semblante. Era deudo de la casa de los Médices, Protonotario Apostólico, Secretario en otro tiempo de Clemente VII, y a no estorbarlo la muerte del Papa, Cardenal y Obispo de Jaén, según se dice. Vivía en Florencia, rico y allegado a la persona del Duque Cosme, como pariente. Tres veces había sido

reconciliado, y resueltos los Cardenales de absolverle la cuarta, súbitamente mudaron todos de parecer a un mismo tiempo, y le condenaron a las llamas. Probóse pertinacia de más de veinte y siete años. Sustentar herejes predicadores en Ginebra, con rentas eclesiásticas. Conversar con Calvino, de quien le hallaron muchas cartas entre sus papeles. Murió reducido, aunque con sospechas que fingidamente; muerte señalada en Roma, o por los pecados del delincuente, o por la caída de estado.

Mas ya es tiempo de contar los movimientos de Inglaterra y Escocia, no por apartadas de todo el mundo, olvidadas de la providencia de Pío. Hacen estos dos Reinos la isla dicha de los antiguos Albión, y después Britania la Mayor hasta edad de nuestros padres, que se conocía, y ahora y entonces la más famosa. Es su asiento en el Océano de Alemania. Tiene al mediodía a Francia, por un angosto canal apartada. Al poniente, a Alemania la Baxa, y mar Flamenco, de poco fondo y mal navegable. Al norte, un terrible y desocupado mar, adonde algo más al poniente, Tule, y derecho a él, Irlanda, menor isla. La frente con que mira al sur es ancha de cien leguas, de donde, apretándose los costados poco a poco, a modo de pirámide, a más de la mitad de la isla con el Tueda y Salbio, ríos de poco nombre, y el monte Queviota, se dividen los Reinos. Ensanchóse de aquí otra vez la tierra, metiendo cuatro puntas largas en la mar, y recibiéndole en sus entrañas por tantos senos. Esta más setentrional parte es Escocia, montuosa y estéril, la gente lo más sin policía; apenas del todo se pueden juzgar por hombres. Son principales ciuda-

des Endenburg, cabeza de provincia, y San Andrés, célebre, con Universidad y Arzobispado y primacía. Es Inglaterra la otra parte, mucho más llana y más fértil, de menos frío y calor; porque el aire espeso, que fácilmente se cuaxa en aguas, resiste al sol y al hielo y hace poco desigual el año. Sus fuerzas son marítimas; lo demás es flaco, ni por arte ni naturaleza fortalecido. No cría fieras, aunque Escocia es abundantísima. El suelo no produce vino; mas es fértil de metales y mieses, y el mar, de excelentísimos pescados. La ciudad real es Londres, populosa, en la ribera del Támesis. La gente es atrevida, impacientísima en la guerra, y que en un encuentro quieren se declare la fortuna cuya causa aprueba; inclinada a los comunes vicios del setentrión, crueldad, vino y gula.

He dicho esto con más cuidado, por descubrir las fuerzas y ingenio del enemigo, y para dar conocimiento de la tierra. Traigamos ahora algo de atrás el origen de las discordias. Jacobo Estuardo el V, Rey de Escocia, obligó a salir del Reino al Conde de Lines; sospechó que su autoridad con el pueblo y nobleza de sangre aspiraban a tiranía. A éste favoreció con riquezas y mujer de su casa, Enrique VIII, Rey de Inglaterra, o por odio de Jacobo, o por las virtudes insignes del Conde. Tuvo un hijo llamado Enrique, de dotes del ánimo rico, y por la hermosura de rostro, digno de Imperio. Por esto los Escoceses, a María su Reina, viuda de Francisco el II, Rey de Francia, sin descendientes, propusieron segundas bodas con Enrique. Complació al Reino, y concibió dél un hijo varón del nombre del abuelo llamado Jacobo. Nacieron entre ellos desabrimientos, porque la

Reina no consentía a su marido, ambicioso, nombre de Rey, ni juramento del pueblo. Discordaban en la fe, a dicho de algunos; él, criado en Inglaterra, entre herejes; ella, en la cristianísima casa de Francia.

Crecía el disgusto con los celos, porque Enrique trataba amores con una dama de su mujer, en quien hubo un hijo. Fué el último y mayor escándalo haber muerto en las faldas de la Reina a su secretario, en estremo favorecido della, viéndolo y ayudando su marido. Matóle el padre de una dama suya, infamada de trato con el secretario, a quien negaba la palabra dada de casamiento. Aborrecíale también Enrique, excluído del cetro y gobierno por consejo de David (así se llamaba el secretario), y a eso atribuyó la Reina el desacato. Apartó cama y mesa, hasta que el tiempo resfrió algo los enojos. Entonces Enrique fingióse enfermo, porque, compadecida, le visitase. Ayudó la misericordia con ruegos y con muestras de arrepentimiento de lo pasado. Finalmente se reconciliaron los ánimos, y pasaron dádivas por prendas de amor, de una parte a otra. Prometióle la Reina a día señalado admitille en su aposento. Desagradó la nueva amistad al Conde de Morray Jacobo, hermano bastardo de la Reina, deseoso de tiranizar el gobierno, y trazó de matar a Enrique, o estorbar las paces. Para esto se aprovechó de la industria del Conde de Baduel, igual en ambición, y granjeador del amor de la Reina, prometiéndole su matrimonio. Entraron a matarle en palacio la misma noche del concierto, o detenido el de Morray hasta entonces, con esperanzas que no sería, o buscada sazón para persuadir mejor al pueblo el engaño, y hacer más

odiosa causa la de su hermana. Cogiéronle en su aposento, y sacándole a la huerta, le ahogaron al pie de un árbol, con su banda de tafetán negro, que traía al cuello, como indispuesto, para descanso del brazo, y a un paje que tenía le ahogaron con las mangas de la camisa.

Dentro de pocos días compelió a María el de Baduel a casarse con él, por trazas del hermano; con que, en opinión del reino, aunque falsamente, fué reputada por homicida de su marido. Acusaron su incontinencia que había querido escusar el adulterio con parricidio para gozar del Conde más libremente, debaxo del nombre de bodas. Levantaron gente; de aquí, el de Baduel y la Reina; de allí, el de Morray con los rebelados, puesto en el estandarte a Enrique y su paje, muertos, y Jacobo, su hijo, encima, con unas letras en la mano, en que pedía venganza. Antes de dar la batalla, enviaron su embaxada los enemigos a la Reina, quexándose que hubiese tomado mano, que aún con la reciente sangre de Enrique, vaporeaba. No pretendía el de Baduel sus bodas, sino el reino. No tomaron ellos armas contra su señora, sino para librarla, porque el Conde, con aquellas escuadras, no tanto la defendía como la cercaba. Movida María destas razones y de la autoridad de su mal hermano, desamparó el campo. Peleóse con todo eso valerosamente; pero el de Baduel, vencido, se recogió a un lugar suyo marítimo en el seno Murrayo. No se hallando seguro, se metió en el mar; desasosegaba las costas y robaba los mercaderes. Cogiéronle unos navíos de Denamarca, a donde de un golpe pagó muchos delitos. También los vencedores forzaron a

renunciar en Jacobo a su Reina, y la metieron en prisiones en el castillo y isla de Loclebin. Pío, para consuelo de la Reina, envió Nuncio y dineros, deseoso del remedio; pero los herejes, señores de todo, le impidieron el paso. Entregaron a Jacobo, bautizado en el gremio Católico, a la institución del Bucanano, hombre, aunque erudito, ajeno de la religión. María, hallando oportunidad, con pocos en su compañía, huyó la vuelta de Francia; pero no tanto los vientos, cuanto su ruin fortuna, la levantaron en el mar y obligaron a entrar en Inglaterra. Habíale la Inglesa (aunque de secreto ayudaba a los rebelados) ofrecido amparo; pero viéndola en su poder, la metió en prisiones. Pío, deseoso de la libertad de María, y redución de dos reinos, comenzó a levantar los ánimos de los Ingleses por la industria de Rodolfo Florentino, que tenía trato con aquellas gentes. Ofreció abundantísimos socorros de gente y dineros, que movieron, no sólo a los Católicos, mas a Puritanos y Protestantes: unos, de contraria opinión, y otros, deseosos de satisfacer a sus odios entre las turbaciones.

A esta sazón, por diferencia de unos navíos y dineros que el Rey Católico enviaba a Flandes, detenidos en Londres, se desavino con la Reina. Embarazó la ropa de tratantes Ingleses en los Estados de Flandes, principio de las discordias que hinchieron de ruinas de armadas los mares, alterados siempre del invierno o de las armas. Aprovechóse Pío del enojo justo y reciente, y hizo al Rey entrase en la Liga, para seguridad mayor de sus Estados. La Inglesa, no esperando gozar de paz sino en las discor-

dias de sus comarcanos, alteró a Francia y Escocia, y en Flandes halló el Duque de Alba en algunas fuerzas, presidios Ingleses contra la amiſtad jurada con España. Trató de meter en la conjuración a los Franceses Católicos, proponiéndoles la libertad de una Reina un tiempo de Francia y decendiente de sangre Francesa, y la opresión de otra, que al Almirante Coliñí había suſtentado en campo, si con pocas gentes, por miedo de sus vasallos, con grandes deseos. No hubo eſto efećto, por no renovar disensiones, pues sin duda acudieran los Hugonotes a la defensa de la Inglesa, si lo supieran antes de efetuarse, y si después, a la venganza.

Hízose cabeza de la conjuración el Duque de Norfolk, prometiéndole, con casamiento de María, el Reino de Inglaterra; porque a ella, como bisnieta de hija mayor de Enrique VII, le decían que pertenecía, no a la poseedora, bastarda de Enrique VIII, habida en Ana Bolena, su concubina, y por eso excluída de la sucesión por las leyes. Ante todo, publicó Pío por descomulgada a la Inglesa, privada del Reino; a sus súbditos libres de la fidelidad jurada, y constreñidos con censuras a no reconocerla por su señora. Hubo dificultad en el lugar de la publicación de la bula, porque los Príncipes comarcanos temían la ira de una mujer sagaz. Llevóla Rodolfo a Inglaterra, donde se esparció en muchas copias. Dos celosos Católicos la fixaron en las puertas del Arzobispo de Londres, donde duró algunas horas del día, y por su ocasión sufrió martirio el piadoso Juan Milela. Alteróse la Inglesa sobremanera, y echó mano de algunos señores principales y del Duque,

sin tener luz, más que pequeñas sospechas y prevención. Mas el Conde de Nortberlan, impaciente de más dilaciones, se puso en armas con más de doce mil hombres, temiendo ser cogido si aguardaba. Estúvose entretenido en sus Estados, vecinos a Escocia, esperando a que los demás siguiesen su exemplo, sin correr la tierra, que llevara tras sí toda y cogiera a la Reina sin gente. Pero los deseosos de novedad, aunque oían el ruido, o teniéndole por falso, o poco, se estuvieron, remitiendo la información para los ojos. El Conde, sin combatirle más enemigos que hambre y falta de dineros, se remitió fuera del Reino, no habiendo hecho otro efecto que declarar su ánimo y el de los demás. Publicó el Conde por causas de su movimiento defensa de la verdadera religión y restitución del antiguo rito. Por eso la Reina prendió a los Católicos más descubiertos, y al mismo Rodolfo; pero el maravilloso secreto y paciencia de los conjurados le salvó, sin averiguarse contra él, ni contra otro.

A este tiempo envió Pío ciento y cincuenta mil ducados de socorro, la mitad para que el Conde se sustentase en aquella fronteras, aguardando mejor coyuntura, y la otra para el Duque, que de la prisión movía grandes aparatos. Vino Rodolfo a Roma y a España, para avisar que estaba todo a punto, y la traza que a juicio de los conjurados debía seguirse. Había el Duque de Alba de atravesar de Flandes a Inglaterra, viaje de un día y una noche, con la más gente que pudiese y dar con toda presteza en Londres, donde las guardas estaría sobornadas y los conjurados a punto. Allí habrían a las manos la Reina; brevísimo camino y seguro de remediar la isla.

El Rey despachó por la posta con esta instrucción al Duque de Alba, y el Papa proveyó de otra gruesa suma de dineros a los Ingleses. Hacíase en su nombre la jornada, y prometía, animando a los conjurados, de ir en persona, y de vender toda la plata de las iglesias. El Duque se detuvo, porque Francia hizo ruido de armas, descontenta de que sin ella se emprendiese. Recibió segundo aviso de que partiese, que primero podía ser hecho que los Franceses se meneasen; pero era tarde, que habían dado parte a la Inglesa. Puso cuidado en guardar los puertos, y cogió cartas del Duque de Norfolk, y veinte mil ducados que enviaba a los Católicos Escoceses para asoldar gente. Prendieron al secretario, y descubrieron la verdad con tormentos. Entonces, con increíble deseo de venganza, vertió la más noble sangre de Inglaterra. Al Duque dieron una bárbara muerte, indigna de hombres; mas, advertido de que la falta de religión disminuye la policía. Sacáronle arrastrando, a colas de caballos atado, por las más señaladas calles de Londres. Ahorcáronle después, y antes que acabase, cortaron la soga. Luego le quitaron las partes viriles, y a sus ojos, y de todo el pueblo, las quemaron. Tras esto, le cortaron las manos y la cabeza, y partido en cuatro cuartos, quedó por sepultar. Pío, con excesivo dolor oyó estas nuevas, y el Rey Católico afirmó no haber visto trato más bien concertado ni donde con más fe durasen los conjurados, pues en prisión de muchos, y en mucho tiempo, no se había descubierto.

Tampoco en Italia faltaban disensiones, pequeñas al parecer, mas de ninguna suerte dignas de me-

nosprecio. El Duque de Florencia y la República de Luca discordaban sobre el señorío de Graño. El Arzobispo y Presidente de Milán, sobre encuentros de jurisdición, pasaron muy adelante en su defensa. Los Venecianos y Duque de Ferrara, con más pasión, sobre el Vizcondado de Trechenta, se aparejaban para las armas. Había años los Duque de Ferrara ponían señores en aquel Estado, con jurisdición civil, reservando para sí la criminal. Más los Venecianos pretendían competerles la una y otra, como distrito de la Abadía de Castelposelino. Otra vez tuvieron esta diferencia, y comprometida, ahora los Venecianos pretendían que había fenecídose la jurisdición de los árbitros con el tiempo, y remitían la justicia a la guerra. Pío despachó breves a entrambas partes, amonestándoles se compusiesen de nuevo, a juicio de tercero, y por pequeña ocasión no alterasen la paz de Italia. Viendo duros a los Venecianos, entabló el pleito en la Rota, diciendo que era juez legítimo, por ser el Estado del Duque feudo de la Iglesia, y porque el Pontífice tiene jurisdición temporal sobre todos los Cristianos, y más sobre los que no reconocen superior. La República temió que esta extraordinaria jurisdición, dudosa y no admitida de otros Príncipes, dañaría a la libertad suya, y por un secretario procuraron quitarle de aquel pensamiento. Él estuvo firme, hasta que con capitulaciones firmadas y juradas de entrambas partes se convinieron.

Fué origen de la disensión en Milán un alguacil del Arzobispo, a quien quitaron las justicias seglares las armas en su presencia; diéronle trato de cuerda, y le desterraron. Tenía la Iglesia el Cardenal Bo-

rromeo, y descomulgó a los jueces, porque pretenden los Arzobispos privilegio de traer armada su familia. Es allí necesario por la peligrosa vecindad de los Esguízaros, y se trató por este respeto, en tiempo de Pío IV, de meter la Inquisición a modo de España. Estorbólo el nombre de rigor adquirido entre otras naciones, contradiciendo nuestro Pontífice, porque tenía en la boca: «El rigor sustenta a España; la remisión destruyó a Francia. Mejor es mantener fe y aspereza, que caer de uno y otro.» Llamó el Pontífice a Roma los jueces, y prosiguiera, a no lo componer el Comendador Mayor don Juan de Zúñiga. Finalmente, fueron recebidos al gremio de la Iglesia solenemente, después de haber restituído en público las armas, y jurado en manos del Cardenal de no administrar oficio en perjuicio de la libertad eclesiástica.

Acabado esto, por breve del Pontífice, juntó Borromeo capítulo de la Orden de los Humillados, para la reformación, porque, perdido del todo su instituto, vivían vida escandalosa. Fué su principio en tiempo del Emperador Enrique III, que llegando a Lombardía algunos hombres inquietos, deseosos de sacudir de sí el yugo del Imperio, los desterró a Alemania. Éstos, como es ordinario, vueltos a Dios en la tribulación, vistieron paños viles, sustentábanse de su propio trabajo y juntábanse a horas que tenían señaladas a exhortarse a la virtud. Su humildad, de donde tomaron su nombre, movía a Enrique a dexarles libremente volverse. En Lombardía se apartaron los hombres de las mujeres, y se estrecharon con clausura y obediencia. Al fin, en tercero y mejor estado, vistie-

ron hábito particular blanco, sotana, bonete y muceta, a modo de Obispos. Mudaron en coro y profesión de letras la labor servil, y debaxo de la profesión de San Benito fué religión aprobada de Inocencio III, y haciendo un General, se estendieron por la Toscana y Lombardía, con muchos conventos de grandes rentas y edificios. Pero las superfluas riquezas relaxaron la observancia, hasta que verlos sin regla de comunidad movió a Pío a su reformación. Turbó a los Abades ver que, de libres y señores, les volvían a sujeción y encerramiento, aunque, dexándose llevar de la necesidad, disimularon por entonces. Poco después, los más ricos, con grandes promesas de dineros, movieron a un apóstata de su religión, Milanés, Jerónimo Donato, a matar a Borromeo. Solía el Cardenal cantar a boca de noche, con los de su familia, una Salve y otras devociones, abierta la puerta de la capilla para los de afuera. A tiempo que, según solían, cantaban «No queráis temer, no se turbe vuestro corazón», entró el apóstata y disparó un arcabuz con una bala y muchas postas pequeñas. Pasáronle todas al Cardenal por el roquete, y la bala llegó a señalar la carne, sin hacer otro daño; cosa estimada por milagrosa, y atribuída a la santidad de Pío, en cuya obediencia andaba. Sin ninguna alteración, Borromeo hizo proseguir en la oración y dar lugar al malhechor que escapase. Él, ciego con el pecado, aunque tuvo tiempo de pasarse a Francia, o a Alemania, se contentó de asentar por soldado en el Piamonte, Estado del Duque de Saboya. Pío despachó un breve contra los partícipes y encubridores, y no bastando éste, segun-

do y más apretado contra los que supiesen algo y no lo descubriesen. El Duque, avisado del Pontífice, prendió a Donato, y con buena guarda le puso en Milán, en la cárcel del Arzobispo. Allí se averiguó el caso y murieron todos los partícipes. Pío, por mayor exemplo, acabó la Orden de los Humillados, dió los edificios a gente más humilde y pía; las rentas hízolas beneficios eclesiásticos a provisión del Pontífice. Por la constitución de Bonifacio VIII, contra los homicidas de Cardenales, condenó con otro decreto a quien lo supiese y no lo revelase.

Menos sangriento fin hubo la diferencia de Florencia y Luca, aunque ocupado por armas el monte Graño. Al Rey Católico, protector de Luca, tocaba la defensa. Pío alcanzó que en él se comprometiese la causa, y restituyó en la posesión a los Luqueses, tan sin sentimiento de Florencia, que le envió las gracias. Este comedimiento y obras en que mostró Cosme obediencia a la Sede Apostólica, fueron ocasión que Pío se moviese a coronarle de su mano y darle título de Gran Duque de Toscana. Cuando envió socorro a Francia, sólo ayudado de Cosme, desbaratados los herejes, para gozar enteramente de la vitoria, pidió el Rey de Francia a Pío entretuviese el exército otros tres meses. El, de su gente, liberalmente dispuso se quedase, sin más límite que el del bien del Reino; mas de la del Duque no osó decir nada, ni aun importunalle, porque hizo más que debía.

Pasó por Florencia el Embaxador, no para pedirlo, sino para dar cuenta del estado. Cosme respondió quexándose de la desconfianza que mostraba dél el Papa, y ofreciendo de nuevo socorros y

su persona. Pío, premiador de la virtud entre todos los Príncipes de su tiempo, cuando lo supo, alzó los ojos a un Cristo que tenía siempre delante, suplicándole no le llevase desta vida sin premiar el celo de Cosme. Acordóse entonces como Paulo IV, libre de un gran peligro por la prudencia del Florentín, le ofreció corona. Después, Pío IV, de su casa, pretendió dársela; pero ninguno se atrevió a cumplir la promesa, temiendo ofender a Príncipes que lo contradecían. Nuestro Pontífice, que jamás por temor dobló de lo lícito, le llamó a Roma para coronarle, y hospedóle en palacio. Vino Cosme con real pompa, y a otro día, delante de todo el pueblo y Cardenales, dixo Pío Misa de Pontifical; truxo el cetro Marco Antonio Colona; la corona, Paulo Jordán Ursino, yerno del Duque, y Pío le puso de su mano uno y otra. Hecho Cosme el juramento de fidelidad a la Sede Apostólica, ofreció ornamentos preciosísimos a la capilla de San Pedro, y repartió por todos medallas de oro con su rostro coronado. A los allegados a la persona del Pontífice las presentó, pendientes de gruesas cadenas de oro. Tras esto, recibido del Pontífice el breve y nombre de Gran Duque, se volvió a Florencia, donde con solenes regocijos le celebró. Al entrar en la capilla, se puso delante el Embaxador de Alemania, protestando no se diese título a Cosme contra la prerrogativa del Imperio, a quien tocaba darle, como a la dignidad mayor de las temporales. Añadía que teniendo el Estado, Cosme, de mano de Emperadores, de ninguno otro podía pretender corona. Echada esta protesta, porque pareció sin orden de Maximiliano, dentro de pocos días se presentó

otra del Emperador a Pío, grave y con amenazas de guerra. A esto, el Pontífice respondió por Comendón, su Legado, con una larga y trabajada información, en que con exemplos confirmaba el poder de la Cátreda Apostólica para dar títulos. Tras esto, que el poder de la Cristiandad estaba tan repartido, que cuando se llegase a más que razones, no sería la mejor causa suya.

Metían cizaña los señores de Italia, sentidos de que el Florentín se les adelantase. Los potentados Alemanes ofrecían para la venganza vida y haciendas, quiénes como defensores de la dignidad Imperial, quiénes por odio de la Romana. Maximiliano desistió de la porfía, sabiendo que el Pontífice, cautamente, había dexado salvas al Imperio las razones de superioridad que tenía sobre el Gran Duque, materia de largas disputas. Trocó el Emperador las quexas en demanda de que Pío permitiese a los Bohemios, según el concilio de Basilea, la comunión debaxo de entrambas especies, si en ello no sentía algún inconveniente. No lo había prohibido el Papa; pero mandó que a ninguno de aquella opinión se diese orden de sacerdote, por quitar principios de cisma en la Iglesia. Mas ellos, sin ministros y obstinados en no apartarse de su rito antiguo, o morían sin Sacramentos, o los recebían de mano de herejes. Teníase por pequeño este daño, respeto del escándalo que introducía la división y los modos de que se usaba mal de los Sacramentos. Así, Pío aseguró al Emperador que no convenía, y que no con celo de redución se lo pedían y aconsejaban, sino con deseo de semillas de discordia entre los Católicos.

Antes que entremos en la guerra naval, aunque con poca atención del tiempo, determino tratar de la legación que últimamente hizo Pío y de las cosas que hasta el fin de su vida restan. He tenido más atención a las cosas, y no confundirlas, que a los años, y así, el postrer libro, debido a la grandeza de la vitoria, pide ciñamos aquí lo restante. Propuso Pío, con aplauso del Consistorio, a su sobrino F. Miguel Bonelo para una legación a los Reinos de Castilla, Francia, Portugal y señores de Italia; prometíanse todos mucho del sobrino de tan excelente varón y de las buenas partes del Cardenal. Después de aprobada la determinación, llamó a Alexandrino a su aposento, y trabándole por la mano con mucho amor, le dixo así: «El peso de cosas que de ti fío, de que pende la quietud de la Cristiandad, me fuerzan a que una y muchas veces te amoneste. Envíote a los mayores príncipes del mundo a tratar negocios grandes, y cuanto más allegado a mí, con más crédito de que hablo en tu boca. Tienes ocasión de servir a Dios y a su Iglesia, y de serme agradecido, que de humilde fraile, hijo de pobres padres, te puse, después de mi silla, en la más alta. Habla el mundo más libremente de nuestra fortuna, que con nosotros, y acaso murmura tuvo fuerza la sangre en tu eleción, mozo y con poca experiencia de las cosas. Quizá entre las demás obras mías, que (gracias a Dios, cuyo es todo) han lucido en los ojos de las gentes, fué ésta, sombra. Tolerable error respeto del presente, si negocios tan graves pongo en hombros inferiores a su calidad. Por eso he querido darte en compañía los más graves de Roma, canas y dotrina venerables, personas

nacidas y criadas en las cortes. Su consejo, que menesterle has, con gentes y negocios que nunca viste, te darán honra como autor de grandes bienes, y a mí como aprobador de tu persona. Mándote que sin su parecer no te muevas un punto en cosa, que si el amor (lo cual no creo) tuvo alguna parte en eligirte, el aconsejarte es todo de la razón. Tú, ni ninguno de los que fueren, reciba dádivas, que no para agotar los tesoros de los Príncipes te envío, sino para su aumento. El mayor don que podrán darte será condescender en lo que tocare a su salud. El premiar vuestras fatigas, a mí me toca, y a Dios, a quien se sirve.»

A esto, Alexandrino, prometiendo de sí modestamente, ofreció cuidado y obediencia. Mostró memoria de los beneficios recebidos, engrandeciólos sin semblante alegre ni levantado con el favor. Después desto, recebidas instruciones y consejeros, partió a España. Fué recebido del Rey Católico con muchas muestras de honra. Trataron de cómo haría más fruto la armada de la Liga aquel año, y que para su provisión obedeciesen al General los Gobernadores y Virreyes de Italia, sin nuevas órdenes de Madrid; de puntos de jurisdición, en que cada cual pasa su límite, ambicioso, no sólo de estender los Reinos, mas el mando en los que posee; que ablandase a Maximiliano, disgustado todavía por lo del título de Cosme, asegurando que sola liberalidad había intervenido, no pretensión. El Rey Católico sosegó al Emperador de suerte que envió de su mano la corona a Francisco, hijo de Cosme. Llevaba Alexandrino encomendados a Marco Antonio Colona

y a don Francisco de Reinoso, que en todas las ocasiones habían servido con lealtad, pero por siniestras informaciones desacreditados. Ofrecía Pío tratar con Ochalí, Calabrés renegado, y Rey de Argel, se pasase al bautismo en que había nacido, con que el Rey Católico le diese algún Estado en los de Flandes. Decía que al reducirse, cuando no entregase Argel, como le era fácil, se pasaría con tanto número de bajeles, que quebrantaría las fuerzas al Turco, de suerte que no pudiese defenderse el verano siguiente. Ni era de menos efecto abrir puerta a los renegados a que se tornasen con la esperanza del premio. El descubrirse el trato era casi de igual provecho, pues se hiciera sospechoso a Selimo, para que no se fiara dél, y no importa menos quitar al enemigo los capitanes que los exércitos.

Nada tuvo efecto, porque Alexandrino, avisado de la última enfermedad de Pío, en negocios y camino fué por la posta. Trató en Portugal que el Rey don Sebastián por el mar Roxo y Pérsico molestase al Turco con sus armadas vitoriosas en el Oriente. Estaba aquel reino trabajado de domésticas disensiones, porque la Reina doña Catalina, abuela del Rey, sufría mal verse excluída en todo del gobierno. El Rey, mozo y más amigo de las disputas de teólogos que a príncipes seglares es dado, en nada salía de la voluntad de unos Jesuítas, sus maestros. Persuadido destos, aborrecía las bodas, y sin dexar sucesión, quería pasar a África, inferior en fuerzas y consejo. La Reina, desesperando del remedio, como quien por no ver el cuchillo que baxa, cierra los ojos, se determinó pasar a Castilla. Propuso Pío al Rey casa-

miento con Margarita, hija de Enrique, Rey de Francia, que acetó don Sebastián, dando licencia al Cardenal legado que la pidiese en su nombre, y en dote, que los Reyes de Francia entrasen en liga contra el Turco. Llevaba orden Alexandrino de disuadirle la jornada de Berbería; pero sin sacar más de una larga carta de la Reina contra los Jesuítas, partió a Francia. Aquí propuso el casamiento de Margarita; pero Carlos eſtaba determinado de darla a Enrique, Duque de Bandoma, y por ser en grado prohibido, envió por dispensación. Parecía aquello único medio de paz, por ser Bandoma cabeza de los Hugonotes; pero Pío vió la ruina de Francia en aquellas bodas, y negó la dispensación, diciendo: «Si pierdo la cabeza, no he de concederla.» Fué con orden Alexandrino de pedir al Rey de Francia entrase en la Liga contra el Turco, y informase de la embaxada que el Obispo de Aos había llevado a Costantinopla. Sospechábase que era pedir paz para los Venecianos, que, animosos al emprender las guerras, los intereses particulares de los que gobiernan, cesando con los tratos, les obligan desear preſto el descanso. Pero entonces túvose por cierto trataba Carlos con el Turco de entrar con exército por Flandes, para quitar al Rey Católico, nervio más principal de la Liga. Confirmó las sospechas Filipo Strozi, que armaba en la Rochela razonable número de navíos, so color de ir a la Nueva Francia, poco antes descubierta. Carlos dió su fe Real de no inquietar al Rey Católico. Escusóse de entrar en la Liga, moſtrando sus fuerzas gaſtadas, y ésas sacarlas a fuera del Reino era dexarle a saco de los Hugonotes. Últimamente trató Pío con Carlos

pidiese en casamiento a la Infanta doña Catalina, hija segunda del Rey Católico, para Enrique, su hermano, con el Estado de Lucemburg, apartado de los otros de Flandes. Tampoco esto hubo efecto, aunque parecía libre de inconvinientes, por el nacimiento del Príncipe don Fernando, con que no había temor que la corona de España heredasen Franceses. Pero sucedió poco después la muerte del Príncipe, aún niño, con general sentimiento del Reino, que del rostro, del nombre, del padre y del abuelo habían concebido grandes esperanzas.

Mas a Pío obras de tanto cuidado no le divertieron de otras menores, como edificios públicos. Dió principio a la sumptuosa fábrica de Mañápoli, en el monte Quirinal, para las monjas de San Sixto, primogénitas de Santo Domingo, y herederas de su santidad. De su mano recebieron el hábito las fundadoras y por tantos siglos han conservado entera la estrecha disciplina de los principios. Tenían el convento en parte baxa, donde las ruinas de los baños de Antonio Caracalla, y inmundicias con que por allí se acude, dañan el aire, y vivían enfermas. Quiso, pues, Pío gozasen de aires más sanos en lo alto, donde tenían convento las monjas terceras de la misma Orden, que juntó con las de Santa Catalina de Sena. Truxo a la fuente de Tréveri el agua virgen, y repartió alguna por los particulares, y acomodó la de Salón, que había roto los acueductos, como contamos. Fortificó la ciudad Leonina, y el palacio de la Inquisición. Reforzó un baluarte caído en el castillo de San Ángelo. Levantó en Ancona un revellín a la parte de la mar, y reparó la roca por la parte de

tierra. Hizo fuerte a Caſtelfranco, lugar murado en la Romaña, en el diſtrito de Bolonia, y vía Emilia. Éſte es (como también lo confiesa el nombre) el foro de Galos antiguo, donde Hircio y Pansa, Cónsules, muriendo en la batalla, desbarataron a Marco Antonio, año señalado con el nacimiento de Tíbulo y Ovidio, poetas dulcísimos. Acabó la fortificación de Civitá Vieja, y levantó en la boca del Tíber, en el puerto de Trajano, que es ahora ciudad de Porto, una torre contra las continuas moleſtias de los cosarios. Vió eſta fábrica por sus ojos, y llegó a Oſtia, de la otra parte del río, donde la primera visita (como en los demás lugares en que entró) fué la del Santísimo Sacramento. Eſtaba metido en una caxa de palo, de que Pío se indignó sumamente, y condenó al Cardenal Obispo de Oſtia en tres mil ducados para la fábrica. Hizo reſtaurar la iglesia de San Juan, en el monte Aventino, a coſta del Prior de Roma, ya muerto, de la Orden de los Hospitaleros, a quien tocaba la reparación. Edificó la bóveda de San Juan de Letrán; iglesia a los Esguízaros de la guarda; convento de mujeres catecúmenas; una hermosa capilla dentro del Vaticano; el colegio de los Guislerios, en Pavía; casas para los penitenciarios de San Juan de Letrán, de Santa Potenciana, de Santa Sabina.

Hizo otras fábricas prolixas de contarse. Baſte decir por todas que en seis años que gobernó, llegaron los gaſtos de edificios públicos a trecientos y cincuenta mil ducados. Venció a todos en grandeza el convento del Bosco, de que hicimos mención, adornado de preciosos vasos, ornamentos, colgaduras,

pinturas, mármoles y librería. Vese en él su sepultura, donde él, de rodillas, adora un Cristo resucitado, y a un San Miguel, más arriba, acompañado de otras estatuas, y la inscripción es ésta: *Pío Papa Quinto, natural del Bosco, de la familia de los Guislerios, profesó en la Orden de Santo Domingo. Teniendo delante de los ojos el día de la muerte y universal resurrección, desde el día que fué puesto en la cumbre del Apostolado, mandó levantar este sepulcro para sepultar su cuerpo, cuando a la divina clemencia pluguiese sacarle deste mal siglo.* El Rey Católico concedió al convento exempciones iguales a la Certosa de Pavía, célebre monesterio de la Cartuxa, y a las de San Pedro Mártir de Vigébano.

Agradecido Pío a la memoria de Paulo IV, quiso que la causa de sus sobrinos con más consideración se examinase; pero de suerte que les salvase la inocencia, y no el favor. Nombró por jueces doctores de grandes letras, que refiriesen en Consistorio la causa; con que restituyeron a la ciudad los Garrafas desterrados, y sus armas a los lugares públicos. A Antonio Garrafa dió Capelo, persona exemplar, y cuya virtud quitó las sospechas de ambición que infamaban su familia en los ánimos de todos. Honró con rentas a los criados de Paulo, y de sus deudos. Pagaron los Boloñeses la misma obra a la familia de Pío. Echados los Guislerios de Bolonia por civiles discordias, llegó el odio a cerrar la puerta por donde habían salido. Abriéronla en este tiempo, y llamaron Pía, del nombre del Pontífice, después de más de cien años cerrada, y adornáronla con inscripciones. A un hombre desta ciudad, de más calidad que

hacienda, congoxado por no tener remedio para tres hijas, se le apareció Nueſtra Señora y consoló, diciendo que un fraile Dominico se las casaría. Llamábase Boloñeto, y vino a Roma, donde profesó amiſtad con Pío, siendo comisario, y no olvidado dél después de Pontífice, le dió suficientes dotes para todas.

ARGUMENTO DEL LIBRO SEXTO

Muéstrase en él la pretensión del Turco al Reino de Chipre. Los Venecianos, señores dél, se apercibieron para su defensa. Envióles Pío doce galeras, y cincuenta el Rey Católico. Algunas faciones, y pérdida de Nicosia. Diligencias del Pontífice para la liga por mar entre el Rey Católico y los Venecianos. Su conclusión después de grandes dificultades. Trata otra por tierra de todos los Príncipes Cristianos, y atajólo su muerte. Pérdida de Famagusta. La gran vitoria de Lepanto de las armadas coligadas contra la Turquesca, con grandes señales de milagros. Revuelve Pío el mundo con grandes prevenciones para el año siguiente. Atajólo su muerte, con general sentimiento de todos. Conoció su fin mucho antes. Cardenales que eligió. Prevenciones que hizo para su muerte, y revelaciones de su salvación. Milagros que Dios obró por sus méritos.

DE LA VIDA Y HECHOS DE PÍO V, Pontífice Romano.

LIBRO VI

Selimo, que al cuarto año del Pontificado firmó a los Venecianos capítulos de paz, al siguiente, menospreciador de Dios y de sus palabras, les pidió a Chipre. Es eſta isla en el poſtrer Mediterráneo, de las mayores, y a ninguna menor en fertilidad, por eso llamada bienaventurada de los Griegos, y consagrada a Venus por la lascivia de sus mujeres. Tiene al mediodía a Egipto, a Rodas al poniente, en igual diſtancia a oriente la Soria, y más cerca que todo, al setentrión, la Carmania. Su figura es mucho más larga que ancha. Llámase Nicosia la ciudad principal, digna de compararse con las medianas de Europa en grandeza y hermosura de edificios, pueſta en una apacible llanura, no apartada de montes, y por eso menos fuerte. Mas Famaguſta, ciudad marítima al levante, importantísima para trato por la comodidad del puerto, fué tenida por inexpugnable.

La isla, con riquezas grandes y pocas fuerzas para

defenderlas, estuvo siempre sujeta a tiranías y robos de señores. Primero, los Egipcios la quitaron a los Príncipes naturales; a ellos, los Romanos, y quedó con el Imperio Griego. Déstos la ganaron los Ingleses, todos más avara que justamente. Por donación de Inglaterra, la hubieron los Lusiñanos, caballeros Franceses, sujetos ahora a la República de Génova, ahora al Soldán de Egipto. Juan último dexó dos hijos, Jacobo, bastardo, y Ana, legítima, casada con Luis el primero deste nombre, Duque segundo de Saboya; mas, desposeída, y puesto en su lugar Jacobo por mano del Soldán, con reconocimiento de tributo. Casó éste con hija adoptiva de la República Veneciana, de quien hubo un hijo. Muerto después el niño, luego la madre, ocuparon los Venecianos la isla por derecho de herencia. Selimo, que había sucedido en el Señorío de Egipto, ganado por su abuelo Selimo con muerte de los Mamelucos, pretendía pertenecerle Cipro, y con embaxada llena de amenazas envió a pedirla. Los Venecianos, después de larga disputa, respondieron, representando muchas ocasiones, en que pudiendo destruir las armadas Turquescas, no habían querido faltar de la fe; que se espantaban mostrase poca constancia con tan buenos amigos; mas que ni a ellos les faltaban fuerzas para defender sus Estados, ni a Dios justicia para castigar los perjuros. Pío les ofreció su ayuda y de los Príncipe Católicos, y una universal liga, aunque ellos, pareciéndoles ésta larga y llena de dificultades, viendo el aprieto presente, deseaban más que con presteza se juntasen socorros.

Envió el Pontífice a don Luis de Torres, clérigo de Cámara, que tratase con el Rey Católico de soco-

rros de presente, y para más adelante, Liga. Desde el tiempo del Emperador don Carlos, entre los confederados se tenía poco crédito desta unión, y de los Venecianos se presumía que más para mejorar en condiciones de paz que para perseverar, vendrían en ello. Por eso aseguraba los ánimos de todos con decir que la común necesidad haría de más efecto esta liga que hasta entonces; pues ni Venecia sola podría resistir mucho tiempo, ni el Rey Católico tenía por entonces suficientes vasos en la mar para defensa de sus Reinos. Las ocasiones pasadas eran muertas, pues nadie aspiraba a Monarquía, sino a conservar su Estado, disminuir los gastos, ocurrir al peligro. En lo conquistado se podría dar medio que a ninguno estuviese mal. También significaba al Rey Católico, si acaso los Venecianos eran vencidos, crecía la insolencia Turquesca y temor de Italia, y si vencedores a solas, ganaban reputación sospechosa a su grandeza.

El Rey, prompto a socorrer en empresas piadosas, envió por general con cincuenta galeras a Juan Andrea Doria, debaxo del orden del General de la Iglesia. Había puesto Pío en aquel lugar a Marco Antonio Colona, caballero Romano y Condestable del Reino de Nápoles, con doce galeras que armó a su costa, pidiendo a los Venecianos los vasos, y a los Barones vasallos de la Iglesia, la chusma. Hizo cantar al Cardenal Colona Misa del Espíritu Santo, y él, de su mano, entregó al General el estandarte, bendito con las usadas ceremonias. Era de damasco carmesí, con la imagen de un Crucifixo, y a los lados los dos Apóstoles, príncipes de la Iglesia, y por letra: «En esta señal vencerás.» Por el mismo legado

pidió Pío socorro al Rey de Portugal; mas escusóse aquel año, ofreciendo para el siguiente treinta vasos, con tanta nobleza, que se pudiesen contar por mayor número. Entre tanto, la República no perdía punto, mostrando el valor que sustentó largos siglos. Metió dos mil Italianos en la isla, que con los presidios y naturales, se tuvo por defensa suficiente. Juntó cantidad de dineros, tomando a censo los de sus ciudadanos, ociosos como cesaba el comercio de Levante. Pusiéronse nuevos tributos a las provincias, que pagaron por la necesidad alegremente. Armó grueso número de velas y entró algunas veces por Grecia dichosamente. No sólo halagó la fortuna a su armada, pero a los Gobernadores vecinos a señoríos del Turco, que acometieron fuerzas y lugares con gran felicidad y aspiraban a cosas mayores. Mas presto volvió el rostro, porque la gente embarcada, lo más ardiente de la canícula y el año mal sano, engendraron peste. No quebrantó menos las fuerzas discordias y emulaciones entre los capitanes, que ofendidos unos de la gloria de otros y ambicioso cada cual de ser autor y no seguir, tuvieron la gente ociosa lo más peligroso del estío.

Estaba ya Mustafá en Cipro, esperando segunda vez soldados para acometer a Nicosia, después de haber perdido al desembarcar gente. Quisieron algunos naturales probar la fortuna, antes que se juntase todo el campo; consejo no del todo errado, pero desechado por peligroso, pues a cualquier ruin suceso, no quedaba quien sustentase las ciudades. También los soldados y capitanes de más importancia se metieron en Famagusta, creyendo fuera la que primero cercara el enemigo, para quitarles el aparejo de ser

socorridos por el puerto. Mas Mustafá, deseoso de moſtrar a su señor que eſtaba venciendo, y no eſtar mucho tiempo sin acabar nada, intentó primero lo menos dificultoso. Presentóse sobre Nicosia con bárbara arrogancia y desorden, en que hubo segunda ocasión de romper al enemigo, si los capitanes Venecianos osaran alargar la rienda a los soldados, impacientes del atrevimiento Turquesco. Mustafá levantó primero cuatro fuertes, de donde con gruesos tiros batía la ciudad fortificada y defendida lo posible. Después acometióla con nuevo ingenio, porque el gran calor hacía de ningún uso la artillería, y sólo con el fresco de la mañana se aprovechaba della. Cavó profundísimas fosas contra los caballos, y de día y de noche, con continuas mangas de arcabuceros, remudados a tiempos, limpiaba la muralla de combatientes. Con eſto, sin impedimento, alzaba montañas de tierra que igualaban a los muros, haſta que como en una llanura podían combatir con los cercados. Mas ellos, viéndose perdidos, aprovechándose del calor del mediodía, cuando tendidos debaxo de los pabellones y más relaxados y embargados con la comida estarían los enemigos, salieron sobre ellos de rebato. Degollaron deſta vez muchos, y volvieron con grandes despojos, y si siguiera los primeros la caballería y gente del pueblo, tuvieran aparejo tercera vez de librarse del cerco gloriosamente. Finalmente, Mustafá, con gente nueva, que Piali, general de la mar, le envió, consumida la que primero truxo con peſtilencia, entró la ciudad en un porfiadísimo asalto. Murieron todos los Italianos y Cipriotas notables, y como treinta mil personas del vulgo. Fué grueso el

despojo: hasta veinte mil almas cautivas. Habían entrado hasta este tiempo, en la isla, cuatro mil caballos, seis mil Genízaros, ciento y diez mil Turcos de milicia común.

En tanto, la armada Católica, con ciento y ochenta galeras, once galeazas y seis navíos, partió de Candía a la vuelta de Chipre. No lexos de Escarpanto supieron la pérdida de Nicosia, que les entristeció estrañamente. Perdieron con esto el ánimo de pelear con el enemigo que andaba sobre el mar en trecientos baxeles mal armados. Fué la principal ocasión Andrea Doria, que en los vasos Venecianos enfermos tenía poca confianza contra corazones levantados con la nueva vitoria. Por eso anticipó la vuelta a Mecina, encontrando sobre ello con Marco Antonio, a quien se desdeñaba de reconocer por General. Rota la unión, no hicieron efecto, y sobreviniendo tormentas, se deshizo a los Venecianos la más bella armada que en el mar se había puesto jamás. Refieren que Pío culpaba al Oria gravemente, y ni le quiso admitir disculpa, ni dar audiencia.

Ya nacían nuevas dificultades en los ánimos que imposibilitaban la liga, pues había poco que esperar alianza entre naciones diferentes, habiéndose deshecho tan poderosa armada, compuesta casi toda de fuerzas y Gobernadores Italianos. Sólo Pío perseveraba, acudiendo a Dios de contino con oraciones. Llegaron las comisiones del Rey Católico a los Cardenales Pacheco y Granvela, y don Juan de Zúñiga, su Embaxador, para concluir el trato de la liga. Los Venecianos lo cometieron a Miguel Suriano, su Embaxador, hombre sabio y deseoso del bien común.

Juntóles el Papa un día delante de sí, y para que con mayor brevedad concluyesen, les habló desta suerte: «Dos acidentes de que adolecen los Reinos, cada uno de por sí bastante a consumirlos: discordias domésticas y guerras con los estraños. Ambas pestes fatigan a la Iglesia: dentro, cismas, y afuera, infieles. Mas ninguna nos tiene en el aprieto que el Turco, porque con herejías trata guerra la Iglesia en que fué siempre vencedora, castigando los enemigos, ya con la palabra, ya con el hierro, y en las armas de dotrina es superior. Pero aquel tirano, siempre con nuestras discordias vitorioso, cada día lleva de nosotros despojos nuevos, y en fuerzas y ardid nos sobrepuja. Aquellas naciones domadoras de los Príncipes constantes en costumbres, parte ríen de sus ritos antiguos, en nada firmes sino en malicia; parte, hollada su altivez, sometieron el cuello al yugo de la servidumbre. Fueron la ocasión nuestras discordias, mientras mirando cada uno al blanco particular de su interés, olvida la Cristiandad, y a los que una religión hizo un mismo cuerpo, y según la verdad infalible, este Reino dividido se desuela. Por eso he procurado unir las fuerzas Cristianas contra el tirano, como ahora las del Rey Católico y República, mas sujetas a su codicia, para común defensa, y para aplacar a Dios, justísimamente airado de nuestras divisiones. Plugo a la misericordia divina hallase aparejados los ánimos de vuestros Príncipes; toca a vosotros, como ministros fieles, concluir esta unión para el bien de vuestros señores. Importa reprimir la insolencia de aquel bárbaro, que como hoy sin razón movió guerra a Venecia, mañana tratará de oprimir la Cristiandad toda.

¿Dudáis de su ambición y avaricia? Mirad su principio obscuro y la grandeza a que ha llegado. Sus padres fueron los Scitas pobres que habitan el Cáucaso. Entraron la Persia, donde, cual viles ladrones, ganaron más hacienda que crédito. Cobraron con las riquezas fuerza, y osaron veſtir armas en daño de la Criſtiandad. De allí ocuparon la Armenia. Sujetaron la Natolia y Soria. Usurparon la Arabia. No le baſtó a Mesopotamia el muro del Tigris y Eufrates. Era chica la Asia para su codicia. Los Búlgaros, los Albaneses, los Tracios, Egipto y Berbería domaron. Pasó su ardor los hielos del Danubio, del Bariſtenes, del Tánaes, del Volga. No les pudo eſtrechar el inacesible Tauro y mar Hircano. Acabaron Griegos y Mamelucos, y lo que hizo a muchos espanto del mundo, lo han sorbido en sí todo. ¿Pensáis que baſta eſto a su sed? ¿Qué no han tentado después acá? No se les escondieron los apartados Indios. Cercaron a Bengala. Inquietaron el más apartado Océano del Oriente. Apretaron a Malta. Ganaron a Hungría y Rodas en nueſtros tiempos, y en nueſtro Pontificado a Sigueto y a Sío. Agora, Selimo, olvidado del derecho de las gentes, como si no fuera hombre, envía a tiranizar a Chipre, contra la amiſtad y contra el juramento. Conviene quebrantemos su soberbia, no nos quite eſte solo camino que queda para ganar el sepulcro de Criſto. Quizá Dios, que siempre mezcla la misericordia entre la ira, nos despierta con eſte golpe para grandes empresas. Vencida puede ser eſta gente; no desmayemos. A Bayaceto, belicoso y exercitado, le venció el Tamorlán, y tuvo, por menosprecio de su nación, en una jaula. ¡Cuánto nos será a

nosotros más fácil, que lo habemos con un Príncipe ocioso, lleno de vicios, que sólo sabe del regalo! Gran parte de la vitoria es la justicia, y tener a Dios de nuestra parte, a quien ellos tienen por enemigo. Con el afecto de padre os ruego, por los misterios de la sangre de Jesucristo, concluyáis esta liga; después convidaremos a los demás Príncipes, que será imposible no les mueva causa tan pía y que no se haga fación honrosa con tantas fuerzas.»

Movidos destas razones los diputados, comenzaron luego a tratar de condiciones con los Cardenales nombrados por el Papa, que eran Morón, Alexandrino, Iglesia, Grasi, Cesi, Aldobrandino, Rotricuche. Nacieron tantas dificultades, que si la vigilancia y paciencia de Pío no las compusiera, disimulando ahora con unos, animando ahora a otros, se hubiera deshecho en muchas ocasiones. Esperaban los del Rey Católico que los Venecianos, como a quien tocaba principalmente la liga, pidiesen y propusiesen condiciones. Ellos, por el contrario, no querían humillarse a nada, pareciéndoles que así importaba al Rey como a ellos, y que no rogando venían, sino amonestados. Remediólo Pío con hacer pública la causa, y proponiendo él. Pretendían los del Rey fuese la Liga contra todos los infieles, y en particular contra los de Berbería y Xerife, pues, como más vecino a los señoríos de España, podía turbarlos, y allí se pretendía seguridad de los coligados. Ni en esto, ni en la contribución de los gastos podían convenirse; porque el Veneciano no quería ofrecer por la República más de la cuarta parte, ni el Rey más de la mitad, y el Papa no podía pagar la décima.

Eran seiscientos mil ducados al mes el gaſto de la armada, y no llegaban a cuatrocientos mil las rentas del Pontífice, pobrísimo con los socorros de Francia y Alemania, y consumido con el armada del año antes. Decía el Veneciano que no le faltaría a Pío de donde haber dineros, pues, como había dicho un Sixto, y después moſtró otro, al Papa no le puede faltar hacienda mientras no le faltaren pluma y mano. Mas el Pontífice decía que si, con escrúpulo de conciencia, hubiese de juntar el rescate, pequeño que fuese, dexaría de libertar toda la República Cristiana.

En ligar con censuras a los coligados hubo grandes disputas, porque Venecia, con simple promesa de fe se contentaba. Hizo el Gobernador de Roma un concertado razonamiento delante del Pontífice, en favor del Rey Católico, moſtrando cómo la principal dificultad consiſtía en que se guardase la Liga una vez hecha. Pío respondió que deseaba se añudase con toda firmeza; mas, pues no se podía acabar otra cosa, que Dios caſtigaría con hambre y peſtilencia a los que sin razón faltasen a su palabra. Rota la Liga, después de su muerte, asolaron hambre y peſtilencia toda Italia, excepta Roma y Eſtado eclesiáſtico, que, acordándose de las amenazas de Pío, tuvieron todos por caso milagroso. Los Venecianos, por antiguas enemiſtades con los Raguseses, querían que no se capitulase su protección, y Pío resiſtía, diciendo que él no podía desamparar a un pueblo Católico, obediente a la Sede Apoſtólica y favorecedor del Santo Oficio. Dificultóse quién sería Capitán General. Venecia alegaba que debía ponerle, por ser publicada contra ella la guerra, y en mar de Levante, donde eran más

pláticos, y sus capitanes más conocidos de los Griegos, y así los movería a rebelión su nombre más fácilmente. Contradecíalo el Rey Católico, por la reputación de su Corona, y porque ponía más fuerzas, contentándose de nombrar General en consentimiento del Papa y la República. Finalmente, el Pontífice, remitiéndose todos a su parecer, nombró por General a don Juan de Austria para la mar, y para la tierra al Duque de Saboya, aunque después, por evitar sospechas del derecho que al Reino de Chipre tenía el Duque, dió a don Juan lo uno y lo otro.

Sucedieron dificultades de quién haría su oficio en ausencia del General; el Rey quería a don Luis de Requesenes, y el Papa tenía por conveniente a la dignidad de la Iglesia que su General se prefiriese a los otros, y así, se dió el cargo a Marco Antonio Colona. Envióle luego Pío a Venecia a confirmar los ánimos de los Senadores, que por esperanzas de paces con el Turco deseaban dilatar la jornada, y para esforzar el crédito de Soriano, su Embaxador, que, deseoso de concluir la liga, decían que, contra sus mandatos, había consentido en algunas cosas. La obligación en que el Colona puso a la República el año antes, y su elocuencia, acabó cuanto quiso. Después, por estar el tiempo muy adelante, se escusaba el Rey Católico de cumplir, por aquel año, lo capitulado; mas condecendió con los ruegos continuos del Pontífice. Concluyóse la Liga a veinte de Mayo del año 1571. Juróse solenemente en Consistorio, y cinco días después se publicó, con universal alegría. Acabóla Pío con tan estraña fatiga, que a muchos les parecía se humillaba fuera de lo decente;

mas respondía que el bien de la Cristiandad le pedi-
ría puesto a los pies de los Príncipes, y que en per-
sona iría a solicitarlo. Fueron éstas las capitulaciones:

1. Liga perpetua contra el Turco, y sus Reinos tributarios: Argel, Túnez, Trípol.

2. Las fuerzas sean docientas galeras, cien naves, cincuenta mil infantes, cuatro mil y quinientos caballos, con municiones y aparatos.

3. Los Generales estén a fin de Marzo, o Abril, en los mares de Levante, con sus armadas.

4. Embistiendo el Turco algunos de los coligados, envíese de la Liga ayuda suficiente, o vayan todos, si es necesario.

5. Los confederados asistan en Roma, por sus Embaxadores, al Otoño, para deliberar la jornada, que se haría a la Primavera siguiente.

6. Pague el Papa tres mil infantes, docientos y sesenta caballos, y doce galeras.

7. El Rey Católico, de lo restante, contribuya tres quintos, y dos Venecia.

8. La República dé al Pontífice las galeras, armadas y artilladas, con que él las pague y restituya salvas.

9. Ponga cada uno más fuerzas en tierra o mar, según tuviere aparejo, y satisfágase de los demás.

10. Las vituallas se compren de moderado precio, donde más abundancia haya en los Estados de los confederados, sin que primero puedan los señores hacer sacas, excepto el Rey Católico, para Malta, la Goleta y sus armadas.

11. No se puede imponer nuevo tributo, ni acrecentarse sobre los baſtimentos, de modo que se encarezcan a la Liga.

12. Si no se hiciere jornada, y el Rey o la República fueren asaltadas por el Turco, acuda el otro con cincuenta galeras.

13. Si el Rey hiciere jornada a Argel, Túnez y Trípol, o la República a la Belona, o fuerzas del mar Adriático, ayude el otro con cincuenta galeras, prefiriéndose el Rey Católico, si acometieren en un año.

14. Si fuere asaltado el Pontífice, acudan los coligados con todas sus fuerzas.

15. Lo que votaren los dos Generales de Papa, Rey o República, execútelo el de la Liga.

16. No use el General eſtandarte propio, ni usurpe otro nombre que General de Liga.

17. Déxese honradísimo lugar al Emperador, Reyes de Francia y Portugal, y la parte con que contribuyeren, aumente las fuerzas de la Liga.

18. Procure el Papa que el Rey de Polonia y otros Príncipes Criſtianos se confederen.

19. El despojo divídase entre los coligados, y las provincias que se ganaren, según lo capitulado con el Emperador el año de 37, Trípol, Túnez y Argel sean para el Rey Católico.

20. Ampárese Ragusa.

21. De las diferencias entre los confederados sea juez el Papa.

22. Ninguno pueda hacer paz con el Turco sin consentimiento de los demás coligados.

Luego, Pío confirmó al Rey Católico el subsidio, y concedió de nuevo Escusado y Cruzada; y a los Venecianos, cien mil ducados cada año sobre el clero de sus Estados. Avisáronle cuán buena ocasión era aquélla para alcanzar del Rey Católico rentas para sus sobrinos, enviando algunos dellos con los despachos. Pío respondió que él no por venderlas había concedido aquellas gracias, sino por el bien de la Cristiandad; y por quitar todo olor de pretensiones, puso el breve en manos del Embaxador, encargándole la diligencia en envialle a España. Tan lexos estuvo de enriquecer a sus deudos con esta unión, que les empobrecía, porque con los gastos que he escrito, agotada la Cámara Apostólica, hubo de sacar dinero por exquisitos modos. El primero fué quitar a su sobrino el Cardenal el Camarlengato, oficio de gran cuenta, que vendió en sesenta mil ducados al Cardenal Cornaro. De doce órdenes de Claustrales sacó cuatrocientos mil ducados. Impuso sobre las iglesias, monesterios y pensiones seis décimas; pero a los mendigantes, excetados muchos, cargó de tres solas. Hizo cinco clericados de Cámara nuevos, y vendió los tres. Sacó en dos veces de todos los oficiales de la Corte Romana las rentas de un mes. Y de algunos delincuentes, condenados en dineros, sacó bastante cantidad.

Tras esto, despachó a Comendón tercera vez a Alemania, para que tratase con el Emperador de liga por tierra, ofreciéndole veinte mil infantes y cuatro mil caballos, que sacaba sin gravar de nuevo a los coligados. Decía que para armar trecientos vasos bastaban cuarenta mil hombres, y sacando los diez

mil que sobraban, repartía los otros entre los señores y Repúblicas de Italia, según sus rentas. Envió a Monseñor Salviati, y Odescalco, hijo del grande amigo suyo que le había favorecido en Como, para que con los señores de Italia lo tratasen. Procuró también que el Rey de Francia, junto con el Emperador, entrase por Hungría; pero entrambos se mostraron remisos. Pío decía que, rotas las fuerzas del mar al Turco, el propio había hacer la jornada por tierra, para avergonzar con sus canas a los mozos que en casa se quedasen. Pero Maximiliano, después de alguna indeterminación, habiendo primero despedido el trato, volvió a él por reverencia de Pío, y pidió treinta mil infantes y cuatro mil caballos.

Pasó de allí el legado a Polonia, para mover al Rey a consentir en la liga, aunque se escusaba con la perpetua paz que tiene jurada al Turco aquel Reino. Tratábase de que los Palatinos, no comprendidos en la amiſtad porque el Rey no podía obligarlos, se armasen y entrasen derechos a Andrinópoli, ciudad de la Tracia, pueſta en las riberas de Marisa, antiguo Hebro. Es el camino de seis días, y fácil, por donde con carros y aparatos de guerra se camina. Alberto Lasqui, Palatín de Sirodia, ofreció treinta mil caballos por dos meses, y Nicolao Tornao, otro buen número. Llamamos Palatinos a los Vaivodas, señores Polacos, no con entero poder de Rey, ni del todo sujetos. Acabada la decendencia de Lecho, primer Rey de Polonia, temiendo que de la monarquía a la tiranía es ordinario el paso, agradó cometer el Reino a doce Magiſtrados, que dividieron entre sí la tierra. La gente fiera, que todo lo averiguaba

por las fuerzas, sólo gobierno de guerra conocía, y a sus Príncipes dió nombres de Capitanes, que eso suena Vaivoda, como también los Emperadores Romanos le tomaron. Creció en éstos la avaricia, y el miserable pueblo, por huir de un tirano, se sujetó a muchos. Varió Polonia algunos años, ya obediente a Reyes, ya a Vaivodas, hasta que finalmente escogieron el gobierno de uno. Quedaron también los Palatinos, limitada algo la autoridad, y obligados a acudir con cierta cantidad de gente al exército del Rey. Crecieron en número, y disminuyéronse, según Polonia ensanchó sus límites, o los recogió, estimados por primera dignidad después del Príncipe y Obispos. Tenía el Palatino de Sirodia trato con los Valacos, de manera que al primer golpe de caxa se armaran más de docientos mil hombres. Ellos, con embaxadas, se habían mostrado agradecidos al celo que Pío mostraba de librarlos de servidumbre, y el mismo Alberto Lasqui se determinó de ir a Roma, para con la bendición del Pontífice emprender la jornada. Sigismundo, movido de justísimas razones por donde podía mover guerra al Turco, entraba en la Liga, aunque con condiciones difíciles. Había esperanza de ablandarlas, si una dolencia gravísima del Rey no atajara la plática y tuviera suspenso al Cardenal hasta ver el fin que tenía. Pío le hizo detener con temor de que sucediese en la corona algún hereje.

Pero he pasado muy adelante en esto, que alcanzó los postreros días de la vida de Pío, y eran para el año siguiente los aparatos. Dolíase, en tanto, el Pontífice de la tardanza del General, y de que el tiempo estaba muy adentro, y con continuas embaxadas le

avisaba. Envió al Colona a que esperase en Mecina con doce galeras que hubo del Duque de Florencia, por no quitar a Venecia los vasos. Había el Turco cercado a Famaguſta con gran exército, y discurrido con su armada por todo el mar, metiendo a hierro y fuego cuanto topaba en Candía, Zante, Cefalonia y Cherigo. Cobró a Sopoto, que el año antes ganaron los Venecianos. Tomó a Dulchino y Antibari, en el mar Adriático. Abrasó el arrabal de Lesina y Budoa. Tentó a Curzola, donde Aulato, lugar pequeño, desamparado de los vecinos, se defendió con las mujeres, en quien la necesidad puso valor de hombres. Cercó a Cátaro por mar y tierra; pero por nuevas de que la armada Católica se juntaba, alzó Alí, General, su campo. Saltó en Corfú y quemó el arrabal, y con más de quince mil prisioneros que en todas partes había hecho, se recogió a Lepanto, esperando resolución de Selimo, que fué de combatir.

Llegó el General a Mecina, recibido primero en Nápoles de mano de Granvela, Virrey, el baſtón y eſtandarte de General, bendito uno y otro de Pío. Aguardábale Monseñor Odescalco con embaxada del Pontífice, en que le pedía diese la batalla al enemigo, interponiendo cuanta autoridad tenía de Dios, y prometiéndole de su parte la vitoria. Envióle grandes revelaciones y dos profecías de San Isidro, en que contaba la batalla y vencimiento, interpretando bien a propósito en persona de don Juan el Capitán de que hablaba. Prometióle el primer Eſtado que ganase al Turco, y de tener cuidado particular de su aumento, y de tomarle en lugar de hijo. Tras eſto, por su orden, ayunó el campo tres días; recibieron

todos sacramento de Penitencia y Eucaristía, y con bendición les otorgó el Nuncio las indulgencias que acostumbra conceder la Iglesia a los conquistadores del Sepulcro de Cristo. Proveyó los vasos de religiosos de diversos institutos, que con continuas amonestaciones corregían el exército. A todos los soldados dió Agnusdéis, o granos benditos, que con gran fervor recibieron en su nombre. Vedó el embarcar mujeres, y mandó castigar con muerte la blasfemia. Esta bien disciplinada milicia puso gran confianza en los corazones de todos, y más las promesas de vitoria que había Pío hecho al Colona y Conde de Pliego, don Fernando Carrillo de Mendoza, mayordomo mayor del General.

Antes que se embarcasen, hubo disputas de si convenía dar la batalla, y en el Consejo mayor, donde entraban como treinta personas, propuesta la causa, disputó sobre ella desta suerte Andrea Doria: «Bien sé, señores, que las diferencias antiguas, heredadas de nuestros mayores, entre mi República de Génova y la Veneciana, confirmadas de muchos con los encuentros del año pasado, han de hacer sospechosa mi plática. Bastante ocasión es ésta para dexarme llevar del parecer de otros; mas, pues vengo aquí a decir lo que siento, donde se debe tener la mira atenta a la honra de Dios y de mi Rey, no miraré a la mía. Fundamento inmovible es de grandes capitanes, y no me falta alguna esperiencia, que batalla de poder a poder se ha de dar, o cuando la necesidad aprieta, o es la ventaja conocida. Lo demás es temeridad poner a una vuelta de dado, en poder de la ciega fortuna, más poderosa en la guerra que en otra parte, vidas y

señoríos. Aquí, tan lexos eſtamos de ser superiores, que nos aventajan: en vasos, que son más los Turcos; en fuerzas, porque las galeras de Venecia están faltas de gentes y mal sanas; en experiencia, porque nuestros soldados son bisoños, y si hay alguno viejo, es nuevo en eſte género de batalla por mar, y, lo que más es, en gallardía nos aventajan, y ánimos con recientes vitorias levantados. Nueſtra armada, compueſta de diversas naciones, donde juntaron su poder diversos Príncipes, está más sujeta a discordias, como cuerpo lleno de humores, que fácilmente se corrompe, y por eso es menos fuerte que la enemiga, donde sola una nación, y sujeta a un señor. Necesidad de pelear no la hay: baſta eſtorbar al enemigo que haga daño, pues los acometidos no deben más que defenderse. Combatámosle con dilaciones, que las grandes fuerzas mejor las quebranta el tiempo, que la espada del enemigo, y más cuanto mayores son los campos, que más sujetos eſtán a acidentes que los consuman, como hambre, enfermedades y motines. Si somos vencidos, queda Italia desarmada, para despojo del enemigo. Si vencemos, el invierno amenaza tan de cerca, que es sin fruto. Harto será haber tiempo para volvernos a invernar, cuanto y más para usar de la vitoria. En el ínterin tendrá aparejo el Turco de reforzarse, y reſtaurará la guerra dudosa como al principio. Mi voto es socorrer a Chipre, sin afrontarnos al enemigo, usando del remedio de la diversión, fortísimo entre todos, y con moleſtar las coſtas de Grecia y de la Morea, forzarle que acuda allá con su poder todo y dexe en tanto respirar los cercados.»

A esto respondió el Marqués de Santa Cruz, don Álvaro de Bazán, hombre de singular ánimo y atrevimiento y fortuna entre los capitanes de nuestra edad: «Si miráis, señores, los árboles que hacen ese mar un monte; las gentes que de toda Europa se han juntado; los tributos, que no sólo a las ciudades han empobrecido, sino a los ministros de Dios libres; la solicitud que nuestros Príncipes en unirse han puesto, avergonzaréisos en pensar que tantos aparatos sean para ningún efecto. Si habíamos de huir del enemigo, no se juntara tan gran máquina, que más ligeros huyéramos mejor, y más honrosamente dexáramos de pelear quedando en nuestras casas, que después de haber meneado todo el mundo y hinchídole de vanas esperanzas. Yo quiero que no se deba aventurar la armada, sino con necesidad o ventaja. ¿Acaso no es necesidad defendernos, pues la misma naturaleza nos lo enseña? Decís que está orgulloso el enemigo por cuatro pueblos sin defensa que abrasó. ¿Quién domará su ferocidad, cuando vea que las fuerzas de la Cristiandad juntas rehusen la batalla? Si el sustentar vuestra honra no es necesidad bastante, temamos perder la reputación de animosos, parte importantísima en la guerra. Esperar es más dañoso que al enemigo a nosotros, menos ricos de dineros; y los ánimos que ahora vemos tan unidos con la necesidad común, se resfriarán viendo pasarse los años y consumirse haciendas, sin más efecto que esperar se canse el Turco de desolarnos. Que somos superiores es llano a quien mirare lo que pocos Cristianos han hecho contra innumerables Turcos en Rodas, en Malta y Sigeto, y que ahora combatimos casi con igual gente.

La del enemigo es toda bisoña, que la enfermedad y cerco de Nicosia acabó la vieja el año pasado, y las reliquias asisten en el asidio de Famagusta. Tampoco ellos se han visto en mar, y, en fin, algo se ha de dexar a la fortuna, algo se ha de confiar en la justicia de la causa, algo se ha de atribuir al valor de España y Italia. Cuando fuésemos vencidos, podrían sustentarse el año siguiente los coligados, que no vienen aquí todas sus fuerzas: aún en Flandes quedan exércitos en pie; entretanto, peleará por nosotros el invierno. Cuanto más que en batallas navales, siempre sangrientas, pues somos tan iguales en vasos y gentes, pensaría oprimir de manera al vencedor con nuestra caída, que se aprovechase poco de la vitoria. Pero a nosotros sólo el nombre de vencedores nos basta, para que entrando por Grecia, pues hemos de combatir tan cerca de sus costas, reciban el imperio Cristiano los Cristianos. No libramos a Famagusta con molestar la Morea; pues si hemos de huir de la armada Turquesca, con ella nos echarán de donde estuviésemos, y el campo que está en Chipre, proseguirá su cerco. Mi voto es que peleemos, para que, tras el imperio de la mar, quitemos al tirano el de la tierra.»

El Conde de Pliego, llegando a dar su voto, aunque, como buen caballero, pudiera con razones militares confirmarle, se contentó con decir que Pío, de cuya santidad venía admirado, mandaba se pelease. Aprobóse este parecer, en conformidad de la mayor parte, y con esta deliberación salieron de Mecina a los dieciséis de Setiembre. Iba Andrea Doria en la vanguardia, con cincuenta y cuatro galeras, y orden de tomar en cuerno derecho, si se combatiese. Seguíale

don Juan, con sesenta, a quien tocaba la batalla. Después, Aguſtín Barbarigo, General de Venecia, con cincuenta y cuatro, que había de llevar el cuerno izquierdo. El poſtrero iba el Marqués de Santa Cruz, con treinta velas, que servía de retaguardia, y en ocasión habían de ser socorro para la parte más necesitada. Sin éſtas, eſtaban repartidas diez velas, para socorro de la General y de otras más importantes. Iba algunas millas delante don Juan de Cardona, a quien el Rey Católico hizo, después, de su Consejo de guerra, para descubrir con tiempo al enemigo. Llegaron con eſte orden a Corfú; de allí, a Cefalonia, donde tuvieron nuevas de la pérdida de Famaguſta. Defendióse sesenta y cinco días, con increíble virtud del Bragadino, caballero Veneciano, y de otros nobles, haſta faltarles la comida y munición. Fué la porfía del Turco estraña: las minas, la batería, los asaltos. Notóse que había recebido la ciudad ciento y cincuenta mil cañonazos gruesos. Ninguno estuvo en la defensa ocioso, porque los impedidos ponían ánimo, peleaban los de entera edad, niños y mujeres traían agua, piedra y refresco para los soldados. Finalmente se rindieron con honrosas condiciones, pero no guardadas, porque Muſtafá, con abominable exemplo de tiranía, usó con los Criſtianos terribles atrocidades. A Bragadino le cortó las orejas, desollóle vivo y como mueſtra de trofeo, colgó de una antena su pellejo. Él, en el tormento, con singular conſtancia, vituperaba al tirano, que eſtaba presente, y acusábale de la rota fe.

Llegaba nueſtra armada a la isla que llaman de los Escorzolares, cuando descubrió la enemiga, no lexos

de la boca del golfo de Lepanto, con que se pusieron en orden de batalla, delante de cada banda, dos galeazas llenas de artillería. Don Juan visitó por su persona todas las galeras, animando a los soldados y capitanes con muchas y sabias razones. Ya que se acercaba el enemigo, dispararon las galeazas tan furiosamente su artillería, que espantados de tal novedad los Turcos, se abrieron por muchas parte por no ir derechos a ellas; mas, al igualar, recibieron por los costados daño grande, y fuera mayor si Juan Andrea Doria pusiera con tiempo delante sus dos galeazas. Embistiéronse las capitanas de Alí y don Juan por las proas, y trabaron por todas partes, primero en la batalla, después al cuerno siniestro, y algo más tarde al derecho. Ochalí, Rey de Argel, afrontado con el Oria, hízose a la mar, por ganarle la popa; pero él, entendiéndolo, se alargó con hasta doce galeras, por impedírselo. Abrióse con esto el escuadrón, por donde embistió Ochalí a la de Malta, y la ganó, y maltrató a otras, y escapó por allí. El de Santa Cruz, que como valiente se había habido, rindiendo algunos vasos y cobrando otros perdidos, cerró el vacío, habiéndose escapado con ocho galeras de Argel. En esto entraron los nuestros la capitana Turca, después de haber peleado como hora y media, y con gran grita y música pregonaron vitoria. Cortaron a Alí la cabeza, y sobre una pica la pusieron en la popa Real, con que desmayaron los enemigos, y todo fué de allí adelante rendir vasos casi sin resistencia. Murieron dentro de las dos capitanas setecientos hombres: tal fué el tesón con que se combatía. Fueron los Turcos muertos treinta mil, y tres mil y quinien-

tos los presos, sin más de siete mil esclavos de cadena, y más de quince mil forzados Cristianos que se libertaron. Entraron en partición ciento y setenta y una galeras; muchas se echaron a fondo, muchas encubrieron los capitanes. La artillería y dineros fueron un despojo precioso. De nuestra parte no se perdió un vaso, porque si alguno entraron los enemigos, se cobró.

Túvose la vitoria, de los que bien la consideran, por milagrosa, en que mostró Dios la concedía a las oraciones de su siervo Pío. Los esclavos Turcos confesaron haber visto ángeles con espadas desnudas sobre nuestras galeras. Por eso, en la sala Real del Vaticano se pintó San Pedro y San Pablo, y un exército de ángeles, que por la armada de la Liga peleaba contra el poder del infierno, y se batieron medallas con la misma pintura. También, según los más cursados en aquellos mares, fué contra la naturaleza dellos la mudanza del aire, que siendo al descubrirse las armadas favorable al enemigo, se volvió contrario, aunque allí, después de mediodía, suelen esforzarse los Lestes, vientos de tierra. Con esto, cegaba el humo a los enemigos, y el sol, que al nacer daba en el rostro a los nuestros, estando a más de la mitad del cielo cuando comenzó a pelearse, hería en los ojos al contrario. Fué gran suerte el descubrir tan a tiempo la armada Turquesca para poder concertarse, porque en el orden estuvo la vitoria. Pareció del cielo la seguridad de ánimos en los nuestros, el poco cuidado que de huir tuvieron; tanto, que don Juan, para hacer mayor plaza en que pelear, desbancó su galera, como si morir o vencer fuera el fin de aquel día.

No quiso Dios tener suspenso a su santo mucho tiempo, esperando a que perezosos correos le truxesen la nueva, y con embaxada suya le avisó al inſtante. El día de la vitoria, que fué a 7 de Otubre de 71, se paseaba con el tesorero, y súbitamente se apartó dél; abrió una ventana y eſtuvo mirando al cielo como atónito. Cerróla de allí a poco, y dixo al tesorero: «Andad con Dios: no es tiempo de negocios, sino de dar gracias a Jesucriſto, porque nueſtra armada venció a eſte punto.» Íbase, y volviendo la cabeza, vió al Pontífice poſtrado delante de un Crucifixo, que tenía siempre adonde eſtaba, y por eso le pintan con él en las manos. Por parecerle caso grave, en que se disminuiría la autoridad de Pío a no ser cierto, lo disimuló, como hombre cuerdo, notando sólo por escrito el día y hora, que averiguó ser el mismo en que los nueſtros apellidaron vitoria. Pero el Cardenal Cesi, que no lexos eſtaba, lo entendió todo y descubrió a algunos familiares del Pontífice mucho antes. Dadas las gracias, se salió al campo, a pasear, con roſtro tan alegre, que lo advirtieron cuantos le seguían. Un mensajero que envió el General con el aviso, se detuvo, por el tiempo contrario, y Pío se admiró muchas veces delante de los suyos de cómo tardaban las nuevas de la vitoria. Dixo siempre en público que los nueſtros pelearían y vencerían, desde que supo la resolución con que salieron de Mecina. Y lo que más mueſtra cuán por puntos tenía revelación del suceso de la armada: el mismo día de la batalla y la noche antes hizo doblar las oraciones en todos los conventos, y que a todas horas asiſtiesen a placar a Dios devotos religiosos. Él, con

tantos ayunos, suspiros y lágrimas pidió el buen suceso, que mereció ser oído. Llegó ya el correo, y el pueblo dió gracias a Dios de la vitoria en la iglesia de San Pedro.

Quiso don Juan tomar a Lepanto, y después a Santa Maura; pero la muchedumbre de los heridos, que llegaba a quince mil, le quitó el pensamiento. Difiriéronlo para mejor tiempo, y fueron a invernar don Juan y Marco Antonio a Mecina, y los Venecianos, a Corfú. De allí, en pocos días, ganaron a Margariti, fuerza en la Albania, y volaron con pólvora, porque los naturales tuviesen más libre paso para proveer las islas de Venecia. Marco Antonio fué de Mecina a Roma, con la parte que cupo al Pontífice: veinte galeras, decienueve cañones de crujía, tres pedreros, cuarenta y dos pequeños, mil y docientos esclavos de cadena, y los de rescate, que eran muchos, y se depositaron en mano de Pío.

Recibieron los Romanos al Colona con triunfo, aunque templada la pompa, porque si don Juan viniese, le hiciesen solenísimo; y así es éste, ovación más propiamente. Roma miró con admiración los premios del valor, olvidados por tantos siglos, renovados con la virtud de sus hijos. Entró Marco Antonio por la puerta de San Sebastián, donde le encontraron los sobrinos del Papa y guarda de a caballo. Luego, los Magistrados y Senadores, vestidos de atavíos reales, con estandartes tendidos y instrumentos de guerra. Después, la milicia Romana, debaxo de decisiete banderas, que con espesas salvas de arcabucería representaba la majestad del triunfo. Entraron primero docientos esclavos vestidos de librea, guar-

dados de hileras de infantería. Detrás, los caballos del Papa. Seguíale el pueblo y estandarte del General, que llevaba Romagaz, Francés, de la Orden de San Juan, digno de inmortal alabanza por sus hechos. El postrero iba el General, en un caballo blanco. Estaban en el Campidolio colgadas las banderas que había ganado, y los arcos y puertas adornados de inscripciones en alabanza del Pontífice y del triunfador. Llegaron a palacio, donde aguardaban Pío y los Cardenales. Besóle el pie Colona y entregó los esclavos, donde de todos fué engrandecido, y más del Pontífice.

Otro día se cantó Misa, y el elocuente Mureto, en una breve oración, celebró la gloria del triunfador. Él, en memoria del beneficio recibido de Dios, en cuya mano son las vitorias, ofreció en el templo de Araceli a la Virgen Santísima una coluna de plata con esta inscripción: *Marco Antonio, hijo de Ascanio, Capitán de la armada del Pontífice, después de la insigne vitoria contra los Turcos, en reconocimiento de la merced, ofreció este voto.* Diéronse dotes a huérfanas, en lugar del gasto que solía hacerse en la comida. El pueblo hizo en este templo una techumbre de maravillosa grandeza, que con pintura y letras declaraba la vitoria, la solicitud de Pío y el voto del pueblo. Acabóse largo tiempo después de su muerte, y con todo eso, pusieron sus armas del Pontífice. Él, con rentas y dineros honró al Colona.

Pareciéndole tiempo de dar el postrer golpe contra el enemigo, después de recebido el parabién de todos los Príncipes Cristianos, la respuesta era animalles a la destruición del Turco, y que supiesen aprovecharse

de la ocasión. Hizo a Monseñor Pertico Nuncio para el Moscovita, que tratando unión de su iglesia, observante de los ritos Griegos, con la Romana, sin tocar en disputas de dotrina, por largas, le moviese a juntar con Maximiliano sus armas contra el Turco. Llevados del exemplo de los Emperadores, habían pretendido los antepasados corona de mano del Pontífice, pareciéndoles cosa santa, y con esas esperanzas le alentaba Pío. Tiene sus Estados sobre las fuentes del Tánais y Volga, estendidos en espaciosísimos llanos, donde los antiguos ponían los montes Rifeos, por gran parte de Asia y Europa, hasta los confines de Suecia y el mar helado. La gente, inquieta, con más de ciento y cincuenta mil caballos que arman, traen eternas disensiones, las más por naturaleza, sin otra ocasión, ya con los Tártaros, ya con los Polacos, Suecios o Turcos. Pero la fiereza con que distan menos de animales que de hombres, y la crueldad que con embaxadores de otros Príncipes han usado, hizo mudar a Pío de propósito. Escribió a Tamaso, Rey de Persia, a Serif Mustafá, Rey de Arabia la Feliz; a Mena, Rey de Etiopía, que vulgarmente llamamos Preste Juan de las Indias, aunque impropia. Dábales cuenta de la gran vitoria. Profesaba amistad y exhortábalos a las armas contra el común enemigo, acompañando las cartas con otras del Rey de Portugal y embaxadores práticos. Armó más galeras, porque con mayores fuerzas pretendía volver al verano siguiente. También la jornada por tierra estaba muy adelante, porque los señores de Italia ofrecían la gente que se les pidió, por cinco años, en cada uno seis meses, que son en los que el tiempo se abre y da licencia a

los exercicios de guerra. Luego publicó el jubileo de la conquiſta de la Tierra Santa, para los que fuesen contra el Turco. Concedióles larguísimos privilegios, difirióles los pleitos, suspendióles las deudas por todo el tiempo que se ocupasen en la guerra. También con graves censuras defendió la libertad de los Criſtianos cogidos en la armada enemiga, contra los que francamente no los dexasen ir con ropa y familia, que ya el gran número había dado materia de codicia.

Todos eſtos aparatos, que de iguales esperanzas hinchieron el mundo, atajó la enfermedad y muerte de Pío. Como de caſtigo terrible de nueſtros tiempos, que tan santo Pontífice no merecían, dieron aviso della casi todos los elementos alterados. Fué conocido de muchos aſtrólogos, sabios en conocer las amenazas del cielo. Hirió un rayo en el caſtillo de San Ángelo; rompió una ala al Ángel de mármol que eſtá pueſto en lo más alto, y el árbol, que eſtá en lugar del que Adriano puso de metal, se vió arder toda la noche. Otro tocó con gran movimiento en San Pedro, y derribó parte de la torre de las campanas. Los demás Eſtados de la Iglesia, atemorizados, cuál con terremotos, cuál con bramidos del aire, cuál con inundaciones de ríos, tenían casi llorada su muerte.

A los principios de enero del año de setenta y dos, cumplido el sexto del Pontificado, comenzó a adolecer del ardor de la orina, que más gravemente le afligía. Convaleció; pero tornó a caer de nuevo, al Marzo, con dolores apretadísimos de vexiga y riñones, que se sospecha tenía ulcerados y con piedras. Jamás, por honeſtidad, consintió le tocasen en partes que pudiesen certificar. Usaba de la leche de borrica,

aumentando la cantidad según el dolor, de que en el estómago, enfriado con la vejez, comenzó a faltarle virtud. Esforzábase el dolor sin término, que él sufría y disimulaba con espantosa constancia, repitiendo de cuando en cuando: «Señor, dadme paciencia, y aumentad el dolor.» Ayunó los días que acostumbraba, en lo más fuerte de la enfermedad.

El Viernes Santo, a los cuatro de Abril, aunque con singular flaqueza, se hizo llevar a la capilla pequeña que labró en palacio, para adorar la Cruz, según es ceremonia de la Iglesia. Retiróse de dar audiencia ya muy acabado, cosa que en graves dolencias no acostumbraba, con que por Roma se esparció fama de su muerte. El pueblo, en vez de los alborotos que levanta en el fallecimiento de los Papas, mostró tristeza y quietud estraña, indicio claro del amor que le tenía. Queriendo desengañar al pueblo, se levantó y fué a pie sobre la lonja de San Pedro, el día de Pascua, a dar la bendición. Vistióse los paños Pontificales con un semblante alegre, por consolar a todos. Cantó las oraciones que se acostumbran, con tan entera voz, que pudieran oírlo los más apartados, si no lo estorbaran los gritos que de alegría levantó el pueblo. Aquí alzó la mano de todos los negocios, recogiéndose para morir. Consultábanle la provisión de algunas iglesias vacas, y él respondió: «Cosas de más instancia tengo que tratar, porque me aparejo para la muerte.» Confesóse muchas veces, y en pie en la capilla que labró, recibió el Viático de mano de Alexandrino. Al comulgarle, el Cardenal dixo las usadas palabras: «El cuerpo de nuestro Señor Jesucristo guarde tu alma.» Y Pío

le hizo añadir: «Y te lleve a la vida eterna», que acoſtumbra decirse cuando por despedida del mundo se da el Sacramento. Luego se confesó la última vez, mandando al confesor le otorgase la indulgencia plenaria. Entonces se levantó, diciendo quería ir a las siete iglesias a despedirse de aquellos lugares santos.

Anduvo la mayor parte del camino a pie, aunque tan acabado, que creyeron todos se quedara a la mitad muerto. En San Juan de Letrán llegaron los criados a suplicarle amorosamente guardase para otro día la visita de las demás iglesias, que eſtaba fatigado. Y él, después de tener los ojos en el cielo un gran rato, respondió: «El que todo lo hizo, perficione la obra.» Con eſto cobró súbitamente fuerzas, y prosiguió, escuchando en el camino a algunos que se le ponían delante. Llegaron a besarle el pie unos Católicos Ingleses, que recibió con grandísima humanidad, y mandó a Alexandrino tomase por minuta los nombres. Notaron entonces eſtas palabras, que levantando el roſtro al cielo, dixo: «Señor, si a mí toca, aparejado eſtoy a ayudalles con mi sangre.» Salieron en San Pablo el Abad y frailes Benitos a besarle el pie, y significar como con continuas vigilias suplicaban a Dios por su salud. Y él respondió: «Yo, hijos, ya eſtoy libre del peso. Rogad por buen sucesor, que importa a la Criſtiandad.» En la escala santa, besando tres veces la última grada, pidió con abundantísimas lágrimas licencia para morir. Todos creyeron que no sin lumbre del cielo tuvo delante los ojos su fin, y también las cosas que contaremos lo mueſtran.

Vuelto a casa, después de negocios en que le pusieron importunidades de algunos que le encontraron,

se puso en la cama. Llamó a los Cardenales Alexandrino, Rostricuchi, Monsalto, Garrafa, Aquaviva y Plasencia, para hacer el último oficio de buen padre, y aconsejarles lo que, faltando él, habían de hacer, y consolarles con estas razones: «Ha llegado, hijos, mi postrer hora, para que como mortal que, debaxo de condición de morir recebí la vida, pague la común deuda a la naturaleza. Si algo siento, es vuestra ausencia y veros tristes a quienes como buen padre amé más que a mi sangre. Para mí, ningún mal es la muerte, que jamás tuve por felicidad el vivir; antes me es libertad para que la parte que tenemos de inmortales, vaya a su propio asiento, y al lugar purísimo donde no puede haber miseria. Mientras las almas están en los cuerpos, que de todos sus males participan, entonces verdaderamente mueren; que durísima servidumbre es a cosa divina el peso de lo mortal. Pídoos, pues amábades esta mi vida presente, breve y incertísima, améis la inmutable y eterna que comienzo, y no os mostréis con lágrimas invidiosos de mi bien. Confieso que os dexo en fuerte ocasión, que como enterado por el uso en las necesidades de la Iglesia, pudiera con el divino favor ser de algún fruto; mas, ni a Dios era dificultoso sustentar mi vida, ni yo, si soy necesario, rehuso el trabajo; pues, con todo eso me llama, así conviene. No hallaréis fácilmente quien con mayores deseos trate de extirpar los enemigos de la Fe y Cruz de Cristo; pero el que es poderoso a levantar de las piedras hijos de Abraham, dará quien con mayores fuerzas os rija. Principio queda con esta Santa Liga para grandes empresas. A quien me sucediere no le

queda que hacer, sino con pequeño cuidado gozar la gloria. Ni me pesa de haber vivido para el trabajo y dexar a otros el fruto, que sola la honra de Dios pretendí. ¡Viva el nombre de Cristo! En él me alegraré de la gloria de todos. Pero aunque tanto queda hecho, se suelen perder ocasiones grandes por chicos descuidos. Pídoos, por el amor que en mí conocéis hasta en el postrer espíritu, por la sangre de Cristo, autora de nuestra redempción, pues tenéis autoridad para ello, elijáis brevísimamente a un varón celoso, lexos de todo humano respeto. El tiempo está adentro, si no hay quien ponga calor en proseguir con presteza la vitoria, y se pasa este año sin hacer cosa memorable, los ánimos se resfriarán, y serán sin fruto nuestro trabajo y una vitoria importantísima. Desde el primer día del Pontificado me abrasaron deseos del bien común. Con éstos acabo la vida, encomendándoos la Iglesia de Dios, que hasta este punto me fué encargada.» No hubo quien, de lágrimas, pudiese respondelle, aunque en el ánimo le prometieron todos no olvidarse de sus mandatos. Luego hizo le leyesen los Psalmos en voz alta, parando un poco después de cada verso, para dar lugar a la contemplación. Después oyó muchas veces la Pasión de Cristo. Quitábase la escofieta al nombre de Jesús, y cuando la flaqueza le estorbó alzar el brazo, baxaba la cabeza.

Al último de Abril tomó el Santo Olio, con que la Iglesia unge a sus hijos para el postrer combate de la vida. No lo había pedido hasta entonces, como quien conocía su hora, habiendo vivido más de cincuenta días fuera de la esperanza de todos. Trató

en eſte tiempo de su muerte, teniéndola por cierta, sin turbación en el semblante, ni en el ánimo. Poco antes de espirar vió que la camisa de lana se le había tirado a las espaldas y descubierto parte de los brazos, y como pudo, tentó de volverla a su lugar. Fué, en fin, de honeſtidad el último acto, a quien él veneró sobremanera. Pueſtas luego las manos, espiró en las últimas palabras del himno que dice: «Defiéndenos del enemigo, y recibe a la hora de la muerte...» Dió su alma a Dios en principio de Mayo de mil y quinientos y setenta y dos, a los seis años y tres meses y veinte y cuatro días de su santo Pontificado, y a los sesenta y siete, y tres meses, y catorce días, de su religiosísima vida. Al mismo punto que espiró, una doncella Romana, virtuosa, pueſta en lo último de la vida, dió voces, diciendo a un religioso Capuchino que la ayudaba a morir, y a su madre, que mirasen la gloria con que llevaban los ángeles la alma de Pío V. Ella, poco después, murió, y le siguió, sin duda. Don Francisco de Reinoso, con muchas aguas de olor precioso, le lavó todo el cuerpo y entregó a los médicos. Abriéronle para aderezarle con los ungüentos que el Cuerpo de Criſto, que así lo acoſtumbra la Iglesia con sus Vicarios, y en la vexiga le hallaron tres piedras de media onza cada una. Luego sus criados le viſtieron de ropas nuevas, y le llevaron a la capilla principal del palacio.

Como ninguna persona, en eſta vida, es eſtimada cual un Pontífice, que representa la persona de Criſto vivo, ninguna es más miserable después de muerta, acabándose con el aliento la grandeza; desamparado también, como Criſto de los suyos,

en la muerte, buscan los más viles vestidos que ponerle, entréganle a ganapanes y hombres alquilados, que sin ninguna pompa le entierran. Sus familiares desaparecen, temerosos de los enemigos que cobraron en la amistad del Pontífice, porque en las sedevacantes la licencia de Roma es sin término. Pero en Pío, aunque espiró el mando, vivía el crédito de santidad, y así, no sólo venerado, pero adorado fué, como amigo de Dios, ya difunto, acompañado de su gente, que no vivo ni muerto le desamparó. Los criados, lexos de lo que muchos siglos Roma había visto, se quedaron en la ciudad, honrados y visitados como vivo el Pontífice. Estaban sus carnes, no yertas y amarillas, como de hombre muerto, sino blandas, de buen color, que sin ninguna dificultad se le meneaban los juegos del cuerpo. Tuviéronle en San Pedro, antes de enterrarle, cuatro días. Acudió toda Roma y lugares comarcanos a besarle el pie con singular devoción y sentimiento. Tocábanle los rosarios y imágines, cortábanle las ropas y pelos, guardábanlas como prendas del cielo, para aprovecharse en sus necesidades.

Íbase encendiendo tanto en devoción el pueblo, que se temió le cortasen las carnes, y hubieron de poner guarda de alabarderos, y cerralle dentro de una capilla, sólo el pie derecho fuera de la reja. De allí cortaban del zapato cuanto alcanzaron, y creyendo que por el mucho concurso habían de suceder desgracias, le enterraron mucho antes de lo que pedía la devoción del pueblo. Algunas mujeres deshonestas, que habían sido castigadas de Pío, alegres de su muerte, pareciéndoles que se había abierto la puerta

a sus apetitos, le fueron a ver, para arañarle, si viesen ocasión. En viéndole, trocaron en dolor la ira, llorando sus culpas; pusieron por intercesor a Pío, que les alcanzase perdón dellas, y con grandes muestras de arrepentimiento, mudaron vida. Fué su depósito en la Iglesia de San Pedro, en la capilla de San Andrés, con esta inscripción en un pequeño mármol: *Pío Quinto, Papa, vengador de la religión y de la honestidad, libertador de la rectitud y justicia, restituidor de la disciplina y costumbres, defensor de la Cristiandad, instituídas leyes saludables, conservada Francia, juntos en alianza los Príncipes, alcanzada vitoria de los Turcos, de inmensos hechos y pensamientos, gloria de la paz y de la guerra, Maximo, pío, feliz, bonísimo Príncipe.* Sixto V le pasó a una capilla soberbia y hermosa que labró, y dió el más principal entierro, en el año de ochenta y cinco.

Son muchos los milagros que Dios ha obrado por diversas partes a intercesión de su Santo. Uno anda en la boca de todos, en el lugar donde esto escribo, que es Palencia, obrado en persona que hoy vive, religiosa de Santo Domingo, de quien me informé para escribirle. Afligíala una enfermedad antigua en las partes secretas, que le impedía los exercicios naturales. Eran los dolores inmensos, y que la llegaron a lo último. Desesperando de medios humanos, como la fama de la santidad de Pío andaba fresca, humillóse ante un retrato suyo, que envió de Roma don Francisco de Reinoso, y para adornar un altar le llevaron las monjas en día del Sacramento. Abrazóse con él, y dixo: «Varón santísimo: así como vos estáis en la presencia de Dios, y como yo creo que sois uno de sus escogidos, dadme salud.» Apenas

lo acabó, cuando súbitamente cesaron los dolores, y quedaron libres las partes para su uso, sin someterse a semejante pasión haſta hoy. Afirma que se encomienda a él cada día y haber alcanzado por su intercesión grandes misericordias de Dios. Un fraile Capuchino, atormentado del demonio, no sanaba con algunos conjuros, y amenazándole de llevarle a que le bendixese Pío, se libró; virtud que del gran San Antonio se escribe. Guillén Ramón, caballero Catalán, por la singular devoción que tuvo a la Orden de Santo Domingo, mereció de Dios, en lo último de su vida, que todos los santos della le visitasen y le rezasen una letanía. Entre ellos vió y oyó nombrar al santo Pío V, de quien se moſtró regalado con particulares favores, y pidió a doña Jerónima Vives, su cuñada, le fuese a dar las gracias al moneſterio de Predicadores en la ciudad de Valencia, como se escribe en la vida del bienaventurado fray Luis Beltrán, de la misma Orden.

Ropas deſte santo Pontífice han valido a muchas enfermedades, de que, aunque tengo noticia, no trato por no hallar cumplida certificación. Dios, que no quiere que la gloria de sus santos eſté encubierta, levantará quien las divulgue, para que la Iglesia Católica le honre y ponga en el número de sus santos. La camisa de lana con que murió presentó el General de Santo Domingo al Rey de Portugal, don Sebastián, que la recibió con gran veneración. Zapatos, bonetes, escofias y otras veſtiduras las tienen hombres grandes y devotos en número de grandes reliquias. No olvidaré de Pío lo que se pone en bulas de canonización de grandes santos por cosa heroica:

no había pecado mortalmente en su vida. Así lo afirmaba el Cardenal fray Arcángelo Branco, de su Orden, que en todos los estados: fraile, Cardenal y Papa, le oyó de confesión, y el Obispo de Buñana, religioso de la misma, que también lo hizo.

Eligió en tres promociones veinte y un Cardenales, hombres graves, de vida y santidad conocida, y dignos de aquella dignidad. En la primera eligió, en seis de Marzo de sesenta y seis, sólo a fray Miguel Bonelo, su sobrino. En la segunda, en veinticuatro de Marzo de mil y quinientos y sesenta y ocho, a don Diego de Espinosa, Presidente del Consejo Real de Castilla, y Obispo de Sigüenza, y General Inquisidor; Fray Jerónimo Socor, General de San Bernardo, Francés; éste rehusaba, por su humildad, el Capelo, y le compelió, por obediencia, a tomarle. Juan Paulo, Senador de Milán; don Antonio Garrafa, su Camarero. En la tercera, en decisiete de Mayo de mil y quinientos y setenta, a Mafeo, su Datario; don Gaspar de Zúñiga, Arzobispo de Sevilla; Cervantes, Arzobispo de Tarragona; conocióle juez de la causa del Arzobispo Carranza, y sin pretenderlo, antes con graves contradiciones, le honró, aficionado a su virtud; Nicolao Pelve, Francés, de santa vida; Julio Antonio Santorio, Arzobispo de Santa Severina, que tantas veces hemos visto a punto de ser Papa, dignísimo en estimación del mundo; Cesi, clérigo de Cámara; Grasi, Gobernador de Roma; Carlo de Angenes, Embaxador de Francia; Fray Arcángelo Branco, Obispo de Teano, y de su Orden; Fray Féliz Pereto, después Sixto V; Paulo de Arezo, de la Orden de los Teatinos de Italia; Juan Aldo-

brandino, Auditor de Rota; Fray Vincencio Justiniano, General de Santo Domingo; Jerónimo Rostricuchi, su Secretario; Albano, de quien ya diximos; Julio Aquaviva, hijo del Duque de Atri, Referendario de entrambas signaturas.

Era Pío bien dispuesto, enxuto de carnes, blanco, de rostro largo y flaco; los ojos azules, pequeños, vivos y hundidos; la boca metida adentro y la barba bien poblada de largas canas; la nariz corva, que dicen aguileña; la cabeza calva, más larga que ancha. Fué de memoria firme, que lo que una vez abrazaba, jamás lo perdía, y juntamente de entendimiento despierto. Era de complexión caliente y seca. Aprovechábase mejor de la mano zurda que de la derecha. Mañosísimo en exercicios corporales, y de manos. Solía texer, por no estar ocioso, unas muy pulidas escobas de palma, con que barría su aposento, aun siendo Cardenal.

Súpose dentro de nueve días su muerte en Constantinopla, y tres enteros la celebraron los Turcos con públicas alegrías, fuegos, tiros y danzas. Los niños hacían procesiones, dando gracias a su Profeta. Selimo dió muestras extraordinarias de contento. Deseaba ver el rostro de Pío, y Carerali, que en la Naval fué preso, le llevó su retrato, cuando le rescataron. Mahamet Visier, tratando de su muerte con el Obispo de Aos, Francés, dixo que a la casa Otomana no le podía venir mejor nueva, porque temían más las oraciones y solicitud de Pío que todas las armas de la Cristiandad. Llegó el miedo a punto, que por seguridad determinó Selimo de pasar a cuchillo los esclavos Cristianos; pero detúvole el mismo

miedo, no irritase la inhumanidad a los demás Príncipes Católicos que aún no eran declarados enemigos. A muchos Turcos persuadió el aprieto que nuestra religión era verdadera, y murieron por ella constantemente. Otros renegados cobraron luz, y públicamente amenazaban y decían que era hora de arrojar el turbante. Constantinopla se despobló notablemente, y casas enteras con hacienda se pasaban a Asia, teniendo a Grecia por más de Pío que de Selimo.

Tenía trato el Pontífice con los que guardan los castillos, que llaman Dardanelos, en las estrechuras de Gallípuli, antiguo Hellesponto, para que, en mostrándose la armada de la Liga, se entregasen. Toda Grecia estaba aparejada para salir a campo a las primeras velas que en el golfo de Nicomedia se descubriesen. Pera, población de Ginoveses y de otros mercaderes Cristianos, fuerte de sitio y murallas, y como barrio de Constantinopla, que sólo un pequeño seno de mar las divide, temiendo que, perdida la ciudad, volverían los Turcos contra ella su ira, trató de nombrar general para su defensa. Echaron mano de Jacobo Malatesta, General de Albania, que el año antes fué preso por desorden de sus soldados. Este, con gran secreto, se proveyó de armas y caballos, y conjuró con los esclavos para que, en asomando la armada, con el hierro y con el fuego acometiesen las casas de los Turcos. Había sido Jacobo Malatesta Capitán de caballos de Pío, y en los postreros días de vida le rescató a su costa.

TABLA

DE LAS VOCES Y COSAS MÁS NOTABLES DE QUE SE HACE MENCIÓN EN ESTOS LIBROS DE LA VIDA DE PÍO V

Por la *a* puesta después del número de las hojas, entendemos la primera plana; por la *b*, la segunda.

(La numeración que sigue corresponde a la edición príncipe.)

A

B

C

D

E

F

G

H

I

J

L

M

N

O

P

Q

R

S

T

V

X

FIN

✠

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE LIBRO, «VIDA Y HECHOS DE
PÍO V», OBRA DE DON ANTONIO DE FUENMAYOR, EN
LA IMPRENTA DE ALDUS, S. A. · ARTES GRÁ-
FICAS, MADRID, EL DOCE DE ENERO DEL
AÑO DE MIL Y NOVECIENTOS Y
CINCUENTA Y TRES AÑOS

LAUS DEO



